

Quito imaginado

El Convenio Andrés Bello decidió llevar a cabo la primera investigación sobre la percepción y construcción de culturas urbanas que los habitantes de 13 ciudades iberoamericanas hacen de su propia urbe. Para ello logró la vinculación de veinte entidades internacionales, entre universidades, fundaciones y oficinas gubernamentales, para adelantar la gestión en cada localidad. Adicionalmente, han participado cerca de cuatrocientas personas trabajando como investigadores, asistentes, fotógrafos y videógrafos. La dirección del proyecto estuvo a cargo del profesor Armando Silva, quien desarrolló una original metodología de recolección de información que, desde la perspectiva de los imaginarios urbanos, ha generado una rica producción de materiales diversos entre los que se encuentran libros, colecciones de fotos y videoclips de cada una de las ciudades.

Este material podrá ser consultado en la web (CAB) y se espera que, en su conjunto, presente un avance en la comprensión de los significados de existencia urbanos en el nuevo milenio en América Latina.

OTROS TÍTULOS DE
ESTA COLECCIÓN

Bogotá imaginada

Armando Silva

Santiago imaginado

Carlos Ossa

Nelly Richard

Barcelona imaginada

Ferran Escoda

Montevideo imaginado

Luciano Álvarez

Christa Huber

Quito imaginado

Milagros Aguirre

Fernando Carrión M.

Eduardo Kingman G.

PRÓXIMOS LIBROS
DE ESTA COLECCIÓN

São Paulo imaginado

Buenos Aires imaginado

La Paz imaginada

Ciudad de México imaginada

Lima imaginada

Caracas imaginada

Ciudad de Panamá imaginada

Asunción imaginada





MINISTERIO DE AGRICULTURA Y GANADERIA

SIN NOMBRE # 22

A DOLOROSA DE CHILIBULO (25 DE JULIO)

RALESTINA VIRGEN PATA

GUANOJUCHO

3200

SANTIAGO ALTO

LA DELICIA II

LA VIUDITA

UNION Y ACCION

LA LORNA

LA ALCANTARILLA

PARAISO

MARISCAL DE AYACUCHO

VENCEDORES DE CHILIBULO 2

EL PARAISO

CUARTEL MARISCAL SUCRE

MAGDALENA ALTA

JESUS DEL GRAN PODER

CUARTEL MARISCAL SUCRE

AV. MARISCAL ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

LA UNION

TAHUALLA OCCIDENTAL

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

MANSOR

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

AV. TTE. HUGO ORTIZ

LA LEON

340

3893

YAVIRAC

EL SENA

P. CHAVEZ

**Milagros Aguirre
Fernando Carrión
Eduardo Kingman**



FLACSO
ECUADOR

Proyecto

CULTURAS URBANAS EN AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA DESDE SUS IMAGINARIOS SOCIALES

Quito

Entidad patrocinadora

Facultad Latinoamericana
de Ciencias Sociales
(FLACSO) sede Ecuador

COORDINADORES

Milagros Aguirre
Fernando Carrión
Eduardo Kingman

AUTORES

Milagros Aguirre
Fernando Carrión
Eduardo Kingman

EQUIPO DE TRABAJO

Milagros Aguirre A.
Fernando Carrión M.
Eduardo Kingman G.
Freddy Rivera
Mileny Santillán (asistente de investigación)
Enrique Aguirre
Alex Terán
Empresa Market

COLABORACIÓN

Archivos del diario El Comercio

Entidades gestoras

CONVENIO

ANDRÉS BELLO

Organismo internacional de integración
de los pueblos iberoamericanos a través
de la cultura, la educación, la ciencia y la
tecnología.

Ana Milena Escobar Araújo
Secretaria Ejecutiva

Omar José Muñoz
Secretario de Administración y Finanzas

Pedro Querejazu Leyton
Coordinador del Área de Cultura

www.cab.int.co
cultura@cab.int.co

UNIVERSIDAD

NACIONAL DE COLOMBIA

Armando Silva
Dirección

Beatriz Quiñones
Guillermo Santos
Coordinación

Mariluz Restrepo
William Silva
Tempo Investigaciones
Asesoría metodológica

Marcela Guzmán
Asistencia en investigación

Coordinadores y entidades gestoras en cada ciudad

Asunción

Mabel Causarano

Christian Ceuppen

Carrera de Arquitectura, Facultad
de Ciencias y Tecnologías de la
Universidad Católica Nuestra
Señora de la Asunción

Barcelona

Eduard Delgado (qepd)

Luz Teresa Velázquez

Ferran Escoda

Fundación Interarts para la
Cooperación Cultural Internacional
Universidad Autónoma de Barcelona
(Facultad de Comunicación Social)

Bogotá

Guillermo Santos

Beatriz Quiñones

Convenio Andrés Bello
Universidad Nacional de Colombia
Fundación Restrepo Barco

Buenos Aires

Mónica Lacarriue

Verónica Pallini

Universidad de Buenos Aires:
Instituto de Ciencias Antropológicas,
Sección Antropología Social.
Programa Antropología de la Cultura

Caracas

Tulio Hernández

Laboratorio de Cultura
Contemporánea de Caracas
Fundación para la Cultura Urbana
(de la empresa Econoinvest)
Caracas Urban Think Tank
(de la Fundación Cultural Alemana:
Kulturstiftung Des Bundes)

Ciudad de México

Miguel Ángel Aguilar

Raúl Nieto

Mónica Cinco

Universidad Autónoma
Metropolitana de México
-UAM- Iztapalapa

Ciudad de Panamá

Alejandro Alfonso

Lucy Cristina Chau

Centro de Documentación y
Promoción Cultural UNESCO,
Panamá

La Paz

Nelson Martínez

Marcelo Álvarez

Carlos Villagómez

Oficialía Mayor de Cultura del
Gobierno Municipal de La Paz
Universidad Católica Boliviana
Departamento de
Comunicación Social,
Universidad Mayor de San
Andrés
PROTEO: Empresa Consultora
de Comunicación

Lima

María Teresa Quiroz

Óscar Quezada

Jaime Bailón

Óscar Luna

Carlos Castro

Universidad de Lima

Montevideo

Christa Huber

Mónica Arzuaga

Luciano Álvarez

Cátedra UNESCO en
Comunicación de la
Universidad Católica del
Uruguay

Quito

Milagros Aguirre

Fernando Carrión

Eduardo Kingman

Facultad Latinoamericana de
Ciencias Sociales, FLACSO.
Sede Ecuador

Santiago de Chile

Nelly Richard

Carlos Ossa

Centro de Investigaciones
Sociales de la Universidad
Arcis
División de Cultura del
Ministerio de Educación

São Paulo

Lisbeth Rebollo

Universidad de São Paulo
(USP)

*Prolam: Programa de
Posgraduação da America
Latina,*

Universidad de São Paulo,
Brasil

Primera edición: mayo de 2005

ISBN 958-704-298-0

Título original: *Quito imaginado*

© 2005, Milagros Aguirre, Fernando Carrión,
Eduardo Kingman

De esta edición

© 2005, Convenio Andrés Bello

© 2005, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea,
Taurus, Alfaguara, S.A.

Calle 80 n°10-23

☎ (571) 635 1200

Bogotá, Colombia

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C.V
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. C.P. 03100
- Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

CUBIERTA

En la calle Ipiales, mujer
junto a mujer de cartón piedra
Autor: Enrique Aguirre Belgrano

FOTOGRAFÍA

Enrique Aguirre Belgrano

(30, 31, 32, 35, 36, 40, 41, 42, 43, 45, 49, 51, 57,
59, 62, 64, 69, 70, 71, 76, 77, 87, 91, 93, 99,
101, 103, 104, 108, 110, 108, 111, 114, 117, 118,
120, 121, 125, 127, 128, 130, 131, 133, 136, 137,
138, 140, 141, 143, 147, 149, 151, 155, 157, 165,
167, 169, 172, 174, 176, 177, 179, 184, 188, 189,
192, 194, 208, 209, 211, 212, 218, 219, 220)

Camilo A. Ordóñez

(66, 122, 123, 141, 158, 159, 163, 178, 199, 218)

Oliver Auverlau

(85, 132)

José Chanatasig

(MAPAS, 47, 54, 97, 98, 107, 113)

DISEÑO ORIGINAL

Editorial El Malpensante:
John Naranjo, Claudia Bedoya.

DISEÑO

Camilo Umaña.

DIAGRAMACIÓN

Vicky Mora.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Queda prohibida, salvo excepción prevista en
la ley, cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin contar con la
autorización de los titulares de la propiedad
intelectual. La infracción de los derechos
mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual.

Apreciado lector, investigador, viajero, habitante de estas urbes: en las páginas siguientes encontrará usted uno de los resultados más sugestivos de la que también es una de las investigaciones más originales e interesantes generadas en América Latina sobre las formas y maneras de ser habitante de una ciudad iberoamericana; labor realizada por numerosos especialistas que nos aportaron miradas locales, de conjunto y comparativas. Este trabajo fue realizado con el auspicio del Convenio Andrés Bello y el aporte de la Universidad Nacional de Colombia y de múltiples instituciones académicas, oficiales y de la sociedad civil en todo el continente y España.

Este libro, que junto a los de otras doce ciudades de la región hace parte de la colección Ciudades Imaginadas, le llevará por un itinerario espiritual, por el alma de Quito, por los sentimientos, percepciones, amores y desamores de sus propios habitantes. Es probable que tras recorrerla, ya sea desde su cómoda silla de estudio o lectura, ya sea calle por calle o degustando su historia, música o eventos culturales, quede cautivado si es que ya no lo estaba.

El camino será más estimulante aún si puede adentrarse en los otros libros de la serie y, en su compañía, visitar las ciudades restantes de este continente entrañable, que apenas vislumbramos de manera apropiada.

Bogotá, mayo de 2005

Pedro Querejazu Leyton
Coordinador del Área de Cultura
Convenio Andrés Bello

Contenido

Introducción

Imaginarios: culturas urbanas en América Latina y España 17

ARMANDO SILVA

I. Ciudad

Ciudad blanca, ambientes oscuros 30

Cualidades urbanas 34

La ciudad y el volcán 35

Quito es azul, blanca y gris 40

La ciudad de las fronteras o los varios Quitos 46

Todo tiempo pasado fue mejor 54

El Centro es una foto 58

Los sitios sagrados 65

El Quito del campo 68

La ciudad de invierno 71

La ciudad muestra el ombligo 73

Al son del pasillo 74

Personificaciones: del «chulla quiteño» al Evaristo de la televisión 77

Poca memoria y poco futuro 82

Calificaciones urbanas 85

Basura y contaminación: los saldos rojos 86

Los quiteños tienen miedo 90

Esas clases dirigentes... 93

Escenarios urbanos 97

El Centro: escenario de lo público 98

La diversión está casa adentro 100

La calle de la alegría 104

La Mariscal, el barrio que vive en la noche 106

El lugar de la tristeza 110

El trole: sitio de embarque 112

Los mercados y el río que huelen mal 117

Quito huele a palosanto 120

Esos sitios del sabor 122

Dos estadios... dos ciudades 124

Hay esquinas para todos... 127

¿Quito es mujer? 127

Los viejos y los hombres tienen su plaza 129

Los jóvenes marcan su territorio 130

II. Ciudadanos

El quiteño es como el camaleón	136
Tiempos	144
No pite, madrugue	145
El tiempo de la nada	149
Sin tiempo ni para almorzar	151
Marcas	153
Los medios, desde el desayuno	154
Horas frente a la tele	154
Los días de radio	160
La prensa, a vuelo de pájaro	162
Cada vez más conectados	165
Kito se escribe con K	167
Los encuentros con «la cultura»	168
Quito busca quien la lea...	168
Frente a la pantalla grande pero con canguil	172
De la ópera a la tecnocumbia	174
Las citas son en los malls	176
La tienda, lugar de encuentro	178
Rutinas	179
La sagrada familia...	179
Los encuentros con la fe	183
Del fútbol de barrio a la carrera en las vías	186
Como Shakira y Schwarzenegger	189
El barrio se queda solo	191
Esa ciudad asexuada	192
... Y esos seres extraños...	193

III. LOS OTROS

Desde los ojos del migrante	208
Las ciudades cercanas	211
Lima, tan cerca y tan lejos	212
Bogotá, miedo y vallenato	213
España está cerca y Barcelona es los toros	214
México con sombrero de charro	215
Las ciudades lejanas	216
Asunción y Montevideo son estadios de fútbol	216
Buenos Aires es tango y crisis	216
Caracas, pasarela de las <i>misses</i>	217
La Habana es son y trova	217
La Paz, fría	219
São Paulo y Rio son pura samba	220

Un especial agradecimiento a Armando Silva,
al Convenio Andrés Bello y a Taurus por haber
imaginado este Quito con nosotros.

Los autores

A los viajeros, cronistas, narradores y poetas que
han hecho que Quito sea algo más que una línea
imaginaria...



Introducción





Imaginarios: culturas urbanas de América Latina y España

ARMANDO SILVA

Durante mucho tiempo los ciudadanos de América Latina, como vecinos que compartimos destinos similares, hemos querido apreciar cuánto nos parecemos y cuánto somos diferentes los unos de los otros. Esta colección de libros busca descifrar algunas respuestas a partir de una simple consideración: vivimos no en una sino en varias culturas urbanas y eso es precisamente aquello que hemos de distinguir y enlazar.

¿Para qué se ha hecho esta investigación entre ciudades, países y culturas locales y nacionales e incluso entre continentes? Cuando se redactó el primer documento que anunciaba el nacimiento del proyecto: «Culturas urbanas en América Latina y España desde sus imaginarios sociales», expresamos que nos interesaban objetivos tanto en lo investigativo como en lo creativo. En lo primero avanzaríamos hacia la realización de una investigación integral sobre culturas con el fin de revelar las formas de ser urbanas que hoy conviven en América Latina como parte de su aporte para la humanidad contemporánea, preocupándonos, a la vez, por concebir modos comparativos entre ciudades. Desde una perspectiva creativa, nos propusi-

mos producir distintos textos escritos y organizar varias colecciones visuales técnicamente archivadas para que sean usadas por distintos ciudadanos y por investigadores, docentes y organismos públicos de los países que integran y comparten este estudio, además de otros centros de información del mundo, en demostración de las culturas vivas que habitan ciudades iberoamericanas.

Las técnicas de trabajo de esta metodología combinan trabajos de observación directa en aspectos visuales, auditivos, olfativos y gustativos de sus ciudadanos, con la producción paralela de material creativo para obtener productos como libros, fotos y videos, entre otros. Este enfoque cultural forma parte, entonces, de una nueva tradición que conduce las respuestas de la observación sistemática, propias de la orientación científica, hacia un campo estético de producción de imágenes para así avanzar en las reconstrucciones de sensibilidades colectivas. Para producir un material tan amplio y complejo hemos contado con la valiosa participación de cerca de 400 personas. Todas ellas han cumplido de una u otra manera

funciones necesarias para el logro de nuestros objetivos, coordinadores de equipos, colectores de información, analistas de encuestas, tabuladores y escritores de los libros; también fotógrafos, guionistas, diseñadores, videógrafos y archivadores de los distintos materiales visuales. Quizá se trata de uno de los grupos más grandes y calificados que haya trabajado en investigación social de manera simultánea con una misma metodología y para un solo propósito dentro de los países involucrados.

¿Cómo leer las estadísticas? No hacemos proyecciones cuantitativas basadas en abundantes muestras, como suele hacerse en los sondeos de opinión pública, sino que trabajamos en proyecciones cualitativas de grupos ciudadanos y donde el diseño de los formularios permite un diálogo entre nuestros analistas y los ciudadanos informantes, de donde salen raciocinios y visiones que se van reconstruyendo.

Los datos recogidos fueron redistribuidos en tres partes de acuerdo con una lógica trial contemporánea, inspirada tanto en estudios semióticos cognitivos como en psicoanálisis de los deseos colectivos: la ciudad, los ciudada-

nos y los otros, que luego serán las mismas tres partes en que dividimos la escritura de todos los libros. En una primera parte de este modelo perceptivo, agrupamos las referencias a lo que es la ciudad en su sentido físico e histórico, y las distintas descripciones sobre esos espacios materiales. En la segunda parte nos propusimos seguir a los ciudadanos mismos en sus modos de construir las realidades urbanas, teniendo en cuenta las maneras en que las imaginaciones grupales edifican mundos urbanos desde deseos colectivos. Nos desplazamos entonces de la ciudad hacia los ciudadanos, como creadores éstos de la realidad social. En la tercera parte nos proyectamos hacia los otros, los vecinos, dirigiendo la mirada hacia afuera para averiguar cómo nos imaginan y, a su vez, cómo imaginamos a los otros.

Es inherente de nuestra metodología cotejar datos de percepción ciudadana contruidos sobre una base de situaciones imaginarias, con otros nacidos en ambientes «fidedignos» o empíricos y comparar sus resultados, o sea, comparar las proyecciones «imaginarias» con las «reales», que en distintas ocasiones pueden o no

coincidir. Por esto, escribir sobre cada ciudad nos ha de llevar tras las huellas de la construcción imaginaria citadina. De esta manera las ciudades corresponden a un efecto propiamente urbano que dispone escalas de percepciones cognitivas. Se podrá descubrir ahora que estos libros no aspiran a ser la consecuencia de una metodología científica, pero tampoco pueden ser concebidos como libres creaciones literarias.

Ahora bien, no sólo jugamos con datos para figurar nuestras ciudades. Nos incumben tantos otros actos ciudadanos: sus ceremonias, sus trayectos, sus miradas. Constituimos otros equipos para conseguir, en ejercicios propios de una arqueología urbana, imágenes u objetos de la ciudad, y construir así distintos tipos de archivos sobre figuraciones ciudadanas, algunos de los cuales van a servir para llenar de íconos y plasticidad los distintos libros. Son los siguientes:

- Archivos fotográficos organizados y clasificados por ciudades sobre actos ciudadanos. Las fotos provienen de tres iniciativas: las que tomó cada equipo de su respectiva ciudad siguiendo las tendencias de las encuestas, para

ubicar emblemas urbanos; aquellas que se lograron en paseos por las ciudades buscando lo que caracteriza las rupturas imaginarias; y otras que se seleccionaron de fotografías reconocidos.

- Serie de clips para televisión que se exhiben en las cadenas locales de cada país.

- Colecciones de rostros de ciudadanos mediante fotos tamaño pasaporte.

- Tarjetas postales con las cuales trabajamos la mirada oficial de cada urbe.

- Recortes de prensa sobre la imagen de la ciudad.

- Archivos de clips de radio y de televisión que hayan producido imágenes urbanas.

Todos los anteriores archivos y colecciones podrán consultarse en la página web del Convenio Andrés Bello.

Junto a esa ciudad numérica y mediática emerge además la de los narradores y artistas que también hacen efecto en los ciudadanos y sus evocaciones de ciudad. Esa ciudad de los escritores, cineastas, guionistas, fotógrafos, diseñadores, puede estar muy cerca de la mediática y aún más de esa otra que pasa de ciudadano a ciudadano construyendo imagina-

rios urbanos. Esa ciudad creada por los artistas llega muchas veces a sobreponerse de tal forma a la física que hace identificar una ciudad tan sólo imaginada con la de afuera, la de olores y paseos reales. ¿Cómo separar a Borges de Buenos Aires o a García Márquez de las ciudades del Caribe?

Y preguntemos entonces: ¿Cómo se identifica a una ciudad que debe compartir sus referentes físicos con los mediáticos, los virtuales y los creativos? ¿Cómo hablar de la ciudad-cosa (¿casa?) o de «la cosa en sí misma», de la cual entre otros ilustres profesionales se ocupan los arquitectos, cuando sabemos que la percepción es parte de esa cosa-casa? Esa brecha, expresémoslo así para marcar una infrafrontera, tiene un significado ciudadano determinante en nuestro enfoque de estudio. Pues el elemento que ata la «realidad» con su percepción imaginaria se encuentra en los fantasmas urbanos; esos inquietos visitantes de nuestro inconsciente que suelen cambiar las casas reales por otra imagen que las cubre e incluso las desplaza.

¿Acaso no son reales nuestras fantasías que soportan los fantasmas? Básteme decir, en vía de ejemplo, que casi no encontramos

una sola ciudad en América Latina que no se imagine tener más ciudadanos de los que marca su derrotero oficial. Cada urbe tiende a imaginarse más grande de lo que indica su número oficial de habitantes, y cuanto más grandes, como São Paulo o Ciudad de México, más gigantes aún se las imagina, desarrollándose una especie de síndrome de gigantismo proverbial latinoamericano.

Miremos lo mismo desde otros puntos. Tantos movimientos sociales del sur de América comenzaron por parecer fantasmales; las Madres de la Plaza de Mayo en Buenos Aires, con sus cabezas cubiertas con pañuelos blancos, por dedicarse a la ingrata y sombría tarea de «buscar hijos desaparecidos», y otras huellas invisibles de regímenes brutales pero sigilosos. Posteriormente esos movimientos, que se fueron tornando los más tangibles de las realidades políticas, se hicieron visibles y reales en la medida en que se volvieron patentes los objetos de sus búsquedas.

El fútbol, viajemos por otro lado, es uno de los mayores ejercicios colectivos de todos los latinoamericanos y españoles, tanto así que hay una ciudad

(Asunción) a la que sólo se le reconoce por este referente.

¿Cuántos fantasmas se movilizan en sus fanáticos y patrióticos seguidores usualmente confundidos con tribus citadinas? ¿Acaso no es «la pasión por el fútbol» que gritan sus narradores deportivos lo que lleva a algunos varones —y cada día a más mujeres— a hacerse tatuajes, a pintarse sus caras y hasta a transformarse en criminales o suicidas? El fútbol se identifica cada día más como el deporte de las culturas urbanas. En forma paralela a este deporte fanatizado y erotizado llegan otras intervenciones de alto contenido fantasmal: el apareamiento del tercer cuerpo gay por las calles y por los medios, los *love parades*, que ha llevado a varios ciudadanos a expresar y a mostrar sus amores bajo la danza y las drogas como hecho público ciudadano, conciertos de todas las músicas que aprendieron del rock (siempre urbano) a agitar a muchas personas a la vez, o los graffitis y tantas intervenciones urbanas que se esparcen por las ciudades latinoamericanas y españolas con huellas de jóvenes transnacionales.

No hay pues realidades objetivas que atendamos en las

ciudades; son todas atravesadas por los fantasmas, en mayor o menor grado, abriéndose de este modo un cosmos de figuras opacas que pueblan las urbes y las conducen a destinos inverosímiles. Que el mal olor de una calle se siga sintiendo a pesar de que ya no exista, como se constató en la Hidalgo de Ciudad de México; que la «calle de las brujas», donde se venden cabezas disecadas de fetos de cordero en La Paz, sea el principal sitio turístico; que las construcciones con fachadas que parecen emerger de lo inconsciente figuradas por Gaudí en Barcelona sean las que más reconocen los catalanes, o que la elección libre de unas reinas de belleza se imponga como símbolo de democracias participativas en Caracas, son todos ejemplos sacados de las marcas ciudadanas iberoamericanas.

En este estudio, entonces, los croquis hechos por ciudadanos de las urbes reemplazan los mapas físicos. Mientras los mapas miran fríos y distantes a las ciudades, los croquis ven ciudadanos en acción ensoñándose; mientras los mapas visualizan límites concretos, los croquis sólo se ocupan de parentescos permeables y, en fin, la

ciudad de los mapas corresponde a las culturas urbanas de los croquis. De ahí que, avanzando en esta nueva cartografía psicológica, lleguemos a los puntos de vista ciudadanos que, ligados, forman nuevas territorialidades, como cuando varios individuos se apegan a una creencia religiosa o secular, compartiendo sus visiones. Así llegamos a los emblemas que representan por sustitución esos lugares, personajes o acontecimientos donde las personas, en compartidas proporciones simbólicas, definen y redefinen su urbe con su propia visión diaria. Si se trata de elegir un sitio que haga emblema en nuestras ciudades, no hay vacilación en estos diagramas colectivos que las autodefinen: Asunción es el centro; Barcelona, su Paseo de las Ramblas; Buenos Aires, la Boca; Bogotá, el cerro de Monserrate; Caracas, el monte Ávila; Ciudad de México, el Zócalo; Ciudad de Panamá, el Canal; La Paz, la iglesia de San Francisco; Lima, su mercado del centro; Montevideo, la calle de las Ramblas; Quito, su Plaza Grande; Santiago de Chile, la Plaza Italia; São Paulo, la Avenida Paulista.

Si uno se detiene por momentos puede observar que hay perso-

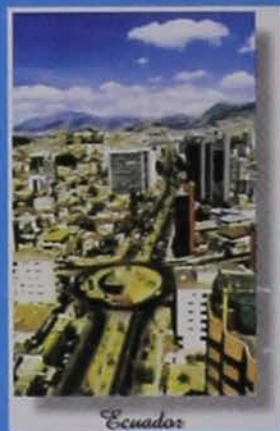
nas, hechos, sitios y hasta recuerdos fatales que pueden hacer emblemas. Por tanto, digámoslo, los emblemas se mueven, se desplazan, se transforman en otros, tienen vida propia en la medida en que los ciudadanos se los reinventan y los hacen insignia de sí mismos. Las sensaciones llegan a constituirse en alta valoración emblemática, como lo podemos ver de sus escalas cromáticas: seis ciudades son grises, Bogotá, Ciudad de México, La Paz, Lima, Santiago de Chile y São Paulo; mientras cuatro son azules, Barcelona, Montevideo, Quito y Ciudad de Panamá, y dos verdes, Buenos Aires y Caracas. Si uno se fuese por esta vía cromática y sensorial llegaría a una conclusión desconcertante: América Latina es gris. Cuando de otro lado sus ritmos musicales, sus climas (algunos tropicales), sus vidas signadas por cambios económicos y políticos bruscos parecerían enfilarse hacia otro color quizá más turbulento y activo en sus ondas físicas, pero las fantasías asociadas a infinidad de sucesos marcan los colores de las ciudades. Y éstos cambian con los hechos, como construcción cultural que son.

La ciudad desde los imaginarios urbanos atenderá así a la

construcción de sus realidades sociales y a sus modos de vivirlas y proponerlas. Lo imaginario antecede al uso social y puede ser aún más determinante en su enunciación: los imaginarios urbanos son la realidad social construida desde los habitantes. El mundo se vive según las percepciones que se tengan de él, y al participar éstas dentro de conglomerados amplios, complejos y de contacto como son las ciudades, adquieren mayor contundencia en su definición grupal. Esta manera de entender las ciudades será un signo propio de la modernidad secular. La modernidad desarrolla la capacidad de resolución personal y subjetiva, lo que nos permite definir cada conglomerado según los propios fantasmas que determinan la visión del mundo.

En mi condición de director de esta emocionante expedición por tantas ciudades que nos permiten en sus letras e imágenes saltar de la una a la otra como si fuesen del mismo mapa, expreso gratitud y afecto largo y sincero a todos los colegas, investigadores, patrocinadores, gestores y ciudadanos que nos han permitido soñar de día para concluir este intenso trabajo. Este enorme y

nuevo croquis de tantas ciudades, que por aparecer juntas van a ganar cierta hermandad, nos permitirá crear nexos de afinidad o contraste entre unos y otros. Los seres urbanos, que desde el inicio de las ciudades han aspirado a ser libres y autónomos, exigen cada vez más un panorama de reconocimiento público de sus deseos de intimidad cotidiana. La ciudad imaginada por los ciudadanos es de naturaleza estética, sin duda. Pero la conquista de sus logros la hace política. Quizá «culturas urbanas» le apueste a edificar sobre lo ya hecho, a construir futuro. Los imaginarios sociales sueñan hacia adelante. Por esto son diurnos y reconocibles, para ser poblados todos los días y todas sus noches sin fin alguno.





La ciudad



I. Ciudad

Ciudad blanca, ambientes oscuros

Quito se enfunda
en su sábana gris
desaparece

Lluvia tenaz
sobre los muros blancos
hasta borrarlos

Torres de iglesias
y ángeles de albayalde
cayendo en cruz

Luego el crepúsculo
cobre, masa del aire
impresa al fuego

Hacia el final
las nubes oscurecen
sobre esa mole,

negro Pichincha
que aplasta la ciudad
Es una cripta

Iván Carvajal'

Quito, bautizada como la cara de Dios, la ciudad del cielo despejado, azul, y de las «noches estrelladas», despierta muchas veces cubierta con un denso velo de esmog y neblina. Es la ciudad de las nubes, a decir de los antiguos cronistas de Indias; la ciudad del

sol vertical que se abrazó de las montañas y creció larga y angosta, como serpiente. Es la Luz de América, la ciudad para vivir, la ciudad de la Virgen, de las cuatro estaciones en un mismo día, la ciudad Patrimonio, la ciudad de la Mitad del Mundo y de la Línea Equinoccial. Pero ante todo es la ciudad del volcán, ubicada entre montañas y a la considerable altura de 2.800 metros sobre el nivel del

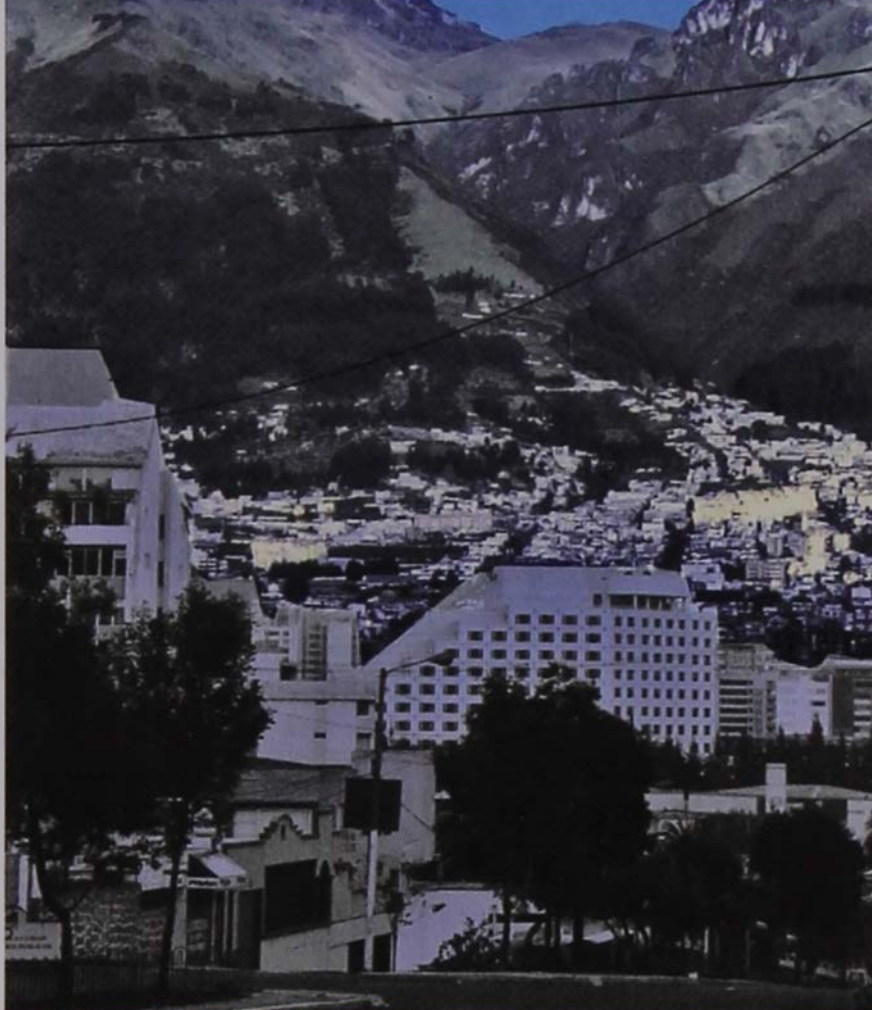
Desde el portal de La Compañía,
en el centro histórico



mar. También es la ciudad de los zaguanes, de las callecitas estrechas y laberínticas, de la melancolía y del pasillo, de la tristeza de una tarde con lluvia torrencial que casi siempre llega después de un radiante sol de aguas que convierte las calles en ríos.

Todo esto se dice de Quito. Pero, ¿por qué? ¿Cuáles son las condiciones de producción de un tipo de representaciones en lugar de otras? ¿Cuándo se hace uso de ellas y bajo qué circunstancias? Se puede pasar revista de ellas en las imágenes y en los textos para turistas, en los libros escolares y en el habla de la gente. ¿De qué modo circulan estas representaciones? Se trata de estereotipos, lugares comunes, formas de prefigurar el futuro o de representar la nostalgia. Muchas de las cuales pretenden encontrar esencias, elementos fijos ahí donde hay una arquitectura, un espacio y un mundo social en movimiento.

Los habitantes de Quito tienen una relación de amor y odio con la ciudad; una conexión extraña, que se alimenta de nostalgias de la ciudad pequeña en contraste con la urbe que crece ecléctica y desordenada. La ciudad es «linda», dice el 28% de los entrevistados cuando



Quito azul desde la Plaza Artigas

se les pregunta con qué identifican a Quito², sin embargo, ninguna ciudad puede ser definida como linda, divertida o alegre, ni, por el contrario, como fea, aburrida o triste. Existe, es cierto, un sentido común que se basa en prenociones o preconceptos, que permite moverse en el entramado social, clasificar los distintos espacios mucho antes de hacer uso de ellos, desarrollar un «olfato de clase». Una ciudad como una persona tiene distintos rostros, formas, facetas y máscaras; todo depende del cristal con que se mire.



Niño escondido en El Panecillo

Hay quienes definen a Quito como una ciudad tranquila a pesar de que los índices de inseguridad crecen: «todavía Quito es un paraíso, una ciudad para vivir», se dice con cierta calma, sobre todo cuando se la compara con sus vecinas, Bogotá o Lima. No obstante, se suele ignorar que incluso el paraíso tiene un infierno como contrapartida.

Quito es, para comenzar, una ciudad que vive en dos tiempos y que está fragmentada entre un sur y un norte que se desconocen y se ignoran, y un centro barroco que guarda el sello colonial y cuya ar-

quitectura impresiona y encanta. Pero ni el sur ni el norte tienen ahora un espacio delimitado, fijo: en el norte hay muchos sures, y en el sur existen zonas económicas y culturalmente mucho más cercanas a la imagen del norte. Además de eso, ya nadie puede hablar de un solo Centro, ni en términos de su ubicación ni de referentes simbólicos.

Quito, tipificada como ciudad colonial, vive, no obstante, el vértigo de la ciudad moderna, de los embotellamientos de tránsito, de los centros comerciales y las vitrinas. En este sentido, conserva muchas formas rituales basadas en la costumbre colonial, al mismo tiempo que se halla lanzada a la dinámica de cambios culturales propios de los tiempos modernos. Vive apacible en épocas de crisis —una pasividad que a veces se confunde con la inercia, el desasosiego y el desgano— pero simultáneamente es escenario de grandes estallidos sociales como los que condujeron a la caída de los gobiernos de Abdalá Bucaram y de Jamil Mahuad.

La urbanización ha invadido las antiguas zonas agrarias, sin embargo, la vida del campo todavía se siente; no es extraño encon-

trar en los barrios de la periferia, en medio del tráfico, pastores con ovejas, burros y vacas que venden su leche en la avenida Morán Valverde, al sur, o en los barrios del occidente, hacia el Pichincha. Tampoco es raro encontrarse con el baile ritual de la yumbada en barrios aparentemente modernos pero que en realidad fueron antiguos asentamientos indígenas, como San Isidro del Inca, Guápulo o Santa Clara de San Millán.

Quito, por ser la capital, es también la ciudad de la burocracia y de los engorrosos trámites que tienen relación con las instituciones ministeriales y gubernamentales. La ciudad lleva como estigma el «centralismo» del que es acusada por el resto de provincias del país: «Quito viene del verbo quitar..., f. Guayaquil», dice un grafiti en una de sus paredes, aunque poco a poco se ha planteado la necesidad de la descentralización.

De acuerdo con el censo de población realizado en 2001, la ciudad tiene 1.413.694 habitantes, pero si se suman las 65 parroquias metropolitanas centrales y suburbanas, la cifra llega a 1.841.200. Quito es, sin duda, una ciudad joven; más del 40% de sus habitantes tiene menos de 15 años, la

densidad de habitantes es de 75,2 personas por hectárea. Es una ciudad con más mujeres (Quito: 730.013, Distrito Metropolitano: 946.705) que hombres (Quito: 683.681, Distrito Metropolitano: 894.495), y su crecimiento real comenzó hace apenas 40 años.

Quito es una ciudad de locos y vagabundos que duermen en los portales de las iglesias cubiertos con papel periódico; de borrachitos trasnochados perdidos en las esquinas tratando de buscar equilibrio en los postes y en los muros. Es la ciudad de las tiendas de barrio en la que «hoy no se fía, mañana sí». La de los cachineros, de los vendedores informales de repuestos de autos, franelas, álbumes de fotos, discos piratas y drogas; la de los niños pobres que limpian vidrios y hacen piruetas frente a los autos; la ciudad también es un circo cuyos números centrales son tragafuegos, robots vivientes, mendigos tullidos y mujeres con niños enfermos atados a un suero en plena acera, jóvenes *yuppies*, en sus ternos y bien vestidos que venden flores para saber que la vida es dura por mandato de una escuela de superación personal y travestidos que posan en las esquinas de La Mariscal. Es la

urbe del canelazo y el acordeón que todavía da vida a esos portales viejos de San Francisco o Santo Domingo y que convive con aquellos funámbulos, malabaristas, que detienen el tráfico en las grandes avenidas. Quito es, también, la ciudad de los perros sin dueño que caminan por las estrechas y dormidas avenidas; los hay famélicos que aúllan en las noches de luna; los sarnosos que asoman muertos –atropellados– en las calles y los tristes y olvidados canes que miran de un lado a otro antes de cruzar la calle como el más atento de los peatones³.

Quito está dividida en tres zonas determinadas por su difícil geografía, por las montañas, las quebradas⁴ y por un río ya inexistente. En el norte está la Quito moderna, esa que creció con el petróleo y donde se erigen hoy grandes estructuras urbanas y comerciales, pero también los nuevos barrios marginales pegados a la montaña, allí donde resulta inadmisiblemente construir; en el Centro está la Quito antigua, calificada como colonial aunque la mayoría de edificaciones sean del siglo XIX y de las primeras décadas del XX; en el sur y los valles, se encuentran lo que hoy son las ciudades saté-

tes. En un mapa imaginario, Quito puede dibujarse como una mano en cuya palma se trazó la ciudad y cuyos dedos son los valles de Tumbaco, Cumbayá, Sangolquí, San Rafael y Conocoto.

Quito es una ciudad compleja que seduce con su paisaje y con su centro histórico al extranjero, al tiempo que produce cierta claustrofobia al propio quiteño que sueña con quitar de en medio al Pichincha –ese Pichincha que se vuelve una oscura mole, una gigantesca pared– para así poder ver algún día el mar...

Cualidades urbanas

No interesa tanto comprender las cualidades como tales, sino captar las distintas representaciones sociales en sus interrelaciones. Toda materia urbana –o urbanizada– es de por sí un programa social que conserva sus orígenes e historia, pero que también se transforma. No se trata, entonces, de encontrar sustancias permanentes o comprobables, sino de revelar las relaciones que hacen posibles la vida y sus contactos.

Las percepciones proyectadas de los ciudadanos en una ciudad son imaginarias por varios motivos: porque cada cual es hijo de las



Volcán Pichincha

cualidades de sus culturas, porque cada cual vive lo que cree como su realidad y por una razón no menos importante: lo que cada cual imagina está vinculado con su visión de futuro.

Hay cualidades determinantes en cada ciudad: el trazo urbano, las sensaciones, las escalas cromáticas, los sonidos y los sitios de reunión, sin embargo, sobre todas estas características urbanas, hay una que cualifica de un modo determinante a Quito: la presencia del volcán.

La ciudad y el volcán

Geografía e historia marcan la vida quiteña. El volcán Pichincha no sólo es un vecino que de vez en cuando echa humo, cenizas y vapores, sino que su quebrado terre-

no ha determinado la distribución y el crecimiento de la ciudad. Una antigua leyenda cuenta cómo los más remotos habitantes se refugiaron en las cumbres del volcán Pichincha, huyendo del diluvio que anegó la Tierra, y sólo volvieron a bajar cuando un quitu (paloma torcaz, en quichua), con un retoño en el pico, les avisó que la inundación ya había pasado.

Erigida sobre las ruinas de un antiguo centro aborigen de los shyris y fundada por los españoles el 6 de diciembre de 1534, la ciudad ocupa laderas, baja a los valles, serpentea a través de callejones y se abre en amplias avenidas; zigzaguea, sorteando colinas y quebradas. Ludwig Bemelmans, al referirse a Quito, dice que «la más antigua ciudad

del Nuevo Mundo, aparentemente se ha construido sobre una sumida montaña rusa».

La intensa construcción que se inició para sentar las bases de la vida colonial española puso énfasis en las edificaciones religiosas con sus plazoletas y plazas. En torno a estos monumentos se señaló y distribuyó el trazo de las calles más importantes. Alrededor de la Plaza de la Fundación, lugar elegido por Sebastián de Benalcázar, se sitúan las calles Benalcázar, Olmedo, Cuenca y Mejía. En torno al convento de El Carmen Bajo, la Venezuela, la Olmedo, la Manabí y la Guayaquil. Quito fue uno de los principales centros artísticos de la Colonia, los diversos oficios de la Escuela Quiteña, la religión y los acontecimientos dieron nombre y vida a la ciudad. Los sucesos históricos y las personalidades políticas, científicas y artísticas nombran las

actuales: García Moreno, Eloy Alfaro, Sucre, Olmedo, Espejo.

La ciudad se hizo, de acuerdo con las ordenanzas de España, con un plano en damero que incluía 51 solares repartidos entre 204 vecinos españoles. El trazado era recto, y los solares, cuadrados. Se estima que el plano inicial de división abarcaba unos 700 metros. La actual calle Benalcázar, conocida como calle Real y construida sobre una antigua ruta indígena que unía Cotocollao con Chillo Gallo, fue una de las primeras de la ciudad.

La ciudad española se instaló entre dos quebradas y se desarrolló alrededor de la plaza principal donde se levantó la Catedral. A partir de ese elemento central se construyeron cuatro conventos: San Francisco, al oeste; La Merced, al norte; Santo Domingo, al sur y San Agustín, al este. Alrededor de la plaza principal –Plaza Grande–

Vista de El Cayambe desde el barrio San Juan



se agruparon todos los poderes: el Palacio Presidencial –o Palacio de Carondelet–, el Municipio, la Catedral y el Palacio Arzobispal. La segunda plaza fue destinada al mercado y se situó frente al futuro convento de los franciscanos, del que tomó su nombre: Plaza de San Francisco, mientras el convento de los dominicanos daba a la tercera plaza, llamada de Santo Domingo.

La ciudad de fines del siglo xvi tenía 25 mil habitantes y su extensión era de 96 hectáreas con 52 manzanas, según lo demuestran los planos de Alcedo y Herrera y La Condamine. El espacio urbano se encargaba de separar a las poblaciones blancas de las indígenas; de este modo, las primeras vivían alrededor de las plazas, mientras que las segundas se ubicaban en los alrededores. Poco a poco los españoles fueron construyendo sus casas según el mismo modelo hispánico, de ahí que hasta hoy, aquellas poblaciones que se forman en zonas rurales mantengan el plano en damero. No hay barrio que no tenga su iglesia y su plaza central: San Sebastián y San Blas, Santa Bárbara, San Roque y San Marcos. Las órdenes religiosas llegaron con la Conquista y dejaron su huella: convento, iglesia, capilla,

colegio, biblioteca, convento anexo o recoleta.

Durante la Colonia, llegaron arquitectos, artistas, carpinteros y albañiles para edificar, pintar o tallar la ciudad de las iglesias y trabajaron junto a los artistas mestizos e indígenas de la Escuela Quiteña: Caspicara, Goríbar, Miguel de Santiago y Bernardo de Legarda.

La religión marcaba la vida cotidiana, en su arquitectura, en su arte y en sus manifestaciones culturales. Quito sufrió también las pestes, epidemias y sequías. «Al final del siglo xviii, Quito parecía un pueblo provinciano en comparación con Lima; bajo la influencia española, su cultura seguía siendo primordialmente religiosa mas no europea. Los quiteños se unían en una cofradía para una procesión, luchaban por Dios y contra el rey o a favor del rey, por la Independencia o contra ésta»⁵.

Durante los gobiernos de Gabriel García Moreno (1859-1865 y 1869-1875) se hicieron los cambios más significativos en la urbanística, se construyeron nuevos edificios públicos, las primeras obras de infraestructura urbana y el Panóptico, se remodelaron el Municipio y el Sanatorio. Los ar-

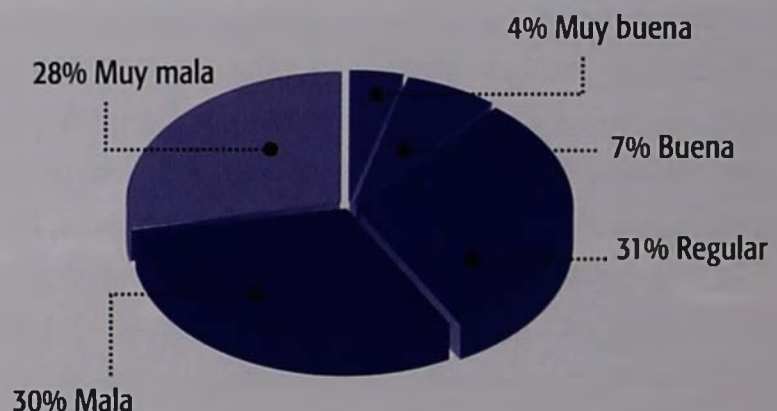
quitectos Menten y Kolberg construyeron el Observatorio Astronómico en La Alameda, y Aulestia el puente sobre el río Machángara. Aparecieron edificios como el Teatro Sucre y la Escuela de Bellas Artes (donde hoy funciona la Corte Suprema de Justicia, en la calle Chile). Brugier y Kolberg renovaron la Plaza Grande y el inglés Thomas Reed construyó la casa de García Moreno en la Guayaquil con Rocafuerte. A finales de 1800, se empezó a construir la Basílica del Voto Nacional, cuyos planos fueron preparados por el arquitecto Emile Tailer y cuya realización tomó un siglo.

A finales del siglo XIX y principios del XX, Quito creció lentamente: 500 hectáreas entre 1888 y 1930. En ese entonces, Quito en-

contraba sus límites en El Panecillo y el nuevo cementerio que colinda con el Convento de San Diego, en el sur. Hacia el norte terminaba en La Alameda, en dirección a las lagunas de Iñaquito. Y los barrios Aguarico y La Colmena se volvían sus límites hacia el sudeste.

En esta época, el estilo neoclásico imperó en la arquitectura de la ciudad. Se construyeron edificios como el Teatro Sucre (Schmidt, 1892), el Correo (Ridder, 1920), el Círculo Militar o el Mercado Sur, el Banco Central del Ecuador y la Caja de Pensiones (Donoso). Asimismo, se erigieron diferentes parques urbanos como La Alameda y El Ejido. Las villas del barrio Mariscal Sucre (hoy La Mariscal), casi todas blancas, con portones y ro-

Gráfica 1
¿Cómo califica usted la vida en Quito?



deadas de jardines, ocuparon los terrenos planos del norte y se convirtieron en zonas residenciales.

La Nueva Escuela Politécnica formaba a los primeros ingenieros y el Municipio firmaba acuerdos con arquitectos del exterior como los italianos Durini, Giacomo Radiconcini y Antonino Russo y el portugués Raúl Pereira. De igual manera, los ecuatorianos Juan Pablo Sanz, Alejandrino Velasco, Pedro Aulestia y Lino M. Flor, entre otros, proyectaron a principios del siglo XX la construcción de la nueva ciudad y diseñaron las casas modernas de las grandes familias de Quito y de los primeros barrios del norte.

El gran crecimiento llegó en 1930. Los edificios modernos modificaron el perfil urbano de la ciudad y los estilos arquitectónicos cambiaron. La avenida Campos Elíseos se convirtió en la 18 de Septiembre y la avenida Centenario, en la Amazonas. La ciudad se organizó conforme a los principios del funcionalismo y se crearon nuevos ejes viales. Aldeas como Guápulo, Cotocollao y Conocoto se transformaron en zonas urbanas, el centro crecía, el sur se convirtió en zona industrial y de vivienda de las clases popula-

res, y en el norte se asentaron las clases más acomodadas, los colegios y la Ciudad Universitaria. La clase media y las industrias se instalaron, años más tarde, tanto al norte como al sur. La primera casa de bloque –edificio de departamentos– se construyó en 1960. Torres cada vez más altas se levantaron en las avenidas del norte y, en pocos años, las casas de La Mariscal se transformaron en restaurantes y bares.

Cambios y transformaciones que siempre sucedieron al pie del volcán, pese a las ordenanzas que han pretendido impedir que el ascenso siga... El Pichincha obligó a Quito a estirarse en sus extremos norte y sur y a sobrepasar los 3.000 metros autorizados en las laderas.

El volcán es protagonista de la vida quiteña. Está ahí, amenazante, vigilante. El peso del volcán es la culpa, ese sentimiento que ahoga al quiteño en particular y al ecuatoriano en general. Si el volcán es fuerte y bello, al quiteño se lo ve feo y débil. Este volcán es como un dios omnipresente; que aturde, que observa e impresiona. El Pichincha vuelve al quiteño timorato, receloso, propenso a la incertidumbre y a la desconfianza.

El quiteño no cambiará mientras no vea al volcán con otros ojos. No es lo mismo mirar el mar que mirar un volcán. Los quiteños tenemos el alma estremecida por el temor y el temblor. Como dice el escritor Juan Manuel Rodríguez: «el alma quiteña no se puede comprender sin la influencia del volcán».

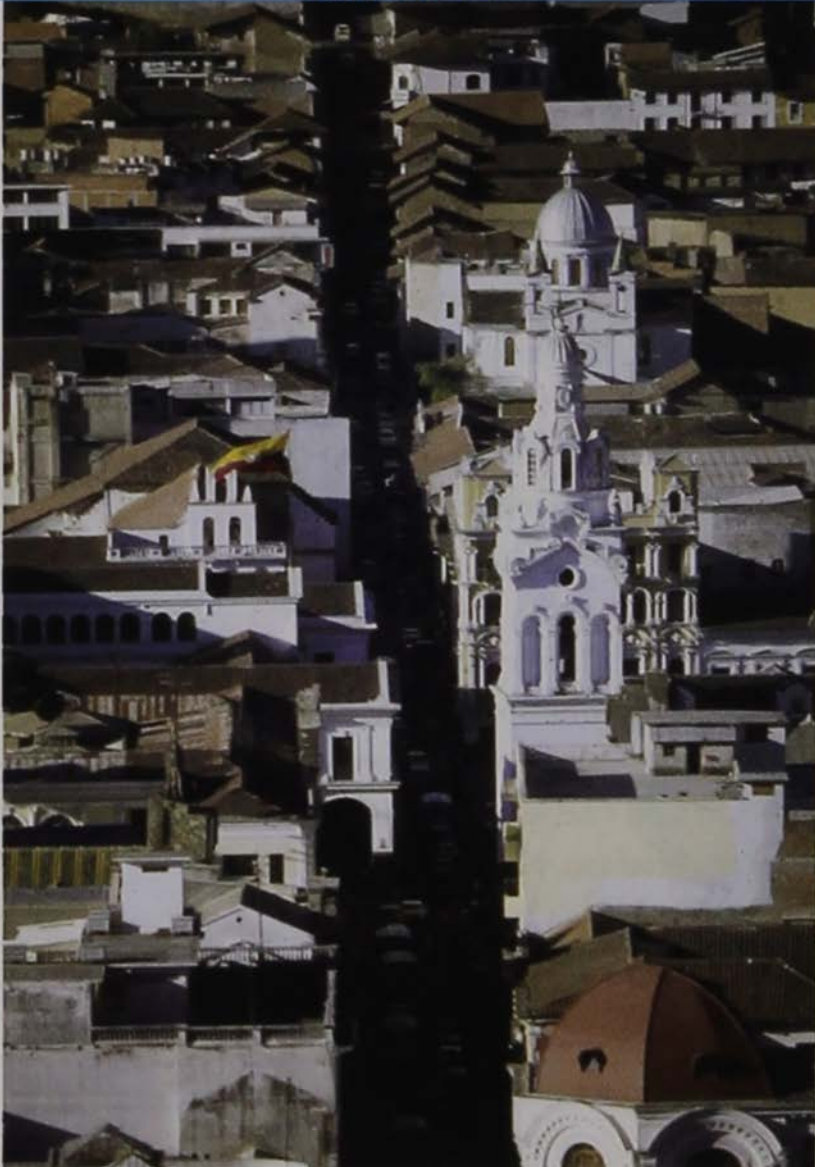
Hoy Quito se apresta a jugar con el volcán desde un moderno teleférico –con parque de diversio-

nes, restaurante y templo incluido– para descender por él y contemplar la ciudad desde los aires. Tal vez ahí el placer de volar reemplaza al miedo de su omnipresencia.

Quito es azul, blanca y gris

¿Cómo imaginan los ciudadanos a Quito? Sus habitantes la imaginan azul (48,7%), aunque gracias al esmog es cada vez más difícil encontrarse con un cielo despejado y límpido. A veces la ven blanca o gris, tal vez por los días de frío y lluvia y de esa neblina que lo empaña todo y que la hace parecer Londres. Quito es en el imaginario azul y blanca (20,7%), acaso por una vieja ordenanza municipal en la alcaldía de Jaime del Castillo (1967) que impuso que el centro histórico se pintara con esos colores: blancas las fachadas y azul añil los balcones. En realidad, si se ve a Quito desde el aire, es una medialuna entre gris –el gris del cemento y del concreto de sus edificaciones más modernas– y blanca –el de las paredes de las casas coloniales logradas con cola, calcimina y yema de huevo–, con ligeros matices de color pastel –amarillos, rosas, verdes y celestes– cuya presencia se hace constante en el sur.

Centro histórico





Quito: ciudad blanca, cielo azul

La expansión urbana plantea la distinción de la ciudad colonial con la ciudad moderna, dando lugar al nacimiento del llamado centro histórico. En 1966 se delimita por primera vez el área y se definen políticas de preservación, entre ellas, el establecimiento de la uniformidad a través del uso generalizado y combinado del color blanco con el azul añil.

La introducción del blanco en este período estuvo cargada de una fuerte polémica, beneficiosa en cuanto permitió que triunfara el urbanismo sobre la tendencia del monumentalismo aislado. El valor del centro histórico consiguió reconocerse desde aquel momento por las características de la trama urbana, la homogeneidad de la arquitectura civil y el valor monumental de ciertos edificios.

Hoy la propuesta del blanco ya no tiene validez como totalidad, si

este color permitió revalorizar el urbanismo, la policromía permitirá recuperar la arquitectura. Pero a diferencia de la policromía de mediados del siglo pasado, la de ahora tendrá que ser acorde con la tecnología actual y con la perspectiva de potenciación del urbanismo. Que sea ya no un factor que incremente la segregación urbana, sino que permita la lectura de los símbolos que han sido acumulados a lo largo de la historia. Que no sea un mero historicismo de recuperar el pasado a través de los colores anteriores, sino que se utilice para que el conjunto de las simbologías superpuestas puedan ser leídas en el contexto de la transición de la sociedad actual.

El color del centro histórico de Quito es un tema recurrente a lo largo de la historia de la ciudad desde distintas perspectivas en las cuales el color ha tenido diversas



En la plaza de San Francisco, bajando del atrio

motivaciones. Este ir y venir de la cromática ha estado cargado de gran polémica y debate que han conducido a la alineación de la población a favor o en contra de la propuesta de innovación. La gran riqueza del color es más que un asunto meramente formal o de imagen de ciudad, que sólo encuentra solución en cada momento histórico. El color se presenta como un fenómeno, entre otros, de la diferenciación social (grupos sociales), de la estructura de la sociedad (colonial, feudal y capitalista) y de los modelos de sociedad en ciernes (modernidad, progreso). La arquitectura y el urbanismo son sistemas de significados en los que la luz aporta mucho, siendo imposible separar la función de la forma, y el material, de su color. Por eso es que históricamente el uso del color ha estado vinculado

a las formas de lectura de los símbolos sociales, culturales, políticos y económicos.

En el proceso de desarrollo del centro histórico de la ciudad, según Rocío Pazmiño, se pueden percibir varios momentos claramente diferenciados: el primero, bajo el predominio de la arquitectura de la Colonia, que se caracteriza por la sencillez y escasa ornamentación en sus fachadas, propias de una estructura que vive hacia el interior y que, en consecuencia, arquitectónicamente es rica hacia adentro y más bien pobre hacia afuera. Tal arquitectura viene de una tipología que se define a partir del patio tradicional andaluz, como eje de desarrollo posterior de las galerías y habitaciones. En este período existe un predominio del blanco en las fachadas combinado con el color de



la escasa pigmentación de las calciminas existentes en la región y de los materiales de construcción de los cimientos y columnas de piedra, de la mampostería de adobe o de ladrillo, de la madera de los pisos, cubierta y estructura, de la teja de barro cocido, entre otros. Esto contrasta con los «pueblos de indios», al extremo que se expresa en una ciudad de blancos y otra de indígenas.

Posteriormente, y a partir del siglo XVI, se desarrolla la arquitectura con un segundo piso y con una mayor preocupación por la ornamentación exterior de las edificaciones, que se expresa en la

construcción de los balcones, poyos, celosías y una mayor presencia del color. Esta situación no elimina la diferencia de la mayor calidad arquitectónica del interior sobre el exterior, sino que más bien añade un nuevo sentido a la distinción: individualización entre edificios como expresión de la nueva diferencia social introducida por la modernidad. Para mediados del siglo XIX, el nuevo aspecto de las fachadas es notable por la introducción de pilastras, cornisas de coronación sobre puertas y ventanas, propios de la arquitectura europea no española.

Con el advenimiento de la Independencia se crean los gobiernos locales que deben asumir la gestión de la ciudad en las áreas de salubridad, obras públicas, instrucción, seguridad, etc. En este contexto, el Código de Policía aprobado en 1830 vela por el ornato y la solidez de los edificios, disponiendo que cada dos años se pinten las casas de blanco, y de otros colores los balcones y zócalos; que no se vuelen las ventanas y balcones, y que se reparen las edificaciones que amenacen ruina; que no se construyan poyos ni pretilas, se mantenga la uniformidad, etc.

En 1875 se menciona por primera vez la alternativa de introducir el color en las fachadas, esto en el contexto de la inserción del país al mercado mundial y de la configuración de nuevas formas de diferenciación sociourbanas. Las clases altas buscan maneras de ornamentación que rompan con la tradicional sencillez y blancura de la arquitectura de la Colonia, adoptando el neoclásico, el historicismo, el *art nouveau* y el funcionalismo. Así, se incorpora el color paulatinamente de la periferia hacia el centro. La necesidad social de la ornamentación lleva a los sectores populares a incorporar el color –por sus bajos costos– ya como una proyección de los símbolos dominantes del momento, ya como parte de su propia cultura.

A inicios del siglo xx entra la pintura al óleo, principalmente a partir de los edificios públicos, como los mercados y el Palacio Municipal, donde se dan disposiciones para consolidar la tendencia policromática que, posteriormente, continuará con fuerza en la arquitectura civil. En las ordenanzas de aseo y salubridad existe especial atención en la utilización del color, no sólo como elemento deco-

rativo sino también por la necesidad de crear condiciones higiénicas en ciertos locales destinados a la venta de comida.

La reutilización del blanco se inicia nuevamente en 1919, en contraposición a la caótica imagen urbana que produce el comercio y su uso indiscriminado del color. Sin embargo, se observa un auge de la policromía a mediados del siglo, que se inicia con el proceso de expansión urbana de comienzos de la centuria y la relocalización residencial de los sectores económicos hacia el norte.

Quito tiene muchos más colores si se hurga en esas fachadas aparentemente blancas y azules del Centro. De ahí los planes de recuperación del color emprendidos por el Municipio en 1994. Algunas casas volvieron al color rosa, al amarillo, al marrón, al ocre de sus fachadas. En el Centro hay presencia de múltiples colores, un tipo de *kitsch* que se encuentra en los bazares, tiendas y en las calles y mercados que no sólo se visitan de todos los colores sino que tiene todo tipo de sonidos.

Intensamente azul también es el alba quiteña y azul es el crepúsculo de la «franciscana ciudad». Sobre todo entre junio y septiem-

bre, después de atardeceres que tiñen el cielo de rojo, la ciudad se vuelve azul, tan azul como los paisajes naif que pintó Gonzalo Endara Crow, en los que trenes multicolores viajaban por los cielos de Quito, rodeando a ese Pichincha que a veces es verde, y otras, azul o negro.

Pocos califican a Quito de ciudad verde (7,3%), tal vez como advertencia: la ciudad trepó hacia las faldas del Pichincha y devoró los bosques, lo mismo pasó hacia el oriente donde acabó con El Batán y trepó hacia el Itchimbía y, con el Centro, donde se pobló a El Panecillo. Poco de verde le queda a ese Quito rodeado de montañas: en la ciudad existen alrededor de 1.800 parques, pero la mayoría de ellos son espacios polvorientos y descuidados. Hoy solamente 1.170 hectáreas de la ciudad son área verde⁶, lo que significa que Quito está en el límite: la proporción entre área verde por habitante es de 8 m² y, según la Organización de las Naciones Unidas, esta relación debe ser de 12 m² de bosques por habitante.

De esta forma, a Quito le falta verde, le faltan árboles que den sombra y parques que le den color. Los jardines –donde los hay– nun-

ca dan a la calle, por lo tanto, nunca se vuelven espacio público. Más bien están ocultos tras enormes muros, casi siempre forrados de hiedra, como para que no se vean; incluso en los grandes condominios, los jardines suelen ser interiores, privilegiando o demarcando espacios privados, íntimos, secretos. En las zonas de expansión urbana como Cumbayá y Tumbaco los propietarios no sólo han terminado con las antiguas cercas naturales de cactus, guantos, lecheros, sino que se han encerrado tras grandes muros escondiendo sus casas y jardines.

Ensueños, edredones y Demonio de Tasmania



A pesar del poco verde, Quito es hábitat de variadas especies de aves. Según el inventario de Juan Manuel Carrión⁷, hay tórtolas, jilgueros, quindes, colibríes, pájaros de pecho amarillo y petirrojos, que se dejan ver de repente en las mañanas en cualquier jardín y en una serie de sitios prodigiosos: la quebrada de Ashintaco en el Parque Metropolitano de Quito, el cerro Unguí –al sur de la ciudad–, los páramos de Guamaní y Papallacta –al oriente–, el bosque Protector Pasochoa –junto a Amaguaña–, el bosque Yanacocha –al noroccidente–, el camino Nono-Tandayapa, el parque Jerusalén o los bosques secos de Guayllabamba. La variedad es inmensa y comprende, entre las más comunes, a la garza del ganado, el gallinazo, el quilico, la cuturpillita, el quinde herrero o el quinde colilargo, el mirlo y el pájaro carpintero.

Así como azulejos y huriachuros, también es posible ver en la ciudad una vegetación variada, nativa o no: arupos que crecen y que dan color –rosas, violetas y blancos– y árboles de maple, casi siempre dorados, en algunas calles de La Mariscal.

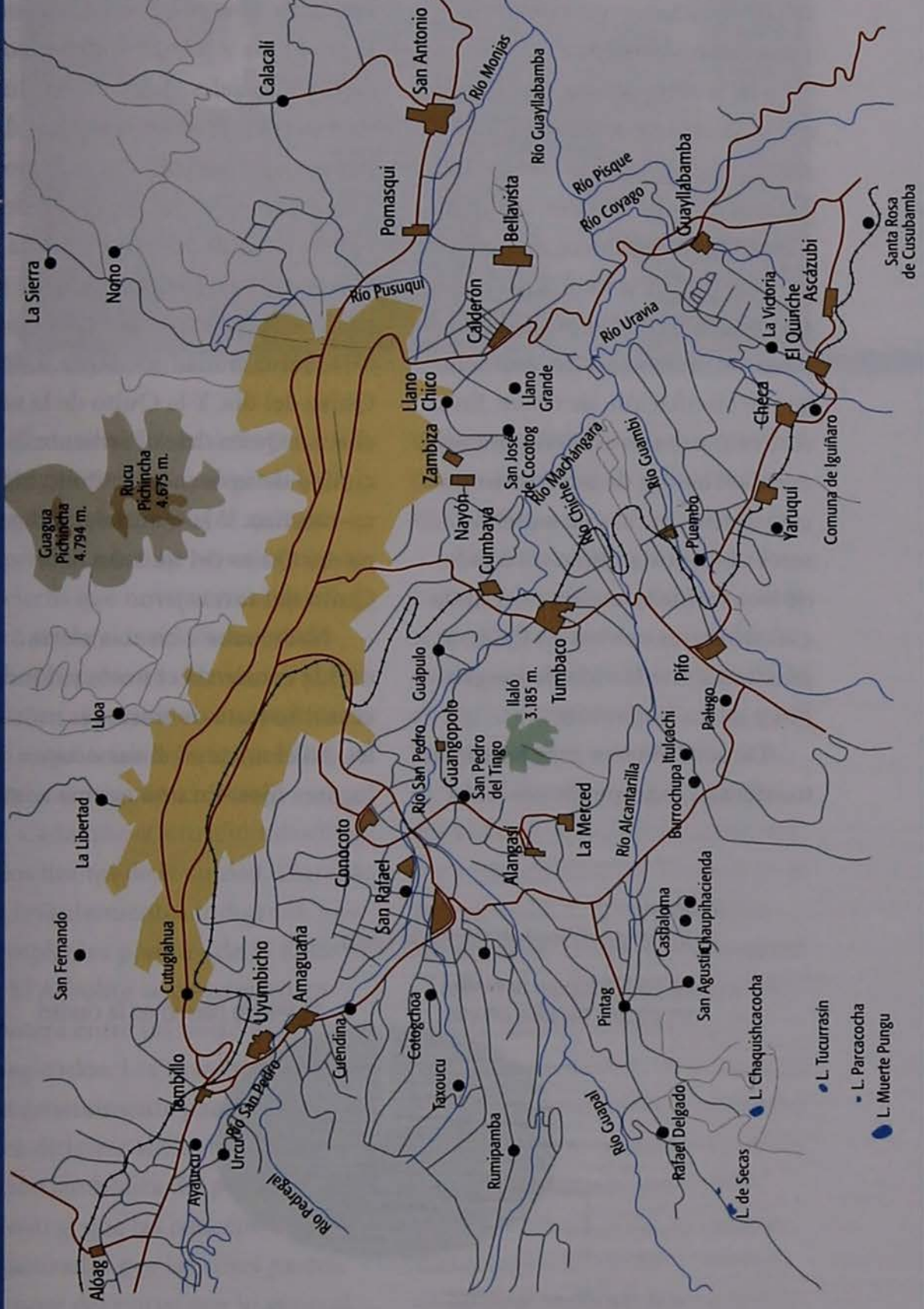
De este modo, Quito también es café, marrón, en la seca y polvo-

riente ciudad Mitad del Mundo y en Carcelén. El gris y el blanco predominan en la ciudad cuando se la ve desde el Itchimbía, desde San Juan o desde El Panecillo. El petróleo la volvió así. La modernidad y el desarrollo la vistieron de concreto y los edificios crecieron como hongos. Los matices de gris también están en las mañanas de invierno y, sin duda, la ciudad es intensamente gris en los extraños días en que la ceniza volcánica –del Guagua Pichincha o del Reventador– cubre calles, tejados y plazas, y obliga a los ciudadanos a respirar con mascarillas en un paisaje en el que el sol se muestra palúdico.

La ciudad de las fronteras o los varios Quitos

La imbricada geografía de Quito la convierte en una ciudad fragmentada. Una ciudad de fronteras. Líneas imaginarias que nacen de los montes y quebradas de una ciudad que se parece a una montaña rusa. El Pichincha, el río Machángara, El Panecillo, el Itchimbía y los valles, han contribuido a dar la impresión de una ciudad dividida. El trole y los túneles de la Avenida Occidental intentan conectarla, pero en reali-

Área Metropolitana de Quito



dad acentúan la idea de que existen dos ciudades que conviven, pero que no conversan.

Las fronteras son construcciones sociales que marcan límites entre países, ciudades, cantones, barrios, grupos sociales, culturas. Una frontera establece una separación pero al mismo tiempo puede ser concebida como posibilidad de pasar de un sitio a otro, como lugar de circulación, de cruce. En el contexto urbano contemporáneo es difícil hablar de adscripciones o características fijas de aquellos seres ubicados a uno u otro lado de una frontera, aunque sin duda esas fronteras existen en Quito y gravitan sobre la vida de los grupos y de los individuos.

De acuerdo con esas múltiples fronteras, Quito puede ser leído

como varios Quitos. Los límites son marcados por el espacio, por la geografía y principalmente por factores sociales. Además, en Quito coexisten diversas temporalidades. La urbe sería la suma de esos pequeños «Quitos». La Quito del Norte. La Quito del Centro. Y la Quito del Sur. La Quito pegada al campo y atravesada por el campo. Y la Quito ciudad moderna. La Quito del día. Y la Quito de la noche. La Quito del sol ardiente. Y la ciudad de invierno. La Quito blanco-mestizo. Y la Quito del indígena. La Quito del quiteño. Y la Quito del extranjero.

Nadie sabe a ciencia cierta dónde comienza el norte y dónde el sur. Se trata de fronteras móviles. Ni el norte ni el sur ocupan lugares fijos. En una misma zona

Gráfica 2
Procedencia de los habitantes de Quito





En la calle Ipiales, mujer junto a mujer de cartón piedra

pueden coexistir sectores profesionales y populares, indígenas y blanco-mestizos. No es que no dependan unos de otros, tampoco es cierto que no se comuniquen, pero se trata de relaciones y contactos basados en diferencias culturales, en separaciones incorporadas a la cotidianidad y que, por lo general, no son conscientes.

Cada nueva situación desdibuja los límites de la ciudad. Durante los levantamientos indígenas, por ejemplo, los parques de El Ejido y de El Arbolito se convierten en frontera entre un norte y un sur imaginados. Las marchas indígenas generalmente parten de ahí para dirigirse al Centro —representación simbólica del poder—, mientras que las concentraciones organizadas por las élites parten siempre del norte, por lo general

de la avenida de los Shyris junto al parque La Carolina para terminar en El Ejido.

Quienes viven en Calderón piensan en «llegar a Quito» como si se tratara de otra ciudad. Para quienes trabajan en el sur, el norte es algo remoto. Asimismo, quienes viven en el sur y están en proceso de ascenso social, llegar a pertenecer al norte es encontrar otro estatus y hay quienes encuentran en el sur algo que le falta al norte: la solidaridad, la vida en comunidad.

El sur viste de colores pastel, verdes, celestes y rosados, y los edificios son bajitos, de no más de tres pisos. En el norte —o más bien el centro norte— están los edificios más altos, más lujosos, la zona bancaria y la mayoría de centros comerciales. El «trole» (trolebús) quiso unir norte y sur rompiendo

una frágil línea imaginaria. Lo mismo pasó con El Recreo, un *mall* en el sur que se volvió lugar de flujos y referente simbólico de una modernidad dependiente. Y con el Macks –ahora Coliseo Oz–, que fue la primera gran discoteca del olvidado sector, que logró atraer a los jóvenes del norte.

Si el norte tiene su tribuna en la avenida de Los Shyris, por donde pasan los desfiles en días festivos, el sur tiene la suya, en la Teniente Ortiz. Si el norte tiene su Amazonas, el sur tiene a la Teniente Michelena –llamada la «Amazonas de los pobres» por quienes viven al norte–. Si el norte tiene el Supermaxi, el sur tiene el Akí. Si en el norte está la discoteca Cerebro, el Oz está en el sur. Si en el sur está El Recreo, en el norte, El Jardín. Si el norte tiene el Estadio de la Liga, el sur tiene el Estadio del Aucas.

Las fronteras suelen estar determinadas por barrios y por calles. Existe una antigua tradición en ese sentido: se desconfía del afuereño, se pregunta por él, se recela. Los del centro-norte poco saben de los de «bien al norte». Y los que viven por Monjas poco o nada saben de quienes viven en lo más alto de las laderas del Pichin-

cha, aquellos de barrios como El Placer Alto o El Balcón Quiteño o Carapungo.

Esas fronteras deparan en el desconocimiento del otro e incluso en el racismo; quienes viven en el norte adjetivan al sur con desprecio: feúcho, no moderno, marginal, a la vez que desconocen su dinámica interna; o quienes viven en el sur piensan en el norte como un lugar moderno, pero «aniñado» y también lo definen con desprecio.

El imaginario del «norte» deja de lado muchos lugares del mapa real de la ciudad, como Atucucho, La Pulida o La Bota, que son barrios populares. Y el del sur olvida la existencia en el mapa de barrios como Chiriacu o Chilibulo.

Las fronteras de Quito están marcadas por la composición social y económica de sus habitantes, por la composición etnográfica, por las actividades que realizan sus moradores y hasta por la hinchada en el fútbol o por los colegios en los que han estudiado sus habitantes, así dice Raúl Andrade: «Cuando Quito era una aldehuela de casas de un solo piso, formada por cuatro barrios apiñados, solían estallar rencillas frecuentes que se dilucidaban a puñetazos.

Los vecinos de San Roque, de tradición bravía, se entregaban a pugilatos algo bárbaros con los vecinos de San Sebastián que eran aguerridos, también, díscolos y susceptibles. A medida que la aldea fue creciendo se diluyeron las riñas de barriada y aparecieron los odios seccionales, los recelos y rencores raciales tomaron nuevas formas, y se crearon otras fronteras... El ciudadano miró con desprecio al chagra, el del Aucas con desprecio al del Deportivo Quito, el norteño con desprecio al sureño...»⁸.

En la ciudad se crearon barrios indígenas y barrios en donde habita mucha gente de la Costa. Espacios exclusivamente de la negritud, como África mía⁹, Carapungo,

Carcelén, La Bota, la Ferroviaria, Atucucho, Santa Anita, La Roldós, La Pisulí, Santa Bárbara, Chillogallo, Comité del Pueblo y San Carlos.

El Quito de la negritud es un mundo aparte. La población afroquiteña es de 100 mil habitantes¹⁰ y la mayoría desempeña los trabajos más humildes: empleadas domésticas, cargadores, guardias de seguridad, mensajeros, o está en el sector informal. En sus historias de vida sobresalen aquellas que dan cuenta del racismo: las mujeres son estigmatizadas como prostitutas, y los hombres, como ladrones. Según el estudio de Carlos de la Torre¹¹, la Policía quiteña concibe su misión como la de proteger a los ciudadanos (léase a los

En Monjas. Al fondo, el Manchãgara



blancos y mestizos vistos como quienes pertenecen a los espacios urbanos) de la «peligrosidad» de los negros. Éstos, dice de la Torre, no son vistos como ciudadanos sino como «intrusos violentos que invaden las ciudades». «Háy un tipo de raza que és proclive a la delincuencia, a cometer actos atroces... es la raza morena que está tomándose los centros urbanos del país, formando esos cinturones de miseria muy proclives a la delincuencia por la ignorancia y la audacia que tienen»¹². Para ellos, en esta ciudad de límites marcados, no es fácil encontrar morada en los barrios de clase media. Un profesor universitario negro tuvo que cambiarse tres veces de casa y nunca consiguió ser aceptado en el barrio en el que deseaba alquilar una vivienda.

Las fronteras están por todos lados. En las periferias, donde todavía se percibe la vida rural y donde se encuentra una población mayoritariamente indígena, y en las que incluso se mantiene la idea de comuna, como Santa Clara de San Millán y Lumbisí. Hay fronteras entre El Bosque o El Condado (sectores residenciales) y sus alrededores San Carlos y Cotocollao (sectores medio-bajo), o en

Bellavista, donde junto a monumentales casas residenciales, como la casa de Guayasamín, se dejan ver casitas más bien humildes cuyos habitantes pertenecen a clases populares.

También hay fronteras interiores. Una misma calle funciona como tal. Así sucede en el caso de la avenida Colón que desde la 10 de Agosto hacia oriente es zona residencial, mientras que hacia el occidente, se dice que es «La Colón de a perro», más pobre y también más popular. Hay fronteras en La Amazonas; cuando se cruza la Orellana y se bordea el parque La Carolina, hacia el norte, se vuelve más elegante y moderna que cuando se camina desde la Patria hasta la Colón, donde se mantiene la arquitectura republicana. Buena parte de esas fronteras son huellas del pasado en el contexto de la modernidad: antiguas edificaciones que no fueron demolidas y cuyos usos se han transmitido de generación a generación, puntos de encuentro de gente que viene del campo, espacios destinados a la socialización que han convocado a determinados sectores durante décadas.

Entre los jóvenes, las fronteras son marcadas: en el norte están la

moda y el *pop*. En el sur está otro movimiento, el de los metaleros, rockeros y punkeros que visten chaquetas negras, protagonizan conciertos *underground* en escenarios como la Concha Acústica de la Villa Flora y son acusados por las moralinas barriales de «satánicos». De igual manera, en las paredes del norte el graffiti es textual y hasta poético, mientras que en las paredes del sur son grafismos y letras góticas con las que los jóvenes marcan su territorio.

Hasta el clima ayuda a definir a Quito como ciudad de fronteras. El sur es más frío que el norte; cuando llueve en el norte no llueve en el sur; una granizada en el sur, ni siquiera es percibida por el norte. De igual forma y aunque pocos lo crean, hay días en los que llueve en una cuadra y en la otra no.

En esa «ciudad de fronteras» se distinguen barrios con ciertas características dadas por su uso. De ahí, por ejemplo, que La Jipijapa tenga mucho de barrio costeño, inundado por las cebicherías y restaurantes de comida manabita, o que, alrededor de las actividades de mercado de San Roque, se constituya una zona indígena. Hacia el sector occidental de la aveni-

da América se encuentran las ventas de muebles de todo tipo; en el sector de la 18 de Septiembre y en las calles aledañas al Hospital del Seguro Social están concentradas las funerarias; en la 10 de Agosto están las ferreterías. Al norte, en la Avenida de la Prensa, se concentran las mecánicas, talleres de automotores y negocios de «autolujo»; en los alrededores del Congreso Nacional y de la Corte Suprema de Justicia, en las cercanías del parque El Ejido, están concentradas casi todas las notarías públicas, juzgados y comisarías; en el Centro se concentran iglesias y museos; en El Inca y en la Alonso de Angulo, las vulcanizadoras; en La Mariscal, los bares, discotecas y restaurantes, y en la Panamericana Norte, los moteles.

En Quito no se va de derecha a izquierda o de sur a norte, ni siquiera de este a oeste; en Quito se sube y se baja. El referente «de subida» son las montañas, el Pichincha o Monjas y sus empinadas cuestas. El referente «de bajada» es siempre en dirección a los valles y quebradas. Se trata de una serie de condiciones objetivas que conducen a pensar en espacios siempre separados.

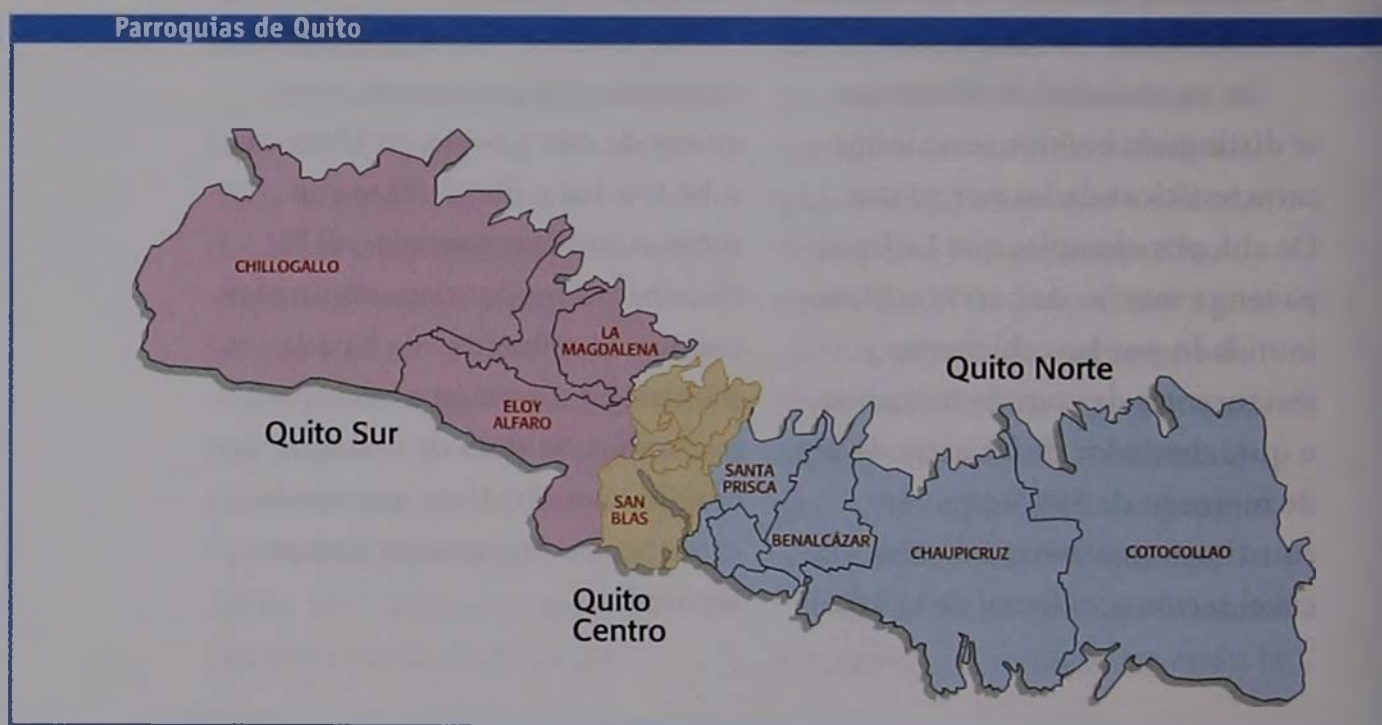
Todo tiempo pasado fue mejor

Quito vive en varios tiempos. Muchos extranjeros que llegan a la ciudad logran percibir esa circunstancia: les llama la atención captar una diversidad de tipos humanos, estilos de vida y personalidades. En Quito entran en juego la modernidad, la premodernidad y la postmodernidad. Coexisten lugares que nos remiten a un pasado lejano como El Ejido o La Alameda o que sólo conocemos por crónicas y memorias: el antiguo Palacio Municipal, la laguna de Iñaquito, la Biblioteca Nacional o Chaupicruz que fue un lugar de tránsito, una tianguéz, con zonas construidas muy recientemente.

Una persona de aspecto moderno puede mostrarse poco con-

temporánea en el momento de discutir la suerte del país o problemas cotidianos como las relaciones de género. Asimismo, sectores de la población a los que tiende a identificarse con lo premoderno, e incluso con lo arcaico, pueden ser en la práctica los más modernos: es el caso de los indígenas.

En cuanto a las imágenes, los quiteños intentan adaptarse al ritmo de la modernidad, mientras se aferran al imaginario de una ciudad que ya no existe. Es como si la identidad se anclase en imágenes de postal y lo «moderno» o el «progreso» no fueran más que pensamientos ilusorios. Bien dice Miguel Ángel Cabodevilla, misionero vasco de la orden de los Capuchinos que vivió muchos años



en el Ecuador, que Quito es crisol del tiempo: «Quito parece una encrucijada de los tortuosos caminos del tiempo, medido a la manera humana de lo que llamamos progreso. Esa forma tan barroca de anudarse, en sus calles, épocas y culturas tan extrañas, todas ellas vivas, le da una personalidad única. Pareciera que alrededor de esta ciudad blanca, nido apretado entre altísimas sierras, tejieron los años una burbuja enclaustrada. Luego, de un golpe, se abrieron sobre ella las compuertas del tiempo avasallándola un torrente de novedades y reformas. Mas todavía pervive el ayer, con más fuerza que en cualquier otro lugar; de esa combinación insólita le viene gran parte de su fascinación y extrañeza». Esta yuxtaposición de tiempos acaso es consecuencia de encontrarse atravesada por la línea equinoccial o imaginaria, esa línea que es frontera espacial y, ante todo, frontera del tiempo, y que relaciona a Quito directamente con África y con el trópico; no en vano, los cronistas y viajeros han contribuido a una suerte de imagen exótica, medio paradisíaca, con demasiada luz y demasiado cercana a las nubes. «La ciudad de Quito es hermosa, a pesar de los horrores y peligros de

su entorno. Los quiteños son alegres, ingeniosos y amables, como hombres acostumbrados a dormir tranquilamente al borde de un precipicio»¹³, escribía Alexander von Humboldt en 1802.

Friedrich Hassaurek, en su crónica de viajes de 1860, dice: «Vista desde la distancia o desde una de las colinas circundantes, Quito se parece a un pueblo encantado de las mil y una noches, tan admirablemente descrito por la ingeniosa Scherezade. Pero tan pronto como entramos a la ciudad presenta una apariencia muy vívida. En las calles principales y en las plazas se mueven continuamente cientos de seres humanos. Claro que la mayoría son indios y cholos, y sólo después de haber visto veinte personas de poncho, descalzas y con alpargatas, uno se encuentra al fin con una persona vestida respetablemente»¹⁴.

Para Henri Michaux, quien visitó el Ecuador en las primeras décadas del siglo xx, la ciudad no era totalmente real:

Quito está detrás de esta montaña
Pero ¿qué hay detrás de esta
[montaña?
Y siempre estos indios.
El suburbio, la estación, la banca
[central,

la Plaza de San Francisco.
Cómo se tiembla en un automóvil
Ahora se ha llegado.
Rechonchos, braquicéfalos, a
[pasitos,
sobradamente cargados andan
[los indios en esta ciudad pegada
[a un cráter de nubes.
¿Adónde se dirige esta
[peregrinación truncada?
Se cruza y se entrecruza y sube:
[nada más: es la vida diaria¹⁵.

El habitante de Quito aún conserva en el imaginario esas construcciones literarias de la ciudad; una población pequeña, casi una aldea, en la que todos los ciudadanos se conocen; una ciudad que pretendía acceder a la modernidad pero que tenía una tradición indígena y colonial que no hacía fácil el camino. En suma, una ciudad enquistada en los montes, de viejas beatas, decadentes familias aristocráticas, capariches y aguateros.

En 1954, Raúl Andrade escribía que «las aldeas han permanecido inalterables, en fisonomía y esencia. Las casas de dos pisos, adornadas de balcones floridos, asisten a la mutación callejera con trémulo y sobresaltado desdén. No ignoran las aldeas, con su secreta sensibili-

dad, que están hechas en función y complemento del paisaje. Pero, un día, llega la temible ordenanza municipal con sus insólitos afanes modernizadores, su apresurada concepción reformista que permite, de pronto, la edificación del primer paquidermo de concreto, con su lisa, gris y deprimente gravedad. Es entonces, cuando la aldea, pudibunda y avergonzada de ruralismo, acude a la arquitectura truculenta y postiza, altera y desfigura su semblante y procura asimilarse, fatigosamente, a un cosmopolitismo prevenido, convencional y extravagante. En la ciudad moderna –falsamente moderna– el paisaje no cuenta. Los rascacielos son los contemporáneos ictiosauros que crecen alimentándose de panoramas. La fórmula arquitectónica del tiempo actual podría resumirse como una actitud hostil del hombre frente al paisaje en oposición a lo que antes fuera: un coloquio ininterrumpido entre la ciudad y la naturaleza»¹⁶.

Andrade se refería a ese Quito que empezaba a expandirse pero que no acabaría de definir su rumbo sino tiempo después, en los dorados años petroleros. Justamente a partir de los sesenta Qui-

to empezó de manera acelerada; 40 kilómetros de largo y de 4 a 7 kilómetros de ancho, ganando terrenos y sumando zonas rurales y campesinas que hace no mucho tiempo tenían nombre propio: Chillogallo y La Magdalena al sur, y La Comuna, Guápulo, El Morlán y Cotocollao al norte. Hoy, esos «pueblitos» se han convertido en barrios adscritos a esa ciudad que abraza a las montañas.

La ciudad creció de repente y nadie se dio cuenta, de este modo, como sucedía en el pasado, se suelen cerrar calles y avenidas principales para carreras deportivas, desfiles colegiales, peregrinaciones religiosas y cortejos fúnebres, sin importar el caos vehicular y la neurosis colectiva que los trancones de tránsito generan en una urbe en la que hay alrededor de 140 mil vehículos¹⁷.

Hoy, las coordenadas han cambiado aunque todavía se piensa el Centro como el casco colonial de la ciudad, el norte como Carcelén o La Luz, y el sur llega, en el imaginario, hasta El Recreo. La Avenida Occidental marca un hito, y hacia oriente están los valles, cada vez más urbanizados. En ese vertiginoso crecimiento, el aeropuerto, por ejemplo, quedó en



Calle empedrada, tejas de barro en La Ronda

medio de sectores muy poblados; así, no resulta extraño que los viajeros locales y extranjeros se asusten con el aterrizaje de su avión entre las montañas y, por si fuera poco, «en pleno centro de la ciudad».

Para el investigador Jesús Martín Barbero, las lógicas urbanistas de hoy abogan porque los ciudadanos ya no se encuentren sino que circulen a gran velocidad, lo que «justifica el fin de las plazas y el ensanchamiento de las avenidas»¹⁸. Eso le ha sucedido a Quito,

que ha cambiado árboles y partes por ecovías, vías exclusivas para autobuses, pasos a desnivel, y, a la par, ha eliminado plazas y rondones.

Sin embargo, ese crecimiento todavía no marca una ruptura en el tiempo. Quito no vive el presente. Ni piensa mucho en el futuro. Más bien cohabita con un pasado que se niega a morir porque está enclavado en la memoria de sus ciudadanos.

Juan Manuel Rodríguez describe a Quito en una de sus novelas como «agobiada por las sombras de unos montes inmensos y recostada sobre el volcán amenazante, la ciudad posee ese tinte ojeroso del cansancio y, a pesar del sol tropical, parece amortajada y cautiva, falsa y deleznable. En ella no hay gran cosa: una docena de campanarios emudecidos, mercadillos malolientes, calles adoquinadas y sucias que se empujan y pierden entre las nubes, casas coloniales con los miradores clausurados, un zoológico que exhibe el admirable espectáculo de unos animales tullidos y alguna avenida por donde el viento del páramo transita a sus anchas y desmelenada los pocos árboles que han resistido la poda

del abandono... Ningún viajero se extraña de que un lugar con esta fisonomía haya producido unos moradores tristes y sombríos, sentimentales y mezquinos, encerrados en el individualismo, desconfiados, silenciosos y atados al pasado por un incorruptible cordón umbilical»¹⁹.

El Centro es una foto

Marc Augé dice que así como hay palabras que hacen imagen, hay ciertos lugares que no existen sino por las palabras que evocan. Eso parece ocurrir con el centro histórico de Quito. Los sectores altos y medios reconocen su belleza pero muy rara vez lo visitan. El Centro es representado como un lugar del pasado, idealizado, convertido en bella postal. Cuando se habla del Centro por lo general se piensa en sus edificaciones y en sus plazas, difícilmente en sus habitantes. Buena parte de los quiteños mira al casco colonial como un todo, sin diferenciar secciones en su interior. Eso es al menos lo que sienten los que no habitan el área antigua de la ciudad, aquéllos que no se relacionan a diario con ella. De esta manera, el Centro no es percibido como un lugar vivo a pesar de que diaria-

mente circula por sus calles mucha gente y de que los fines de semana se convierte en un espacio dinámico de socialización, recreación y peregrinación popular.

Junto con las islas Galápagos, el centro histórico de Quito fue el primero en América Latina inscrito en la lista de la Convención del Patrimonio Mundial de la Unesco, esto gracias a su arquitectura y conservación. Las etiquetas de Patrimonio de la Humanidad y luego, de Capital Cultural hacen parte del imaginario de su gente.

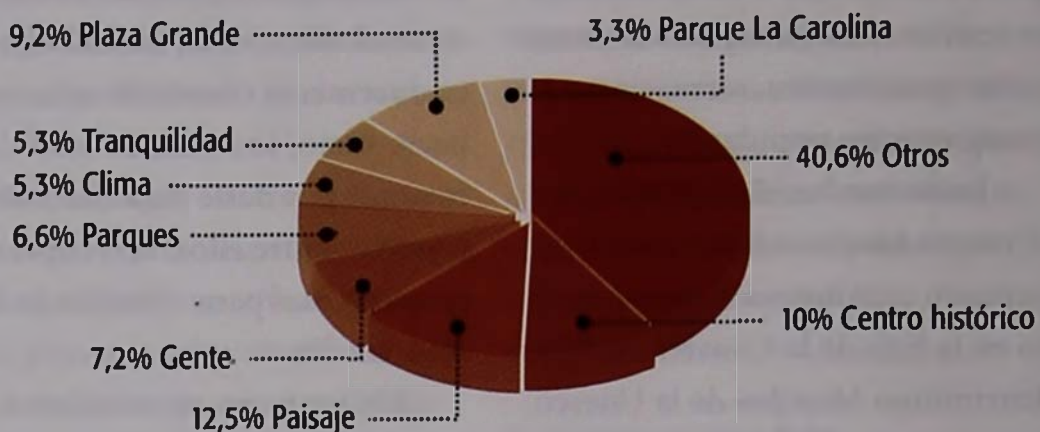
320 mil ciudadanos concurren al centro histórico por trabajo, compras, turismo, actividades religiosas o gestión pública. El 76,8% de las personas que hace sus compras en el centro histórico llega de otros sectores de la ciudad. El 42,5% es del sur y el 30,6% del norte. En las 22 manzanas que lo conforman habitan 80 mil personas. Hay 5.000 edificaciones patrimoniales inventariadas y 362 monumentos históricos de importancia. Allí se ubican 183 escuelas y colegios, y existen 4.000 propietarios de locales comerciales. Sus calles estrechas son, por las mañanas, lugares de constante congestión, tanto vehicular como peatonal.

En contraposición a esta gran actividad diurna, por las noches viene el silencio. La ciudad histórica duerme, se convierte en un espacio vacío, aun cuando los intentos por darle vida han sido muchos; entre ellos, la recuperación de casas para vivienda de la clase media.

El Centro no es considerado como lugar de diversión por los habitantes de Quito, a pesar de las iniciativas por convertirlo en sitio de destino cultural. Esas iniciativas han logrado aumentar la oferta de actos –música, teatro, exposicio-



Gráfica 3
¿Qué le gusta más de su ciudad?



nes—, peatonizar sus calles los domingos y conseguir grandes inversiones de gobiernos amigos para activar puntos clave como el Museo de la Ciudad o el Centro Cultural Metropolitano —que hoy en día reemplazan a las desaparecidas galerías de arte que se hallaban dispersas por toda la ciudad—.

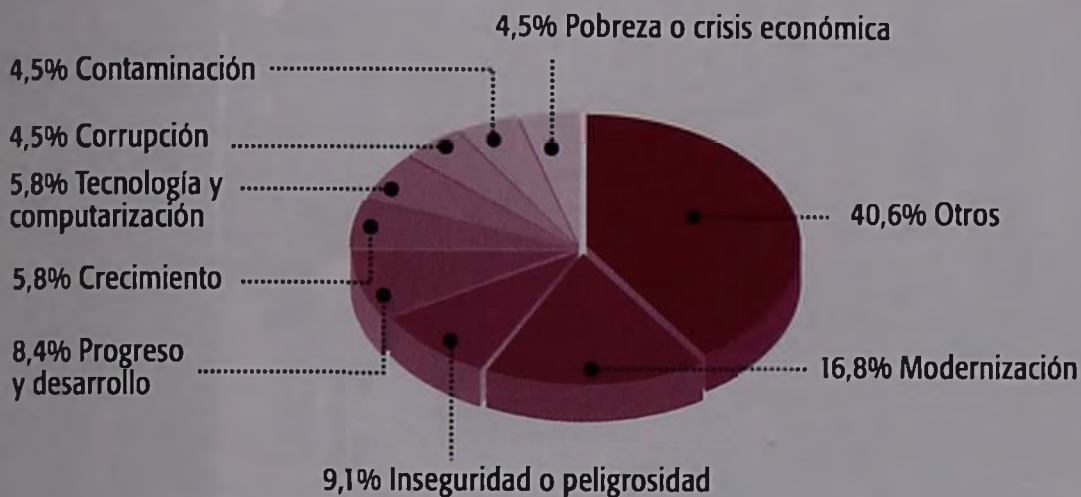
Los centros históricos concentran una gran diversidad de fenómenos, son sistemas o complejos globales de intercambio de información en la medida en que se presentan como lugares y foros privilegiados de intercambio. En ellos confluyen correos, cines, teatros y escuelas; abarcan el mayor cúmulo de información de la ciudad en bibliotecas, archivos y edificios públicos, y tienen la mayor cantidad de manifestaciones sim-

bólicas, cifradas en iglesias y monumentos.

El centro histórico opera como un escenario de comunicación que concentra información para expresarse como memoria y como núcleo informativo, mientras en la periferia hay desinformación y ausencia de testimonio. En este contexto, se debe plantear la discusión sobre el «fachadismo» o escenografía.

La mayoría de los quiteños sabe que el centro histórico es parte del «patrimonio cultural humano»; sin embargo, más de la tercera parte considera que no existe conciencia de su importancia histórica y cultural. Dos de cada cinco entrevistados dicen que en la actualidad el Centro no es un buen lugar para el esparcimiento y

Gráfica 4
Palabra con la que identifica el futuro de la ciudad



la recreación, debido a la delincuencia, a la falta de espacio adecuado, al tráfico y al hacinamiento. Sin embargo, todos hablan de participar en promoción y campañas de limpieza y de concientización pública sobre la importancia del Centro y, más aún, reconocen su abandono²⁰.

De otro lado, según García Canclini, los medios masivos de comunicación han operado un cambio en la ciudad como espacio físico, pues a éstos se ha trasladado la vivencia del espacio público. Los circuitos mediáticos ahora tienen más peso que los tradicionales lugares de encuentro, donde se formaban las identidades y se construían los imaginarios sociales. Desde esa perspectiva, los centros históricos han sufrido un impacto significativo que sólo

puede ser superado si se comportan como medios de comunicación, es decir, si potencian su esencia y proveen de referentes a la población. De igual manera, la noción de palimpsesto es la que mejor se ajusta a la comprensión de la sostenibilidad y continuidad de los centros históricos, pues es la suma de valor y tiempo la que asigna la posibilidad de identificar varias lecturas superpuestas, cada una de las cuales corresponde a una fase del proceso.

Los ciudadanos atribuyen el deterioro del Centro al comercio y a la venta ambulante. También hablan del descuido de sus residentes y moradores, de la apatía ciudadana, del tránsito vehicular, de la contaminación y la delincuencia como factores que lo



El Centro vive en el día

afean. Los entrevistados hacen notar que el cambio de uso de las casas del Centro –de viviendas a comercio y a bodegas– forma parte de su deterioro.

A la calle García Moreno se la considera peligrosa, siendo, paradójicamente, una de las más ricas por sus monumentos religiosos y por su arquitectura habitacional. Antiguamente, se llamaba la Calle de las Siete Cruces y su paseo incluye el hospital San Juan de Dios, hoy Museo de la Ciudad, el monasterio de El Carmen Alto y el Arco de la Reina; la iglesia de la Compañía de Jesús –que ocupa una manzana–, la iglesia y el monasterio de la Concepción (fundado en 1575); la Catedral, el Palacio

de Gobierno, el Palacio Arzobispal, la Casa Manuela Sáenz y el edificio Pérez Pallares.

La 24 de Mayo tiene todos los calificativos negativos que puedan otorgársele a un espacio de la ciudad: peligrosa (31,3%), zona roja, lugar de la prostitución (28%), suciedad (10%) y la de mayor delincuencia, pero, curiosamente, no está entre los lugares que no le gustan al ciudadano. La 24 de Mayo fue, en algún tiempo, un gran bulevar, concebido como «parisino», de casas de alta alcurnia y paseos escénicos. Las casas coloniales con sus balcones de hierro forjado y estupendos patios centrales y jardines le dieron fama en las primeras décadas del siglo

xx. En los años cuarenta, el «paseo de la 24» empezó su deterioro, los habitantes del sector abandonaron la zona para mudarse a barrios como La Mariscal. Las casas se volvieron comercios, locales subarrendados para toda clase de negocios, y comenzaron a aparecer cantinas y burdeles en la otrora «franciscana ciudad».

En 1997 se definió a ese sector como categoría «Residencial 1», y sus diecisiete casas de tolerancia fueron clausuradas por la administración municipal de Paco Moncayo. 450 trabajadoras sexuales deambulaban por el centro histórico y, específicamente, por las calles Loja y Quijano. Con el desalojo, muchas de ellas se quedaron sin lugar de trabajo y, en nutridas protestas, decidieron trabajar en la calle. «Los riesgos de toda índole nos afectan. La inseguridad es constante, ya que tenemos que ir de un hotel a otro y el control sanitario es irregular», dijo una dirigente del grupo de trabajadoras sexuales afectadas. Luego de varias acciones judiciales se reabrieron tres burdeles. El tema de la reubicación de la zona roja se volvió un problema para la administración municipal, por eso el cabildo compró veinte casas en el

sector de La Cantera –aledaño al penal García Moreno– para reubicar los burdeles y casas de citas.

El barrio tiene su estigma. En la Ambato está una de las cárceles de la ciudad. En la Loja, la mayoría de burdeles, y en la Borrero, «las cuevas delincuenciales». Eso la convierte en zona oscura, en un recoveco en el que suenan canciones rocoleras al mediodía desde casas cuyas ventanas están cubiertas por oscuras cortinas de terciopelo. Por las calles caminan peatones asustados que miran a todas partes por temor a un asalto. La 24 es el sitio del miedo, aunque no sea, precisamente, el sitio más peligroso de la ciudad.

Da la impresión de que los planteamientos de las instituciones que participan en la definición de políticas para el centro histórico –dirigidas, de alguna manera, a provocar su vaciamiento– coincidieran con el sentido común de los quiteños de las clases alta y media. Se dice que en el Centro no vive nadie, pero esto se refiere sobre todo al área principal, que está pasando de ser un espacio de almacenes y bodegas a un museo con edificaciones vacías; mientras que nunca se trata el tema de las zonas aledañas a ese Centro que, a

pesar de su deterioro, conservan toda su vitalidad.

Las antiguas plazas de la Independencia, San Francisco y La Mitad del Mundo son también espacios de identificación que les ganan puntos a otros lugares emblemáticos, desde la perspectiva de la nación como la Cima de la Libertad. Por lo general, son los espacios de religiosidad y de socialización los que más atraen la atención popular.

Ya no existen los clásicos cafés del hotel Majestic o del hotel Savoy; tampoco las antiguas fondas populares, y el Pasaje Amador ya no es lo que era. Hoy están el

Tianguez y el restaurante del Centro Cultural Metropolitano, La Cueva del Oso o costosísimos restaurantes de lujo como el Mea Culpa. Cuando, a las cinco de la tarde, se cierran negocios y oficinas públicas, el Centro muere, pues, según datos de la Fundación Esquel²¹, los visitantes del Centro sólo van por compras o por trámites.

Pero el Centro es algo más extenso que el espacio delimitado por las políticas de rehabilitación, lugares como La Ronda, la Ambato, la Rocafuerte, San Marcos o La Loma, que están más allá del área predefinida como «central», son de gran dinamismo. Si se habla de

La Plaza Chica, en el Municipio, es lugar de cantores



pérdida de centralidad, habría que preguntarse si acaso tal pérdida sólo se refiere a un tipo de políticas orientadas a privilegiar el turismo y no a los requerimientos de la propia ciudad de generar espacios públicos y apropiarse de ellos.

El centro histórico es considerado «el lugar más bello de la ciudad» por los sitios representativos de su arquitectura: La Compañía San Francisco (30,7%), la Basílica del Voto Nacional (31,3%) y la Catedral (23%). Pero, a la vez, es para muchos el lugar más abandonado y menos frecuentado de Quito.

En la práctica, la ciudad se ha extendido y su centro se ha ido alejando de la cotidianidad de la mayoría de los quiteños. Al crecer la urbe, se hacen cada vez más difíciles los desplazamientos, de modo que las visitas al Centro se vuelven esporádicas, especialmente para los que viven en el norte y no tienen que pasar por allí o realizar actividades en él. El Centro ha dejado de ser un lugar de mercado importante, como lo fue hasta la década de los sesenta; tampoco es un centro bancario, y muchos de los espacios administrativos han sido reubicados. Esto genera la sensación de que se quedó solo y oscuro pese a que hoy

luce iluminado por las noches y ofrece a los turistas paseos en carrozas haladas por caballos.

Percepciones como éstas no responden necesariamente a una dinámica social, pero sí a un tipo de políticas empeñadas en hacer del Centro un lugar turístico, de espaldas a la vida de la gente. El abandono es una constante en la historia de la ciudad o, al menos, es parte del comportamiento de sus clases media y alta que, primero habitaron el Centro, luego, se mudaron a la zona de La Mariscal, y ahora, prefieren los valles como lugar de residencia. Para los sectores populares, por el contrario, el Centro conserva toda su vitalidad.

Los sitios sagrados

El Panecillo, esa pequeña loma parecida a un pan e instalada en el medio de la urbe, es uno de los sitios emblemáticos con los que se identifica a Quito. El montículo recibió su calificativo de los conquistadores españoles, pero se cree que su nombre auténtico es «Shungoloma» que en kichwa significa «loma del corazón». En la época preincaica se erigió sobre él un templo dedicado al culto del dios Sol, llamado Yavirac, el cual fue destruido por el indio



Detalle de la Virgen de El Panecillo

Rumiñahui mientras resistía con sus tropas el avance español. El pequeño monte se levanta 200 metros sobre la ciudad y alberga dos monumentos importantes: la Olla y la Virgen Alada. Se dice que la Olla, de cal y ladrillo, responde a los deseos de un conquistador español que construyó su mansión en las laderas del pequeño monte y que necesitaba agua para proveer su casa. Así fue como construyó un aljibe, al mejor estilo árabe: la Olla de El Panecillo. Sobre la pequeña montaña está, además, una virgen de aluminio, querida y odiada por quienes la contemplan. Se trata de una copia de la Virgen de Legarda, ícono de la quiteñidad y del arte colonial, construida por el escultor español Agustín de la Herrán Matorras en los años setenta. Esta virgen es un regalo de la España del dictador Francisco

Franco a la alcaldía de Sixto Durán Ballén, lo que la vuelve una enorme figura polémica, que da la espalda al sur y que ha sido motivo de severas críticas y, también, de bromas y de chistes.

Los parques El Ejido y La Alameda, están en el croquis de la quiteñidad como puntos referenciales, pero no todos los recorren. El Ejido es un lugar de recreación popular, en él se dan cita muchos inmigrantes, tanto en los días ordinarios como los fines de semana. Se volvió escenario de vendedores de artesanías y de pintores callejeros que se ubican en uno de sus costados, en la avenida Patria, para vender copias y réplicas de obras de pintores de la talla de Oswaldo Guayasamín, Eduardo Kingman, Gonzalo Endara Crow o bodegones y paisajes de la ciudad. El Ejido es también escenario del



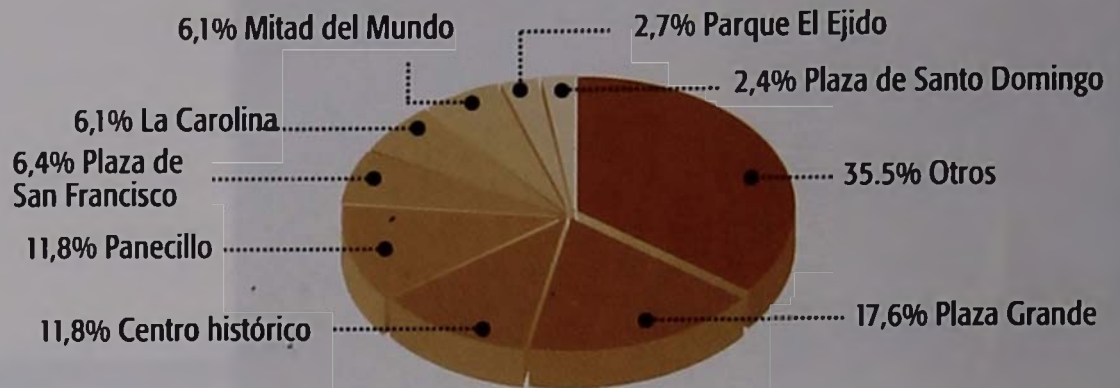
teatro de la calle y, en este sentido, ha dado cabida a uno de los mayores exponentes del género en Quito, Carlos Michelena.

La Cima de la Libertad, subiendo al Pichincha, es o fue un sitio representativo del quiteño y, por último, La Mitad del Mundo es uno de los referentes necesarios en el momento de crear el espacio imaginado de la quiteñidad. Ahí, los visitantes –locales y extranjeros– juegan a poner un pie en el hemisferio sur mientras el otro descansa en el hemisferio norte, esto para la consabida foto del recuerdo. La Capilla del Hombre de Oswaldo Guayasamín, una monumental construcción privada en la loma de Bellavista, se ha vuelto sitio emblemático al igual que el flamante Centro Cultural

Itchimbía edificado sobre la estructura de un viejo mercado y convertido ahora en un gran palacio de cristal. Desde ambos puntos se puede apreciar la ciudad y su entorno.

Pocos se acuerdan de la visita del Papa Juan Pablo II en 1982, sin embargo, una cruz conmemorativa quedó ubicada en el parque La Carolina, parque que se ha convertido en el escenario de conciertos al aire libre de pop, rock o metal, a los que asisten principalmente los jóvenes. «Encontrémonos en la Cruz del Papa» es frase repetida, pues este lugar se ha convertido en signo de una nueva arqueología que se sobrepone a la tradición religiosa y colonialista; la cruz del Papa ya no es un sitio sagrado y su desacralización corresponde a los

Gráfica 5
Sitios con que identifica su ciudad



nuevos usos que tiene ese espacio en la ciudad.

Tal desacralización de espacios «sagrados» es común en esta Quito, en la que de vez en cuando se pintan barbas y bigotes al monumento a Winston Churchill, se tiñe de colores el monumento a Lincoln, se usa la pileta donde está el monumento a Isabel La Católica para lavar los autos los domingos y para los juegos de Carnaval; o se bebe hasta el cansancio junto a «Mi general Artigas», en la plaza que lleva su nombre.

El Quito del campo

Don Pedro se levanta antes del amanecer para salir a pastorear sus vacas en el cerro Guarandaucó. Atrás queda su casa humeante, de adobe, tejas bañadas de musgo y la infaltable cruz en el cumbreño. Pero también queda el paisaje de

un Quito lleno de faroles anaranjados, custodiado al este por el Cotopaxi. Mientras don Pedro sube con sus reses, varios de sus vecinos arrear cabras y burras que descienden hasta la avenida Mariscal Sucre, sorteando caminos llenos de cangilones, tractores de labranza y urnas a la Virgen de El Quinche. Su ritmo, su sentido del tiempo es distinto al de la ciudad; se rige por las estaciones y los ciclos agrícolas, un tiempo premoderno que transcurre en las goteras mismas de la urbe.

Los cascos de los animales pisan sobre concreto y, a las 5:40 de la mañana, despiertan a Ángela Caiza, quien sale de su casa rumbo al cementerio de Santiago de Chillogallo a cuidar las tumbas. Ángela vive en el barrio del Buen Suceso, en la compañía de sus animales domésticos, en una casa de

tapial de dos metros de espesor, techo de teja y paja, y suelo de cangahua. Para subsistir siembra zanahorias con las que prepara el postre que trueca por víveres. En Chillogallo muchas familias mantienen aves de corral, ovejas, chivos y unas pocas cabezas de ganado, de estos animales se suelen ocupar los viejos, ya que los más jóvenes se han incorporado a la dinámica citadina.

Al norte de la ciudad existen asentamientos semejantes a Santiago de Chillogallo; antiguos pueblos de indios y de mestizos como Nayón, San Isidro del Inca, Amagásí, Llano Grande, Llano Chico, Gualo, Cocotog, San Miguel del Común. Durante la Colonia y el siglo XIX los indígenas de estos pueblos tuvieron la obliga-

ción de hacer la limpieza de las calles y mantener las acequias.

Ahora sus lugares de residencia han dejado de ser pueblos rurales para insertarse en el modo de vida de la urbe; sin embargo, las formas de incorporación de sus habitantes a lo urbano están marcadas por su condición rural e indígena.

Un estudio del Municipio de principios de los noventa ubicó que el 50% de los habitantes de Quito provenía de fuera, ya sea de pequeñas ciudades o del campo. En esta cifra, la población femenina era predominante, y el 61% de quienes migraron lo hizo antes de los veinte años. Quito ha sido construida en buena medida por la migración, hasta hace una década ésta era fundamentalmente serrana, pero hoy se ha diversifica-

Vista de El Cayambe desde las afueras de Quito





Panorámica de la ciudad desde el Sur

do. Por eso en la urbe no sólo existe gente de distintos orígenes, sino que se encuentran diversos patrones de vida. Los inmigrantes que se acercan a la ciudad intentan aprender de ella y, al mismo tiempo, se protegen temerosos en redes de parentesco y entre coterráneos.

Pero no sólo son los inmigrantes los que marcan distintos tipos de relación con el campo, sino los habitantes de antiguos poblados y asentamientos rurales incorporados por la urbanización. Si bien los pobladores de Zámbez, Nayón, Llano Chico, Chilibulo, Chillogallo o Lloa, se han incorporado desde hace algunos años a la dinámica y valores

urbanos, mantienen simultáneamente, una relación con un imaginario rural y con las labores agrarias aunque no sea más que como actividades complementarias.

Los inmigrantes indígenas, los que han venido del campo, tienen su propia lectura. Una es la ciudad que imaginan antes de llegar, que es siempre ciudad ajena pero «próspera» y que representa un futuro; otra es la que los recibe, una ciudad «dura» y en la que no es fácil sobrevivir; finalmente, existe una tercera ciudad, aquella que conquistan y en la que se quedan porque, según sus relatos, «volver al campo... ¿para qué?»²².

La ciudad de invierno

Los quiteños dicen que el clima de su ciudad es templado (54,7%) y suelen denominarla «la ciudad de la eterna primavera», acaso por el clima tan variable que la caracteriza. Quito puede amanecer nublado, tener un sol que quema al mediodía y por la noche una temperatura inferior a los cuatro grados centígrados. Las madrugadas quiteñas son gélidas. A media mañana el calor es insostenible. A la lluvia la precede el viento y en la noche otra vez viene el frío, en el que no provoca sino arrojarse bien.

«Quito no tiene estufas ni chimeneas; su temperatura es considerada lo bastante templada para dispensarse del calor artificial en

las habitaciones. Es verdad que es confortable; pero, un buen fuego sería muy agradable cuando baja uno o dos grados de la ordinaria»²³ escribía Eduardo Whimper en sus crónicas. Asimismo, este autor le atribuía al clima de Quito los problemas de inactividad de sus habitantes: «La igualdad de la temperatura y de la duración de los días tiene que ver con esa idea de que mañana será lo mismo que hoy, razón por la cual todo se deja para mañana y mañana será otra vez igual». En su relato, Whimper cita a su amigo Juan Antonio Carrel, quien decía que «Sería bueno para este pueblo que tenga invierno porque las cuatro estaciones promueven el hábito de la previsión».

Mujer quiteña en un día frío



A pesar del calor, que puede superar los 20°C en los meses de julio y agosto, sus habitantes no perciben a Quito como una ciudad calurosa; no coincide la imagen mental de la ciudad con ese sol vertical que quema al mediodía o con las montañas y los valles que se incendian en cada verano. Más bien se tiene a Quito por una ciudad fría, caracterizada por los fuertes aguaceros que la inundan en octubre. Es esa ciudad de invierno, como reza el título del relato de Abdón Ubidia, lo que prima en el imaginario: «Caía ya la lluvia cerrada y fina del atardecer. Gran predominio del gris con un ligero tinte celeste. En el negro y brillante pavimento temblaban ya los reflejos de los anuncios y de las luces del alumbrado público que empezaban a encenderse. Entre las filas demoradas de vehículos con los vidrios manchados de vaho, yo conducía el Volkswagen sin ningún interés, sin ninguna convicción [...] Una hora atrás no hubo ni bruma ni lluvia. Desde la ventana de mi oficina me entretuve absorto en el paisaje familiar del invierno: el aire transparente, el gris-plata del cielo que dejaba caer su lívida luz sobre ese cada día insólito aletargamiento de ca-

sas y edificios que se perdían como dando tumbos por entre las faldas de las montañas. Bajo esa luz, casi irreal, la ciudad parecía haberse vuelto de porcelana»²⁴.

La condición de ciudad de invierno está asociada con la altura, con su ubicación geográfica y con el paisaje. Quito funciona como un balcón desde el que se dejan ver, majestuosos, los volcanes Chimborazo y Cotopaxi, Cayambe, Ilinizas y Antisana. Cuando llueve, parece que se cae el cielo, más aún en abril, «el de las lluvias mil». Ahí sí que Quito es gris. Totalmente.

En tardes de tormenta las calles se vuelven ríos. Los subsuelos de los edificios se inundan y las alcantarillas no alcanzan a desfogar las aguas. La neblina suele abarcar el paisaje, pero sobre todo se enquistaba en La Floresta y La Vicentina cubriendo sus calles con un tenue velo que se vuelve como una pared infranqueable. El tránsito se torna caótico; la neurosis colectiva se apodera de los conductores. Las espesas nubes se mueven de sur a norte o de norte a sur y, cuando chocan, viene la furia de los truenos que dejan de vez en cuando sin luz a algunos barrios.

El frío de la ciudad de invierno influye en el comportamiento de

sus ciudadanos. El serrano –y el quiteño sobre todo– encarna las cualidades de habitante de ciudad de altura: es más bien introvertido, tímido, nostálgico, triste y pesimista. De igual manera, el clima ayuda a que Quito viva más intensamente el día que la noche.

El quiteño se queja del clima pero, a la vez, anhela el frío. Se prepara cada octubre para el llamado «cordón de san Francisco», una fuerte tempestad que suele llegar acompañada de estruendosos relámpagos, y cuyas granizadas cubren todo de blanco. Luego de las lluvias, la ciudad se limpia; el adoquín del Centro brilla y el asfalto de las avenidas del norte y el sur se vuelve como espejo de los letreros luminosos de los anuncios y vallas publicitarias. Después de cada fuerte lluvia la ciudad tiene un olor y un color distintos. La lluvia suele ser cerrada, intensa, ruidosa cuando comienza, más adelante se convierte en finas gotas persistentes. El cielo cambia su color y el azul del crepúsculo se deja ver nuevamente, a veces, con arcoiris incluido.

Como ha sucedido en todo el mundo, el clima de Quito ha cambiado; hace veinte años era todavía más frío y llovía más. Los niños,

que entraban a clases en octubre, solían vestir encauchados, botas y siempre llevaban paraguas.

«Cuando yo era chiquita, siempre llovía cuando empezaba el colegio. En Quito era imposible andar sin saco o chompa y así hiciera calor había que llevar paraguas. Ahora la gente se viste como en la costa, con ropa ligera y camisetas sin mangas», dice Gabriela, de 35 años. En cualquier caso y aunque llueva cada día menos, en la mente de sus ciudadanos Quito continúa siendo una ciudad de invierno.

La ciudad muestra el ombligo

Quito también tiene otra cara, la del sol vertical, la del calor insoportable y los fuertes ventarrones; la Quito de verano. De esa otra Quito impresiona la luz, una que enceguece, que lo ilumina todo y que revela una ciudad brillante y de colores intensos.

Esa ciudad del verano se hace de los campeonatos de fútbol barrial, de los encuentros de ecuavoley en el parque El Ejido, de las caminatas por La Carolina, de los vuelos de cometas, de los intrépidos voladores de alas delta y de los paracaidistas que se lanzan de las alturas del Pichincha y decoran el cielo como puntitos de colores;

de los paseos familiares a los valles, cuyo clima siempre es más cálido; de las repletas piscinas en El Tingo y de las termas Papallacta; del hornado de Sangolquí y de los helados de La Merced.

El verano es escenario de vestimentas alegres, de niñas con ligeras prendas que muestran sus hombros y sus *piercing* en el ombligo; de chicos en pantalones cortos y *bividi* que trotan por las mañanas con gorro y visera, y que siempre llevan botella de agua o bebida energizante en la mano. Es el tiempo de la música y los conciertos de temporada y de las actividades culturales organizadas por la municipalidad bajo el nombre de «Agosto, Mes de las Artes», o «Agosto, Arte y Cultura».

Las noches de verano suelen ser frías y ventosas, sobre todo entre julio y septiembre. De cielos claros y estrellados e iluminadas por una gorda luna, a veces plateada, a veces dorada. De paseos nocturnos por La Mariscal, en el norte, o por la Teniente Michelena, en el sur. De jóvenes que se citan en las esquinas a escuchar la música desde los estereofónicos radios de sus autos y a beber en las tiendas de cualquier barrio. El Quito del verano tiene su escenario preferido

en los parques y en los ciclopaseos dominicales que se hacen al norte, en la Avenida de La Prensa, o al sur, en la Teniente Hugo Ortiz.

A veces septiembre se muestra «agostado», con temperaturas sobre los 26°C. En otras ocasiones se «agosta», incluso, febrero; en épocas de carnaval hacen calores insostenibles en los que cae bien el balde de agua, que es parte de la tradición de la fiesta.

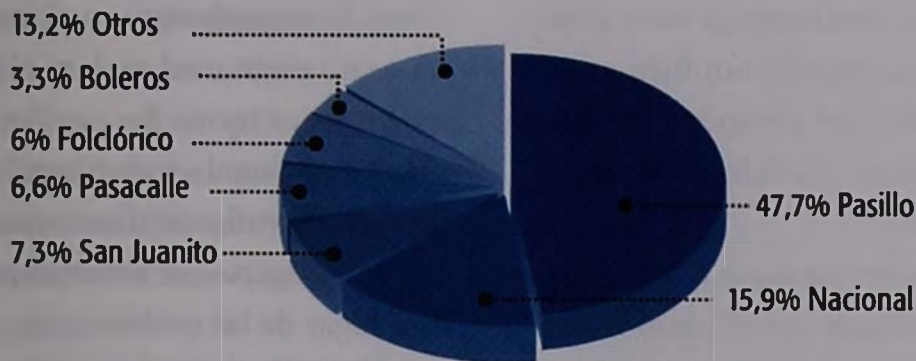
No hay árbol que dé sombra en la veraniega Quito. Para huir del calcinante sol de diamante no hay refugio. No se estilan ni aire acondicionado ni ventiladores, de la misma manera que no se acostumbra el uso de la calefacción para los días de lluvia. El calor permanece hasta entrada la tarde, cuando el sol deja estelas rojas y violetas al esconderse.

Al son del pasillo

Yo soy el chullita quiteño,
la vida me paso encantado.
Para mí todo es un sueño,
bajo éste, mi cielo amado.

Quito es un pasillo. No es cumbia ni vallenato. Tampoco puede caracterizarse por la música andina, sanjuanito, albazo, con los que se celebran las fiestas de funda-

Gráfica 6
Géneros musicales con los que identifica su ciudad



ción. Por el contrario, sus habitantes identifican a la ciudad con el pasillo, con el triste canto del romance frustrado, de la traición y de las penas. Con aquel cantar de la rocola y la cantina. Quito es un pasillo triste y melancólico, aunque en realidad lo que menos se escucha actualmente es ese son y cada vez más rock, salsa, hip-hop, tecnocumbia. ¿Pero, por qué se empeñan los quiteños en representarse a través del pasillo?

El pasillo, al parecer, surgió antes de la mitad del siglo XIX en los territorios que tiempo atrás comprendían Nueva Granada (Ecuador, Panamá, Colombia y Venezuela). Se cree que es una adaptación del vals europeo. Su nombre se puede traducir como «baile de pasos cortos», que se volvió popular hacia fines del siglo XIX. En 1886, en la presidencia de

Caamaño, el periódico *El Comercio*, entonces bisemanal, insertaba una nota sobre los festejos de la despedida de «inocentes» en la capital: «El piano no dejaba inactivos a los que saben saborear las delicias de una danza o de un pasillo, en los que tantísimo se distinguen nuestras encantadoras quiteñas, que bailando no tienen rival en el mundo; y tuvimos la dicha de admirar prodigios de donaire, gentileza y gracia...».

Como señala Ketty Wong en su estudio sobre la nacionalización del pasillo ecuatoriano, durante la República las élites blancas encontraron su expresión musical en el pasillo y no en otros géneros populares criollos de la época, como la rondeña, la quiteña, la polka, el amorfino y el pasacalle²⁵.

El carácter de pasillo de Quito la hace ser una ciudad un poco

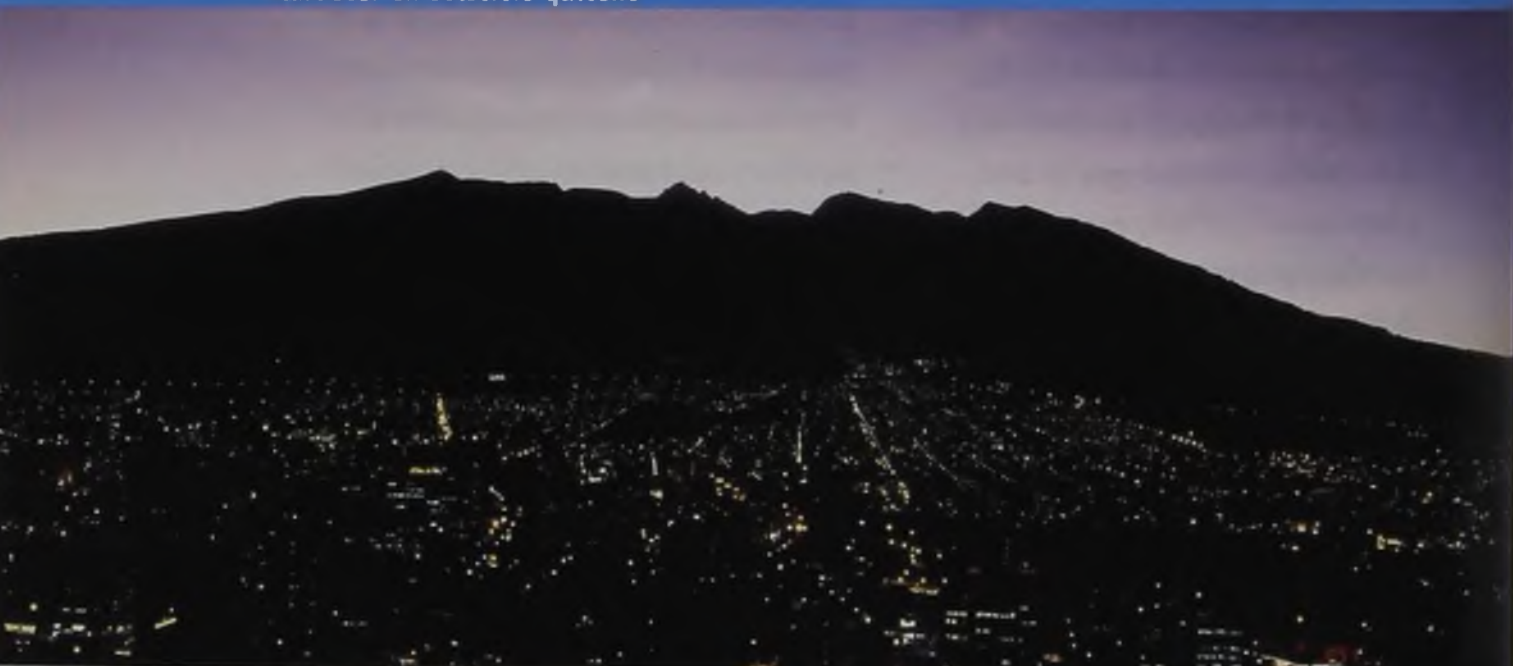
triste y nostálgica; los textos del pasillo reflejan sentimientos de pérdida, desarraigo, a ratos desesperación, aunque también exalten el encanto del paisaje, la belleza de las mujeres y la valentía de los hombres.

Y no es sólo que a la ciudad se la identifique con el pasillo, sino que este ritmo está entre las preferencias de los quiteños. Paradójicamente, en la práctica los quiteños no se limitan a oír pasillos y, sin duda, éstos no hacen parte de la música más popular. En los buses y bares se oye otro tipo de música, además de pasillos, y en las discotecas se baila salsa, merengue, cumbia o vallenato. Igualmente, hay espacios de rock, heavy metal o de hip-hop. En los conciertos hay público para Charly García al igual que para Shakira, Paulina Rubio, Los

Fabulosos Cádilacs, Molotov, Los Fernández, los Aymara o Carlos Vives. Y, sin embargo, en el imaginario no están ni el rock ni el pop ni la música tecno; los pasillos y la música nacional –exceptuando la música identificada directamente con lo indígena– se llevan el primer lugar de las preferencias.

El pasillo está relacionado con uno de los mayores mitos ecuatorianos: Julio Jaramillo Laurido, una dulce voz guayaquileña convertida en ícono de la nacionalidad. El pasillo es esa música triste que está asociada con el desamor, con la traición, con las penas, canciones que tampoco se pueden desligar de una voz maravillosa, la de doña Carlota Jaramillo de Araujo, o del famoso dúo Benítez y Valencia. Música sobre todo masculina que viene acompañada del aguardiente o de las cervezas

Atardecer en solsticio quiteño



en la cantina para matar el des-
amor de las mujeres. Los boleros,
en el mismo tono romántico, ocu-
pan el tercer lugar en las preferen-
cias. Así, cuando se quiere resaltar
la «quiteñidad», los quiteños se
remiten a pasillos famosos como
«Pasional» de César Guerrero
Tamayo:

Todo lo que quise yo
Tuve que dejarlo lejos,
Siempre tengo que escaparme
Y abandonar lo que quiero;
Yo soy el buque fantasma
Que no puede anclar en puerto,
Ando buscando refugio
En retratos y en espejos,
En cartas apolilladas
Y en perfumados recuerdos.

Por más que estiro las manos
Nunca te alcanzo lucero,
Jugo de amargos adioses
Es mi vaso predilecto.
Yo me bebo a tragos largos
Mi pócima de recuerdos,
Y me embriago en lejanía
Para acariciar mis sueños.

O el célebre «El aguacate» de
César Guerrero Tamayo, cuyas pri-
meras estrofas vale la pena recordar:
Tú eres mi amor,
Mi dicha y mi tesoro,

Mi solo encanto
Y mi ilusión. (bis)

Ven a calmar mis males,
Mujer no seas tan inconstante,
No olvides al que sufre y llora
Por tu pasión...

Personificaciones: del «chulla quiteño» al Evaristo de la televisión

Por las calles de Quito transi-
tan personajes fantásticos. No son
los políticos ni las autoridades,
son personificaciones que tienen

El Centro, antes de la reubicación de los vendedores



que ver con la vida cotidiana, la tradición y la fantasmagoría popular. Personajes que son símbolo pero no son arquetipo; más bien representan, a decir de Ulises Estrella, la «moral de la ambigüedad».

El primer protagonista en el escenario de la ciudad es el «chulla quiteño». De este personaje nació *El Chulla Romero y Flores*, novela de Jorge Icaza. A pesar de que este autor introdujo, en su Chulla, conceptos moralistas, «municipales y espesos», tal personaje, con sus aciertos y errores, continúa teniendo un espacio en la memoria de los ciudadanos. Se trata de un símbolo colectivo hecho de la suma de carencias del quiteño: es «plantilla», «chispo», simpático, «cuentacuentos», es parte siempre de enredos familiares, protagonista de la chismografía, del secreteo y de los resentimientos. No es un personaje maniqueo ni moralista, es más bien signo de cierta liberalidad y prototipo del antihéroe.

El Chulla quiteño tiene sal, chispa y un sentido del humor muy especial. No viene de la «nobleza», más bien es expresión de las capas medias; «sabido», capaz de despertar la simpatía de las muchachas en la calle y de enfren-

tar a cualquier político prestigioso con agudos y ácidos comentarios.

El Evaristo con el que se identifican los quiteños no es el famoso Evaristo Corral y Chancleta de las Estampas Quiteñas –personaje de los años sesenta– que con su chispa se reía de la realidad nacional, al menos en sus primeras apariciones en el teatro y en la televisión. El Evaristo del que hablan los quiteños es un personaje de dibujos animados recreado a partir de este cómico y actor. Es el reflejo de una sociedad mediatizada que quedó prendada de un personaje ficticio y utilizado por la alcaldía de Rodrigo Paz, que apareció en la publicidad municipal y que caló en los quiteños por sus consejos. Evaristo motivó una campaña ciudadana que hablaba de no arrojar la basura en cualquier lugar. «Quésf, mi chulla» se convirtió en frase de todo niño cuando veía a un adulto orinarse en una esquina.

Evaristo, el de la televisión, fue creado por Edgar Cevallos y se mantuvo ocho años en la pantalla chica. Un personaje gracioso vestido de traje, corbata y sombrero –la imagen supuesta del chulla quiteño–, usado para campañas educativas emprendidas por la

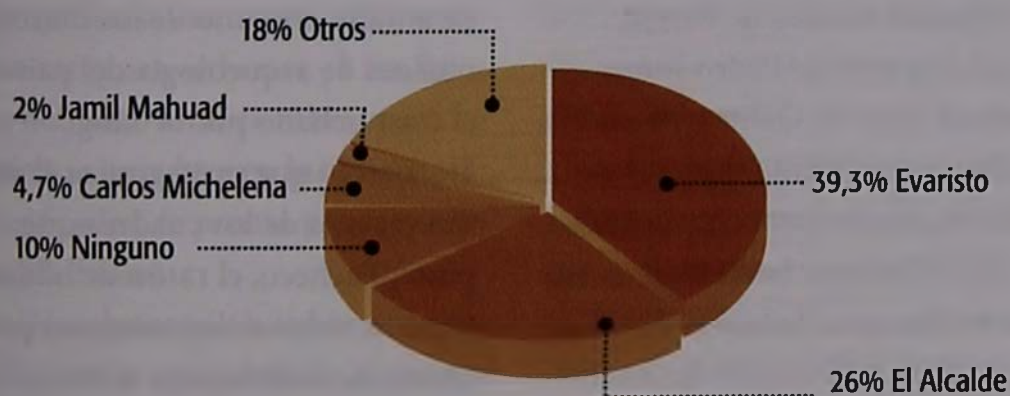
administración municipal de ese entonces. El Evaristo de la televisión encarna el deseo de ciudad limpia, ordenada y sin basura, es decir, de tres de las necesidades básicas de las que hablan los quiteños, de esta forma, se convierte en una especie de «voz de la conciencia» ciudadana en términos de «urbanidad». Y es que El Chulla sigue siendo un referente de los quiteños, aunque, a decir de Javier Vásconez, el chulla quiteño ya no existe o lo encarna sólo Nicolás Kingman, que, sobra decir, es lojano.

En su historia, Quito tiene personajes emblemáticos, casi míticos, los cuales están al margen de la política, de las fundaciones o de las gestas heroicas. Por sus calles aún caminan los fantasmas de La Torera, Anita Bermeo, persona-

je que además se ha vuelto parte de la literatura de la ciudad, así, Javier Vásconez dirige su «Carta inconclusa» a la famosa Anita Bermeo. La Linares, a quien dedica una novela Iván Egüez. O está La Bella Aurora, aquella niña que fue violada por un toro a fines del siglo xvii cuando las corridas se hacían en la Plaza Grande, y que aparece en la poesía de Ulises Estrella. El Terrible Martínez de los años cuarenta que encarna la figura del antihéroe. Luis Aníbal Paz, mejor conocido como El Águila Quiteña en los años treinta, hombre de dedos largos pero comportamiento caballeroso que tiene un lugar en la memoria.

Quito vive de leyendas como la del inquieto padre Almeida, que se escapaba de su celda del convento en pos de dulces mistelas y

Gráfica 7
Personaje con el que identifica a su ciudad



de juerga hasta que el Señor del Crucifijo se dio cuenta. Es la ciudad teatralizada por personajes como Cantuña y su pacto con el diablo para construir el atrio de San Francisco. En sus personificaciones también están referentes preincáicos, como La Quilago o «mujer solar», una cacique que lideró la resistencia ante la invasión inca con un importante ejército femenino y que asumió valientemente la protección a Cochasquí frente a las tropas conducidas por Huayna Cápac, según cuenta Ulises Estrella. Asimismo, están Las Tres Manueles –Manuela Cañizares, Manuela Espejo y Manuela Sáenz–, como íconos de las reivindicaciones de la mujer en la historia del país.

En el imaginario figuran, además, otros personajes de la vida pública de la ciudad: el «loco» Velasco (J.M. Velasco Ibarra, cinco veces presidente de la República y varias veces dictador), retratado en algunas novelas de Pareja Diezcanseco o de Pedro Jorge Vera; el «patrón Galito» (Galo Plaza Lasso, presidente 1948-1952), caricaturizado como «semental» de las indias que habitaban en sus haciendas, gran bebedor de whisky y autor indiscutido de la cele-

bre frase de que «El Oriente (la región oriental del país) es un mito»; el doctor «Vallita» (el Dr. Vallarino, ex-alcalde de la ciudad, muy apreciado pediatra, risueño y despistado como él solo); Gonzalo Almeida Urrutia, llamado «El Cura Almeida», hombre de mucho humor y notable ingenio; el pintor indigenista Diógenes Paredes, apodado «El Monstruo», protagonista de numerosas anécdotas; el doctor Alfonso Campuzano, llamado «El Diablo» o «El Maldito», personaje excepcional; el «Capitán Piola» (Raúl Andrade) o, el doctor Elías Gallegos Anda –inteligente, bueno y simpático– que tuvo siempre el sobrenombre de «Barril».

En el presente deambulan por la ciudad personajes peculiares que se vuelven íconos ciudadanos: el mismo Vásconez que recorre la ciudad amándola y odiándola; el coleccionista de arte y de antigüedades Iván Cruz –todo un conde de antaño con uno de los mayores museos de arqueología del país–, el trasnochado pintor Luigi Stornaiolo que protagoniza él mismo escenas de los cuadros que pinta, Pacheco, el ratón de biblioteca... a todos se los reconoce pues Quito es, todavía, una aldea.

En cuanto a las personificaciones que tienen relación con los cultos religiosos, Quito es la ciudad de la Virgen del Volcán, una piedra «milagrosa» colocada cerca del cráter en la que se invocaba a la Virgen de las Mercedes de Quito ante el temor de los primeros españoles por las erupciones del Pichincha, allá, por 1575. La Virgen de las Mercedes es, desde entonces, la patrona del volcán y de las tempestades, truenos, relámpagos, rayos, plagas, tormentas y demás desgracias que tienen que ver con la naturaleza.

Asimismo se encuentran la emblemática figura de santa Marianita de Jesús que predijo cómo el país no se acabaría por terremotos sino por los malos gobiernos, el Jesús del Gran Poder, a quien se venera cada año en una gigantesca procesión en la que aparecen los morados cucuruchos de los que hacen penitencia y, heredado del vecino país del norte, Colombia, se encuentra el Divino Niño, a quien se honra en los Países del Niño en diciembre, y a quien se agradece en los avisos clasificados de prensa por los favores recibidos.

No obstante, Quito es principalmente la ciudad de La Dolorosa



La Dolorosa

del colegio San Gabriel que lloró a vista y paciencia de sus devotos y que es motivo de alabanza y de celebraciones anuales. Para casi todos los quiteños nacidos hasta los años cincuenta o primeros sesenta, la historia del milagro de La Dolorosa es conocida: el 20 de abril de 1906, en el comedor del colegio San Gabriel, regentado por los padres jesuitas, una estampa de la Virgen de Dolores cobró vida frente a los niños y lloró por los males del mundo. De esta forma, para el imaginario quiteño, esas lágrimas –que la estampa, de origen italiano, tiene desde siempre– son fundamentales. En este sentido, La Dolorosa es una de las ma-

yores devociones en la ciudad, así lo prueba, cada 20 de abril, la multitudinaria procesión que en andas, por las calles del Centro, lleva la imagen del milagro.

Ahora bien, para cierto grupo social de jóvenes de clase media, esta conmemoración es un pretexto de fiesta, debido a los juegos pirotécnicos que cierran los festejos patronales que cada año realiza el colegio San Gabriel en honor a La Dolorosa. Esa noche de carnaval, los patios del plantel se llenan de adolescentes de ambos sexos que comparten alguna botella filtrada pese a los controles eclesiales, se enamoran, se besan en las esquinas oscuras y farrean hasta que las notas cuasi sagradas dan por concluido el festejo. En él, cosa curiosa, la culpa no se presenta, aunque (si no contradijera al derecho canónico) sería interesante ver si las confesiones, al otro día, suben de tono y si crecen las listas de pecados cometidos.

En esa teatralización, ligada a la fiesta popular, a la chingana y al auto sacramental, es donde nacen personajes que hoy siguen deambulando por el imaginario colectivo. La relación de los quiteños con sus personajes es horizontal; no se trata de autori-

dades a las que veneren o a las que admiren sino de personajes que tienen que ver con la vida cotidiana. De eso dicen mucho los retratos de José Agustín Guerrero o de Joaquín Pinto, las crónicas de Raúl Andrade que personificaron al pobre hombre, al afilador de cuchillos, al estudiante o al trotamundos. Esto se prueba también con el reconocimiento y la identificación ciudadana, por ejemplo, con «Pacheco, el de la foto», uno de los primeros que puso un estudio fotográfico en la ciudad y que fue tan famoso que hoy Pacheco es sinónimo de fotógrafo.

Poca memoria y poco futuro

El acontecimiento más importante de los últimos treinta años fue la ceniza que arrojaron el volcán Pichincha y el volcán Reventador. La nube blanca que salió de la boca del volcán, la ceniza que lo cubrió todo y que obligó a los ciudadanos a sellar las puertas y ventanas de sus casas, empacar sus cosas y a barrer nubes de fino polvo durante semanas mientras el fuerte olor a azufre que se apoderó del ambiente, resultó más importante, en la memoria de los quiteños, que la caída de dos gobiernos ocurrida en plena plaza

central, que la firma de la paz con el Perú, la declaratoria de Quito como Patrimonio de la Humanidad, el cierre de los bancos por la crisis financiera o la visita del Papa Juan Pablo II.

Para muchos, Quito es una ciudad del olvido. Los quiteños apenas recuerdan los hechos del pasado o, por lo menos, no los ven como significativos. Aparentemente han olvidado la fundación de la ciudad, la Batalla de la Independencia, sus presidentes, los golpes de Estado y el arrastre de Eloy Alfaro, uno de los caudillos más importantes de la historia nacional. ¿Pero es posible olvidar realmente, o es que todos esos sucesos han pasado a formar parte de una suerte de inconsciente colectivo? Y si se olvida, ¿qué se olvida y por qué? A lo mejor, tras cada nuevo acontecimiento, hay una marca, una huella, que nos remite a hechos pasados y a un tipo de relaciones que marcaron esos hechos y que se siguen reproduciendo en el presente.

El olvido es, de algún modo, el otro lado de la memoria. En una sociedad como la quiteña, donde la gente ha vivido continuas situaciones de crisis y desengaños frente a las promesas de los políticos, el olvido es una práctica corriente.



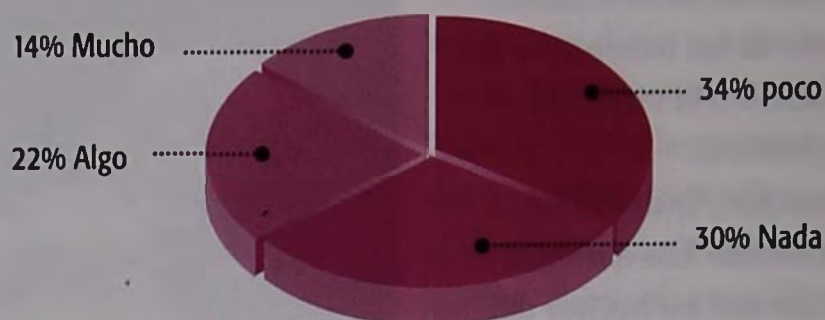
Erupción del volcán Pichincha

Las clases dirigentes son percibidas como corruptas y, a la par, son tomadas con cierta indiferencia por los ciudadanos.

La figura del político se ha vuelto equivalente de mentiroso y ladrón. Aunque la mayoría de gente espera que las cosas cambien algún día, siente que no puede esperar mucho de los políticos. Por el momento, existe una fuerte tendencia a olvidar, a «borrar y comenzar de nuevo».

La fundación de Quito es algo en lo que se piensa remotamente. Sin embargo, cada diciembre, Quito se llena de tarimas para celebrar las fiestas con bailes populares en los barrios. Es ahí cuando la ciudad, y particularmente su élite blanco-mestiza, se vuelve español-

Gráfica 8
A usted la política le interesa



la, viste a la antigua usanza y asume una gestualidad que, se supone, corresponde a la tradición del país. De igual manera, se retoma la llamada música nacional en los bailes callejeros que duran, por lo general, tres días.

La Batalla de Pichincha y el Primer Grito de la Independencia, 10 de Agosto de 1809, son otros acontecimientos de los que se tiene ligera noción. Quito, o tal vez el país entero, prefieren olvidar. Con la crisis del Estado nacional, buena parte de esos símbolos han perdido interés, aunque ahora más que nunca, se desarrollen campañas para retomarlos.

La gente recuerda un poco la muerte de Jaime Roldós, el presidente con el que se restauró la democracia en 1979 y que falleció en un posible accidente de aviación casi dos años después de iniciado su mandato, el 24 de mayo de 1981.

Así como la ciudad no tiene memoria, parece que tampoco tiene futuro. Algo de escepticismo ronda en el ambiente y esta situación está directamente relacionada con una clase dirigente que se ha ido desprestigiando y en la que ya nadie cree. Cuando los quiteños responden sobre el futuro de la ciudad en los próximos treinta años y con qué la identificarían, piensan a Quito un poco más moderna, hablan de una ciudad en la que se evidencie el progreso. En cualquier caso, la visión es más bien pesimista: la ciudad será más insegura, con mayores índices de corrupción, más peligrosa, llena de esmog y contaminación, con más congestión vehicular y más grande. Sólo unos pocos la conciben robotizada o computarizada, como una ciudad futurista.

Es como si el futuro estuviera detenido. Raros son los sueños de

futuro, de mejoras en la calidad de vida. Cuando se piensa en ello, se tiene en mente un proceso personal resultante, en el mejor de los casos, de la migración individual, más que un proceso colectivo. ¿Les gusta vivir en Quito a los quiteños? Lo cierto es que encuentran cómodo su lugar de trabajo y sin altos niveles de estrés. No obstante, el quiteño percibe que la calidad de vida no pasa de regular y que, además, no mejorará en un futuro. De esta forma, si bien los quiteños no definen a su propia ciudad como mala, tampoco la califican de buena ni de muy buena.

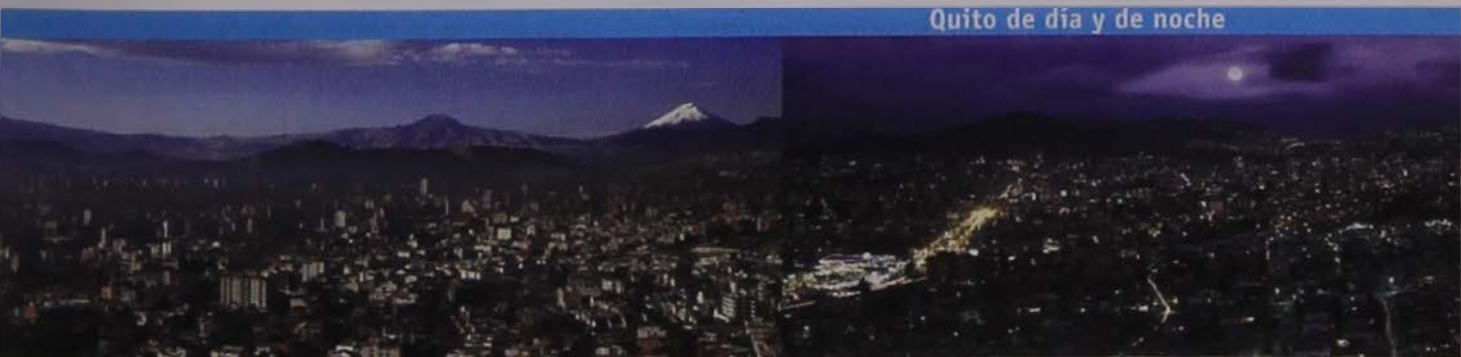
Calificaciones urbanas

Calificar es valorar con sentido grupal una proyección aritmética. Los estudios sobre imaginarios hacen uso de las ecuaciones para, mediante abstracciones matemáticas tomadas de distintas encuestas, proyectar un deseo ciudadano. Las calificaciones nos conectan de inmediato con la construcción de «lo otro» por su efecto comparati-

vo. La línea divisoria entre un deseo individual y un interés colectivo frente al mismo objeto –la ciudad– es frágil pero definitivo en los estudios urbanos, pues existe una energía social que se redistribuye a diario dentro del espacio y el tiempo de cada ciudad, que se transmite entre unos y otros ciudadanos, creando organizaciones o desorganizaciones colectivas respecto a la urbe. Así, cada ciudad tiene sus estéticas nacidas de las proyecciones de sus ciudadanos.

¿Cómo reconocen los quiteños a su ciudad calificando distintos aspectos de su vida diaria? En esas notas, hemos decidido buscar las proyecciones que hacen única a Quito; distintas reagrupaciones temáticas que marcan un «vernáculo ciudadano» que puede rastrearse para ver la ciudad en sus propias marcas ciudadanas. Señalamos entonces una rivalidad entre el casco físico como cualidad y la forma estética y perceptiva de la ciudad, en calidad de marca pro-

Quito de día y de noche



yectada por sus habitantes. Por ello hablamos de formas y de calificaciones ciudadanas. Para este tema, podemos tomar el imaginario como aquello que transporta lo sentido y percibido en la ciudad, es decir, cómo se vive, emocionalmente en una colectividad.

Basura y contaminación: los saldos rojos

Lo que más le disgusta de su ciudad al quiteño es la suciedad. Siente que la ciudad no está bien cuidada. La basura se acumula en todas partes y a esto se suman la delincuencia y la contaminación. En realidad, se trata de términos intercambiables, de factores que contaminan la vida humana; de polución. Todos tienen la sensación de que la ciudad se ha ido deteriorando debido a tales factores, aunque son menos conscientes de otras causas de deterioro, como la disminución de las áreas verdes y los espacios públicos.

En sus escritos en 1860, Friedrich Hassaurek ya mencionaba la escasez de baños y letrinas, «que no son consideradas como muebles necesarios en las residencias privadas». Este inconveniente, anota el mismo autor: «ha hecho de Quito lo que ahora es —una de

las capitales más sucias de la cristiandad. Hombres, mujeres y niños de todas las edades y colores pueden ser vistos en medio de la calle y a la luz del día haciendo sus necesidades al tiempo que ven descaradamente a los ojos a los transeúntes que pasan a su lado. Las calles pequeñas son sucias e intransitables por esta razón. Sé que estas líneas ofenderán la delicadeza de mis lectores, pero si dejo de hablar a este respecto dejaría de citar una de las más importantes características de Quito»²⁶. Joaquín Avendaño, en su «Paseo por Quito», descubre una ciudad de «una suciedad nauseabunda. Sin las continuas avenidas del Pichincha sería un foco perenne de infección. A la falta completa de policía urbana únense costumbres y causas, que, si no disculpan del todo, al menos explican tan inconcebible abandono y descuido higiénico»²⁷.

Representaciones semejantes hacían los viajeros que visitaban otras ciudades de nuestra América en el siglo XIX. No obstante, es necesario señalar que, en este tiempo y debido a los efectos de la Revolución Industrial, en Europa las ciudades eran mucho más caóticas, sucias y contaminadas que



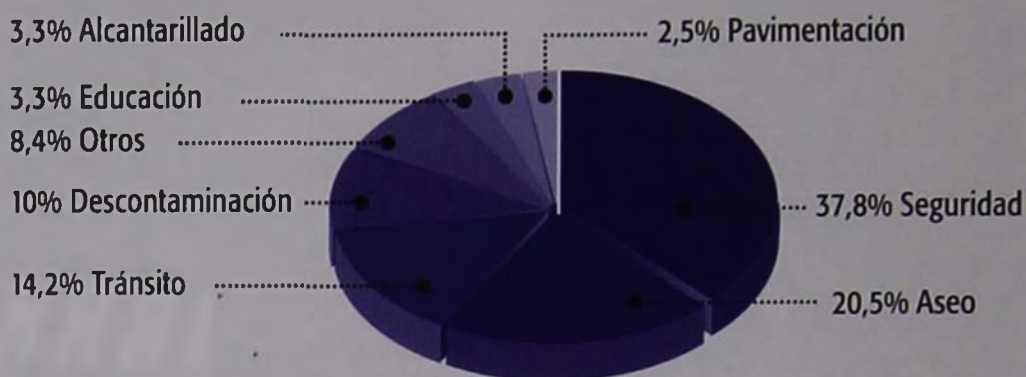
El sur también existe

Contaminación mañanera

las nuestras. Este tipo de oposiciones entre limpio/sucio, puro/im-puro sirvió, y aún sirve, de base a clasificaciones sociales que en el caso de los Andes han tenido siempre un tinte clasista y racista. El cronista Avendaño, por ejemplo, atribuye la suciedad a la pobreza en la que viven los habitantes de Quito: «De entre los 40 mil habitantes que escasamente encerrará en su seno, los blancos, entre los cuales se cuentan algunos ricos, son escasísimos; los cholos, zambos y los pocos negros viven con bastante escasez, y los indios, que componen más de la mitad de la población son miserabilísimos. Con una masa de gente de esta especie es en alto grado difícil la limpieza».



Gráfica 9
¿Cuáles son las mayores necesidades de Quito?



De esta manera, Quito ha sido una ciudad poco cuidada en temas de salubridad. Hoy mismo no resulta extraño ver en las esquinas acumuladas bolsas negras de basura y a los perros callejeros escarbando en ellas²⁸. La Marín o el sur son percibidos como lugares poco atractivos, al igual que los mercados y mercadillos que están asociados con la suciedad, el desperdicio y la basura en estado de descomposición. Pocas veces se relaciona a un mercado con los olores –y colores– propios de la fruta, la verdura y las yerbas aromáticas que abundan en ellos. Desde inicios del siglo xx, los mercados han sido vinculados con el mal olor, con los desperdicios, con la mugre, la basura y los orines. Buena parte de las políticas de salubridad se orientaron a su control pero debido al gran crecimiento de la ciu-

dad estas políticas no han sido suficientes.

En su gran mayoría, los quiteños no tienen una conciencia ecológica: han vivido rodeados de bosques y montañas, sin darse cuenta de que poco a poco las áreas protegidas se han ido acabando. En los últimos años, han surgido grupos ecologistas que demandan soluciones a problemas como la polución, la congestión provocada por los automotores o la disminución de los espacios verdes en la ciudad, pero aún son una minoría sin mayor capacidad de convocatoria.

La percepción de la ciudad como espacio contaminado es alta; un 42,3% percibe el manto gris que cubre por las mañanas a Quito, formado del humo negro que despiden los vetustos autobuses. Tal percepción confirma la reali-

dad: de acuerdo con un estudio de la Fundación Natura, el 80% del aire de la ciudad está contaminado por el monóxido de carbono que emanan los vehículos. Las sustancias nocivas que están presentes en el ambiente son: hidrocarburos, óxido de azufre, óxido de nitrógeno y monóxido de carbono. En este orden, los quiteños son propensos a contraer alergias, conjuntivitis, leucemia e infecciones respiratorias.

Por las calles de Quito circulan alrededor de 250 mil vehículos; 4.270 transportan pasajeros, 2.638 son urbanos, 811 interprovinciales y 821 escolares. En total hay 104 cooperativas –legales–, que cubren 168 rutas. Los gases y partículas que emiten estos automotores contaminan, como indicamos, el 80% del aire de la ciudad. El restante 20% lo contaminan las empresas, las canteras, los incendios forestales y las superficies desprovistas de vegetación, especialmente en la época de verano.

En el sector de La Ipiales, la velocidad de circulación es de cuatro kilómetros por hora, más baja que la circulación peatonal, que es de cinco kilómetros por hora. Los problemas de contaminación ambiental en esa zona son severos: 28

o 30 microgramos de plomo en la sangre, especialmente en niños hijos de vendedoras y comerciantes embarazadas, que sobrepasan el nivel tolerable de 10 microgramos. Esta situación es bastante grave, en particular en las zonas céntricas pues sus habitantes presentan cuatro veces más riesgo de contraer enfermedades respiratorias agudas que los que viven en zonas de baja circulación de autos.

También se percibe la contaminación auditiva: un 34% la califica de regular, un 25,5% de bastante y un 26,2%, de excesiva debido a los pitos y las alarmas de los carros, el ruido propio del transporte. Casi la misma percepción hay de la contaminación visual (29,7%, 23%, 23% respectivamente).

Aunque México sigue a la cabeza, Quito está en la lista de las ciudades con más problemas de polución en América Latina²⁹. La ciudad más limpia y de ambiente más puro del mundo es Calgary (Canadá), en seguida están Honolulu (EE.UU.), Helsinki (Finlandia), Katsuyama (Japón), Minneapolis (EE.UU.). Quito ocupa el puesto 204, muy por debajo de Brasilia (115), São Paulo (130), La Habana (148), Bogotá (168), e incluso de Santiago de Chile (193).

Los quiteños tienen miedo

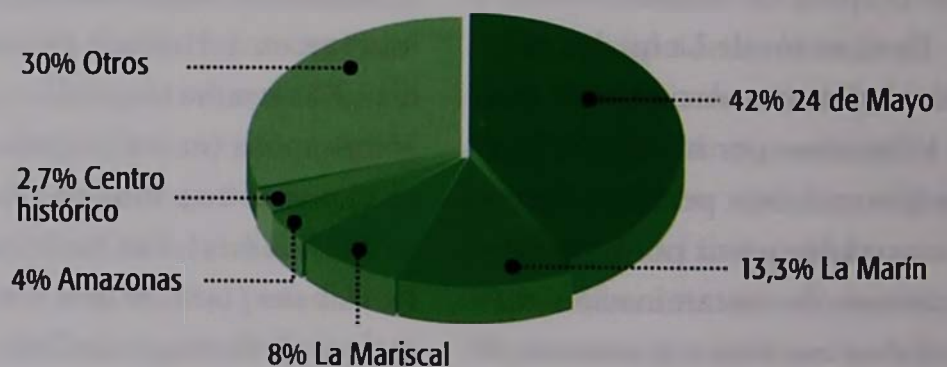
En los últimos cinco años se ha acrecentado el sentimiento de inseguridad en buena parte de la población. Existe un clima de violencia cotidiana para el cual los quiteños no estaban preparados, sobre todo las capas altas y medias acostumbradas a vivir en una «ciudad segura». La mayoría atribuye esa violencia a factores externos: el desplazamiento por la fuerza de la delincuencia que imperaba en Guayaquil, la inclusión del país en el Plan Colombia, la llegada de extranjeros. La violencia cotidiana está generando una suerte de xenofobia frente a lo foráneo, lo negro, lo costeño, a pesar de que el proceso de deterioro es, más que todo, resultado de condiciones internas. De esta forma, existe una sensación generalizada de inseguridad y una nostalgia por

una antigua ciudad, imaginada como «isla de paz». No se trata de algo que opere sólo de manera ideal sino de un proceso incorporado a los cuerpos: a la forma en que la gente se desplaza, se protege, desconfía del otro, oculta sus datos personales, anticipa sus acciones.

Entre los problemas que más aquejan a los quiteños está la inseguridad. Y no es para menos. Según un informe de Flacso³⁰, la provincia de Pichincha supera al resto de provincias del país en las cifras rojas de la Policía. Los robos a domicilios y los asaltos en las calles son los delitos más comunes en Quito. De las 26.135 denuncias de delitos presentadas el año pasado (2002) en Pichincha, el 50% corresponde a la capital.

La sensación de violencia crece. La ciudad se amuralla ante los

Gráfica 10
Zona que considera la más peligrosa de la ciudad





Niños en el camino de Orellana, en Guápulo

nuevos peligros urbanos. Además de crímenes por hurto y violencia doméstica, Quito tiene otro saldo rojo: la capital casi triplica el número de muertos y heridos frente a ciudades como Guayaquil, en lo que se refiere a accidentes de tránsito³¹.

Las defunciones por este tipo de accidentes, suicidio y homicidio representan el 72,2% del total de defunciones que por las causas mencionadas suceden en la provincia de Pichincha. El 94.8% de dichos fallecimientos ocurre dentro del sector urbano³². Hoy, a manera de campaña de concientización, la Policía ha pintado en las principales avenidas de la ciudad, corazones azules sobre el pavimento. Cada corazón azul representa un muerto por accidente de tránsito.

Este incremento de la violencia, se ha visto acompañado de un cambio de la gente con respecto a la ciudad; de hecho, las víctimas suelen tomar una cierta distancia con la urbe, una desconfianza que implica nuevos comportamientos urbanos.

Asimismo, los actos violentos han variado la percepción de los lugares considerados como peligrosos y los que no son considerados de esta forma. ¿Cuáles son las nociones de seguridad que pueden tener personas que viven en un barrio residencial y lujoso como Monteserrín o Jardines del Este o en un barrio popular como El Camal, San Roque o La Mama Cuchara? Por un lado, existe la idea de que ya no hay lugares seguros, pero, por otro, cada cual trata de

controlar su espacio. Las diferencias son en cuanto a tácticas; mientras en un caso la seguridad está relacionada con la idea de espacios cerrados y fortificados, autos cuatro por cuatro, sofisticados sistemas de alarma o la contratación de empresas privadas de localización y de guardianías privadas³³, en el segundo caso la seguridad tiende a ser asumida como una cuestión comunitaria, de estrategias barriales que permiten que, en caso de asalto, los vecinos acudan a auxiliar a la víctima.

Mientras que una persona de clase alta procura sentirse segura en su casa o urbanización, concebidas como fortín o como «otro lugar» donde aparentemente no puede penetrar la contaminación urbana; una persona de clase baja desarrolla sus propias fortalezas, el conocimiento del medio y de la gente, formas de moverse con mayor seguridad en su barrio: que no se le haga tarde, ir en compañía de otros e incluso aprender a negociar con los delincuentes.

La relatividad de las zonas consideradas peligrosas, se revela en una entrevista a un morador de San Juan, quien al ser interrogado sobre si iba a otras zonas de la ciu-

dad a celebrar las Fiestas de Quito respondió que no porque no conocía a la gente de otras zonas, y porque en el barrio estaban sus amigos, es decir, tenía protección segura. Para una persona de clase media, San Juan es considerado un barrio peligroso, pero para sus moradores la sensación de peligro está relacionada con ciertas calles dentro del barrio o con moverse a determinadas horas. Además, existe la idea de que los delincuentes y, de manera particular, las pandillas, evitan atacar a «los del barrio».

No obstante, la mayoría de los barrios populares no están en condiciones de enfrentar sus problemas de inseguridad y de violencia, de este modo, existen muchos barrios que pueden llegar a convertirse en fortines delincuenciales.

A finales del año 2002, se organizó una gran marcha por la seguridad de Quito que partió del parque La Carolina, al norte de la ciudad, y avanzó hasta El Ejido, allí donde simbólicamente comienza «la otra ciudad». Lo que llamó la atención de esta manifestación ciudadana es que expresó las preocupaciones de los sectores altos y medios altos, mientras que los sectores populares hicieron de espectadores. En la marcha se pe-



Atardecer quiteño en el barrio La Floresta

día incrementar los presupuestos de seguridad, así como la mano dura para los delincuentes. Muchos de sus participantes habían sufrido la violencia delincriminal en carne propia, y tenían razón suficiente para participar. Sin embargo, en tal manifestación estaba ausente la petición por resolver los problemas de fondo: no se tomaron en cuenta factores estructurales como el deterioro económico y social que ha sufrido Ecuador en los últimos años, el abandono del Estado, la ausencia de un compromiso con el país por parte de las élites o la inclusión de Ecuador en el Plan Colombia.

De igual manera, cuando se habla de inseguridad y de violencia cotidiana, por lo general sólo se toman en cuenta los aspectos producidos desde los aparatos delincriminales, pero no los que se producen diariamente en espacios supuestamente seguros, como los

de la casa o la escuela, así, las acciones contra el niño o contra la mujer no siempre son percibidas por los quiteños como violencia.

Esas clases dirigentes...

Señor Director:

En los dos últimos meses, llevo dos llantas nuevas rotas, los huecos pululan por todo lado; un parabrisas cuarteado por una piedrita en la autopista al valle de Los Chillos. El redondel de la Plaza Artigas, llena de cráteres. La Avenida de La Prensa una calamidad. La carretera que va a Guayllabamba, a pesar de los arreglos, empieza a deteriorarse, y no es un mes que terminaron la obrera. La carretera entre El Quinche y Checa es un verdadero peligro. Huecos en la avenida 10 de Agosto cerca del Labrador, menos mal que ya le taparon un poco. La Versalles, Gualberto Pérez, Andrés Pérez, la entrada desde la Panamericana a

la Ecuatoriana, las calles de la Nueva Aurora, una desgracia. Por último nos pusieron unos parapetos en el parterre central de la Avenida Oriental y prefirieron no arreglar los arbolitos. Me resisto a creerlo, seguramente es cuestión de plata. En todo caso que avisen para hacer minga y tapar los huecos, o sacar las escobitas. No creo que exista tanto inútil en los ministerios, prefecturas y alcaldías que no puedan hacer las cosas bien. Y ahora quién me repone las llantas, el parabrisas y la suspensión. Porque tienen que estar en perfecto estado para la matrícula. Jodidos.

Julio Mena S.

Señor Director:

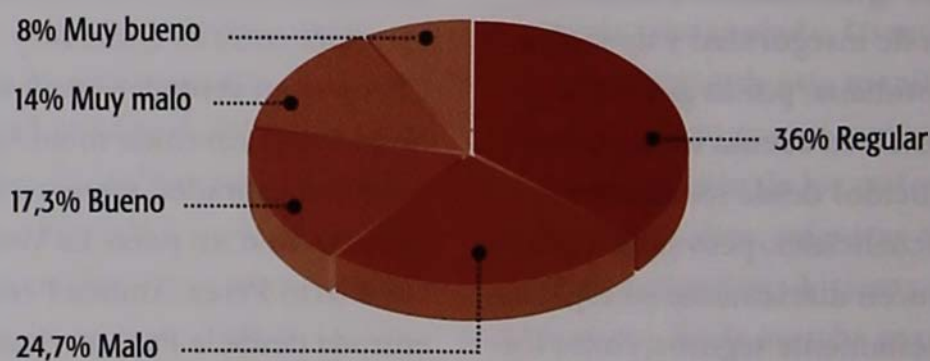
El ministro de Bienestar Social ha dicho que recién presentará

oficialmente un plan de política social del Gobierno. A cien días de gobernar reveló lo que todos temíamos: el ningún interés que han puesto en las políticas sociales, la salud, la investigación científica y la cultura en general. Se ha hablado tanto en estos últimos días del reto de la modernidad que éste ha entrado a la colección de ofertas electorales inocuas; y tal pareciera que para entrar a esa colección se debe perder en contenido y ganar en imagen y protagonismo.

Pablo Izquierdo³⁴

Cartas como éstas llegan todos los días a los periódicos capitalinos. Ciudadanos inconformes y molestos que se quejan públicamente del mal estado de las vías, de la falta de planificación a la hora de hacer trabajos de repavi-

Gráfica 11
¿Cómo califica a los dirigentes políticos en cuanto a programas sociales?



mentación, del caos vehicular y de tránsito, de los deficientes servicios públicos, de la salud, de la educación, de la ausencia de políticas sociales. Cartas que, en suma, ilustran la percepción generalizada de que algo no va bien en la ciudad y de que de eso, de lo que no va bien, tienen la culpa «esas clases dirigentes». Por eso no es de extrañarse que la respuesta del quiteño a la hora de evaluar sus servicios básicos sea más bien lacónica, matizada por el escepticismo frente a sus gobernantes y por la certeza de que en la ciudad –y en el país entero– impera la corrupción. A la pregunta de cómo siente sus servicios básicos –educación y salud, principalmente–, la respuesta es un rotundo «regular». Ese regular, en escala, baja hasta malo y muy malo cuando se piensa en las ne-

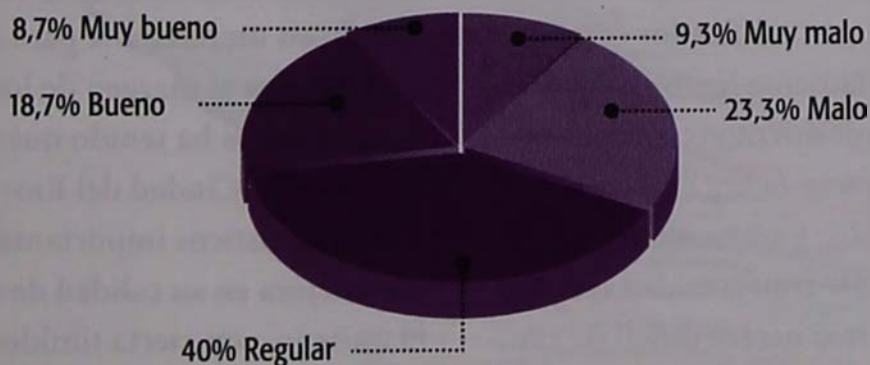
cesidades básicas de los sectores urbano-marginales. Las demandas frecuentes están en el aseo, en el transporte, en el agua y en los servicios básicos. A esto se suman los temas de vigilancia y seguridad en los distintos barrios.

Si la ciudad es considerada entre «bella» y «muy bella», sus servicios son vistos como deficitarios. La calidad del transporte es definida como «mala» y «muy mala». En la misma escala están temas como la salud y la educación, calificados por un unánime «regular». La mayoría de los entrevistados piensa que los sistemas de salud y educación privados son mejores que los públicos, pero al mismo tiempo sabe que no puede acceder a ellos.

La protección del medio ambiente y la lucha contra la conta-

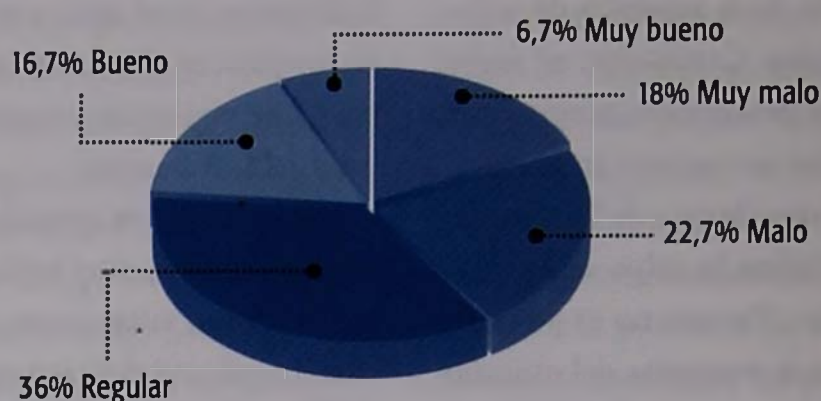
Gráfica 12

¿Cómo califica a los dirigentes políticos en cuanto a Planeación?



Gráfica 13

¿Cómo califica a los dirigentes políticos en cuanto a Servicios Públicos?



minación deberían ser partes prioritarias de la agenda de los gobernantes municipales; los mismos consultados las destacan como situaciones que merecen cambios urgentes. Problemas de aseo y de transporte son aquellas cosas que la gente cree que deben mejorar y que están en la innumerable lista de pendientes que tienen los gobernantes, tanto en el nivel nacional como en el ámbito local. Las clases dirigentes son percibidas como corruptas y vistas con escepticismo. Los servicios gubernamentales son calificados como extremadamente lentos y engorrosos. El sentimiento con relación a la burocracia es negativo. Y los ciudadanos, a veces silenciosos y de aparente conformidad con una realidad que parece difícil de cam-

biar, no saben cómo cobrarles a los responsables.

Todos los años se habla del control de contaminación en los buses urbanos de Quito. Los quiteños son escépticos: no funcionan los planes y campañas de persuasión para el uso de catalizadores o del opacímetro. Por los carriles que están junto a las ecovías circulan los buses contaminantes, cosa que hace que las ecovías no brinden el resultado deseado.

Por todo lo anterior, en los últimos años Guayaquil se ha convertido en un referente para el quiteño, que al margen de los regionalismos ha tenido que reconocer en la «Ciudad del Río» cambios urbanísticos importantes y una mejora en su calidad de vida. El quiteño, con cierta timidez y

hasta con resentimiento, reconoce lo «bonito» que ha quedado el malecón o la nueva cara del cerro Santa Ana, sus puentes, su Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo (MAAC), su Parque Histórico y su «regeneración urbana». Esos cambios los atribuyen a un gobierno local fuerte, al liderazgo de su alcaldía, a inversiones millonarias y a un imaginario de ciudad próspera «tipo Miami» con la que el puerto parece identificarse.

Escenarios urbanos

Llamamos temas urbanos a las evocaciones ciudadanas, los modos en que se imaginan los ciudadanos que realizan, día a día, su vida en

contacto con los otros y que permiten la reconstrucción de un cuadro de comportamiento social. Empero, toda escena humana conlleva a otra escena: la de lo inconsciente, de lo no dicho y muchas veces no decible. A pesar de la racionalización del saber, los individuos del mundo moderno continúan siendo afectados con aspectos mágicos o fantásticos del pensamiento, lo que se constituye en un eje central para las organizaciones sociales. El rumor, los miedos, los temores, las alegrías desbordadas son revelaciones fantasmagóricas que también construyen el espacio de lo urbano. Fomentar el miedo desde los

De El Panecillo a San Fernando



escenarios mediáticos, desalentar a la ciudadanía con modos permanentes de corrupción institucional, deteriorar o engrandecer la imagen de una ciudad, son mecanismos que deben estudiarse en las culturas urbanas para comprender su dirección y naturaleza. Algunos temas fronterizos entre lo real y lo fantástico, quizá sean entradas para detectar las fantasías ciudadanas. Pasemos, entonces, a estudiar los escenarios del amor, el peligro, el sexo, el comercio, las visitas, los recorridos, las religiosidades, etc., escenarios que, de una u otra forma, nos brindarán guías sobre lo que significa ser quiteños.

El Centro: escenario de lo público

El centro histórico se ha convertido en el lugar privilegiado de la tensión que se vive en la ciudad

respecto a las relaciones Estado-sociedad y público-privado, pues, de un lado, se trata del lugar que tiene mayor capacidad de transformación en la ciudad –es decir, el sitio más sensible para sufrir mutaciones– y, de otro, porque se trata del espacio público por excelencia. El primer aspecto señalado se debe a condiciones históricas: en un principio, el Centro fue la ciudad en su totalidad, luego fue la porción central y, posteriormente, se ha convertido en un lugar de conservación arquitectónica. El segundo aspecto –el carácter de espacio público por excelencia– no sólo se debe al reconocimiento de sus edificios, monumentos o plazas, sino al significado que tiene en su conjunto para la ciudadanía.

De esta manera, el Centro es el «espacio de todos», puesto que le





La Plaza de la Independencia

otorga el sentido de identidad colectiva a la población que vive más allá de sus mismos predios. De igual manera, la condición pública del Centro trasciende el tiempo (antiguo-moderno) y el espacio (centro-periferia), creando un legado transgeneracional y transterritorial, que produce una «ciudadanía derivada», es decir por herencia.

Es un espacio público por ser un ámbito de relación y de encuentro, donde la población se socializa, se informa y se expresa cívica y colectivamente. Ello es factible por su condición de centralidad y por la heterogeneidad de funciones, gentes, tiempos y espacios que contiene. Si los indígenas mexicanos van al Zócalo, los ecuatorianos acuden a la Plaza de la Independencia, naturalmente ubicada en el Centro.

La cualidad de espacio público también se explicita porque no existe otro lugar de la ciudad que tenga un orden tan definido y desarrollado. Allí están las particularidades del marco legal –compuesto de leyes, ordenanzas, códigos e inventarios– y las múltiples organizaciones públicas que conforman el marco institucional –tanto nacionales y locales como autónomas–.

Vivimos la época de la privatización de la gestión pública en todos sus órdenes; una privatización que también concierne a los centros históricos, más si se tiene en cuenta la entrada del sector empresarial privado (nacional e internacional) y su imperativo de transformación que afecta a los marcos institucionales, las modalidades de gestión y las políticas. De esto es prueba la profusión de pa-

tronatos en Lima, de corporaciones en Santiago, de fundaciones en México y de empresas en Quito. Empresas que, adosadas a los municipios, invierten directamente en servicios urbanos (en Cartagena o Bahía) o en edificios (por ejemplo, American Express, McDonald's). Del mismo modo, inciden los organismos multilaterales de crédito que impulsan una mayor participación del empresariado privado (BID) y, no hay que olvidar, la continua presencia del pequeño capital inmobiliario y comercial.

Estas nuevas modalidades de gestión conducen a formas diferentes de construcción de identidades que llevan a preguntas como las siguientes: ¿Se pulveriza el sentido de lo nacional en lo local? ¿Se fragmenta la integración social por tipos de mercados? ¿La globalización homogeniza las políticas de renovación?

Con esta tendencia, los centros históricos empiezan a ser víctimas del abandono de lo cívico y de la pérdida de su condición de espacio público. Así como también se observa la concentración de la propiedad, la penetración de capitales transnacionales en desmedro del pequeño capital nacional y la reducción del compromiso de la población con la

zona; es decir, de erosión del sentido de la ciudadanía.

La diversión está casa adentro

Si la ciudad es vista como un teatro y sus habitantes como protagonistas, en Quito podríamos decir que estamos frente a una obra intimista cuyas escenas ocurren en espacios interiores. Un dato lo confirma: los jardines de las casas de Quito suelen estar tras grandes muros. Si a las casas coloniales les caracteriza un patio interior, a los jardines actuales se los ha escondido de la misma manera. Ni el transeúnte o curioso tiene vista, peor, acceso. Los patios de las casas son íntimos, jamás espacios públicos. Los quiteños se proyectan a sí mismos como hogareños y poco propensos a salir de casa, y, en realidad, suelen ser reacios a los espacios abiertos; más aún, cuando salen les gusta estar con los «panas», familiares o amigos, y en locales cubiertos.

Tras la dolarización, el poder adquisitivo de la clase media disminuyó en forma considerable: quien salía todos los fines de semana a comer fuera, o al menos una vez a la semana al cine o al teatro, tuvo que adaptarse a una nueva forma de vida. Salir resulta



Algodón de azúcar en el parque La Carolina

más costoso que quedarse en casa preparando algo en familia o con amigos. Pasear por un centro comercial sin comprar o alquilar un video es más realista que pagar el cine u otra clase de espectáculo.

Descansar con la pareja en casa, sentados frente a la televisión, resulta mejor que una cena nocturna, un bar o una discoteca. Debe ser por eso que cuando los quiteños ponen una cita, preferiblemente lo hacen en la casa (46,7%). Luego vienen los centros comerciales como sitios de encuentro (14%) y en tercer lugar están los parques (12,7%). Pocos son los que se citan en el trabajo o en el cine, y los restaurantes y bares están entre las preferencias con porcentajes muy bajos, 5,3% y 2,7% respectivamente.

Muchos describen a los quiteños como huraños y poco inclina-

dos a hacer nuevas amistades. Las cantinas eran los lugares preferidos de los sectores medios y populares hasta los años sesenta; se trataba de espacios oscuros, separados de la calle, eminentemente masculinos. Hoy los quiteños prefieren los sitios de comida y los centros comerciales, pero por lo general acuden en grupo y actúan protegidos por éste.

En Quito no hay paseos en los que la gente puede salir a caminar y a encontrarse con los otros, es decir, no hay verdaderos espacios públicos como en otras ciudades, sólo recientemente se ha comenzado a dar un uso de este tipo al Centro. La ciudad tiene pocos espacios ciudadanos donde los distintos sectores sociales se encuentran. Los centros comerciales son un remedo de lo que podrían ser es-

pacios de ese tipo; en realidad son impersonales y están mediatizados por el consumo.

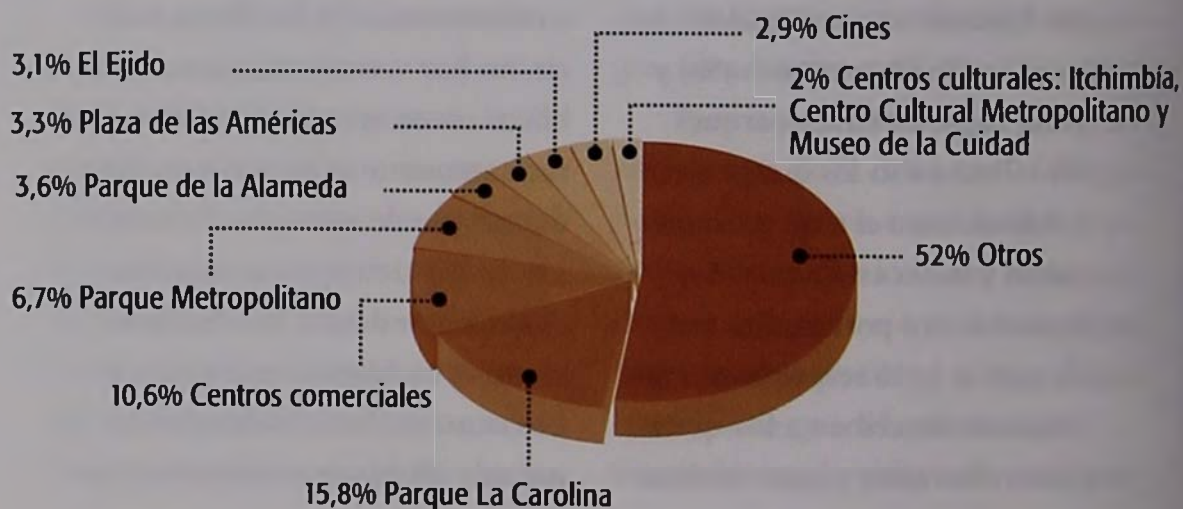
Esto está relacionado con el hecho de que Quito es una ciudad en la que no existe la costumbre de discutir en público; el quiteño se reserva su opinión para compartirla con los más íntimos, sin embargo, esta frialdad o desinterés en la discusión se ve contrastada con la solidaridad del quiteño frente a la desgracia ajena: el quiteño siempre está dispuesto a intervenir, de modo práctico, en cualquier hecho público. El quiteño es reservado, pero no indolente.

Dentro de las actividades de diversión y entretenimiento, «comer fuera» es una de las preferidas de los quiteños pese a la baja capacidad adquisitiva de los últimos

tiempos. Salir cuatro veces al mes es la frecuencia común en los distintos estratos analizados. Las comidas rápidas se llevan la preferencia de los estratos medios y altos. Asistir a espectáculos deportivos –particularmente al fútbol– es una de las diversiones favoritas entre los hombres.

También están los parques, el Zoo (que está en el valle de Guayllabamba) y que se vuelve los fines de semana escenario familiar, y en especial el parque La Carolina, ubicado en el centro norte de la ciudad. Este parque es el sitio de diversión por excelencia para los quiteños (60,7%) y se ha vuelto uno de sus lugares preferidos y que más gusta (62,7%), incluso más que la Plaza Grande o que la Plaza del Teatro. Así, aun cuando

Gráfica 14
Sitios de diversión de la ciudad



el Parque Metropolitano tiene sus adeptos, no llega a ser tan concurrido por ciudadanos de todos los sectores y de todas las edades como La Carolina.

La Carolina es el espacio del deporte, del fútbol, del *volley*, de los niños corriendo por todas partes, de los paseos en bote de alquiler por la pequeña laguna, de los enamorados que buscan sentarse a la sombra de un árbol en el calor de un sábado a mediodía, de los paseos familiares, de las jornadas de aeróbicos y del teatro callejero.

En La Carolina funcionaba el único hipódromo que tenía la ciudad. La alcaldía de Álvaro Pérez hizo de ese terreno un gran parque al que acuden los fines de semana aproximadamente 50 mil personas. Se trata de un buen sitio para descanso, para la caminata, para pasar el tiempo y, además, está cerca de tres centros comerciales: El Jardín, el cci y El Caracol.

Bailar o escuchar música y comer son las actividades que prefieren los quiteños cuando quieren estar en pareja (50% y 50%). Si de música se trata, prefieren la romántica, la balada, la música nacional y los pasillos; si de comida se trata, ésta debe ser criolla, carnes o comida rápida. El cine, en

cambio, tiene que ser de acción (34%), luego vienen el cine romántico y, finalmente, el drama.

En el 2003 –y como un triunfo de los jóvenes ecologistas– se instauraron los ciclopaseos en la ciudad. En abril del 2004, el Ciclopaseo integrado cumplió un año con un total de 140 mil personas. La aceptación de la ciudadanía creció en un 300% en un año: en abril del 2003 participaron cinco mil ciudadanos y en marzo del 2004, la participación ascendió a veinte mil personas. Los últimos domingos de cada mes, niños en

Ponchos para turistas en La Amazonas





El Quito moderno, edificio en la 12 de Octubre

triciclo, familias enteras en bicicleta, jóvenes en patines o patineta, recorren 26 kilómetros sobre ruedas.

La calle de la alegría

En la vieja Amazonas el ir y venir de gente era constante. El recorrido comenzaba en la avenida Colón y seguía hasta la avenida Patria, o viceversa: de los helados Buen Humor a La Fuente o al Manolos y, quien sabe, de repente el recorrido se extendía hasta La Favorita, el «macromercado» en el que se solían hacer las compras de la semana –hoy es el Supermaxi, que tiene sucursales en toda la ciudad y el país– o Los Caldos, donde se pasaba la resaca de una noche movida.

Amazonas es la calle alegre para el pasado: ahí se festejaba el Carnaval, ahí los chicos lucían sus autos y el volumen estereofónico

de sus radios irrumpía todo el día, sin embargo, cuando esta calle fue readecuada con veredas más anchas y se dispuso que fuera de un solo sentido en dirección sur-norte, curiosamente, se empezó a marchitar. La Favorita se cambió de lugar y tanto los helados Buen Humor como La Fuente dejaron de existir. Quedó Manolos, con mesitas y sombrillas sobre las anchas veredas. Quedó el hotel Colón, donde todavía se sirve el caldo de patas a aquellos trasnochados que paran por ahí. Salieron los artesanos –quiteños, colombianos, chilenos y toda suerte de viajeros– que se instalaban con sus rojas franelas y con su orfebrería y que hoy fueron ubicados en un mercadillo artesanal ubicado en la Juan León Mera.

Por el pasado que tuvo y el presente que tiene, la avenida

Amazonas despierta una visión nostálgica muy frecuente entre los sectores medios y altos, que perciben el deterioro; la Amazonas ya no es la misma, dirán quienes tienen más de 35 años; para muchos incluso ha perdido su carácter público.

Abdón Ubidia, en su *Ciudad de invierno* describe el ambiente de la Amazonas de la siguiente manera: «Estábamos sentados en una de las mesitas al aire libre del café de siempre. Los jóvenes y los no tan jóvenes pasaban y repasaban por la alegre avenida, ágiles, modernos, despreocupados, buscando un sitio en aquel café o en el restaurante vecino. La moda los enfundaba en ropajes deliberadamente pobres y ligeros. Eso se veía sobre todo en las muchachas. Y había turistas, hippies, gente errabunda de todo tipo. Era agradable el lugar. Las mesas tenían parasoles de colores y de entre ellas se alzaban dos árboles con los tallos blanqueados con cal. Del otro lado de las tupidas filas de autos, estaba el supermercado y por sobre él asomaban las torres góticas de la vecina iglesia»³⁵.

Paradójicamente la Amazonas, en su carácter de vía principalmente peatonal, sigue siendo una

calle alegre: es la avenida donde se festeja al equipo de fútbol cuando gana y desde donde se vieron los partidos clasificatorios al primer Mundial; es la calle por la que circularon los carros pitando de la emoción cuando Ecuador clasificó y, luego, cuando jugó en Japón-Corea; es la calle en la que cada 31 de diciembre hay concurso de Años Viejos; es el lugar al que acuden disfrazados quienes celebran el Día de Brujas.

A la Amazonas no sólo se la asocia con la alegría y con la diversión (22,7%) sino también con el turismo (8%). Los almacenes de artesanía y los kioscos de venta de textiles ocupan su lugar en ella. No obstante, hay quienes la consideran peligrosa (6,7%) y la relacionan con el expendio de droga (3,3%).

Cuando los habitantes piensan en la Amazonas, tienen en cuenta ese tramo de la larga avenida que va de la Patria a la Colón, porque la otra Amazonas –hacia el noreste– está más relacionada con la zona bancaria, con grandes y modernos edificios y con los principales centros comerciales de la ciudad.

Jamás se asocia a la Amazonas con el barrio a la que pertenece: La Mariscal. Así, esta avenida se vuel-

ve una frontera dentro de la ciudad, que separa el oriente del occidente. Del lado oriental –y hasta la 6 de Diciembre, incluidas las calles Juan León Mera y Reina Victoria– está el sector de La Mariscal, del movimiento de bares y discotecas y del bullicio nocturno, mientras que en el lado occidental –hacia la 9 de Octubre y la Páez– se encuentran barrios más bien oscuros, sin vida e incluso peligrosos.

A diferencia de la Amazonas, pocos consideran a La Mariscal alegre. Lo extraño de estas percepciones es que en sus barrios aledaños se encuentra buena parte del movimiento nocturno de la ciudad, la fiesta, los bares, los restaurantes. Es el escenario de los encuentros con varias culturas, el lugar donde está la oferta de comida internacional –restaurantes chinos, italianos, árabes, japoneses, mexicanos, tailandeses, cubanos– y donde están los jóvenes, escenario de aquel turismo mochilero que viene de Europa o Estados Unidos. Es, también, el sitio de Internet, de los cibercafés y de las conexiones internacionales. Sin embargo, los quiteños se niegan a verlo como un lugar alegre, posiblemente por el grado de deterioro de buena parte de sus

edificaciones y por haberse convertido en una zona insegura, de esta forma, apenas un 4,7% de los entrevistados ven a La Mariscal como un espacio alegre. Poco a poco, La Mariscal ha ido cambiando su fachada y volviéndose un espacio peligroso, sitio de la fantasmagoría ciudadana, lo que se debe a que la diversión y baile están asociados con expendio de droga, travestismo, bebida y violencia.

La Mariscal, el barrio que vive en la noche

Quito es una ciudad diurna. La mayor parte de su actividad transcurre durante el día, y a partir de las 20:00, duerme. La noche no es precisamente el tiempo con el que sus habitantes la identifican: apenas un 15,3% piensa en la noche quiteña, de hecho, a veces hasta parece que no hay noche, que la gente busca la luz artificial y se protege, se oculta. Las calles de Quito por la noche son por lo general desoladas. La ciudad despierta los jueves. Y los sábados vuelve a dormir.

«Quito ha pretendido olvidarse de sí misma, dar la espalda a su pasado barroco y español, rechazando de algún modo su modesta tradición europea. En la actuali-

dad a nadie le interesa la ciudad antigua ni lo que ella representa (...) A fuerza de andar por sus calles opté por descubrirla a partir de la literatura, pero mantengo una relación muy compleja con ella. Es probable que a causa de su caprichosa geografía, Quito se haya mantenido aislada, aunque, por otro lado, es un cráter donde se acumula todo tipo de prejuicios y terrores. Más de una vez he mencionado la destructiva y paralizante melancolía de sus habitantes. He hablado de su maledicencia, de esa pasividad, seguramente provocada por la cercanía del volcán y de su extraña relación con el pasado y con el tiempo. Un buen día descubrimos que aquí no va a pasar nada porque esto es una ilusión o quizás el delirio de un borracho», dice el escritor Javier Vásconez³⁶.

En general, las calles de Quito por la noche son desoladas. La Mariscal, entre jueves y sábado, es la excepción. Es el lugar de la noche, de la movida, de la música, de los locos, de los gays, de las mujeres que esperan en las esquinas por sus clientes, de los restaurantes de comida exótica, de los vendedores de droga, de los niños que «fundean» cemento en las esquinas, de los jovencitos que van ar-



Fuente: Administración Norte del Municipio de Quito; Diseño Editorial / EL COMERCIO

mados de pastillas de éxtasis y de sendas botellas de agua para bailar sin parar, de los hippies con aires sesentones que todavía sobreviven al pasado. Las luces de bares y discotecas, el tráfico y la bulla muestran a esa «ciudad deseante» que vive, que baila, que disfruta de la noche. Desde las terrazas de El Zócalo o del Thai, en la calle

Calama, la ciudad es otra: es la ciudad de la bulla, de los «gringos» que van de bar en bar, del reggae, el ska, la cumbia, la rumba o el vallenato. Del tecno y del rock pesado. Esto al menos hasta las tres de la mañana, hora permitida por la municipalidad luego de que se decretara la «hora zanahoria», que siguió la misma política que se estableciera en Bogotá durante el mandato del alcalde Antanas Mockus.

La ruta de la diversión en el norte es diversa. Los encuentros suelen empezar en El Pobre Diablo, emblemático bar que se trasladó de «la esquina del movimiento» (Reina Victoria y Santa María) a La Floresta (barrio al que empieza a

mudarse la movida quiteña huyendo de la violencia de La Mariscal). Ahí, el clásico loco de papas, cerveza o un vino caliente son parte de la tradición. Siempre está la misma gente: intelectuales, jóvenes músicos, artistas plásticos, fotógrafos o músicos. El cantautor Hugo Idrovo ha dicho que El Pobre Diablo es «la cantina preferida», desvirtuando con esto el sentido clásico de la cantina. Y es que es el lugar de los estrenos de música de autor, pero también el sitio de los jams jazzeros, de blues y de son. El Pobre Diablo tiene, además, El Container, una pequeña galería de arte en la que se da espacio sobre todo a un grupo de artistas relativamente jóvenes, a

Noche, luces y movimiento, vista nocturna de Quito



quienes hacen instalaciones y *performances* y le apuestan al arte contemporáneo. Se trata, en este sentido, de espacios que congregan a un tipo de gente, pero de la que se excluye otro. En Quito todos los espacios de la cultura tienen un sentido grupal.

Tras el locro, la ruta sigue hacia el Sesaribó, en la 12 de Octubre y Veintimilla, la primera salsoteca de la ciudad, que tiene ya 20 años de existencia, de rumba y de un ambiente que ha vencido al tiempo: Willie Colón, Rubén Blades, Carlos Santana y, de repente, un vallenato de Carlos Vives o un bolero de Benny Moré. El repertorio es casi siempre el mismo y los clientes y socios fundadores también, pero hoy se incluyen en la rumba sus hijos, ya veinteañeros, que heredaron el gusto por la salsa, el son y la guaracha. Pintores, actores, cineastas, antropólogos, feministas, farfullas, alternativos, rojos volviéndose verdes, viejos verdes, universitarias, machistas, machos, diplomáticos, escritores, gringos que siempre pierden el paso; toda una fauna constituye los clientes frecuentes de la legendaria salsoteca quiteña.

La Mariscal es el lugar de las luces de neón. De las billas, billa-

res y futbolines que se instalaron para hacer más atractivos los bares. El panorama en sus calles es diverso y ecléctico. Hay de todo: *stripers* espontáneos que bailan sobre las mesas del No Bar; teatro *drag* y desfiles de *drag queens* en la pasarela del bar Dionisios; psicodelia, house, tecno y trance en el Underground; el cielo, el limbo y el infierno que se juntan en la decoración de La Boca del Lobo; un recoveco de trasnochados intelectuales y militantes que escuchan a Henry Fiol en el Mayo del 68; un lugar para los nuevos y viejos troveros traídos de Cuba que habitan en La Casa Morada o en El Varadero, donde el mojito es el trago principal; un bar-café llamado El Trovero desde donde se puede ver pasar, como en una vitrina, a los turistas nórdicos, a los ojerosos árabes propietarios de restaurantes de *shawarmas*, a los *yuppies* descorbatados y burócratas trasnochados y a los rastas locales; dos lugares en los que el aroma de café se hace primero moda y luego costumbre: Este Café y el Café Galleti; un bar llamado Arribar del que se dice que es uno de los «subconscientes del infierno» y que es clausurado con la misma frecuencia con la que se abren sus puertas.



Peluquería en una casa del Centro

Los bares en Quito cambian de nombre, cambian de piel, se mudan, se vuelven moda y pasan, se cierran, se clausuran o desaparecen. El Quito de La Mariscal es un mundo propio, intenso y contradictorio. Si un lunes por la noche, desde el mismo bar, el paisaje es sórdido y desolador, como de ciudad europea de postguerra, un jueves nocturno el sector se llena de actividad y dinamismo.

Entre lugar y lugar, y como para no pasar hambre en la noche de rumba, no faltan los carritos de *hot dogs*, los *shawarmas* y los *crêpes*, estos últimos de la famosa Crêperie que, cada cierto tiempo, sorprende con uno que otro músico invitado para tocar jazz en vivo.

El fin de la noche mariscaleña suele tener un retrato muy propio: dos borrachitos abrazados como

fin de fiesta buscando un «trago al paso» para rematar en el sitio de los cocteles bomba –en la Amazonas y Colón–; una fogata encendida alrededor de la cual se calientan niños que venden flores y que por lo general han llegado del campo; una que otra mujer parada en una esquina, semidesnuda y con tacos aguja, o un impresionante travesti gigante y solitario acomodándose senos y peluca para no pasar desapercibido.

El lugar de la tristeza

Para los quiteños no hay nada más triste que una tarde de aguacero. La gente se recluye –o piensa en recluirse– en su casa, se prenda de un libro, conversa con los suyos, enciende el televisor. Muchos dicen que es el frío lo que hace hogareños a los quiteños. Otros



De paseo por el Palacio de Carondelet

opinan que es la herencia de «ciudad conventual, franciscana y monacal», de la que salen individuos tímidos, retraídos, pacatos. Según algunos de los entrevistados, la ciudad tiene algo de triste por sí misma, en sus desoladas y oscuras noches, en los zaguanes y calles estrechas del Centro y en las tardes grises de esos fríos días de garúas y lluvias constantes. Uno de los sitios calificados como triste es el barrio de San Juan, acaso porque sus viejas escalinatas son percibidas como solitarias. Entre los escenarios de la tristeza están la calle México, la 24 de Mayo y la calle Ipiales, todas de noche, una vez que sus comerciantes y transeúntes las han abandonado. Entonces, quedan sólo las viejas tablas, palos y vigas que durante el día son soporte de todo tipo de ventas y ne-

gocios, de música y bullicio, y de coloridas ropas tendidas para la oferta. Llega la noche y el lugar se vuelve un frío y fantasmagórico espacio por donde pasean libremente perros y roedores y uno que otro mendigo cubierto de plásticos y periódicos.

Por la noche, la Plaza Grande se presenta también como un espacio solitario. Es el lugar de encuentro de los jubilados que cuentan anécdotas de la ciudad de antaño, en las que «todo tiempo pasado fue mejor». Por lo general, se identifica a la Plaza Grande con ellos, cuando en realidad no son sus únicos usuarios. La ruta de la tristeza la completan La Ronda y los cementerios San Diego y El Batán, que son lugares tristes pero también lugares perfumados por todas las flores con las que se rin-

de culto a los muertos. También se toma por triste a la avenida Eloy Alfaro, al barrio de El Dorado y a la empinada calle que rodea al Itchimbía, desde donde se puede ver toda la ciudad como desde un balcón.

Hay quienes incluso sienten triste a la Amazonas o a La Mariscal –lugares alegres por sí mismos–, un lunes por la noche, cuando salen los niños vendedores de frunas y flores, los cuales encarnan el rostro del hambre y del frío. Lo mismo sucede con la avenida Naciones Unidas y la República y La Amazonas, escenario de niños indígenas que, venidos del campo, buscan formas de supervivencia en la gran ciudad: unos se vuelven acróbatas, otros se dedican a limpiar vidrios y a vender dulces, y otros, simplemente, a extender la mano para pedir limosna.

Quito es triste cuando Don Armas, personaje ya común en el paisaje urbano del Centro, toca el acordeón en la Plaza de Santo Domingo. Su melodía es una oda a la tristeza que sólo se pasa con un canelazo de esos que abrigan las noches, que paradójicamente son mucho más frías y ventosas en verano. Pero también pueden resultar tristes los barrios residen-

ciales cerrados y vigilados, los bancos, los ministerios, las grandes avenidas por las que sólo pueden circular vehículos y que no permiten el tránsito de la gente por sus veredas.

El trole: sitio de embarque

Desde el 17 de diciembre de 1995, Quito tiene una nueva «columna vertebral». Así mira la gente a la ruta del trole que unió los polos de la ciudad. Su trazado longitudinal, extendido de sur a norte, y su sistema de buses integrados que recorren los interiores de la urbe, modificaron y agilizaron los esquemas de transporte en el Distrito Metropolitano.

«El trole pone a Quito en marcha» fue el eslogan en los primeros días de este transporte, gancho que ahora ha cambiado por «El trole: la ruta de Quito». Su servicio consuela el sueño de los pobladores de contar con un metro, como ocurre en las grandes ciudades. Tal transporte, por la orografía y tectónica de la capital, y por los costos de construcción, no podrá circular por estas tierras. Aunque siempre se lo ve en marcha, cada cuatro años, en las promesas de campaña de quienes buscan la alcaldía.

Seis intersecciones de altísimo riesgo

En las vías principales que cruzan la avenida Teniente Hugo Ortiz no hay control policial y la demanda de vehículos es alta.

Por ahora los trolebuses giran en el redondeo, hasta que esté lista la parada de integración.

Las paradas

- | | |
|--------------------------------|--|
| 1 El Calzado | 6 Solanda |
| 2 Parada de Integración España | 7 Químiag |
| 3 Quito Sur | 8 Registro Civil |
| 4 La Internacional | 9 Parada de Integración Morán Valverde |
| 5 Ajaví | |



Diseño Editorial EL COMERCIO

La primera flota de vehículos partió, adornada con globos y guirnaldas, de la Estación de Transferencia de El Recreo y llegó, en una etapa inicial, hasta la parada de la Plaza del Teatro. Aquel acontecimiento trajo a los quiteños la memoria del arribo de la primera locomotora a la capital, en el lejano 25 de junio de 1908.

La segunda etapa se desplazó por la avenida 10 de Agosto hasta la avenida Colón, y la tercera hasta la Estación de «La Y». De esta manera, se completaron los 11,2 kilómetros de recorrido troncal, con un total de 29 paradas, en un viaje que dura 40 minutos.

Posteriormente, hacia el 2000, se construyó la prolongación de la ruta hacia el sur, desde El Recreo

hasta la zona de Quitumbe, aprovechando la avenida Teniente Hugo Ortiz. A partir de todos estos hitos, los trolebuses transportan un promedio de 148 mil pasajeros diariamente.

El desplazamiento del trole por la 10 de Agosto desde el centro norte de la urbe, ha ubicado a esa arteria como «la avenida del flujo» en el imaginario de los habitantes. Así, los quiteños la perciben como la calle del tráfico (13,3%) y del comercio (14,7%). Sin embargo, a pocos se les viene a la memoria la fecha histórica —el Primer Grito de Independencia— que da nombre a la calzada.

Para convertir a la 10 de Agosto en vía rápida y para incluir en ella los carriles exclusivos del tro-

lebus fue necesario desplazar varias líneas de transporte público, las cuales congestionaron vías paralelas como la Amazonas, Versailles, América, 6 de Diciembre, Juan León Mera, 9 de Octubre e Iñaquito.

Un peatón parado en cualquier esquina de la 10 de Agosto puede zozobrar ante su tráfico y marea de vehículos. En esta vía circulan 40 mil carros diariamente, 2.260 por hora, lo cual indica que la velocidad de circulación por esta ruta, en los últimos tiempos, ha aumentado en un 50%. El sistema de trolebuses no sólo instauró ideas de flujo y velocidad en la cotidianidad de los quiteños,

sino que introdujo el orden como una condición necesaria para el desarrollo.

Los usuarios de este transporte adquirieron nuevos hábitos. Con respecto a la logística, se acostumbraron a hacer fila y a esperar el vehículo en un lugar determinado, y, con respecto a los hábitos culturales, se acostumbraron a reconocer y respetar un bien como colectivo y a ceder asientos a mujeres embarazadas, ancianos y discapacitados. La antítesis de estos logros se vive a diario en los buses y colectivos que se desplazan por otros rincones, que paran en cualquier sitio y en cualquier sitio recogen a sus pasajeros; que usan

El trole, Estación La Y



todos los carriles de las vías sin respetar aquellos letreros de «pesados a la derecha», y para los que a ningún usuario se le ocurre hacer fila.

Todos estos factores, propios del nuevo sistema de transporte, dan confianza a los habitantes de la capital y les hacen sentir que aprovechan más su tiempo. Los usuarios saben, por ejemplo, que las unidades circulan cada dos minutos. Además, el sistema ofrece circuitos entre las 05:00 y las 24:00, en días normales. Este aspecto es de gran ayuda para viajeros y estudiantes que deben madrugar, y para enamorados y farreros que vuelven a la noche tras sus andanzas.

El trole implicó, también, el reordenamiento del tránsito en el casco colonial, pero sin que el diseño de sus paradas impactara el paisaje arquitectónico de éste. Para ello se optimizaron las vías principales que cruzan por la zona centro, entre ellas la García Moreno (que hoy va en sentido norte a sur) y la Venezuela (de sur a norte).

El 30% de los buses que atraviesaban por estas calles se debe desviar antes de ingresar al casco colonial, por la avenida 24 de Mayo hacia la avenida occidental

Mariscal Sucre, en el sector de los túneles. El trole, en recapitulación, se ubica como el paradigma de la movilización en la ciudad. No obstante, hay otros ejes viales y sitios donde el tráfico deja su marca.

En un proyecto similar al sistema de trolebuses, con vía exclusiva y paradas fijas, se estableció en el año 2000 la «ecovía» en la avenida 6 de Diciembre. Las unidades articuladas con motor ecológico diesel, empezaron a circular un año después. Inicialmente, veinte trolebuses cubrían esa plaza. La ecovía conecta de sur a norte el sector de La Marín con la estación de la Río Coca. Este servicio, en las percepciones de la comunidad, se concibe desde una perspectiva paradójica pues para establecer la ecovía se tuvieron que derribar varios árboles y al inicio del servicio muchos buses no estuvieron bien calibrados, por lo cual emanaban pesadas nubes de humo negro. Para los años próximos, el Distrito contará con una extensión de la ecovía, desde La Marín hacia El Recreo.

Bajo la inspiración de estos sistemas de tráfico exclusivo, Quito tiene un nuevo y moderno sistema vial en la avenida América. Con estos antecedentes, Quito intenta

ser una metrópoli interconectada y de flujos rápidos. Sin embargo, el anhelo se diluye en el lugar donde confluyen las grandes avenidas.

Por su posición geográfica, Quito es una urbe serpentina que crece entre la cordillera Occidental de los Andes y las lomas orientales de Puengasí, Itchimbía y Guanguiltahua. Así, tres grandes ejes cruzan el territorio: las avenidas Mariscal Sucre, al oeste; Maldonado, 10 de Agosto y Galo Plaza, en el centro, y Napo, Velasco Ibarra, 6 de Diciembre y Eloy Alfaro, al este. Como un desahogo al tráfico pesado, y en un trazado perimetral, la capital cuenta con su nueva vía oriental: la avenida Simón Bolívar, con la que se completa el anillo metropolitano. El capítulo aún por resolver es el de las vías transversales, escenarios donde se abarrotan los vehículos y el flujo vehicular se hace sumamente difícil.

La sociedad propone ideas para volver expeditos estos tramos. Entre ellas hay una que busca hacer de éstas una suerte de queso gruyer, en el sentido de construir viaductos subterráneos y pasos a desnivel en las vías que cruzan de este a oeste. En ese circuito hay puntos donde el tráfico se densifica. Están el intercambiador del

sector de Chillogallo, que recibe el tráfico que ingresa a la ciudad desde el centro y sur del país; El Trébol, para los viajeros del valle de Los Chillos; el sector de La Granados, donde se conecta la vía hacia el valle de Tumbaco; el facilitador de tráfico de Carcelén, en la puerta hacia el norte del país, y el redondel en la autopista a la Mitad del Mundo. Casa adentro, un cuello de botella es el sector de La Marín, cercano a El Trébol, un punto que, a la vez, es vértice para la transportación por el oriente de la ciudad.

Todos estos territorios implican zonas de referencia para la orientación geográfica en el Distrito, zonas que, al ser escenarios para el embarque y desembarque de gente, entrañan un resumen de la urbe: hay comercios y vendedores informales, kiosquitos para la cocina popular, paredones para anuncios y pósters, carteristas y arranchadores.

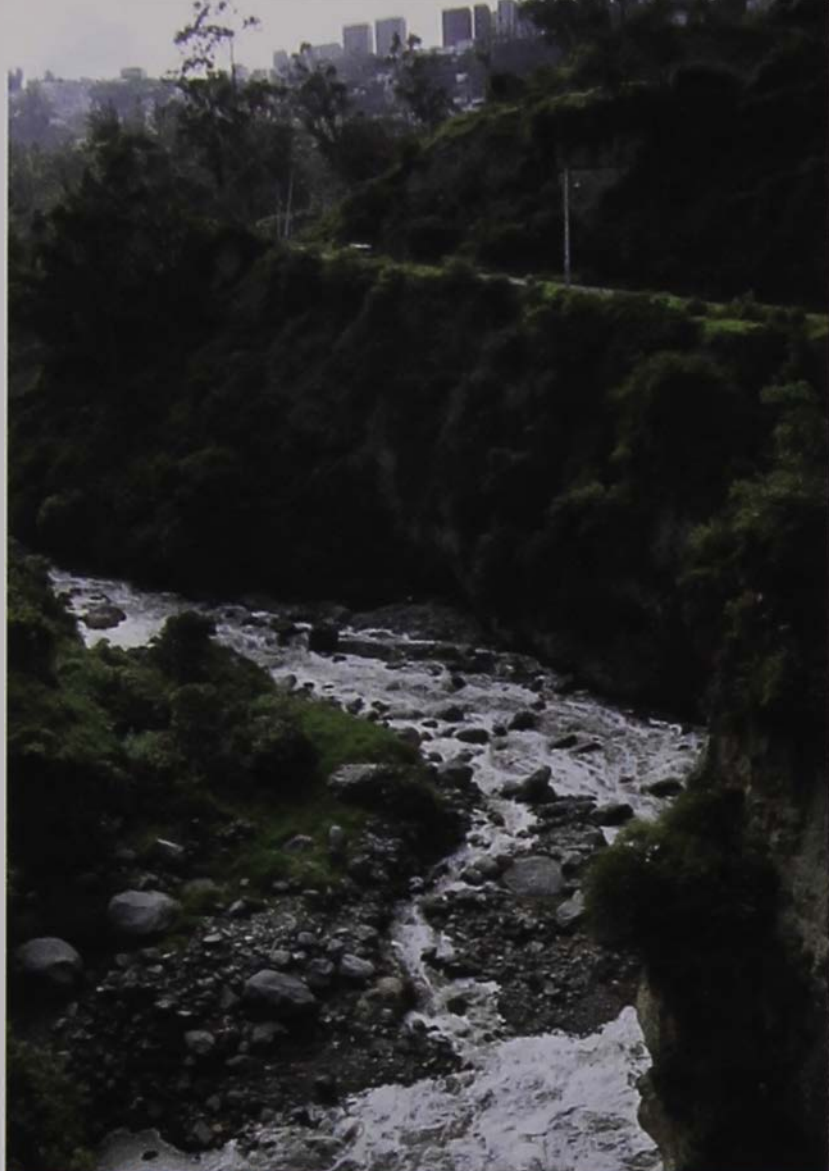
Sin duda, el sistema de trolebuses fija un antes y un después de la ciudad, no sólo por su ruta, sino por su concepto, el dínamo de una comunidad que de cuando en cuando alza la mirada sobre los atolladeros y que desearía tener alas para llegar a tiempo.

Los mercados y el río que huelen mal

El quiteño, al parecer, no deja que sus sentidos se desaten y le cuesta descifrar los olores de la ciudad. La mayoría de los consultados contesta que no sabe de olores agradables o desagradables de Quito. Sin embargo, los escenarios de los malos olores se asocian casi siempre con los sectores marginales: paradas de buses, lugares congestionados, terminales y mercados. Así, Quito huele a orines, a basura que se descompone en las afueras de los mercados y mercadillos, a diesel y combustible en sus calles transitadas y en los túneles que la atraviesan.

Los malos olores no están asociados con los lugares de expendio de comida callejera –como las ventas de tripamishqui, de caldos del 31 o de tortillas y chanco horneado– pero sí con los mercados y las ferias libres que, al final del día, se suelen convertir en basurales.

En el siglo XIX, los cronistas describían a Quito como «uno de los lugares más pestilentes de la cristiandad» (Hassaurek) o afirmaban cosas como «Quito tiene cien iglesias y una bañadera» (Avendaño). A este tipo de perso-



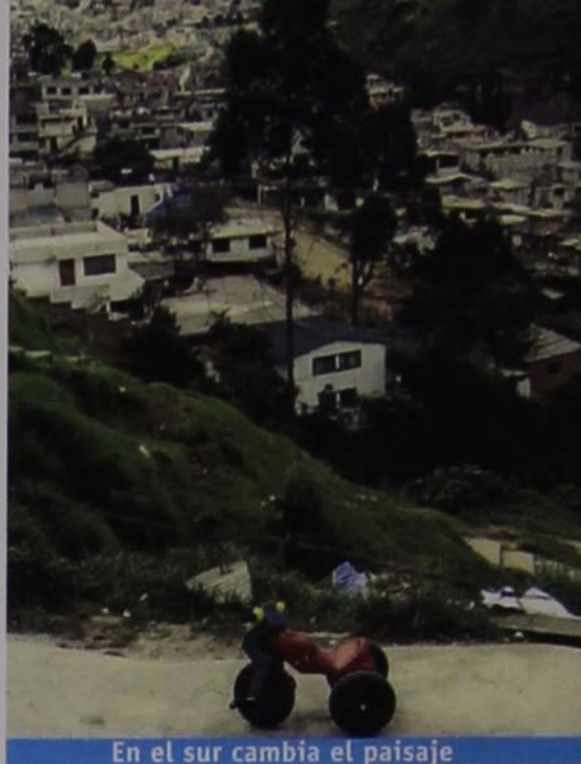
El río Machángara

najes les sorprendía e indignaba la costumbre de que, a falta de letrinas o baños, los quiteños y las quiteñas usaran la calle para hacer sus necesidades sin importarles los ojos de asombro de los extranjeros y, además, les causaba «repugnancia» aquella «costumbre de matar los piojos con los dientes» propia de los indígenas. Los tiempos han cambiado, pero sigue siendo una lucha de los ciudadanos pedir que sus vecinos no se orinen en las calles. En el sur, tras el mercado de

El Camal, sobre una gran pared de ladrillos que oculta un terreno baldío, se han colocado tres o cuatro letreros con los que los propietarios amenazan a quien lo haga: «No se orine aquí o disparo», dice uno de los carteles. El olor a orines se concentra en las paradas y terminales de buses interparroquiales y en algunas esquinas del Centro.

El olor más desagradable que registran los ciudadanos se encuentra en la 24 de Mayo; le siguen lugares como La Marín, El Camal, el centro histórico, el Mercado Central, San Roque, el río Machángara. También están La Ronda, El Sur, la avenida Pichincha, el puente de El Guambra, ubicado en la avenida Patria y, finalmente, Zámbiza, donde queda el botadero de basura de la ciudad. Barrios como La Magdalena o lugares como la Terminal Terrestre –repletos de gente que va y viene– son considerados como sitios de olor desagradable, de peligro, pobreza e incomodidad pues, en las percepciones de la gente, estas cosas suelen ir juntas.

Los malos olores también están en los Túneles y en la avenida Maldonado, ahí donde se concentra el esmog que emana del transporte. Ese olor a combustible se



En el sur cambia el paisaje

deja sentir también en la 10 de Agosto, en La Prensa y en la 6 de Diciembre, en los sitios de mayor flujo y tránsito vehicular. De esta forma, la basura y la contaminación son la principal fuente de olores desagradables en Quito.

El desarrollo y crecimiento de la ciudad ha borrado del mapa de imaginarios al río Machángara. El río se esfumó del paisaje: ya no es el lugar en el que se lavaba la ropa ni al que iban de excursión los muchachos, tampoco es aquel que describía Jorge Carrera Andrade en su poesía: «Machángara de menta: eres mi río/ Atraviesas mi pecho y no los prados./ Aguas de historia y lágrimas de siglos,/ mortaja de crepúsculos ahogados/ Entre casas y huertas pasajero/ caminas y murmuras entre dientes/ Tus monedas escondes en las

guijas/ y te vas a dormir bajo los puentes./ Oh río de mis años mozos, curso/ de geografía azul y arte amoroso./ Aprendí en tus remansos la ternura/ la ciencia del abrazo silencioso»³⁷.

El río Machángara ha sido «la cloaca» de la ciudad. Se volvió sucio, una gran alcantarilla y un despeñadero cuando se producen accidentes de tránsito. También ha sido concebido como guarida de maleantes. Hoy el río está ausente, no es más que un recuerdo, aunque atravesase la ciudad y aunque el olor que despiden sus aguas sea uno de los mayores dramas de los habitantes del pequeño Guápulo. El Machángara, que alguna vez fue un hito geográfico, ha desaparecido.

Sin embargo, y para contrarrestar ese imaginario, hace unos años, la Corporación Vida Para Quito decidió recuperar el río, construir colectores interceptores de las aguas servidas a los dos lados del río, hasta el sector de La Vicentina, para que las aguas negras no contaminaran el afluente y fueran recuperadas en plantas de tratamiento. El proyecto arrancó en Caupicho, al suroriente; de esta forma, al costado oriental del río se adelanta la construcción de un colector, mientras al margen occi-

dental ya se construyó otro, como parte del proyecto Mica Quito Sur.

Tales obras son complementadas con la limpieza del cauce de las quebradas y con la limpieza general de las vertientes. Así, en un futuro no muy lejano, las playas del río hoy plagadas de roedores y de basura se transformarán en parques con fuentes de agua. El sector entre la Villa Flora y La Vicentina tendrá un tratamiento especial. Las viejas construcciones que se encuentran a los costados del río serán rehabilitadas y destinadas para centros culturales. De esta manera, se prevé un futuro con mejor olor y, por consiguiente, con mejor calidad de vida para los quiteños. De hecho, hoy, una pequeña rivera del río ya se ha convertido en parque.

Los mercados son considerados como pestilentes. El mercado de la Ofelia, que es un lugar casi desconocido para los quiteños (21,3% no sabe con qué adjetivo calificarlo, un 13,3% lo define como un lugar tranquilo, un 11,3% como el lugar del mercado y para quienes viven en el Centro es simplemente un sitio popular, lejano y sin mayor personalidad) tiene una gran presencia, no siempre positiva, para los habitantes de su sector.

Los moradores de La Ofelia, La Delicia, Cotocollao, dicen que cuando se instala el mercado de La Ofelia, los alrededores se transforman en basurero y zona roja. Generalmente, el paso en automóvil por la Diego de Vásquez es fácil y rápido, la avenida tiene tres carriles en ambos sentidos y una buena señalización, pero los jueves, viernes y sábados el libre tránsito se hace difícil: camiones de frutas y verduras, junto a carros estacionados, obstruyen el paso. El tráfico se restringe, las veredas permanecen ocupadas y los vecinos se quejan de la cantidad de ladrones que llegan al sector. Ángel Toapanta, vecino del lugar afirma que «hay mucho ladrón, roban carros, lo peor es que no se puede decir nada. Hace falta presencia policial, sólo hay dos policías de tránsito que se dedican a pedir papeles a los conductores mientras los ladrones hacen de las suyas». Finalmente, el mal olor de La Ofelia se

siente hasta el Patronato San José, «El domingo esto es una pestilencia», dicen los habitantes.

Lo curioso, en todos estos casos, es establecer la relación entre el sentido olfativo y las manifestaciones sociales, en suma, cómo los olores desagradables están directamente relacionados con lo delincuencial y lo peligroso. La presencia o la impresión de mal olor se asocia de inmediato al peligro y a la descomposición no solamente física sino social.

Así, si de olores desagradables se trata, la ciudad tiene un río que huele a cañería y unos mercados que huelen siempre a basura. Al menos, en los imaginarios esos adjetivos son los que más pesan.

Quito huele a palosanto

A la hora de los olores agradables, Quito se asocia con el palosanto y el eucalipto. El quiteño prefiere los lugares abiertos, por ejemplo el Parque Metropoli-

Poco verde: el Parque Metropolitano



tano, un lugar alejado de la congestión, en el que se respira el olor a eucalipto y a algunas plantas nativas como la chilca, las retamas y la flor de izo.

Sitios como la calle República de El Salvador, la avenida de Los Shyris y la Eloy Alfaro, donde están varios puestos de venta de flores, son considerados lugares de buen olor. La Amazonas hacia el norte y La Carolina también están entre las preferencias olfativas, lo que coincide con su calificación de zonas alegres.

No es casual que los encuestados no ubiquen sitios semejantes, o con olor a campo, en el sur, a pesar de que existen muchos espacios de tal tipo en ese sector: los cercanos al Unguí, al Pichincha, a El Panecillo. Es posible incluso que en el sur existan más bosques y lugares de pastoreo que en el norte, y que el aire sea mucho más puro.

Paradójicamente, entre los sitios de olor agradable están los centros comerciales y los grandes hoteles de la ciudad, los que en realidad son inodoros y están relacionados con un cierto sentido de asepsia. También están aquellos sitios residenciales –generalmente de clase alta– como la González Suárez, El Condado, la avenida Brasil o La Gasca y, más que todos los anteriores, los valles de Tumbaco y de Los Chillos, asociados no sólo con el lujo sino con una idealizada vida campestre. En el centro-norte, las calles Calama o Juan Rodríguez tienen su aroma, huelen a café y a maple, aquel árbol que siempre viste de otoño, de hojas doradas y frágiles que se dejan caer con el viento.

Asimismo, hay olores de otro tipo que pueden ser agradables si se tiene sensibilidad hacia ellos. En el sur, el sitio de buen olor es la

Paisaje desde el barrio de San Juan



Teniente Michelena, cuya peculiaridad radica en la variedad de comidas. El centro histórico huele a palosanto e incienso –de ése que se expende en las puertas de las iglesias– y a distintas yerbas y plantas usadas para rituales religiosos, como «limpias» o para curar los males de ojo y de viento (caballo chupa, taraxaco, diente de león, canela, ortiga). Ese mismo olor a palosanto perfuma toda la ciudad en diciembre, en la época de fiestas, de Pases del Niño, de ventas callejeras de musgo con el que se adornan los pesebres. Un palo santo que, durante los festejos, se mezcla con olor a pólvora y diablillos utilizados para quemar el año viejo.

Otro olor seduce al quiteño: el de la tierra mojada, el del pavimento después de esa primera lluvia de septiembre que, esperada por todos, llega para combatir al caluroso y seco sol de agosto. La lluvia asienta otros olores, aplaca el olor a combustible y deja a la ciudad con una atmósfera liviana y limpia.

Esos sitios del sabor

El lugar con más puestos de comida es, sin duda alguna, la Teniente Michelena, ubicada en el



En la avenida Veintinilla

sur de la ciudad. Ahí, largas filas de paseantes esperan por las clásicas «salchipapas» o por algo más tradicional, como las papas con cuero que tienen fama de ser las mejores del Ecuador. Le sigue la avenida Amazonas, que se vuelve, en épocas festivas, una interminable vitrina de pinchos, chuzos, hornados, fritadas, choclos con queso y algodones de azúcar. Después están el Centro y La Marín, donde humeantes calderos muestran la sazón quiteña. Los quiteños tienen su ruta gastronómica en gran cantidad de lugares informales: los morochos de San Roque, los jugos de Santa Clara, los motes de La Magdalena, los hornados del Tingo, las tripas de La Vicentina.

A La Mariscal no se la relaciona con la comida pese a que es, por antonomasia, la zona de restaurantes y de la ruta gastronómica internacional donde se encuentra desde cocina árabe hasta tailandesa pasando por italiana, española, mexicana, japonesa y china, lo que contrasta con las comidas rápidas, las hamburguesas y los carritos de *hot dogs* (perros calientes).

Entre los sitios de la gastronomía también se encuentran El Pintado y La Marín, donde se ubica la ancestral Mama Miche, y la 10 de Agosto, pasando el aeropuerto, donde se puede comprar todo tipo de pollos *brosterizados* y de restaurantes populares de comida china.

En Quito, los sitios tradicionales de comida se han desplazado llevándose consigo los nombres de su lugar de origen; barrio o calle. El fenómeno empezó con «Cebiches de la Rumiñahui» que, originalmente y como su nombre lo indica, estaba en la Rumiñahui al norte de la ciudad. Hoy, sus sucursales están en todas partes; en los centros comerciales, en la Amazonas, en El Recreo, etc. De igual manera, los motes de La Magdalena excedieron su origen, ubicado en el sur, de esta manera se han extendido a las avenidas Colón y Amazonas, y los motes de la Biloxi, también propios del sur, actualmente tienen su sucursal en

Hornado en El Panecillo



la Almagro en el centro-norte. En suma, su nominación geográfica se convirtió en marca, en identificación con los sabores tradicionales.

De otra parte, vale la pena señalar que la mejor tripamishqui (chinchulines) de Quito ha estado siempre en La Floresta y en La Vicentina, y la mejor bebida –el rosero, elaborado con mote y frutas– se encuentra en la Mitad del Mundo.

Los valles también son escenario de la comida tradicional. En Sangolquí y en la vía al Tingo está la ruta de los mejores hornados –una veintena de ellos llevan la marca de Dieguito–, y en Guayllabamba están los mejores locros y yaguarlocros que llevan el nombre de La Riobambeñita (las sucursales tienen su marca: «La Riobambeñita», «La verdadera Riobambeñita», «La Legítima Riobambeñita»). Quito tiene sus «huecas» de comida popular en las que se incluyen también los mercados. El mejor jugo de alfalfa está en el mercado de Santa Clara, y las morcillas clásicas, en el mercado Mayorista.

Esa identidad gastronómica no ha podido ser superada todavía por las transnacionales de la comida rápida como McDonald's, Burger King o KFC, que proliferan

como hongos en las avenidas y en los centros comerciales. La comida de Quito es un personaje siempre presente, extrañada por los emigrantes que han trasladado el sabor de Quito a lugares como los parques del Oeste y El Retiro en Madrid. Tortillas de papa (llapingachos) y de maíz, hornado, tripamishqui, caldo de patas, de manguera o del 31, son parte del imaginario social. De regreso a Ecuador, un migrante señalaba que la principal razón para volver, más allá de la nostalgia por los suyos, fue el tipo de comida. Se trata de sabores locales, incorporados al gusto a lo largo de muchas generaciones, antes que de entidades metafísicas relacionadas con factores abstractos como la identidad. En este sentido, existe un gusto compartido por la comida nacional.

Dos estadios... dos ciudades

El fútbol es un fenómeno curioso: por un lado, rompe fronteras y crea consignas de unidad nacional como lo prueban las eliminatorias y la clasificación ecuatoriana al Mundial, pero, por otro lado, es un factor de división. En Quito, el fútbol también marca fronteras: están los hinchas de la Liga Deportiva Universitaria que

tienen su propio estadio en el norte y están los hinchas del Aucas que tienen su estadio en el sur.

Ambos escenarios deportivos responden a ese Quito fragmentado; al Estadio de la Liga van los «aniñados» o «cauchos», apelativos que les coloca la hinchada contraria. En el escenario del Aucas están los «longos» y los «indios». La hinchada refleja, así, no solo las fronteras de la ciudad, sino los comportamientos racistas que la caracterizan.

Ubicado en el norte, en Ponciano, el Estadio de la Liga —llamado también Casa Blanca— tiene capacidad para 55 mil personas y se construyó a mediados de los años noventa como un ícono de «la modernidad». A diferencia del Atahualpa, el principal de la ciudad, la cancha está pegada al gra-

derío, lo que causa que los jugadores sientan la presión de los aficionados. Cuenta con 30 cabinas de radio, dos para televisión y 280 asientos para periodistas de prensa escrita. En los exteriores hay una playa privada de estacionamiento para 1.200 vehículos, a lo que se suman las fuentes y jardines de sus alrededores. También tiene *suits*, un concepto en el que grupos de amigos y familias ven los cotejos desde un lugar privado. En la Casa Blanca hasta la comida cambia, los hinchas, no conformes con la comida tradicional y callejera que suele venderse en los estadios deportivos, consumen pizzas, *hot dogs* y hamburguesas.

En el otro extremo de la ciudad, al sur, en Chillogallo, se encuentra el estadio del Aucas con capacidad para 25 mil personas.

Hinchada del Aucas



Hinchada de La Liga



Fue creado a finales de los años ochenta, sigue inconcluso y, además, está bastante descuidado. Su cancha también está pegada al graderío, cosa que el ruido de las matracas retumba en el campo de juego, la salida de los camerinos al campo queda debajo de las gradas y los baños se encuentran en pésimo estado. En las gradas, los hinchas se pegan uno al otro para contrarrestar el viento helado y los parqueaderos suelen estar llenos de lodo. Sin embargo y pese a la falta de comodidad para los visitantes, el Aucas es un escenario acogedor, al que semanalmente asisten decenas de familias para apoyar a sus equipos y consumir un tipo de comida local como la guatita, los sándwiches de pernil y las empanadas.

En medio de estos dos grandes escenarios –en Naciones Unidas con 6 de Diciembre–, está el Estadio Olímpico Atahualpa, como lugar neutral y casa del deporte nacional. El Estadio Olímpico Atahualpa, al ser la «casa» de la selección nacional de fútbol, se presenta como un escenario de unidad que durante las últimas eliminatorias se convirtió en el fortín de la Selección Ecuatoriana de Fútbol. Este estadio tiene capacidad para 45

mil espectadores y es el símbolo del fútbol capitalino. Desde su fundación en 1951, se convirtió en el lugar habitual de balompié local reemplazando al mítico Parque de El Arbolito donde jugaban los equipos de antaño. Por ese campo han pasado equipos como Palmeiras, Gremio, Boca Juniors, River Plate, Peñarol, entre otros. En su entorno se respira deporte, así en sus alrededores está el patinódromo, en su interior se encuentran los gimnasios de boxeo y kickboxing, y alrededor de la cancha de fútbol está la pista atlética. Parte del ritual del hincha que lo visita es comer unas empanadas de morocho o una guatita en el intermedio de un partido.

La hinchada quiteña está dividida en cuatro grandes equipos: El Nacional, el Deportivo Quito, el Aucas y la Liga. El Nacional –cuadro militar– pese a ser uno de los clubes más exitosos del país, tiene una afición infiel. Un pequeño número lo apoya constantemente (Marea y el Infierno Roja), mientras que la gran mayoría sólo se hace presente cuando el equipo está en las finales o en la Copa Libertadores.

Los liguistas, que visten de blanco, se caracterizan por su fide-

lidad. El conjunto albo fue el equipo más taquillero de 2002. Sus hinchas apoyaron al equipo a lo largo del año e, incluso, en la última fecha, cuando ya no tenían opción de llegar al título, se llenó el estadio. La barra universitaria está conformada en su mayoría por jóvenes y niños. Sobresale la gran presencia femenina en los graderíos y se distinguen por sus cánticos y barras originales.

La barra «chulla» (Deportivo Quito) registra el mayor crecimiento en los últimos años; pese a que el equipo no logra un título desde 1968, el club sigue ganando hinchas. En su mayoría son jóvenes que tienen una gran afición por el balompié argentino. Es común observar las camisetas de San Lorenzo, de Racing y de la selección albiceleste en las gradas. También son comunes la lluvia de papel picado y el humo como signos de su hinchada.

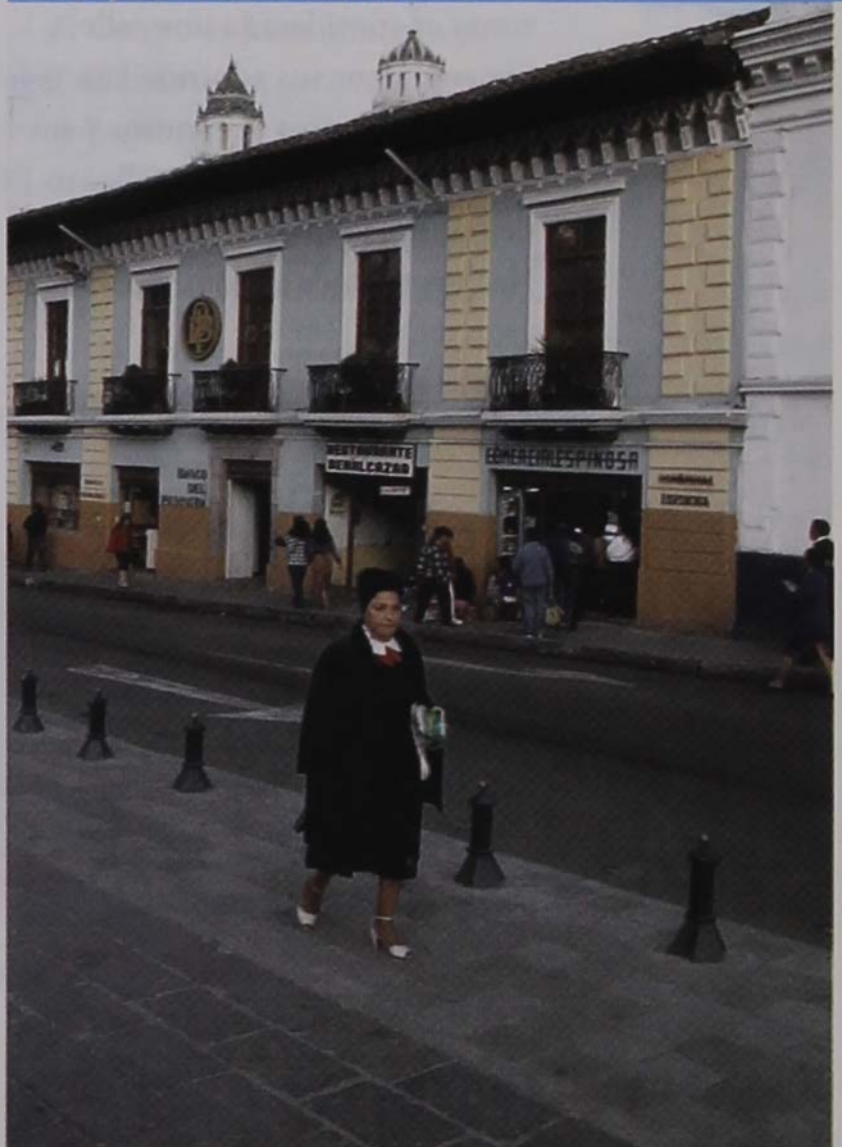
Finalmente, la hinchada amarilla del Aucas es considerada la menos violenta del fútbol ecuatoriano. Semana a semana, familias enteras acompañan al equipo. Es común observar a las abuelas alentando a los jugadores junto a sus nietos, y pese a que el equipo nunca ha sido campeón nacional,

el número de hinchas se mantiene. Las camisetas amarillas y las matracas son los símbolos del plantel.

Hay esquinas para todos... ¿Quito es mujer?

A Quito se la considera mujer, tal vez por sus formas, pasadizos, zonas ocultas y misterios por resolver. Para la mayoría de los quiteños varones las mujeres son lo «otro», lo desconocido. Pocos quiteños logran establecer otro tipo de relaciones con las mujeres que no sean en términos de conquista y de dominio.

De paseo en San Francisco



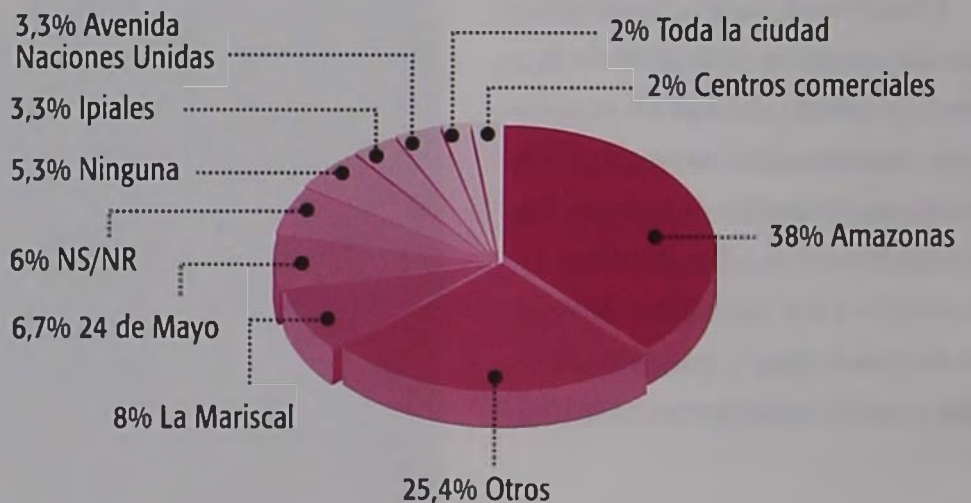


Ahora, si Quito es mujer, las zonas más femeninas son sus centros comerciales. Y éstos funcionan como pasarelas, sitios de encuentro con la moda. La Amazonas es considerada una calle femenina por sus adornos, sus luces, sus letreros luminosos y sus cafés. Son femeninas las calles 10 de Agosto, la Ipiales, la Shyris, la Naciones Unidas, todos espacios

relacionados con el movimiento comercial, con los lugares de compras, de consumo y de paseo, pues nadie concibe los espacios donde se define la política o la «cultura seria» como femeninos.

La Guayaquil, la 24 de Mayo, La Mariscal, también hacen parte del imaginario de lo femenino en la ciudad. Estas tres últimas muestran el otro lado de la relación de

Gráfica 15
Zona que considera más transitada por mujeres



los quiteños con lo femenino: la prostitución. Las calles femeninas son, en el imaginario y casi por antonomasia, calles donde operan las trabajadoras sexuales y donde se encuentran los burdeles.

Es significativo que un alto porcentaje (33,3%) de los entrevistados no sepa o no conteste sobre las calles transitadas por hombres o por mujeres, por jóvenes o por viejos. Es como si la ciudad careciera de género, como si se tratara de una ciudad asexuada e indefinida.

Los viejos y los hombres tienen su plaza

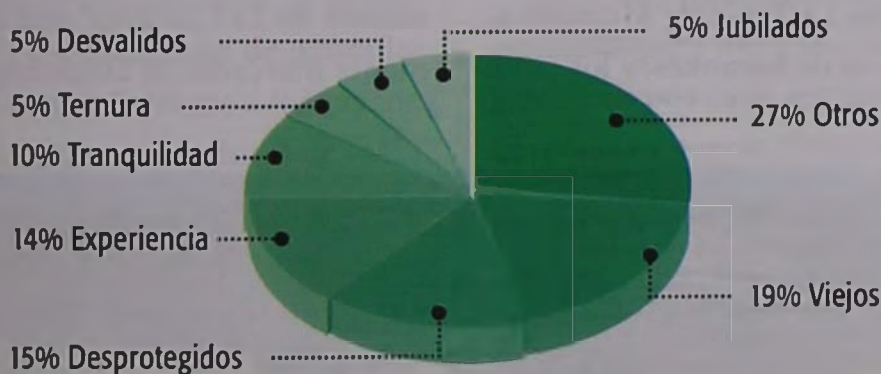
El Centro es considerado no sólo un lugar viejo y antiguo, sino el sitio más transitado por viejos, en especial la Plaza Grande, la cual se suele relacionar con los jubilados, con los ancianos que se sien-

tan en sus bancas y cuentan, todavía, la historia de la ciudad. Una historia que en realidad poco interesa a los jóvenes pero que se sabe que está ahí, en una suerte de archivo viviente.

Los viejos son concebidos como eslabón, como historia, pero al mismo tiempo muy pocos se preocupan de ellos. Las pensiones que reciben los jubilados los condenan a la mayor penuria por efectos de trámites y recortes. Un mapa de «lo viejo» estaría compuesto por las calles Chile, Guayaquil y García Moreno y por las iglesias.

El Centro es masculino. Es el lugar de los viejos, pero también de los hombres, de la burocracia, del comercio y del gobierno. El Centro es el lugar de la política, de las autoridades municipales y gu-

Gráfica 16
Palabra con la que identifica a los ancianos





Recordando viejos tiempos en la Plaza Grande

bernamentales, locales y nacionales. En el mapa de las calles masculinas se incluyen a la 24 de Mayo, a la 10 de Agosto, al parque El Ejido y a La Mariscal.

Los jóvenes marcan su territorio

Los croquis de los sitios jóvenes—o mejor, de jóvenes—son confusos. Se piensa en la Amazonas, en Ñaquito, en los centros comerciales, en la Plaza de las Américas y en los cines como lugares donde transitan los jóvenes. En ese mapa también están La Carolina y La Mariscal, donde sobresale la mayoría de bares y discotecas. La Teniente Michelena, abarrotada de karaokes, y los sitios

de juegos electrónicos como la avenida Pichincha son considerados los espacios de los jóvenes. Los «Chops» o las «Caravanas», repartidos por toda la ciudad, son también escenarios jóvenes, como lo son barrios como La Rumiñahui, La California y La Luz.

Los jóvenes marcan su territorio con aerosol. Dejan huellas en las blancas paredes de la ciudad. Lo hacen con letras góticas en las que muestran su presencia, sus amores y sus desencantos. Crean tatuajes en la urbe, de la misma manera que tatúan sus cuerpos. Así, por ejemplo, el lugar de los *skaters*, en La Carolina, está claramente marcado, de la misma for-

Amor en el parque La Carolina





ma que está marcada la Concha Acústica de la Villaflora por los muchachos metaleros y *mosheros*. Los «tatuajes» de los jóvenes se dejan ver en la avenida Maldonado, en el sur, en los locales de *piercing* y en la feria artesanal de La Mariscal, en la Juan León Mera.

Quito estigmatiza a los jóvenes. Joven viene a ser, según las entrevistas, sinónimo de rebeldía, de libertinaje, de bulla, de falta de moral, de problema. Más si se trata rockeros o punkeros, los que enseguida son tachados de satánicos, de drogadictos o de pandilleros. El estigma frente a los jóvenes ha hecho que moradores de los barrios protesten por su presencia y los acusen por violencia y escándalo público e incluso por satanismo, sobre todo en los barrios del sur donde los jóvenes se represen-

tan como marginales y *underground*. Las autoridades han respondido siempre a favor de las denuncias, restando credibilidad a los muchachos que han sido detenidos simplemente por tener el pelo largo o por llevarlo puntiaguado, parado con gel o con jabón.

Los jóvenes tienen espacios dispersos, ya sea en el sur o en el norte, y más bien desconocen el Centro. Ésa no es su ciudad. Su ciudad está en dónde está el movimiento. Unos acuden a los centros comerciales donde encuentran pasarelas para lucir una moda y unos cuerpos cada vez cuidados con más exigencia. Otros se dejan ver en los conciertos en la concha acústica de La Villaflora y en las actividades deportivas, en los barrios y en los estadios.



Notas

¹ Iván Carvajal, *La Ofrenda del Cerezo*, Quito, Libri Mundi, 2000.

² La metodología sobre encuestas y otros recursos de esta investigación pueden ser consultados en la introducción de Armando Silva, editor de la colección.

³ Según el Ministerio de Salud, 42.000 canes vagabundos viven en Quito (MSP, 2001).

⁴ La ciudad fue construida sobre 70 quebradas rellenadas.

⁵ Dirección de Medio Ambiente, Municipio de Quito, diario *El Comercio*, 2002.

⁶ Dirección de Medio Ambiente, Municipio de Quito, diario *El Comercio*, 2002.

⁷ Juan Manuel Carrión, *Las aves de Quito*, Abya Yala, 2001.

⁸ Raúl Andrade Moscoso, *Claraboya*, Ed. Banco Central, 1995.

⁹ Barrio al noroccidente de Quito, reducto exclusivo de catorce familias afroecuatorianas.

¹⁰ Estimaciones, censo de 1999.

¹¹ Carlos de la Torre, *Afroquiteños, ciudadanía y racismo*, Quito, publicación del Centro Andino de Acción Popular (CAAP), 2002.

¹² Diario *Hoy*, Quito, 9 de septiembre de 1995.

¹³ Edgar Freire Rubio, *Quito, testimonios, tradiciones y nostalgia*, tomo 2, Quito, Librería Cima, 1991.

¹⁴ Friedrich Hassauerek, *Cuatro años entre los ecuatorianos (1860)*, Quito, Abya Yala, 1994.

¹⁵ Henry Michaux, *Antología poética 1927-1986*, Adriana Hidalgo Editora, 2002.

¹⁶ Raúl Andrade, *op. cit.*

¹⁷ Según el Plan Maestro de transporte, la tasa de crecimiento vehicular es de 5,4% anual, superior a la tasa de crecimiento de la población que es 3,2%. Sólo en 2002 se vendieron en el país 59.416 vehículos, de los cuales 30.321 se quedaron en Quito.

¹⁸ Fernando Carrión y Dorte Wollrad, compiladores, *La ciudad, escenario de comunicación*, Quito, Flacso, 1999.

¹⁹ Juan Manuel Rodríguez, *El pulso de la nada*, Quito, Libresa, 1996.

²⁰ Según un estudio del Instituto Getty, el 30% de los entrevistados dijo trabajar o estudiar en el Centro, mientras que el 87% vive fuera de él.

²¹ El diario *El Comercio* recoge una encuesta de Esquel en una publicación de 2001.

²² Lucía Herrera, *La ciudad del migrante*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2002.

²³ Eduardo Whimper, *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador*, Quito, Abya Yala, 1993.

²⁴ Abdón Ubidia, *Ciudad de Invierno*, Quito, Editorial Casa de la Cultura, 1996.

²⁵ Ver Ketty Wong, «La nacionalización del pasillo ecuatoriano», ponencia presentada en un seminario organizado por la Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, s.f.

²⁶ Haussarek, Friedrich, *op. cit.*

²⁷ Joaquín Avendaño, «Paseo por Quito», en *Quito; Tradiciones testimonios y nostalgia*, Quito Editorial Libres, 1999.

²⁸ Una familia produce en promedio una tone-

lada de basura por año, según la Red Panamericana de Manejo Ambiental de Residuos. De ese total, el 1% (10 kilogramos) corresponde a residuos peligrosos. Quito produce 1.300 toneladas de basura a diario. El 15% es potencialmente reciclable. Sólo entre un 8 y un 10% de esa materia reciclable se aprovecha, según la Empresa Metropolitana de Aseo (Emaseo).

²⁹ La cifra la da un estudio de la consultora de recursos humanos William M. Mercer, en Londres. En el estudio se analizaron 215 ciudades.

³⁰ Carlos Arcos, Fernando Carrión y Édison Palomeque, *Ecuador, segu-*

ridad ciudadana y violencia: 1990-1999, Quito, Flacso, 2003.

³¹ Según el informe de Flacso, Cañar, Carchi, Cotopaxi, Tungurahua, Imbabura y Pichincha son las provincias que presentan las tasas más altas de defunciones por accidentes de transporte.

³² En Quito se produce el 90.2% de los fallecimientos por las causas señaladas de las provincias de Pichincha.

³³ La conformación de compañías de seguridad privada crece. Actualmente hay 243 compañías de seguridad en proceso de constitución, que representan el 69,4% de las compañías de seguridad registradas en el

Departamento de Control de Armas. Esto deja ver un acelerado proceso de conformación de empresas privadas de seguridad en Ecuador, sin considerar las instituciones que operan de manera informal. Ver informe de Flacso, *op. cit.*

³⁴ Cartas aparecidas en el diario *El Comercio*, «Sección de los lectores», marzo de 2003.

³⁵ Abdón Ubidia, *Ciudad de Invierno*, Quito, Ed. Casa de la Cultura, 1996.

³⁶ VVAA, *El exilio interminable, Vásconez frente a la crítica*, Quito, Ediciones Paradiso, 2002

³⁷ Jorge Carrera Andrade, *Obras Completas*, Quito, Ediciones Acuario, 2001.

Carruseles en el Sur



Ciudadanos





II. Ciudadanos

El quiteño es como el camaleón

Una ciudad andina como Quito contempla un juego de combinaciones sociales muy complejo y variado pues en la representación que se hace de los distintos grupos que cohabitan, entran en juego

Despiojando en La Carolina



factores étnicos, raciales y residenciales. Por lo demás, en Quito es difícil hacer clasificaciones sociales a partir de indicadores cuantitativos como los que se utilizan en una encuesta, dado que tales indicadores son asumidos de modo estratégico por los entrevistados: depende de quién hace la entrevista, cómo la hace, desde qué punto de vista y qué tipo de relación establece con el entrevistado, así como del tipo de representación que el entrevistado quiere hacer de sí mismo¹.

Sin duda, la presencia del volcán influye en el comportamiento del ciudadano. Ya decíamos antes que el volcán empequeñece al habitante de Quito, lo acoquina de manera tal que el quiteño parece temeroso. Una mujer joven de la Costa se sorprendía un día del modo de caminar de los quiteños; mientras ella caminaba muy erguida, mostrando su cuerpo y mirando al frente, los quiteños caminaban mirando al suelo, como si quisieran pasar sin ser vistos, ocultándose de ellos mismos. Esta percepción es reiterativa en la literatura, en las crónicas de los viajeros y en la pintura. Guayasamín o Kingman, por ejemplo, retratan la angustia de los oprimi-



dos indios de la sierra, creando un imaginario del quiteño o serrano sumiso, pobre, entristecido e introvertido. La alegría más bien les compete a los habitantes de la ciudad del río –Guayaquil– o de la región costanera en general, los cuales son calificados de alegres, bullangueros, fiesteros y extrovertidos.

En Quito la gente tiende a mimetizarse y a mostrar diferentes rostros para escapar de las clasificaciones. En la representación de sí mismos, los quiteños hacen como los botánicos y los entomólogos: ubican a los individuos y los clasifican de acuerdo con su posición de clase, porte, color, oficio o barrio. Con base en esas clasifica-

ciones, se han convertido en tribus –o guetos– agrupadas por clases, por capacidad adquisitiva, por modas, por afinidades políticas, por ocupaciones, por posiciones intelectuales, por colores, por orientaciones sexuales. Tribus que parten de las afinidades y terminan en las exclusiones.

Una persona que vive en un barrio popular puede adoptar formas de vestir, comportamientos, dialectos, que supuestamente no corresponden a su estrato. Eso le permite moverse en otros espacios, para buscar trabajo, encontrar nuevas amistades, para no llamar la atención en un centro de estudio, para no ser calificado de sureño, apelativo que guarda una connotación negativa. Muchos jóvenes del norte buscan pasar desapercibidos cuando, llevados por una curiosidad natural, atraviesan el sur o el centro de la ciudad. Al mismo tiempo, existen pobladores de zonas clasificadas como indígenas que evaden dar información del lugar donde viven, o responden con evasivas cuando quieren escapar de las clasificaciones fijas.

Mucha gente está acostumbrada a utilizar clasificadores raciales o externos, como el vestido o los

gestos, para ubicar socialmente a los «otros». Se trata de una práctica clasificatoria incorporada a lo que Bourdieu llama el sentido práctico, y que nos remite a un pasado colonial y postcolonial, y a un presente de exclusiones del que ahora buena parte de la gente intenta escapar.

Las reacciones son variadas; de acuerdo con lo que ha observado Gina Maldonado, una indígena de Cotopaxi, puede elegir vestirse de otavaleña antes que de mestiza al llegar a la ciudad, debido al mayor prestigio que tienen los otavaleños. En otros casos, un blanco de clase alta puede autocalificarse de mestizo, no tanto para ocultar una con-

dición social como para acceder a un imaginario contemporáneo, en donde todos supuestamente somos iguales.

Vivir en el sur es para muchos indicador de un estrato social bajo, al igual que tener a los hijos en escuelas fiscales o vestir de determinado modo. Sin embargo, esto no llega a ser tan cierto pues desde la vida popular se dan muchas formas de acumulación no ostentosa, de modo que una vendedora de mercado o un dueño de una volqueta pueden tener niveles de ahorro mucho mayores que un empleado público o que un profesor universitario que intenta reproducir en su vida elementos de

Mujer de Otavalo



estatus que no corresponden a sus ingresos: vivir en un barrio residencial o enviar a sus hijos a colegios privados. De esta manera, habitar en un barrio considerado popular o formar parte de una cultura popular no convierte a una persona necesariamente en pobre, por el contrario, muchos miembros de las clases medias deben realizar inmensos sacrificios para reproducir el capital simbólico propio de su grupo o, en otras palabras, para poder mantener lo que los quiteños llaman «vivir de las apariencias».

En ese «vivir de las apariencias» se deja ver una aristocracia decadente y empobrecida que evoca el recuerdo de lo que fue y de la sociedad que la hacía posible; un viejo régimen colonial en donde prevalecían los «linajes» y las «alcurnias». En fin, una sociedad que fue desplazada por una pujante clase media llamada con desprecio «arribista», que adoptó un conjunto de maneras de urbanidad, de gestos decorosos, de dichos y directes, para suplantarla. Aun cuando esta clase también haya entrado en crisis en los últimos años y su poder adquisitivo haya disminuido, en el mundo de las apariencias, del consumo, de las

etiquetas y marcas falsificadas y del dinero plástico y las deudas.

En los últimos años, y particularmente desde la dolarización (2001), se ha elevado la capacidad adquisitiva de algunos sectores populares, no de todos, ni siquiera de una parte significativa, pero sí de aquellos con mayor capacidad de movilidad; al mismo tiempo, se ha producido un deterioro de los sectores medios y de la gran masa popular, que carecen de recursos propios para responder a la crisis. Con la dolarización se produjo una migración masiva: un millón de ecuatorianos viven en el extranjero, y sus remesas pasaron a constituirse en el segundo rubro económico del país después del petróleo. Mucha gente de origen popular se ha incorporado a la dinámica del comercio, pero además se ha dado otro cambio importante: la subida del precio de algunas ramas de la mano de obra, principalmente de servicios y artesanales. Plomeros, electricistas, albañiles contratistas, mecánicos, carpinteros, lograron un cierto mejoramiento de sus condiciones de trabajo y, con esto, una valoración del trabajo manual, en una sociedad que, como parte de la herencia colonial, solía despreciar-



Artigas frente a la modernidad

lo. En la actualidad es posible que un maestro carpintero o un electricista reúnan en un mes de trabajo de 400 a 600 dólares, mientras que muchos profesores universitarios apenas alcanzan los 300 dólares. En el caso de los jóvenes, en particular, hay un elemento que marca sus preferencias culturales: el consumo. Los muchachos albañiles, mecánicos, dependientes de almacén, muestran gran preocupación por el vestido y por la apariencia, y muchos han modificado sus narices o teñido y rizado su pelo para borrar marcas raciales. Sus referentes son ahora los artistas de rap o de música tecno, así como el mundo de la televisión. La aspiración de muchos de ellos es salir del país, su imaginación toma refe-

rentes de lugares lejanos y, muchas veces, virtuales.

En cualquier caso, las nuevas condiciones de Ecuador benefician a unos y desfavorecen a otros; de este modo, una señora popular de treinta años que tiene su negocio de hamburguesas en San Carlos, gana muy bien además de ser dueña de su tiempo; su negocio no forma parte de una gran cadena y el local es modesto, pero si logra vender cien hamburguesas diarias a un precio de un dólar, con una ganancia del 50%, se ganaría 50 dólares diarios. En cambio, en los sectores públicos ha sucedido lo contrario: la reducción de salarios ha afectado las condiciones de vida de sectores considerados medios: un sueldo promedio de entre 150 y

300 dólares. Para poder sobrevivir, muchos empleados públicos, profesores, trabajadores intelectuales, tienen que hacer grandes esfuerzos. Un problema que se plantea para los sectores medios, blanco-mestizos, es cómo, en condiciones de deterioro radical de sus ingresos, mantener la imagen y el estatus.

Éstos y otros hechos nos llevan a pensar que se están produciendo cambios en las formas en que se clasifican e imaginan a sí mismos y al resto, los distintos sectores sociales. Si en el Quito señorial de la primera mitad del siglo xx, los apellidos, los rasgos raciales, el formar o no parte de una tradición, tenían un peso significativo, hoy habría que preguntarse si algún interés representan las «buenas familias» de Quito para los jóvenes rockeros del sur o para los

dueños de negocios del mercado Ipilaes.

Entender las distintas formas en que se constituyen los imaginarios sociales en Quito resulta, por todo esto, sumamente complejo. Existen, por un lado, muchos recursos culturales en circulación de contenido transclasista que, relacionados con la cultura de masas y con los itinerarios transnacionales, han modificado radicalmente las formas en que se organizan esos imaginarios, pero, por otra parte, existe un *ethos* o *habitus* constituido en el largo y mediando plazo que se hace presente en medio de esas relaciones cambiantes.

Si en el imaginario social de la segunda mitad del siglo xx se presentaba una separación tajante entre la cultura de élite y la popular, hoy existe una circulación mu-

Tome Coca-Cola en la estación del trole



No al TLC en Universidad Central de Ecuador



cho más fluida de referentes y productos culturales. Los supermercados se presentan como espacios abiertos a todos los quiteños que puedan comprar, e igual sucede con las salas de cine y de espectáculos. No existen tampoco prohibiciones con respecto al vestuario o patrones fijos de comportamiento. La misma forma de hablar de los quiteños ha cambiado radicalmente como resultado de las telenovelas mexicanas y venezolanas y el trabajo de los locutores y locutoras de radio. Aparentemente, el mercado cumple las veces de nivelador de la vida social en una sociedad excluyente. Pero, si esto es así, ¿por qué siguen existiendo fronteras, unas veces invisibles, otras reales?

Vivimos procesos muy fuertes de cruce y de transterritorialización cultural, pero no estamos completamente seguros de que éstos conduzcan necesariamente, y en todos los casos, a una homogeneización o «igualación», como tampoco a un mestizaje o a una hibridación. Las formas como se adscribe a la modernidad un indígena quiteño son distintas a las de un mestizo o a las de un miembro de las élites, aunque todos tengan, en principio, acceso a los mismos

modelos de calzado, a los estadios y a los programas de televisión.

Por un lado, la vida social, tal como se presenta en Quito como en el resto de ciudades de América Latina, no puede ser mirada desde categorías fijas, y menos aún puramente económicas; por otro, no hay que perder de vista que la globalización cultural ha ampliado el campo de los imaginarios pero no ha eliminado las divisiones sociales y las prácticas de exclusión.

La sociedad urbana en el contexto de la globalización genera una diversidad de elementos culturales. Se trata de una modernidad guiada por la necesidad de consumo, pero las formas en que se accede a ello varían de acuerdo con los distintos sectores sociales. Para comenzar, las oportunidades de acceso no son las mismas en términos económicos y sociales. No se trata sólo de un problema de recursos, sino de posibilidades dadas por un medio que en muchos campos se presenta excluyente.

En Quito la gente no vale tanto por su persona como por sus relaciones. Si alguien quiere obtener un servicio en un organismo del Estado debe acudir a un conocido, e igual sucede si quiere ingresar a un centro de estudios u

obtener una mejor atención en un hospital. El antropólogo holandés Ton Salman dice que todavía hoy la sociedad ecuatoriana «se caracteriza por funcionar sobre la base de relaciones personales que pueden ser usadas por los actores sociales»². Si esto es así, el individuo, que en otros contextos de modernidad se presenta como condición de una relación ciudadana igualitaria, se convierte en algo negativo: ser individuo es sinónimo de carecer de relaciones.

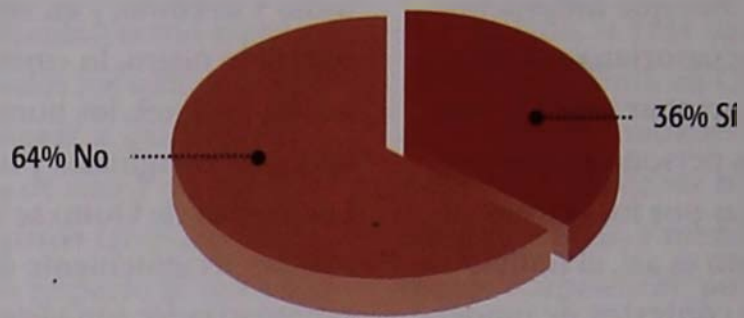
Lejos de existir una «quiteñidad» integradora, el quiteño vive

una cadena de exclusiones que se dirigen en primer lugar contra lo indio y lo cholo, y en segundo contra lo negro, lo «mono» costeño, las mujeres, los homosexuales, las capas marginales y los débiles. Los negros de Quito se han hecho visibles recientemente de un modo estigmatizado; son vistos como sujetos peligrosos o como parte de la cultura del espectáculo; en los partidos de fútbol se suele decir «que bien juega mi negro» o, por el contrario, «juega negro vago». Las élites quiteñas, aunque se muestran más abiertas que las

La parada del trole o el vértigo cotidiano



Gráfica 17
¿En este hogar tienen carro?



guayaquileñas, no sólo discriminan a los sectores medio y bajo, sino también a una persona del sector alto que tenga rasgos raciales indígenas o cuyo origen no sea «claro»; es decir lo que ellos entienden por «advenedizos».

Al mismo tiempo, en el interior de las propias élites existen tendencias más o menos abiertas a negociar los términos en que se constituye actualmente la ciudadanía. En los sectores populares también se dan competencias y exclusiones por cuestiones de dinero, poder y rasgos raciales. Es así como el calificar a alguno de indio o «longuearlo» no sólo sirve para establecer marcadores con respecto al *otro*, sino que es algo común en el interior de los propios sectores populares, como forma de ofensa o de insulto personal. Los criterios raciales siguen pesando a

la hora de descalificar y de excluir, asimismo se constituyen como un recurso en el momento de establecer categorías dentro de la propia vida popular. Últimamente los quiteños hemos podido observar y de alguna manera vivir el juego de diferenciaciones y distinciones con respecto al mundo indígena que se ha hecho presente por primera vez en la política, en la disputa del poder.

Tiempos

El tiempo es memoria y olvido; lo uno va con lo otro. La memoria se relaciona con lo que ya pasó y ha quedado como testimonio, de igual manera lo que viene y se vive como expectativa. Si en los sueños dormimos y viajamos hacia atrás, hacia el recuerdo inconsciente que aparece en las noches, en el día imaginamos, producimos

imaginarios sociales de una memoria futura. El futuro obedece al pasado; acordarse de una promesa que se hizo implica que ésta debe realizarse en el futuro. La fuerza social del olvido no implica debilidad en la memoria, más bien manifiesta que la memoria se burla y dirige sus propios asuntos, provoca esa debilidad de no acordarse. O sea que la memoria es activa: selecciona y olvida. En el tiempo de un ciudadano está la percepción de su origen, de sus prácticas, de sus afectos, de su mismo carácter a partir del cual establece sus hondos perceptivas.

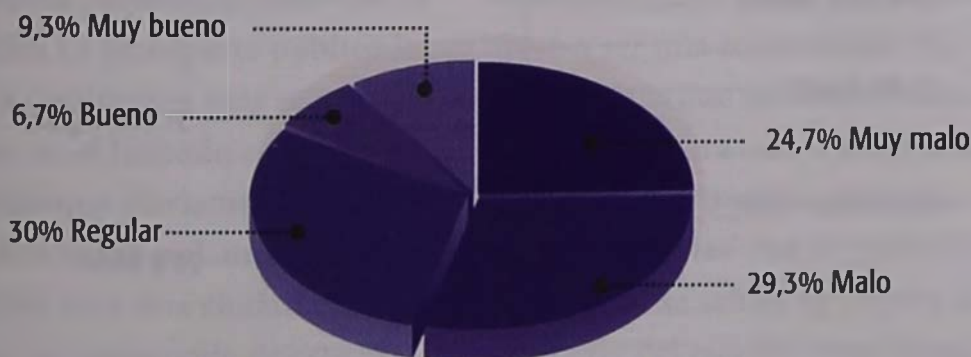
No pite, madrugue

Pisar a fondo el acelerador parece condición innata de los conductores de Quito, al menos de quienes frecuentan las avenidas Teniente Ortiz, Rodrigo de Chávez

y Oriental, al sur, y Amazonas, Los Shyris, América, González Suárez, La Prensa, Brasil, República y Eloy Alfaro, al norte. Qué decir de los volantes que cruzan La Mariscal Sucre o la Simón Bolívar: vértigo total en ese largo tobogán que es la ciudad.

El día a día de la capital se vive aprisa. Pero no por una necesidad de optimización de tiempos. Pesan más las consecuencias de la «hora ecuatoriana», del retraso. Por eso cada vez se leen más letreros como el que dice «no pite, madrugue». Las horas pico son como cuellos de botella que exacerbaban la congestión y el mal humor. De 6:00 a 9:00, de 12:00 a 14:00 y de 17:00 a 20:00 las calles son lugares esquivos para los de a pie, ya que la urgencia de los conductores no distingue entre asfalto y vereda. La Dirección Nacional de Tránsito fija límites de

Gráfica 18
¿Cómo califica el tráfico de su ciudad?

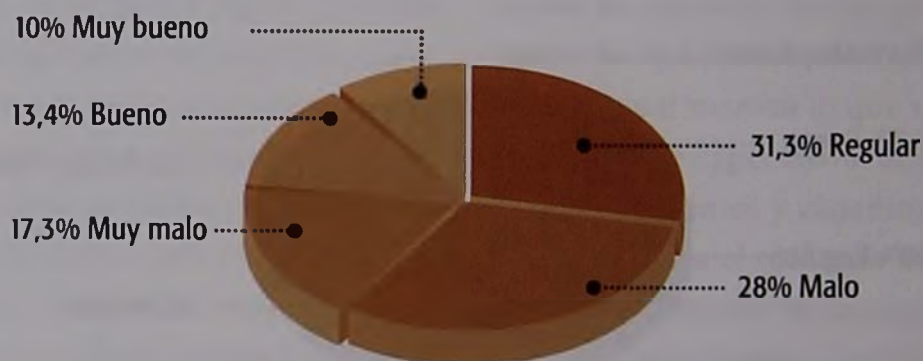


velocidad cuyos topes son de 60, 80 y 90 kms por hora. Así, en las avenidas centrales como la 10 de Agosto no se puede ir a más de 60 kms por hora. En las vías de descongestión como la Occidental el límite es 80, y en las carreteras, como la Panamericana Norte y Sur, el tope es 90.

A pesar de que Quito no es una metrópoli demasiado grande, es necesario invertir una gran cantidad de tiempo en movilización, lo que se debe a la forma larga y angosta de la urbe, a la ausencia de suficientes vías que faciliten la circulación de los automotores y al incremento del número de vehículos particulares, buena parte de los cuales son ocupados por una sola persona. La cifra de automotores, sumando buses de servicio público, taxis y particulares, asciende a

250 mil. Los espacios de circulación vehicular están terminando con el espacio antes destinando a los peatones: la eliminación de redondeles y el ensanchamiento de las vías, así como las vías exclusivas para transporte público, no se apiadan con el de a pie. Un ciudadano de a pie que por cierto es bastante desorganizado: nunca cruza por los pasos cebra ni utiliza los puentes peatonales. La ciudad no es para los peatones: veredas sumamente angostas, ausencia total de ciclovías y aceras que se parecen a las pistas de obstáculos, con carros estacionados sobre ellas, letreros y residuos o montículos de materiales de construcción que impiden la circulación en calma de los transeúntes y, para completar, hay pocos semáforos peatonales.

Gráfica 19
¿Cómo califica el transporte público?





Basura en la mitad de la vía

El 76% de los quiteños utiliza el autobús como medio de transporte; un porcentaje que se incrementa conforme decrecen los recursos económicos de los entrevistados: el 88% de las personas del nivel bajo se traslada con este medio de transporte, las cifras para el sector medio son de 78%, y para el alto, del 62%. Y, finalmente, la mayoría de los encuestados que optan caminar como medio de desplazamiento son jóvenes, es decir, del 24% de los encuestados que prefieren caminar, 33,3% son jóvenes.

Buena parte de la gente que se moviliza en transporte público lo hace en trolebús y, más recientemente, en el llamado ecobús. Los usuarios que diariamente utilizan el trole son 230 mil, una cifra importante para una ciudad como Quito. Lo interesante de este me-

dio es que permite recorrer longitudinalmente buena parte de la ciudad a un ritmo regular, lo que genera una cierta sensación de velocidad, racionalidad e, incluso, equilibrio. Además, gracias a este medio se han unido el norte y el sur de Quito, se han acortado las distancias y, sobre todo, se han eliminado fronteras, en parte reales en parte imaginarias, entre los dos polos de la urbe.

El sur se constituyó en la Colonia, en las afueras de la ciudad, separado por profundas quebradas y por elevaciones, lo que lo llevó a ser una zona aislada. Un aislamiento que no ha sido superado ni siquiera con el relleno de quebradas, el trazado y la construcción de vías. Por el contrario, y tal como se señala en *Pájara la memoria* del escritor Iván Egüez,

los túneles que supuestamente permitirían unir el sur y el norte, sólo acentuaron la idea de paso de una ciudad a otra, es decir, agudizaron la idea de ruptura.

El trole proporciona a sus usuarios una vitrina en movimiento para acercarse a Quito. Las paradas han sido ubicadas en sitios clave como la Y, la Colón, la Alameda, la Plaza Grande, que han pasado a constituirse en los principales referentes urbanos. Las conexiones se realizan dentro de espacios cerrados especialmente diseñados para ello, separados de la ciudad como si se tratara de un mundo autónomo, donde los usuarios se ven sujetos a un ritmo regular, similar a los metros europeos. El trole conduce a una modernidad imaginada, una modernidad que supuestamente uniría al sur con el norte, y en donde los *malls* con sus salas de cine, supermercados, almacenes, escaparates, ubicados en los dos lados de la ciudad, a manera de referentes simbólicos, tendrían un papel fundamental.

El 28% de la población quiteña se moviliza en automóvil; diariamente entran a la ciudad entre 35 y 40 mil automóviles desde los valles. Se trata de un recurso de las capas altas y medias, al que tienen

cada vez mayor acceso los sectores populares. Hasta hace unos años estos sectores sólo compraban vehículos que servían para el trabajo, ya fueran busetas, furgonetas o camionetas, pero hoy tratan de acceder también a vehículos de uso familiar, sobre todo para los fines de semana⁴.

El automóvil constituye un recurso predominantemente masculino ya que el 36,8% de los hombres usa permanentemente de ese tipo de transporte, mientras que apenas el 18% de las mujeres lo utiliza. Este dato se complementa con el de los usuarios de autobuses, ya que éstos son usados más por las mujeres (87,8%) que por los hombres (64,5%). En Quito existe la idea de que las mujeres no saben manejar, de allí que en el imaginario popular hayan surgido frases como «mujer al volante, peligro constante», sin embargo, no se suele tener en cuenta que las oportunidades que éstas tienen de hacerlo son mucho menores que las de los hombres.

Si bien la gente prioriza un medio de transporte, por lo general se ve obligada a combinarlo con otros. Dada la configuración de la ciudad, no es posible desplazarse grandes distancias en sentido



El Quito moderno. Tráfico en la avenida Amazonas

longitudinal sin utilizar un vehículo privado o de uso público, mientras que cuando hay que moverse en sentido lateral resulta generalmente más práctico caminar. Mucha gente que utiliza su vehículo para llegar a su lugar de trabajo prefiere realizar sus desplazamientos a pie o en vehículos públicos o de alquiler, «de modo mucho más rápido y con menos estrés». A eso se suman los problemas de estacionamiento, pues por lo general en zonas como La Mariscal o el Centro la gente camina y hay pocos lugares de estacionamiento. De otro lado, caminar es parte importante de la ocupación de los quiteños; hay mucha gente desocupada y

subocupada que camina y ve qué pasa mientras lo hace.

El tiempo de la nada

¿Qué hace la gente mientras va de un lugar a otro? Las respuestas son variadas, pero el hacer «nada» ocupa el porcentaje más alto, mientras leer ocupa el segundo lugar con un 16%. El resto de ocupaciones en este lapso de tiempo va desde oír música, que está en el tercer lugar de las preferencias con un 8,7%, hasta mirar a la gente, divisar el panorama, ver chicas, estudiar, dormir, meditar, pensar y organizar el trabajo.

Estas actividades no son definidas, un individuo no puede decir «mientras voy a mi trabajo

hago tal o cual cosa», porque éste es un tiempo no planificable que transcurre en un lugar donde los puntos de referencia no son estables. El individuo se somete a un tiempo que no puede ser organizado de antemano, por eso no existe mayor separación entre la respuesta «nada» y las que hablan de «mirar», «dormir», «descansar», «meditar», «ver chicas» o «disfrutar del panorama». Se trata de un tiempo de la «nada», pero también de un tiempo de «escape», ubicado en «una-ninguna-parte», donde se puede entrar en contacto con la ciudad, con la gente, con uno mismo, sin pensar ni planificar. En esto el transporte público aventaja al privado.

En el tiempo de no hacer nada suceden muchas cosas. El transporte público –excepto el troleo o los alimentadores– no tiene marcadas las estaciones en las que el pasajero tiene que subir o bajar. El autobús para de acuerdo con sus necesidades de trepar o bajar a sus pasajeros. En ese constante acelerar y frenar, los autobuses se vuelven escenario para actores múltiples: niños que cantan por unas monedas, vendedores de golosinas, utensilios diversos, medicinas, predicadores, hierbateros y

curanderos, estruchantes y cartelistas.

El tiempo que la gente dedica a recorrer del domicilio al trabajo es variable, sin embargo, la mayoría (33,3%) declara que invierte 30 minutos o más. Las personas que gastan apenas 15 minutos en el transporte de su casa al trabajo están en segundo lugar. Es poca la gente que se demora una o más horas en llegar a su destino, aunque existen personas que viven en parroquias y poblaciones alejadas de Quito y que día a día trabajan en la urbe.

Aunque Quito es relativamente pequeño si se compara con grandes metrópolis, su proceso de expansión ha determinado que el tiempo de movilización se esté incrementando. Por ejemplo, los valles –que han dejado de ser espacios agrarios y se han convertido en dormitorios de gente que pasa todo el tiempo en la ciudad–, tienen una población que sufre la lentitud del tráfico, de manera tal que de Tumbaco a Quito, puntos que no se distancian más de 13 kilómetros, un viaje puede variar entre 45 minutos y una hora.

Con el paso de los años, las tardes se han vuelto más congestionadas. Los desplazamientos

empeoran cuando son transversales; entre las 17:00 y las 19:00, un auto que viaja de un barrio como La Floresta en dirección a la Avenida Occidental tardará al menos 45 minutos; es decir, el mismo tiempo que tarda un habitante de los valles en llegar al Centro. Y es que el tráfico de Quito es muy desordenado: exceso de autobuses que circulan vacíos, choferes que cambian de carril impidiendo un tráfico fluido, policías y semáforos en desacuerdo. Por lo demás, el tema del tiempo y el transporte se agrava cuando llueve, entonces el tiempo se detiene y el estrés se dispara: pitos, luces, conductores que insultan y trancones en los que nadie cede el paso.

Sin tiempo ni para almorzar

Una de las paradojas de la modernidad es el tiempo. La tecnología creada para optimizar tiempo, computadores, teléfonos móviles, Internet, lo único que ha logrado es que la gente tenga cada vez menos tiempo libre. El quiteño no está al margen de esa paradoja: quien hace no más de dos décadas iba al trabajo, almorzaba en la casa, hacía su siesta y regresaba a completar la jornada, hoy se queja de la falta de tiempo. La jornada



Haciendo la limpieza en el Centro Cultural Metropolitano

laboral se extendió y el tiempo libre casi no existe. A la pregunta de «¿Cómo estás?», el quiteño suele responder, «Bien, a full». Decir «a full» es decir «estresado», «cansado», «sin tiempo para nada». El tiempo libre desapareció de las rutinas, como si nadie trabajara para vivir y más bien la gente viviera para trabajar⁵.

Teóricamente, la jornada laboral es de ocho horas diarias pero sólo los empleados del servicio público cumplen este lapso. En las empresas privadas, el tiempo de trabajo tiende a ser mayor y depende de los requerimientos diarios de esas empresas. Los trabajadores

independientes son los que dedican más horas al trabajo. Ahora bien, a la categoría «independiente» responde una gama muy amplia de posibilidades, desde comerciantes y dueños de bares que mantienen sus negocios abiertos el mayor lapso posible por las ganancias que esto puede representarles, hasta informales y subempleados que pasan de un tipo de trabajo a otro. Ubicarse como independiente cuando no se tiene acceso fijo a un empleo –y buena parte de los quiteños no lo tiene– puede ser una forma de «lavar el rostro».

Debido a las condiciones de la crisis económica, muchas personas se ocupan en la realización de trabajos suplementarios, sin embargo la crisis no es la única causa de esta conducta pues, en Quito, existe todavía una cultura artesanal que no diferencia el tiempo libre del tiempo de trabajo, ni separa los distintos espacios.

En Quito existía una tradición de pensiones y casas de hospedaje que prácticamente se ha perdido, en la que los llamados comensales compartían un espacio familiar con los dueños. Los restaurantes organizados como negocios impersonales son relativamente re-

cientes, y se deben al crecimiento de la ciudad y a la consecuente dificultad de los desplazamientos por ella. Buena parte de los quiteños acude a restaurantes, mientras que otros se han acostumbrado a llevar a su trabajo un fiambre o cucayo. Todavía es frecuente que un obrero o un albañil espere al mediodía la llegada del almuerzo traído en portavianda por su esposa o por su hijo.

De otro lado, en Quito existen restaurantes de diversos precios y que ofrecen comida de diversa calidad, pero el común de los encuestados considera que el lugar donde mejor se come es en la propia casa. Se podría pensar que los fines de semana la mayoría de gente sale a comer, pero las encuestas dan cuenta de otra situación: el 68% come en casa o donde amigos y familiares, y solamente el 25% lo hace en restaurantes⁶.

Es interesante la relación entre lo que le gustaría hacer a la gente en su tiempo libre y lo que hace en realidad. La actividad a la que la población dice dedicar una mayor cantidad de tiempo es a leer, sin embargo, en las respuestas «leer» puede ser sólo un deseo. La actividad que ocupa el segundo lugar después de la lectura es el deporte,

y el tercer elemento entre las preferencias es pasear. Patinar, tejer, hacer manualidades, pasar más tiempo con los hijos, rezar, ir al parque, hablar por teléfono, y un largo etcétera, ocupan el resto de actividades de la gente⁷.

En buena parte de las familias quiteñas las mujeres no disponen todavía de su tiempo libremente, ya sea porque las tareas domésticas copan gran parte del mismo o porque se trata de un tiempo controlado por el mundo masculino, muchas veces de modo sutil. Las mujeres, a su vez, desarrollan sus propias estrategias para escamotear tiempo o para, como se dice popularmente, «sacarle tiempo al tiempo». En Quito, la mayoría de bares, cervecerías, cafés, salas de juego, son sólo de hombres, aunque las personas jóvenes tienen espacios como las discotecas, que facilitan los encuentros entre uno y otro sexo. Quito es una ciudad en la que hay mucha gente sola, que almuerza o pasea sin compañía, que pasa su tiempo libre en soledad. No se trata tanto de una búsqueda expresa de soledad cuanto de una condición propia de la ciudad. En Quito, por ejemplo, resulta menos fácil que en otras ciudades iniciar una conver-

sación con desconocidos o encontrar espacios donde iniciar una amistad o una relación de pareja.

El tiempo libre es también el tiempo de los anhelos, de los sueños, de los deseos. El mayor anhelo de la gente es viajar (15,3%) pero apenas el 1,3% está en condiciones de hacerlo realmente. El fenómeno de la migración tiene que ver con el tema; un graffiti dice «El último que se vaya, que apague la luz». Allá, afuera, en cualquier parte, está en el imaginario el futuro, el tiempo mejor, las posibilidades de estudio o de trabajo, la posibilidad de hacer dinero. Siguen a continuación trabajar y caminar. El resto de aspiraciones son variadas: desde la utilización de Internet, hasta tejer, hacer gimnasia para bajar de peso o ser dama voluntaria. El tiempo libre es concebido por los jóvenes como tiempo de escape, como posibilidad de relacionarse con los de su edad, de abrirse a otros espacios.

Marcas

El espacio urbano se presenta como una trama de signos que pueden ser físicos o mentales, edificios, calles, señales, memoria de acontecimientos pasados, olores. Asimismo, la ciudad dispone de

rutinas específicas, modos de comportamiento que marcan la pauta de vida de sus habitantes, marcas que tienen la impronta del deseo en tanto que con ellas las personas significan su ciudad. La ciudad es marca en cuanto, justamente, es marcada por sus ciudadanos.

Los medios, desde el desayuno

Horas frente a la tele

La televisión ha pasado a convertirse en uno de los ejes de la vida de los quiteños, tanto por los cambios que provoca en la cotidianidad y en la organización de los espacios sociales como por el tipo de comunicación que genera. La televisión fue introducida en Quito en los años sesenta por un grupo evangélico, el mismo grupo que en los años cincuenta se había encargado de generalizar el uso de la radio: la modernización cultural vino en este sentido no de manos de la secularización, sino de la religión. Hoy, en la provincia de Pichincha, hay 29 canales de televisión abierta, tres de televisión por cable –cuyas estaciones están ubicadas en Quito– y ocho canales de televisión codificada⁸. La introducción del video y los

sistemas de televisión por cable ha ampliado las posibilidades de elección en un país donde la llamada televisión nacional es, definitivamente, de muy baja calidad.

Con el tiempo, el uso de la televisión se generalizó a todos los sectores sociales, así, muchas familias tienen la costumbre de reunirse junto al aparato, lo que desplazó la costumbre de la tertulia familiar o de escuchar la radio; ver la televisión se ha convertido en una forma de estar en familia sin estarlo realmente; en algunos casos, incluso, cada miembro de la familia llega a tener su propio aparato, lo que contribuye al proceso de individualización y de fragmentación de las antiguas relaciones sociales.

El televisor es una figura recurrente de la ciudad, ya sea en el altar-mesita de las casas, donde puede llegar a permanecer prendido, desde el desayuno, durante todo el día, ya sea en restaurantes o en salones populares. Apenas el 10% de los entrevistados dice no ver programas de televisión por opción personal o porque nunca ha cultivado el hábito. Sin embargo, aun los que no acuden permanentemente a la televisión se ven condicionados o, si se quiere, conta-



El sur: de espaldas a la Virgen y frente a la mujer ideal

minados por una cultura televisiva que modela los comportamientos, las formas de comunicación cotidianas y la cultura política.

Aunque las imágenes y mensajes televisivos están transterritorializados, lo que se haga de ellos depende del lugar desde el que cada cual piensa y siente, de las tradiciones y experiencias sociales, de las costumbres y requerimientos de cada época, así como de las propias experiencias y deseos individuales. En este orden de ideas ¿qué lleva a buena parte de los quiteños a permanecer varias horas frente a una pantalla? Para unos es la posibilidad de «no pensar», para otros «tener una compañía», mientras que para la mayoría

se trata de un consumo cultural «naturalizado» en el que han crecido y del que no se puede prescindir. Por otra parte, Quito es una ciudad que puede resultar aburrida, pues no ofrece una oferta cultural suficiente, el frío de sus noches invita a recogerse en casa a horas tempranas, y las viviendas son actualmente mucho más acogedoras que en el pasado, tanto para las capas medias como para las populares, circunstancias que convierten a la televisión en una muy buena opción de empleo del tiempo libre.

Además, en una sociedad en la que las posibilidades de formar parte efectiva de los espacios en los que se define lo público son

muy limitadas, la televisión es uno de los elementos que más contribuye a fabricar la ilusión de participar, al tiempo que reproduce un estilo doméstico propio de una «cultura de clase media», cuyos patrones y referentes de vida se han generalizado entre los sectores populares.

Un estudio sobre el consumo de medios⁹ muestra que los televidentes de alto consumo televisivo tienden a ser mujeres amas de casa y jóvenes con educación secundaria, principalmente de estrato medio bajo. Las mujeres ven más novelas que los hombres, ya que los canales de televisión orientan este tipo de programas hacia el público femenino y, particularmente, hacia las llamadas amas de casa. De acuerdo con las encuestas, es el nivel socioeconómico bajo el que más ve novelas¹⁰. Los jóvenes se encuentran mucho más familiarizados con la televisión que los adultos e incluso identifican su generación con este medio, dado que, a diferencia de otras ciudades de América Latina, aún existe en Quito una población mayor de cincuenta años que no fue formada en la cultura de la imagen y que prefiere utilizar de otro modo su tiempo libre.

La televisión dedica gran parte de su programación a las telenovelas y, recientemente, a los *reality shows* como «Pop Stars» o «Robinsones». El nivel bajo ve el doble de telenovelas que el alto; además existen diferencias en el tipo de novelas que se ven: las novelas brasileñas están socialmente admitidas como «producciones cultas», mientras que las mexicanas y venezolanas solamente se admiten como parte de la «baja cultura». Las telenovelas colombianas entraron para quedarse: Quito vivió el mismo fenómeno que cualquier país latinoamericano con la famosa «Betty, la fea» o con «Pedro el Escamoso» y se prendió al televisor, paralizando sus actividades. Con las novelas brasileñas pasa lo mismo: a las 20:30, la hora de la novela se vuelve la hora de «Mujeres apasionadas», «Machos» o de éxitos como «El clon», que puso de moda los cursos de baile del vientre, las clases de danza árabe y hasta una indumentaria referida al Lejano Oriente.

Los desempleados y jubilados reconocen que pasan mucho más tiempo frente al aparato que los que tienen un empleo fijo, aquellos que acuden a ésta sólo por la noche para «despejarse» después



Descanso en las alturas de Monjas

de una larga jornada laboral. Para los desempleados, la televisión es una forma de «evadirse de las preocupaciones».

Sólo el 6,8% de los entrevistados no ve nunca informativos de televisión, mientras que el 20,9% no escucha nunca informativos radiales. Las cifras son similares con relación al nivel socioeconómico, pero varían según la edad; así, las personas de 65 años para arriba son las que más oyen radioinformativos, mientras que los jóvenes lo hacen en un porcentaje mucho más bajo.

La televisión ecuatoriana plantea ser, primordialmente, un medio de entretenimiento y, aunque esto no siempre sea explícito, de educación o adecuación a un estilo de vida y a determinados tipos de sensibilidad. Lo que resulta pa-

radójico es la gran cantidad de personas que dicen preferir programas culturales frente a la ausencia de este tipo de programas. Sólo el 16,7% declara no ver nunca esta clase de programas, siendo las cifras similares en el sector medio y alto, y disminuyendo ligeramente en el sector bajo.

Finalmente, vale la pena revisar cómo es Quito desde la pantalla; los noticieros locales destacan a la ciudad cada vez más violenta que reclama con urgencia seguridad, a la ciudad como centro del poder político y administrativo —es decir politizada—, a la ciudad de la crónica roja y los accidentes de tránsito, a la ciudad que demanda servicios y atención municipal y, en menor grado, a la ciudad de imagen bucólica.



Lotería, la esperanza de todos



Los días de radio

Quito es, desde la radio, el problema cotidiano, la queja del radioescucha por la falta de servicios en su barrio o por la carestía de la vida, o el espacio para contar aquellos problemas que tienen que ver con el mundo de los afectos. Es el espacio de las confesiones de amor y de las horas de “cachos” (chistes). De acuerdo con la Superintendencia de Telecomunicaciones, en Quito hay 140 estaciones de radio (onda corta, amplitud modulada, frecuencia modulada) de un total de 974 radiodifusoras en todo el país. En la oferta radial se destacan los programas con participación del público, a los cuales las personas llaman para contar problemas personales o pedir consejo; espacios radiales como «Al final de día», de Radio Centro Internacional, o el consultorio de Radio María, una emisora cristiana que se encarga de brindar apoyo moral a sus oyentes.

La radio, aunque ha sido desplazada por la televisión, tiene sus propias ventajas; primero, los costos son menores y, segundo, tiene un cierto carácter omnipresente, se escucha en cualquier parte y aun contra la voluntad de quien la escucha. A pesar de que la mayoría

de los encuestados cree utilizar la radio menos que la televisión existe una relación no consciente con ésta. En Quito, los lugares en los que reina el silencio son poco frecuentes y el ruido de la radio domina el panorama urbano. En realidad, los quiteños tienden a ser poco comunicativos —en esto se diferencian radicalmente de los habitantes de las ciudades de la Costa— pero, paradójicamente, se muestran poco sensibles con los ruidos.

Los personajes de la radio, como Diego Oquendo o el «Maestro Juanito» son definitivos en la ciudad. Asimismo, la radio es historia y leyenda: todavía se habla del 12 de febrero de 1949, fecha en que una emisora transmitió la invasión de los marcianos, adaptación del programa de H. G. Wells, «La guerra de los mundos». Esta transmisión creó tal susto en los quiteños que, cuando se anunció que sólo se trataba de un programa de radio, una multitud indignada y enardecida incendió las instalaciones de Radio Quito y del diario *El Comercio*.

En ese entonces, *El Comercio*, *Últimas Noticias* y Radio Quito funcionaban en el mismo local. La programación empezó a las 21:00,

con su rutina normal: «Potolo» Valencia y Gonzalo Benítez, el mejor dueto de música nacional, rasgaron las guitarras en los micrófonos de Radio Quito. Era un especial, pues su programa regular «Las canciones del alma», se transmitía sólo lunes, miércoles y viernes. Apenas habían comenzado a cantar su segunda canción, el pasillo «Para mí tu recuerdo», cuando recibieron la señal convenida y el locutor les interrumpió abruptamente para hacer un anuncio fatal: «Nos invaden los marcianos, nos invaden». Y dio a conocer de inmediato la llegada de un ejército de platillos voladores que habían aterrizado en Cotocollao, junto al campo de aviación, de este modo los locutores anunciaron: «Las increíbles noticias que estamos suministrando provienen de calificadas agencias internacionales y los servicios regulares del diario capitalino *El Comercio*. Importante: los boletines informativos que están escuchando, señoras y señores, tienen el patrocinio exclusivo de Orangine, el insuperable refresco de naranja».

Al instante salieron al aire enlaces con Radio Continental de Ambato, La Voz de Cochabamba de Cuenca, Radio Zenit de Guaya-

quil, que trataron de comunicarse con Quito para advertir el peligro que se cernía sobre la capital. Y anunciaron dramáticamente que Latacunga había sido destruida con un gas letal que se aproximaba peligrosamente a Tambillo desde el sur y que había sobrepasado por el norte la ciudad de Otavalo.

En los hogares quiteños, quienes no habían escuchado que se trataba de una adaptación de «La guerra de los mundos» empezaron a creer a pie juntillas lo que les informaba Radio Quito, una de las más prestigiosas de la capital. El punto culminante fue cómo se desvaneció el reportero que narraba los acontecimientos desde Cotocollao, tocado por un arma letal marciana, nunca antes vista en la Tierra.

La gente en la calle empezó a huir despavorida. Era el fin del mundo. El fin de la civilización. La muerte irremediable. Ni antes ni después de esa fecha, se ha visto tanta gente en el interior de las iglesias. Cuando se confirmó que nada era realidad, la gente fue hasta Radio Quito a pedir explicaciones y, al encontrarse con que les cerraron las puertas, la multitud se amotinó, gritando y lanzando piedras hasta que el edificio quedó

reducido a cenizas. Este episodio tan trágico como cómico ya forma parte del imaginario quiteño y su leyenda ha pasado por varias generaciones.

Hoy el uso más generalizado de la radio se relaciona con la música. La radio ofrece una mayor variedad de programas en un mismo horario y, por consiguiente, la posibilidad de que sean satisfechos toda clase de gustos musicales. En la vida de la mayoría de jóvenes, la música, acompañada de videoclips, determina en buena medida actitudes y comportamientos, la música es en este sentido parte de una búsqueda y de una afirmación personal. La radio logra dar cabida a diferentes preocupaciones y posiciones de los jóvenes que se relacionan directamente con los gustos musicales, desde los que se identifican con el pop hasta los que se identifican con el heavy metal, el cual ha ganado espacios específicos de discusión y difusión. En efecto, la música constituye la relación entre la radio y la juventud, pues aunque las nuevas generaciones estén dominadas por la televisión, guardan un lugar para la radio, un lugar que, en última instancia, implica su búsqueda

de identidad y de patrones de comportamiento.

Los programas de participación del público y los programas musicales se llevan la mayor cantidad de tiempo radial y la mayoría de la audiencia, quedan los dramatizados radiales que han ido desapareciendo con el paso de los años y la llegada de la televisión. En cualquier caso, la televisión –pese a que ha disminuido el público de la radio– no ha podido aniquilarla como un medio de comunicación crucial en la ciudad y de esto es prueba la vivencia radial de los quiteños.

La prensa, a vuelo de pájaro

Hasta las instalaciones de los dos principales diarios de la ciudad corresponden al patrón nortesur. En el norte está el diario *Hoy* y en el sur, el diario *El Comercio*, ambos son empresas familiares que, si bien compiten en la tarea informativa, tienen sus lectores fieles. *El Comercio* fue fundado hace casi cien años, mientras el diario *Hoy* nació en la década del ochenta, en principio como un medio dirigido a las élites intelectuales y académicas. *El Comercio* tiene mayor circulación nacional,

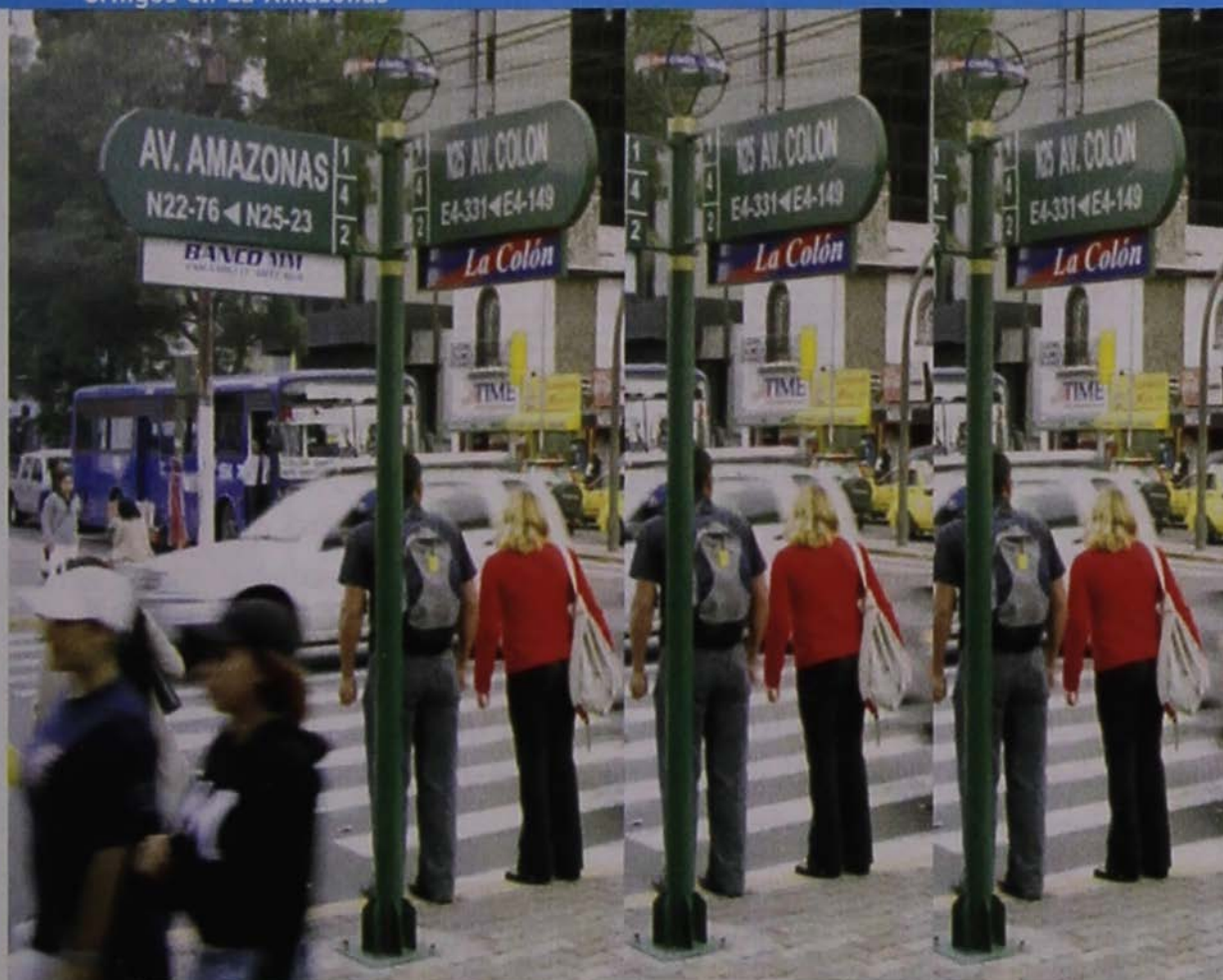
mientras que *Hoy* tiene mayor circulación local, pero ambos son diarios quiteños, con lectores mayoritariamente quiteños y con noticias que los reflejan. Tanto al uno como al otro le cuesta cautivar a lectores de Guayaquil que se ven reflejados en el diario *El Universo*, uno de los más grandes del país.

Además de los periódicos mencionados, existen tres diarios vespertinos: *Últimas Noticias*, que pone énfasis en la noticia de Quito, *La Hora* y *El Extra*, diario sensacionalista por excelencia que, dirigido principalmente a las cla-

ses populares, se vende en todo el país y es uno de los pocos periódicos en el mundo que gana por lo que vende y no por lo que pauta.

La prensa se lee a vuelo de pájaro, sólo se hojean fotos y titulares, y la competencia entre los medios escritos y la información televisiva –corta y rápida– se percibe en los constantes rediseños de los diarios donde cada vez aparecen menos textos. El quiteño no es gran lector de prensa; de una población de dos millones de habitantes, apenas 200 mil accede a ésta", tampoco existe una tradi-

Gringos en La Amazonas



ción de leer en cafés y bibliotecas, aunque algunas personas acuden con sus periódicos a los parques, a plazas como La Independencia o a peluquerías, para leer mientras se hacen lustrar los zapatos o les cortan el pelo.

Los estudiantes son los que menos leen periódicos o si lo hacen se remiten sólo a determinadas secciones como las de deportes y espectáculos¹². Los ritmos de lectura de la prensa varían por épocas y por situaciones; así, durante los campeonatos mundiales de fútbol se incrementa el número de lectores, mientras que en momentos de desilusión con respecto a la política se produce una baja en el consumo de este medio. Entre los viejos se leen los diarios «para ver quién ha muerto», refiriéndose a la tradición de obituarios, partes mortuorias e invitaciones públicas a las misas de honras. Los hombres leen las secciones deportivas tres veces más que las mujeres, de hecho, existe una cultura predominantemente masculina que hace del deporte uno de los ejes de las conversaciones, esto supone una actualización constante de información a través de distintos medios que permita comentar tanto los movimientos en el campo de

juego como la posición de los equipos, las distintas contrataciones, la marcha de los clubes y la economía política de los clubes.

En contraste, son casi inexistentes los espacios que la prensa dedica a la información cultural; no hay suplementos culturales en ninguno de los diarios capitalinos, mientras que, en jerarquía, los espacios con información política son dominantes. Paradójicamente, en los estudios de mercado sobre medios, a la gente cada vez le importa menos la política y demanda más lectura «útil y de entretenimiento». Por útil, se entiende aquella información que le sirva de algo en su vida diaria, y por entretenimiento, todo lo referente a espectáculo. En cualquier caso, aquellos espacios dedicados a la «cultura», a ese tipo de cultura, son los más leídos¹³.

Los diarios, espacios de compra y venta, de avisos clasificados a los que se acude tanto para alquilar apartamentos como para anunciar salones de masajes, espacios del horóscopo y del crucigrama y, sobre todo, de la opinión pública y del poder, no han dejado de marcar la vida quiteña y de revelar la personalidad de la ciudad.

Cada vez más conectados

Según los quiteños –y tal como calificaron los habitantes de las restantes ciudades de esta colección– el computador es el invento más grande del siglo xx, seguido por el Internet. En la encuesta casi no tuvieron lugar otras creaciones técnicas como los aviones, los cohetes para viajar a la Luna, la luz eléctrica o los automóviles, las cuales quedaron de lado, hecho interesante pues, de una parte, la respuesta muestra un olvido del pasado no inmediatamente reciente y, de otro, se centra en lo que está más cerca de las vidas diarias de los ciudadanos, lo que está presente en su rutina y cotidianidad.

En La Mariscal nacieron los cibercafés para, de inmediato, crecer como hongos en invierno y regarse por toda la ciudad, se volvieron sitios de encuentro: jóvenes internautas, familiares de emigrantes, estudiantes, extranjeros con mochila al hombro, transeúntes desocupados y curiosos. De 809 cibercafés reportados –es decir, legales– en todo el país, 409 están en la provincia; asimismo, de 43 proveedores nacionales de Internet, 30 están en Quito.

El crecimiento en el número de usuarios de Internet ha sido significativo durante los últimos años, pero aún no hay una alta penetración en el ámbito de los

Quito, tradición de grafiteros



hogares y la cifra no pasa de los 100 mil usuarios en toda la ciudad¹⁴. La proliferación de salas de Internet y el uso de éste en oficinas ha contribuido al incremento en el número de usuarios, sin embargo, el consumo de Internet es todavía limitado pues buena parte de los quiteños nunca ha tenido acceso a este medio. El envío y recepción de correspondencia electrónica y la búsqueda de información son las principales utilidades que se le dan al servicio, mientras otras funciones como «chatear», descargar programas y música, leer periódicos o incluso hacer compras virtuales, todavía hacen parte de la ciencia ficción.

Los cibercafés son signo de que «estamos conectados», como lo es el celular que, en principio, fue de uso exclusivo de clases adineradas y hoy se ha popularizado de tal modo que, actualmente, en todo el país hay 1.829.907 abonados¹⁵. De caro objeto de alta tecnología, el celular pasó a ser una instrumento de trabajo y comunicación cotidiana. La telefonía móvil ha modificado hábitos de los quiteños; desde los plomeros o trabajadores informales que encuentran en ella una excelente herramienta, hasta

los adolescentes, cuyo uso les permite una mayor libertad, pues los padres les dejan salir ya que tienen cómo localizarlos.

En Quito hay personas dependientes de los teléfonos móviles, - los adolescentes dirigen el entusiasmo por el nuevo medio, prefiriendo, sobre todas las funciones, el servicio de mensajería. De este modo, una adolescente normal como Gabriela Cortez, de 13 años, encuentra en este sistema la mejor alternativa para comunicarse con sus amigos y conocer a otras personas; recibe de 20 a 30 mensajes por día y remite una cantidad similar. No es extraño que los jóvenes sean los que más usen los mensajes escritos, pues es el segmento de la población más permeable a las innovaciones tecnológicas. Los mensajes escritos complementan la necesidad de comunicación de los chicos, que en gran parte la satisfacen en Internet a través de los grupos de chateo.

Todo esto ha llevado a que en los últimos meses, el país haya ocupado el primer puesto en el *ranking* de envío de mensajes por usuario en todo el mundo, dado que, por mes, cada abonado recibe o envía de 750 a 850 mensajes¹⁶.



La K de Quito en sus paredes

Kito se escribe con K

El Kito con K es el Quito *underground* de las paredes gastadas por los graffitis, paredes en las que se han escrito los más variados textos: desde declaraciones apasionadas, pasando por «Yankees fuera», «ALCARajo» o «Quiero votar sin odio», hasta aquellas pintas con letras góticas que demarcan un territorio imaginado en el sur o en las zonas escondidas de Carcelén o del Inca, al norte.

Uno de los primeros «grafiteiros» de Quito, el dibujante Miguel Varea, en los años sesenta hizo textos sobre blancos y limpios muros. Rayó las paredes del Centro y de la Veintimilla con frases y dibu-

jos e ideó ese Kito que se escribe con K, una ciudad en la «ke todo se escribe con k» y que fue retomado casi veinte años después en una obra de teatro de Peky Andino: «para llegar al lugar k, tengo que salir de mi kasa, que queda en el intestino grueso de karcelén, ese gran sistema digestivo, que deglute a la podrida klase media. No hay nadie en la kalle, son las seis y no llueve. Este barrio está lleno de ciegos, por lo que nadie se fija en mi *browning* nueve milímetros, ni en mi kuchillo, ni en mis ganas de matar. Llego a la parada de las busetas. Me subo a la última que en pocos minutos me llevará al lugar k»¹⁷.

Quito ha vivido varios momentos «graffiteros», lapsos a través de los cuales el graffiti terminó por caer en desgracia y se volvió lugar común, sin embargo, sus paredes aún guardan esos mensajes que convocaron a la subversión nacida del desencanto de sus habitantes: «Quito: Patrimonio de la soledad», «Cómo gasto paredes recordándote», «Ciudad: entre el charco y la despedida», «La ciudad se derrumba y yo pintando», «Recordado país, ¿cómo era que te llamabas?», «La sociedad construye abismos, hay niños vendiéndolos en la calle», «Quiero un país que no sangre», «El país malherido sigue latiendo», «Usa tu imaginación: éste es el botón para parar la crisis, pulse aquí», «Faltó intensidad, por eso estoy soltero», «La moral está por los suelos. ¡Písala!».

¿Pero qué piensa el público que los lee? De acuerdo con el trabajo *Graffiti en Quito: la revolución de los pétalos*, de Juan Carlos Morales¹⁸, al otro lado de las paredes pintarrajeadas hay un 56% que cree que atentan contra el ornato de la urbe, mientras que el 32% no considera al graffiti un problema. El 47% es partidario de un castigo y el 25% se opone a cualquier acto de represión contra los graffiteros.

De estos entrevistados, más de un centenar, el 56% reconoce que algún graffiti lo llevó a la reflexión, y el 23% dice que pintaría un graffiti si tuviera algo que comunicar. Dentro de este juego de respuestas, aparentemente contradictorias, el 59% cree que los artífices de los mensajes tienen una actitud crítica frente a la sociedad. Sin embargo, el 12% señala que quienes los pintan lo hacen porque no tienen nada mejor que hacer, y el 1% (probablemente un dueño de casa) dice que los que pintan en los muros tienen un desequilibrio mental, para esta percepción vale recordar un graffiti ejemplar: «Señor dueño de casa, déjenos pintar sus limitaciones».

Los graffitis no han sido hechos para agradar a todos: son expresión de la inconformidad social. Muchas veces son obra de pequeños grupos que se reconocen en ellos, pero constituyen una respuesta a la omnipresencia de los medios y operan, casi siempre, desde el margen, desde los habitantes de esa ciudad que se escribe con K.

Los encuentros con «la cultura» Quito busca quien la lea...

En el extremo norte, en Coto-collao, en un lugar llamado La De-

licia, está la biblioteca más grande de Quito: la Aurelio Espinosa Pólit. Un espacio laberíntico que suele permanecer vacío; el polvo se deja ver en las mesas y el olor a papel apergaminado anuncia tesoros bibliográficos de valor incalculable.

Tal realidad no dista mucho de la de la Biblioteca Nacional que, ubicada en la Casa de la Cultura, en el Edificio de los Espejos, es visitada por algunos estudiantes universitarios. Doña Laura, una institución quiteña, se ha encargado de velar por esta biblioteca; ha trabajado toda la vida en ella y es la única persona que sabe a ciencia cierta cuántos libros hay y dónde están.

En Quito no existen suficientes bibliotecas públicas actualizadas, que brinden un buen servicio y que tengan sistemas de suministro de textos computarizados, pues en casi la totalidad de los casos se opera con el sistema obsoleto de pedido de libros a un bibliotecario ubicado tras un mostrador¹⁹. De hecho, son pocas las bibliotecas que tienen una actualización constante y sistemas que hagan atractivo el acercamiento a los libros, las bibliotecas quiteñas no se han constituido aún en lugares donde el usuario pueda realizar libremente sus búsquedas, condición necesaria para el desarrollo de un pensamiento creativo. No existen

Arte público: escultura de Milton Barragán



bibliotecas barriales ni vecinales que generen un gusto por la lectura. La vida estudiantil hace necesario ir a las bibliotecas como un medio de consulta escolar, aunque la asistencia es menor en los muchachos mayores que no tienen que realizar este tipo de tareas, a no ser en centros universitarios como Flacso, la Universidad Católica, la Universidad San Francisco.

Comparada con Bogotá y con su principal biblioteca, la Luis Ángel Arango, a Quito le hace falta renovar sus servicios en este punto. La Luis Ángel Arango tiene instalaciones de seis pisos, cada uno destinado a una materia; los usuarios llegan masivamente como si se tratara de un lugar propio al que se visita con gusto. Las consultas son abiertas y a través de computador, lo que hace muy eficiente el servicio.

De otra parte y de acuerdo con datos de la Cámara Ecuatoriana del Libro, los dos últimos años revelan cambios en el perfil de producción y comercialización del libro en todo el país. Hay un incremento en la producción de títulos (1.248 en el 2002 por 1.701 en el 2003), en el incremento de las reediciones (118 títulos en el 2002 por 208 en el 2003), y continuidad en las preferencias temáticas.

También se ha visto una tendencia de las editoriales a diversificar su producción, a tal punto que casas tradicionalmente dedicadas al texto escolar están incurriendo en el mercado de las ciencias sociales y el ensayo. El sector de libros didácticos es el de mayor crecimiento y presencia en el mercado; tienen el 25% de los títulos y un abrumador 70% de los ejemplares producidos²⁰. Le sigue la producción literaria (narrativa, poesía, literatura infantil y juvenil) con un promedio de 351 títulos publicados al año. Asimismo, las importaciones provenientes de España se han duplicado y han retomado el primer lugar sobre su tradicional rival, Colombia. Tanto la producción para el consumo interno como la importación son áreas en constante expansión desde 1999, a pesar de las crisis y los pronósticos contrarios.

Quito y la empresa privada se llevan la producción editorial del país: la mayor parte de las casas editoriales están en la capital²¹ y la mayor parte de las editoriales corresponden a la empresa privada, quedando en un pequeñísimo número la producción desde el Estado o desde las instituciones académicas públicas.

Quito tiene todavía librerías emblemáticas²²: la Española, fundada en 1927, en «la covacha No. 6, bajo el Palacio de Gobierno», por Arsenio Briz Sánchez, la Científica, fundada en 1940 por un alemán llamado Bruno Moritz, la Cima, fundada en 1963, y Libri Mundi, fundada en 1971 por el también alemán Enrique Grosse Luermenn. Estas librerías hacen parte del imaginario ciudadano, sin embargo, a diferencia de otras ciudades del mundo y de la propia América Latina, es poca la gente que lee libros en el transporte público o que acude a los cafés para leer. Aunque la población que pasa por la escuela es mucho mayor que hace unas décadas, no podemos decir que el grueso de los quiteños se oriente hacia una cultura letrada²³; tan bajos son los índices de lectura en la ciudad que nunca se publica un libro con más de mil ejemplares –y esto pensando en agotarlos en dos años–; los distribuidores de libros del exterior nunca traen más de veinte ejemplares por título, a no ser manuales de autoayuda o fenómenos de marketing como las memorias de Gabriel García Márquez, y, para completar, parece existir una «maldición» sobre quienes publican revistas literarias: pocas pasan del número cinco.

En lo que se refiere a las revistas, el sector social que más las lee es el medio, seguido por el alto y, luego, por el bajo, que rara vez acude a ellas. Con la televisión ha disminuido el número de lectores de cómics, los cuales se veían atraídos por las ilustraciones. Sobre decir que las épocas en que existían los puestos de alquiler de revistas, como los del parque El Ejido, ya pasaron.

Los quioscos ofertan sobre todo revistas para adultos, desde pornográficas hasta literatura *light* y de información nacional. Difícilmente se pueden hallar revistas de difusión científica o de arte, aunque sí muchos programas piratas de computación: enciclopedias, atlas y manuales de contabilidad. Ni siquiera las revistas deportivas han tenido éxito en Quito, ya que no pueden competir con los informativos de la televisión. Las mujeres leen más revistas que los hombres; esto se debe a la venta de una cierta cantidad de publicaciones nacionales e importadas de cotilleo, modas, vanidades, dirigidas a satisfacer sus supuestas necesidades.

Dado el costo de los libros y las condiciones de desactualización de las bibliotecas públicas,



La Plaza de las Américas: sitio de fíltreo

muchos jóvenes interesados en la lectura, e incluso algunos docentes universitarios, construyen sus propias bibliotecas basándose en unas cuantas compras de libros, pero sobre todo en fotocopias que circulan de mano en mano. En realidad, la mayoría de la información que manejan los quiteños no proviene tanto de textos escritos como de la que proveen los medios²⁴.

Frente a la pantalla grande pero con canguil

Los jóvenes son los que más acercamiento tienen al cine²⁵, o sería mejor decir a las salas de cine. Éstas han pasado a constituirse en lugares de encuentro y socialización, al igual que los *malls*. Los

jóvenes prefieren películas taquilleras, malas o buenas, cuya audiencia ha sido definida de manera previa internacionalmente.

Las multisalas –Cinemark, Multicines, El Recreo, Vía Venturera– se han integrado a la ciudad a partir de modelos de consumo de cultura extranjeros, y han permitido retomar el gusto por el cine en determinados sectores; «Ir al cine» se ha vuelto un programa para el fin de semana, siempre acompañado por las enormes bolsas de canguil (palomitas de maíz), *hot dogs* (perros calientes) y los vasos sin fondo de Coca-Cola.

La posibilidad de ver buenas películas en una ciudad tradicionalmente marginada de los cana-

les de circulación de bienes culturales, es algo relativamente reciente. Aunque las multisalas dan cabida principalmente a películas de Hollywood, siempre pasan algo de «cine arte», ya sea películas latinoamericanas, europeas o de cine norteamericano independiente.

También hay que tener en cuenta las proyecciones que se realizan en salas más pequeñas que tienen programaciones de gran calidad como la tradicional Cinemateca Nacional o el cine Ocho y Medio dedicado a las películas de festivales y a los ciclos de cine especializado y documental.

Sin embargo, no todo es recepción pues en Quito se ha empezado a producir un cine nacional de buena calidad; películas aisladas y esporádicas, interesantes largometrajes que han logrado reconocimientos internacionales, y cortos y animaciones realizados en formato de video o digital cercanos al campo del arte conceptual contemporáneo.

Las imágenes de Quito en la pantalla grande han sido, fundamentalmente en el documental, el Quito de postal y la imagen bucólica del Centro. Así, Ulises Estrella, director de la Cinemateca Nacional e investigador de la «Quiteñología»,

identifica en la historia del cine quiteño al italiano Carlo Valenti, quien en 1906 hizo las primeras filmaciones en Quito, tomando imágenes del Conservatorio Nacional en el parque La Alameda y de las festividades patrias del 10 de Agosto en el centro histórico.

Entre 1920 y 1930, el aficionado quiteño Miguel Ángel Álvarez registró algunas breves imágenes del centro histórico. En 1929 la productora Ocaña Film, con su noticiero «Ecuador», hizo un registro minucioso de la Plaza Grande y del interior del Palacio de Carondelet. En 1950, se dio paso al cine de ficción con *Amanecer en el Pichincha*, bajo la dirección del chileno Alberto Santana. En 1959 se filmó, bajo la dirección de Paco Villar, *Mariana de Jesús, Azucena de Quito*²⁶.

Como ha sido predominante en América Latina, el cine ecuatoriano trata de reflejar la realidad cotidiana por medio de microhistorias. Esto se puede apreciar en *Ratas, Ratones y Rateros* película de Sebastián Cordero en la que, a partir de la vida de un joven quiteño de clase baja, se muestran las barreras reales e imaginadas entre el norte y el sur de la ciudad; barreras que ya hemos señalado en la



Noche en Cumbayá

primera parte de este ensayo. Tales muros sociales vuelven a hacerse patentes en *Alegría de una vez*, película que, dirigida por Mateo Herrera, muestra la ciudad desde una perspectiva adolescente. En uno de sus pasajes, un personaje le dice al otro: «regresemos a Quito que se hace tarde», aun cuando ambos se encuentran en el centro de la ciudad. Aquí, pues, vuelven a aparecer una serie de zonas que no han terminado por reconciliarse.

Finalmente, en Quito podemos hablar de un cine pobre que no requiere de grandes aparatajes técnicos, como grúas o *steady cams*, para expresarse y que depende de la sensibilidad de captar la vida cotidiana y las fisuras de

una sociedad que está lejos de ser homogénea.

De la ópera a la tecnocumbia

En el centro histórico de Quito se han creado espacios para vincular al común de la gente con un tipo de cultura que tradicionalmente ha sido para las clases pudientes, en este empeño están el Centro Cultural Metropolitano y el Museo de la Ciudad, sitios abiertos a un público general y que ofrecen variados programas culturales²⁷. Sin embargo, tales esfuerzos se ven constantemente amenazados por la tendencia a cerrar estos centros, ya sea por falta de presupuesto, ya sea por criterios de sostenibilidad.

Los espacios de «generación de cultura» o de «consumo cultural» son diversos en Quito. Existen los eventos propios de una cultura folclorizada desde las instituciones, destinada a la plaza pública, que no es más que el remedo de las culturas vivas: Pases del Niño que no alcanzan a representar la tradición, música estilizada que imita a la música popular. Un tipo de diversiones en los que la gente puede emplear su tiempo libre, pero como un tiempo vacío pues no se alimenta ni de una tradición ni alcanza a proponer un sentido veraz.

Las cifras de asistencia de la población a recitales y conciertos de música popular son relativamente reducidas²⁸. No obstante, el sector bajo participa en actividades festivas, ya que en los barrios y vecindarios populares se organizan festividades religiosas y seculares. Los conciertos de tecnocumbia y de música rocolera²⁹, promovidos en los barrios, tienen una gran acogida, tanto así que hay presencia de reconocidos cantantes del medio nacional en festividades barriales.

Conciertos como el de la cancha de fútbol del barrio San Juan son emblemas de este tipo de festivales. Organizado por Toros y Es-

trellas, una empresa dirigida por doña Conchita, antigua representante de toda una generación de artistas, este concierto fue un éxito que incluía varios tipos de música y de espectáculos.

Fernando Hinojosa «Matador», copropietario de la empresa, fue el encargado de la parte taurina, y la India María, con pollera y una entonación entremezclada entre la de una india ecuatoriana y una mexicana, se encargó de cantar rancheras, coquetear con el público y sentarse en las faldas de los hombres. En suma, una fiesta que, como otras tantas que se realizan en Quito, es muestra de toda una multiculturalidad; una España que no es España y un México que no es México, fragmentos de identidades mezcladas en un solo espectáculo que finaliza con música rocolera en las voces de Martín Osorio, el «romántico latinoamericano», Cecilio Alba, «el Rocolero de Oro» y, finalmente, Gustavo Aymara que, junto a su hermana Azucena, ingresó al escenario a cantar, sin tarima, prácticamente junto al público, lo que convirtió a la ceremonia en un evento entrañable.

Las canciones de la tecnocumbia o música «longa»³⁰ refieren los

grandes temas que siempre han preocupado a la creación popular; así, se pueden encontrar cantos a los temas humanos (amor, infidelidad, cortejo, matrimonio, fiesta, etc.), cantos con referencia al trabajo (oficios, relaciones sociales, problemas de dinero, etc.) y a lo divino (exaltando a la Virgen en sus distintas advocaciones, a santos, referencias litúrgicas, etc.).

En contraste, en el 2004 se reabrió el emblemático Teatro Sucre —un hito arquitectónico de la ciudad construido por el arquitecto alemán Francisco Schmit e inaugurado en 1886— con la presentación de la Ópera *Rigoletto* en coproducción con la Asociación

Pro-Lírica del Perú. El Sucre, reminiscencia de las casas de ópera europeas, ahora convoca a la clase más pudiente a espectáculos como *Serrat Sinfónico*, *La Traviata*, *La Zarzuela* o a un exclusivo José Carreras, con entradas de 150 a 300 dólares promedio y donde los quiteños acuden de frac y traje largo, a la vieja usanza de la ciudad republicana.

Las citas son en los *malls*

Existen otros espacios de generación de cultura que tienen mucho mayor acogida entre la gente: los centros comerciales³¹; ciudades con avenidas, sitios de descanso y de encuentro. En las condiciones

De vitrinas en El Jardín



de creciente inseguridad de la ciudad, esos centros se presentan como áreas protegidas. La mayoría no va a comprar en los centros comerciales, sino a ver escaparates, gente, encontrarse o sentirse acompañado y, lo que es más importante, a formar parte de una modernidad cultural cuya última expresión aparece en esos centros, aun cuando no puedan acceder realmente a sus consumos.

Hace unos diez años, el Centro Comercial Caracol o el Multicentro eran los lugares de reunión preferidos de los jóvenes, sin embargo, éstos se vaciaron y envejecieron, siendo desplazados por otros centros comerciales como El Megamaxi, El Jardín, el Quicentro y El Recreo, que permanentemente están renovando su aspecto para así mantenerse como espacios actuales, a la vez que mantienen una memoria y una tradición propias. Música ambiental que pretende crear un ambiente culto y calmado, conciertos en vivo que los convierten en sitios «de cultura».

Los centros comerciales generan la imagen de ciudades perfectas, limpias y ordenadas, basadas en normas de convivencia y de comportamiento ciudadanos, pero



Descanso en escalinata

afuera siguen los problemas, la falta de oportunidades. Es posible que los jóvenes no hallen más espacio para sus encuentros que esos lugares, verdaderos espacios de la imaginación; que éstos sean más acogedores que los llamados centros culturales con su forma descarada de imposición de «la cultura» por encima de las formas culturales vivas y, en primer lugar, las de los propios jóvenes. En los centros comerciales existen espacios que pasan desapercibidos para los adultos como aquellos de juegos electrónicos. Si bien Quito está lleno de pequeños locales de juegos electrónicos, los que verdaderamente fascinan a los jóvenes son los que se encuentran en los centros comerciales³².



Calle comercial en Chile con Cuenca

La tienda, lugar de encuentro

En Quito existen dos tipos de lugares de mercadeo claramente diferenciados. Por un lado están los tradicionales, la feria y la tienda de barrio, cuya característica radica en la relación cara a cara entre vendedor y comprador, y por otro, los espacios modernos, los *malls* y los megamercados, en los que las relaciones son completamente despersonalizadas.

«Hoy no fío, mañana sí» es el lema de toda tienda de barrio que se precie, se trata de letreros colocados en los sitios más visibles, como advertencia al intruso; sin embargo, las relaciones entre vecinos se basan en la mutua confianza. Las tiendas de abarrotes en Quito son lugares de encuentro barriales. Son el escenario de la chismografía y de la conversación cotidiana. Se trata de un espacio predominantemente femenino, una suerte de lugar de paso entre el

mundo público y privado. La tienda no sólo sirve para hacer compras sino que es el sitio al que la gente acude cuando se tienen dificultades económicas. Todos saben que las compras que se hacen en la tienda al final salen más caras, pero se tiene la ventaja de que se fía y se paga al final del mes o cada semana y es bueno recordar que, en Quito, las capas medias y bajas están permanentemente ajustadas de dinero.

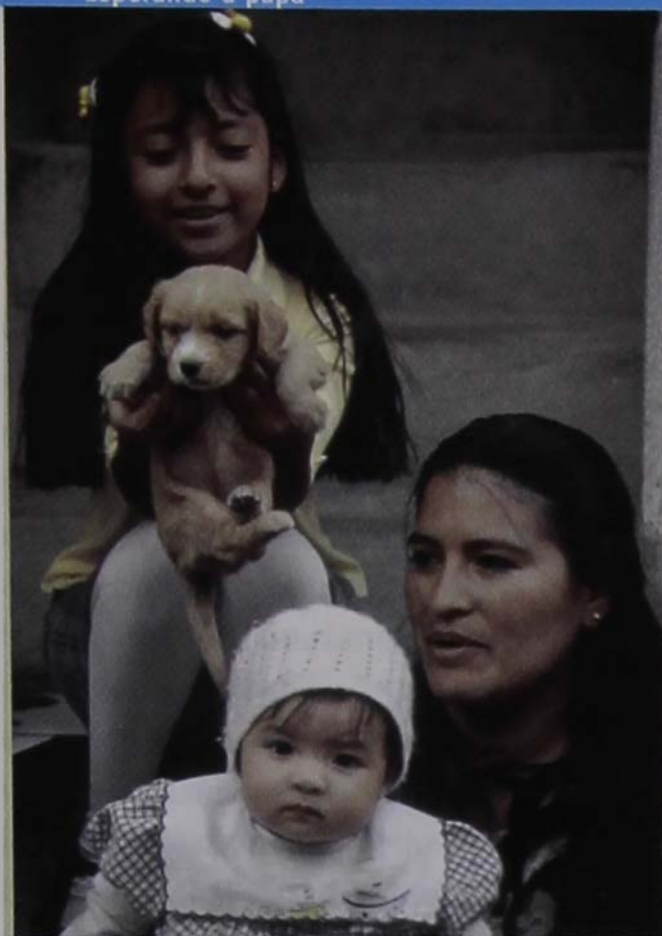
La tienda es una marca especial: en ella se junta la gente del barrio, se hacen los diagnósticos políticos de la coyuntura, es el lugar para ver el fútbol, para comer algo al paso, y también funciona como cantina en cuanto se venden cervezas y aguardiente.

Todavía no hay centro comercial o megasupermercado que destrone a la tienda de barrio. No hay barrio que no tenga tienda, ni tienda que no tenga su clientela

fiel. El dueño o la dueña de la tienda es quien lo sabe todo sobre política y deporte, sobre si la vecina perdió lo que tenía durante la crisis bancaria o si el neurótico vecino tuvo riña con su esposa. De acuerdo con un estudio de mercado³³, el 66% de la población hace sus compras en Supermaxi, mientras el 34% en la tienda de barrio. En la tienda están las marcas de la ciudad: se venden las colaciones, en algunas del centro todavía hay mistelas, de vuelto le dan al cliente «kaumales» y «claritas» cuando «no hay sueltos». Es el espacio para tomarse una «Guitig» (agua mineral con gas) y para comerse un pan con cola a media mañana.

Rutinas

Las rutinas se tornan ritos de la ciudad y, de manera similar, los escenarios urbanos caracterizan la cotidianidad, pero ya no desde la traza urbana sino desde los ciudadanos mismos. Limpiarse las uñas en el bus como hacen algunos quiteños, subir a El Panecillo o asistir en grupo a conciertos, salir en familia los domingos a los valles a disfrutar de un almuerzo campesino, son algunas de estas costumbres. En los siguientes apartes recogimos algunas rutinas ciuda-



danas que se constituyen en los modos de ser de los quiteños.

La sagrada familia...

La familia continúa siendo una institución fundamental para los quiteños. Cuando Quito era una ciudad organizada de modo estamental, la idea dominante de familia estaba relacionada con la reproducción de un linaje, un apellido, una casa, un grupo de parentesco, así como con una esfera de control moral. Una familia podía distinguirse por su capital económico, por su prestigio, por su cultura o por valores como el honor y la decencia. El deber de los miem-

bros era contribuir a que todo esto se mantuviese y, en lo posible, se acrecentase.

Actualmente, entre las élites, esta idea ampliada de familia sólo tiene sentido en la medida en que sirve de base a la reproducción de una red económica, de relaciones e influencias. Las «buenas familias quiteñas» han aceptado incorporar elementos extraños a su grupo, siempre y cuando su aporte en términos económicos, de poder o de prestigio sea significativo. En realidad, lo vienen haciendo desde los mismos días de la Independencia, cuando el general Flores, mulato y casi analfabeto, se casó con una Jijón.

Si las élites quiteñas constituyeron hasta hace no más de dos o tres décadas un espacio cerrado, de difícil acceso, hoy no es difícil que un diputado o un funcionario del Estado, con fortuna mal habida y «sin apellido», pase a formar parte de ese núcleo, aunque tenga que pagar previamente su «cuota de entrada». Los centros de educación, los clubes privados, las urbanizaciones de lujo, sirven de canales de comunicación entre los antiguos poseedores del dominio y los recién llegados, al ser espacios que permiten flirtear, formar familias

dentro de un círculo que, si bien se ha ampliado dando cabida a los «advenedizos», no deja de ser un núcleo cerrado. Existe además una cultura dominante internacional (un tipo de gestualidad, preferencias, consumos, comportamientos, sentidos) que ha permitido, hasta cierto punto, «nivelar» a individuos provenientes de distintos orígenes dentro de una misma clase.

La familia, como institución de la sociedad blanco-mestiza, ha hecho tradicionalmente las veces de reguladora de las relaciones de sus miembros con el mundo exterior, aun cuando hoy en día, las personas tengan una mayor capacidad de decisión individual y los padres ya no tengan las mismas posibilidades de intervenir en las decisiones de sus hijos.

Las familias constituyen redes de poder y de clientelas. Si se hace un seguimiento de los grupos de poder en Quito, se podrá observar un buen número de familiares dentro de los cuerpos de colaboradores y asesores de gobernantes, diputados o ministros. Los sectores en ascenso, en particular, se valen de redes familiares, así como de todo tipo de vínculos de parentesco y clientelas para poder trepar en la escala social.

En una ciudad como Quito los grados de desarrollo de la individualidad son variados; no dependen tanto de niveles económicos o sociales, y de factores étnicos, como de procesos culturales relacionados con la modernidad. Así, por ejemplo, si bien las capas medias son posiblemente las que más tienen prejuicios con respecto a la sexualidad o a la educación de los hijos, no cabe duda de que en su interior existen muchos individuos que, debido a su condición cultural, se encuentran interesados en construir su mundo afectivo sobre bases más libres. Por otra parte, las migraciones han ido modificando los términos a partir de los cuales se define la esfera afectiva. Una ciudad tradicionalmente conservadora como Quito se ha vuelto mucho más tolerante frente a todos estos aspectos.

En el mundo popular la gente entiende la importancia que tiene la reproducción de amplias redes familiares de apoyo, pero bajo las condiciones actuales de vida urbana estas redes son cada vez más difíciles de mantener. En lugares como Guajaló, Guápulo, Santa Clara de San Millán, Chilibulo, donde los viejos tuvieron acceso a grandes lotes de terrenos que ha-

bían pertenecido a las haciendas y a las comunidades y que permitieron acoger a hijos y nietos con sus viviendas, la reproducción de la familia ampliada ha sido de alguna manera posible; pero no sucede lo mismo en las zonas nuevas de la ciudad donde cada cual se ha visto en la necesidad de acomodarse de acuerdo con las circunstancias que le brinda la vida. En el primer caso, los asentamientos familiares toman la forma de vecindario o de callejón (en realidad, en el lenguaje de los quiteños no existe un nombre asignado, en parte porque este tipo de asentamiento no puede ser percibido a primera vista), y están integrados por un conjunto de casitas y habitaciones donde cada hijo organiza su propio núcleo, pero participa de una fuerte sociabilidad con la familia ampliada en su conjunto.

En el mundo popular la idea de la familia como algo que integra a varias generaciones y ramas (los Tuza, los Remache, los Pillajo) tiene sus antecedentes en antiguos lazos de parentesco y en la pertenencia a una localidad, así como en antiguas estrategias de supervivencia y reproducción cultural, pero no siempre corresponde a las condiciones actuales de fragmen-

tación urbana, cambios en los referentes simbólicos debidos a la globalización y a la emigración.

En cualquier caso, cada vez se impone más la existencia de pequeños núcleos familiares dispersos por toda la ciudad, cuya función es resolver las urgencias y apremios diarios de la vida urbana. Se trata de un modelo institucional, resultado de la acción del Estado y del propio desarrollo de la urbanización, un tipo de orden que ha determinado, a su vez, las relaciones personales en la vida moderna, pues los propios programas de vivienda son concebidos para alojar a la familia nuclear, en lugar de familias más amplias.

Hoy en día existe una fuerte tendencia a que la propia familia nuclear, resultado del desarrollo de la sociedad burguesa moderna, se modifique, dejando de ser una institución estable. Muchas parejas se juntan pero no se casan, o están en condiciones de aceptar la migración de uno de sus miembros, todo lo cual confiere una mayor movilidad a las relaciones. Además existen muchas familias en las que la madre es la jefa de hogar, o en las que los niños han quedado a cargo de la abuela. Por

último, muchas personas viven solas o mantienen relaciones de pareja sin vivir en una misma casa. De acuerdo con estudios recientes, el 50% de las familias tiene sus padres separados³⁴.

La familia, como forma de existencia social, basada en la costumbre, se ve alimentada a partir de continuos ritos de afirmación, sin embargo, hoy las familias están cada vez más dispersas y existen serias dificultades de comunicación entre sus integrantes. Mantener la unidad supone un esfuerzo consciente de algunos de sus miembros como redes por Internet y encuentros anuales, dado que buena parte de los quiteños vive en el exterior.

Los sectores populares pasan más tiempo en familia que los altos. Hasta hace no mucho la familia cumplía un papel fundamental en la educación de los hijos, marcaban los procesos primarios de socialización y heredaban a los hijos sus oficios tradicionales. Esto se ha modificado en los últimos años: existen innumerables circunstancias en la vida de los quiteños que escapan a cualquier cálculo, de modo que se hace cada vez más difícil garantizar a los hijos un oficio y una estabilidad, de igual manera, cada vez es más difícil que

los padres tengan el tiempo que los hijos requieren.

Los encuentros con la fe

Yo no creo en esas esencias y riegos que vendo. Soy devota del Señor de la Justicia: él me ha de dar todo...

Janeth Villalba, vendedora

La fe mueve montañas. Pero para mover cordilleras, nada mejor que el «Sahumerio Siete Potencias». El amor todo lo puede y obra milagros con el «Jabón Corderito Manso». Y el paraíso celestial sí existe... en las gotas de «Fogo do amore».

Al pie de las iglesias del centro de Quito, junto a velas y figurillas de santos, estos productos esotéricos brindan una esperanza a quie-

nes buscan la vida próspera. Allí, Dios y el diablo, gracias a una idiosincrasia popular que une fe con magia, hacen sociedad para curar las angustias humanas.

En un estante, el Divino Niño levanta sus brazos al Padre, en medio de san Francisco y el hermano Gregorio. Al frente, dos pirámides «energéticas» y detrás, dos «lociones para el amor».

Esos comercios, antaño más frecuentes, impregnaban de exotismo a los portales de las iglesias del centro de Quito. Ahora, para encontrar esos bastiones, hay que ir a los bajos del convento de San Francisco, pasear por la Ipiales o detenerse en San Agustín.

«Sólo está en Dios alcanzar un favor», explica otra vendedora de San Agustín. «Claro que no hay

Procesión de Viernes Santo



que negar que la gente compra los amuletos y las colonias porque está desesperada, porque pide y pide y no se le otorga...». La mayoría de productos esotéricos llega de Pasto, Colombia y de Chiclayo, Perú. Allí se los llama riegos y su nombre también es gancho en el país. Los hay para toda ansiedad, así «Contra la envidia, maldad, hechicería», se lee en la etiqueta de la colonia «Siete Potencias».

Con la faz de san Antonio, el «Santo que da marido» viene la leyenda: «Poderoso Lavado Amanasa Guapos». Y la imagen de la Mano Poderosa se abre en la caja del polvo «Destrancadero. Barre disturbios, enemigos y malos vecinos». La misma mano, en metal, es clave en un talismán que se hace con alcohol y hojas de guayusa y que sirve «para las ventas, rechaza daños y llama clientes».

Aun cuando las reformas orientadas a separar Iglesia y Estado se dieron en Ecuador en una época relativamente temprana, no podemos hablar, ni siquiera hoy en día, de una sociedad plenamente secularizada. En Quito, en particular, el liberalismo tuvo serias dificultades para implantar el matrimonio civil y la educación laica, no sólo por la resistencia del clero,



sino por la misma gente que se veía afectada en sus creencias. Al mismo tiempo, se dio todo un proceso dirigido a «purificar» los rituales, en el que participó la propia Iglesia. Desde el último tercio del siglo XIX se desarrollaron campañas orientadas a «civilizar» los cultos, las cuales estuvieron dirigidas en contra de expresiones barrocas de la religiosidad popular. Uno de los gestores de esas campañas fue el arzobispo González Suárez. Posteriormente, en los años sesenta, muchos sacerdotes participaron en los procesos de modernización de la Iglesia, promovidos por el Concilio Vaticano II.

El desarrollo de nuevos valores relacionados con la modernidad ha ido desacralizando muchos espacios y prácticas cotidianas, antes reservados a un sentido religioso, pero en el caso de Quito hay un mundo social y cultural en el que la religiosidad y, de manera particular, la religiosidad popular conserva su peso. No podemos hablar ya de una ciudad conventual, pero «las creencias» están muy enraizadas en la vida de la gente, conservan aún una fuerte capacidad de agregación y constituyen un recurso para tratar de entender el mundo, sobre todo en situaciones de crisis³⁵.

¿Cómo se vive hoy la religiosidad? La religión católica sigue siendo la que tiene mayor número de adeptos, aunque en los últimos tiempos han ido fortaleciéndose otros cultos evangélicos. Existe además un interés creciente por los cultos y filosofías orientales y por las llamadas religiones andinas.

Todo hace pensar que la forma en que la gente vive hoy la religiosidad es mucho más abierta que en el pasado, e incluso han disminuido el «celo moral» y el sentido católico de culpa, tan enraizado entre los quiteños. Aun cuando se acude a la protección de la Virgen

y de los santos, con los que se establece una relación de intercambio y reciprocidad, se desarrolla una menor rigurosidad con respecto al culto y una tolerancia en términos éticos. La relación de los quiteños con la religiosidad no responde a los esquemas clásicos, así, en las entrevistas que acompañaron a esta encuesta mucha gente confesó ser católica y participar de las fiestas católicas, pero no ser «católica militante» ni creer en la Iglesia como institución. Una de las características de la forma quiteña de vivir el catolicismo (y no sólo quiteña, ya que es un fenómeno común en América Latina) es justamente su permisividad, de este

Divino Niño, venerado en Colombia y Ecuador



modo, ser católico no implica necesariamente cumplir con todos los preceptos y mandamientos, además de que por lo general en las celebraciones que realizan los quiteños no se separa el ceremonial de la fiesta. En los países del niño se comienza por la procesión y la misa, para pasar luego al ritual de la comida, la bebida y el baile, en el que no falta el discomóvil.

En la vida popular es donde más arraigada está la religiosidad, una que se expresa a través del culto a las imágenes, en su fascinación por las formas, por el vestuario, la ornamentación, el colorido de las representaciones³⁶. Por su parte, los desempleados tienen una mayor relación con las prácticas religiosas. El culto religioso se convierte así en una necesidad de fe, de conseguir trabajo, de salir de la desesperanza³⁷.

Las mujeres tienen una mayor relación con lo sagrado³⁸. Sin embargo, la religiosidad no se mide únicamente con relación al culto, sino a las formas de percibir la vida. Históricamente, la educación religiosa fue utilizada como un medio de control moral de las mujeres. En muchas familias liberales las mujeres continuaron siendo educadas en establecimien-

tos católicos, a diferencia de los hombres que ingresaron a colegios laicos. Incluso hoy, muchos entrevistados defienden el papel de los valores cristianos en la preservación del hogar, dirigido sobre todo a las mujeres. Al mismo tiempo, las prácticas religiosas y de apoyo al prójimo pueden ser espacios de encuentro y socialización femeninas, compensándose así, en parte, la estrechez de la vida doméstica y las formas de confinamiento masculinas.

En los barrios del sur muchos hombres y sobre todo mujeres están entregados a un voluntariado cristiano popular que permite desarrollar, en un contexto de individualización creciente de la sociedad y preponderancia del dinero sobre todo valor, contravalores de solidaridad y hospitalidad que ha calado de una manera decisiva en nuestra ciudad.

Del fútbol de barrio a la carrera en las vías

El fútbol llegó a Ecuador en barco; primero arribó a Guayaquil a finales del siglo XIX, donde se fundaron los primeros clubes con jóvenes de adineradas familias que entonces estudiaban en colegios y universidades europeos, especial-

mente ingleses, en los cuales practicaban fútbol, críquet y *lawn tennis*. El primer club reconocido que se fundó en el país fue el Guayaquil Sport Club. Juan Alfredo y Antonio Wright, dos jóvenes estudiantes, trajeron entre sus valijas la primera pelota, uniformes y zapatos. Posteriormente, los Wright introdujeron los reglamentos y los tradujeron al español.

El fútbol se institucionalizó en Quito al rededor de 1908, en El Ejido cuando se fundaron los primeros clubes y las primeras ligas barriales. En ese mismo año nacieron, los clubes Olmedo y Gladiador y se jugó el primer torneo oficial registrado en el país. El juego tuvo tanto éxito que una de las cosas que caracterizaba a los «vagos», tal como se los calificaba en los años treinta, era el juego de la «pelota callejera».

El proceso de formación de «espacios legítimos» para la práctica deportiva fue relativamente largo, pues antes sólo se necesitaba un campo cualquiera para tener un partido; la expansión de Quito eliminó los potreros como lugares abiertos con demarcaciones improvisadas, en los que el campo mismo se encontraba en la ciudad. Sin embargo, en algunos barrios ubicados en los márgenes de la

urbe, en sus «goteras», quedan aún terrenos baldíos en los que se sigue jugando al modo antiguo, con arcos improvisados y un balón cualquiera. Al mismo tiempo, están el estadio parroquial y la cancha barrial, cuyo modelo es el estadio principal de la ciudad, de este modo, se ponen vallas, iluminadas con reflectores, se imitan camerinos, pero sin que pierdan su sabor local. Existe una actividad localizada en los barrios y en los parques que obedece a una lógica propia, hasta cierto punto independiente del deporte como industria cultural. Muchas veces la gente presta más atención a los acontecimientos de su liga barrial que a los campeonatos nacionales e internacionales, basta ir los fines de semana a La Carolina o a las canchas de cualquier barrio, para constatar esta importancia.

El sistema escolar también ha contribuido a la difusión del deporte, a su organización y reglamentación, desde los años treinta, los salubristas asumieron la necesidad de introducir la gimnasia como práctica modeladora del cuerpo en las escuelas, así como revistas gimnásticas y las primeras competencias escolares. Sin embargo, no fue sino en la década de



Aeróbicos dominicales en La Carolina

los sesenta cuando las actividades deportivas, principalmente el fútbol, se consolidaron como cultura del espectáculo, desplazando a otros deportes que tuvieron una cierta popularidad hasta los años cincuenta, como la pelota de guante y la pelota de tabla.

El deporte ha estado relacionado en los últimos años con requerimientos de identidad nacional. En un país donde el sentimiento de derrota y de pérdida de sentido es frecuente, el deporte, y particularmente el fútbol, ha permitido muchas veces mostrar que «sí se puede». Existe un clima masivo que impulsa la práctica del deporte³⁹, principalmente del fútbol: campeonatos barriales, nacionales e internacionales que crean un ambiente cultural con sus propios códigos, referentes, expectativas;

narraciones deportivas y programas televisados que permiten disfrutar del espectáculo sin salir de casa; conversaciones cotidianas sobre deporte en el trabajo, en el barrio y en el hogar, que han pasado a formar parte importante de los requerimientos de socialización, sobre todo masculinos. Saber de fútbol, comentar el fútbol, poder seguir los partidos, se ha convertido en algo fundamental para los quiteños, incluso mucho más importante que practicarlo.

Aun cuando sea un juego predominantemente masculino, el fútbol es la actividad deportiva más difundida⁴⁰. Si bien en las dos últimas décadas las mujeres se han incorporado al deporte, en Quito no existe ninguna actividad deportiva que logre aglutinar a mujeres en su práctica, ni incentivos

para que esto se dé. Sin embargo, es interesante observar la presencia cada vez más generalizada de mujeres en el fútbol, no sólo como espectadoras sino también como practicantes.

Para muchos el deporte es, más que una práctica, algo que se mira y de lo que se habla⁴¹. Entre los sectores altos y medios, la práctica deportiva está directamente relacionada con una estética del cuerpo y con requerimientos de distinción, mientras en la vida popular lo que ha dominado es el sentido del juego. Por un lado está «el amor al deporte», que empuja a cientos de improvisados deportistas a participar en competencias atléticas como la de *Últimas Noticias* (un certamen que se realiza en Quito cada año) y, por otro lado, está la infinidad de formas de inclusión dentro de la maquinaria del espectáculo, que supone la participación de las barras en una

cultura deportiva con sus propios códigos.

Los jóvenes entre 14 y 26 años son los que dedican más tiempo a actividades deportivas, principalmente al fútbol⁴². Sigue una población comprendida entre los 27 y 40 años, cuyas obligaciones laborales y sociales son mayores y por lo general no cuentan sino con los fines de semana para poder realizar alguna actividad física. Finalmente, en Quito, no es usual que las personas mayores practiquen algún deporte.

Como Shakira y Schwarzenegger

En Quito, muchas personas han escogido la opción de practicar deporte o actividades físicas en lugares cerrados, de una parte por la inseguridad –hacer ejercicio en un gimnasio es más seguro que salir a un parque– y, de otra, por la contaminación –en un gimnasio el aire es relativamente limpio–.

No hay paseo sin foto: navegando en La Carolina



Con esto han surgido nuevos hábitos en lo que atañe al cuidado del cuerpo, que van desde los aeróbicos –que se practican los sábados y domingos al aire libre y masivamente, sin distinción de clase o género, en el parque La Carolina– hasta el *cycling* o el *core training*, un entrenamiento para fortalecer los músculos sin necesidad de realizar ningún esfuerzo físico.

Entre los quiteños, la preocupación por el cuerpo es reciente. Los jóvenes y adolescentes son quienes más se ocupan del tema: las cifras de quinceañeras anoréxicas aumentan de la misma manera que la de los chicos con «bigmarxia». El estereotipo «Shakira» en las chicas y «Arnold Schwarzenegger» en los chicos les lleva a practicar dietas y ejercicios.

El tema no sólo ha aparecido entre las clases medias y altas –que tienen más posibilidades de costear gimnasios y rutinas– sino que también se encuentra en las clases populares. De esta manera, una persona como Ángel Simbaña, mecánico de 18 años, entrena en un gimnasio en la avenida Colón, donde paga siete dólares al mes y complementa su alimentación con avena, arroz y carbohidratos. En contraste, Edison Sánchez, de 21

años, paga 110 dólares al mes por sus rutinas en el gimnasio y 65 por un frasco de «ganador de peso».

De igual manera, hay varias gimnasias alternativas ¿pero qué se entiende por cuidado del cuerpo?

Las respuestas de la gente nos remiten, sobre todo, a aspectos relacionados con la salud o con la nutrición, pero pasan por alto elementos como la sexualidad, el bienestar personal, los afectos. Para ello están el deporte, las terapias alternativas, la adquisición de maquinaria para hacer ejercicio en casa (bicicletas estáticas que suelen permanecer como adorno), la proliferación de lugares que ofrecen lecciones de baile (salsa, samba, tango, mambo y chachachá), los centros de terapias de relajamiento y sofisticados centros para combatir el estrés, los llamados de las autoridades municipales a carreras, caminatas y ciclopaseos familiares los domingos (que ahora se han oficializado, desde la municipalidad, con el cierre de vías el último domingo de cada mes), los ejercicios y rutinas deportivas en los parques, y la medicina y terapias alternativas⁴³.

La mayoría de la gente entrevistada considera que cuida su cuerpo en materia de alimenta-

ción; sin embargo, la carne y la comida criolla, con su alto contenido de grasas saturadas y harinas, son los alimentos preferidos de los quiteños⁴⁴. Para los sectores populares tener un aspecto robusto es indicador de buena salud y la alimentación, para que sea calificada como buena, debe ser abundante. En las fiestas populares la abundancia de comida, así como servir carne y pollo en cantidad, es muestra de hospitalidad y de prestigio, mientras que en el sector alto existe un interés por las comidas refinadas. En lo que se refiere a los sectores medios, éstos son los que más se inclinan por la comida vegetariana.

Las mujeres tienen una preocupación mayor por su cuerpo que los hombres, dado que la presión por repetir el estereotipo es muy fuerte; los esquemas actuales de belleza femenina difundidos por los medios responden al ideal europeo y norteamericano de la mujer ejecutiva, de cuerpo esbelto y delgado, dueña de sí misma. A la vez que responden a un punto de vista racista con respecto a la belleza que no tiene relación con las características del común de las quiteñas. En cualquier caso, las

artistas de tecnocumbia, modelo de muchas jóvenes de clases populares, no se ajustan al sentido estético globalizado: por lo general son bajitas y rellenas.

El barrio se queda solo

Con la introducción de los condominios y las construcciones modernas, la noción de barrio ha ido desapareciendo. Una pérdida que se advierte mayoritariamente entre las clases medias y altas, en las cuales los modos de convivencia impersonal han suplido el tradicional encuentro entre vecinos y se puede decir que son pocas las relaciones que se establecen en los cerrados bloques de cemento, en cuyos interiores cada vez hay más familias viviendo prácticamente solas.

En tiempos de la prisa, el barrio, la calle o los sitios de encuentro con los amigos se acaban⁴⁵. Los jóvenes y los pobres son quienes más tiempo dedican a sus amistades, un tiempo que se reduce con el ascenso social o con la llegada de la adultez⁴⁶. Las múltiples ocupaciones, la prisa con la que se vive en la modernidad, han vuelto a Quito, como a tantas ciudades, una suerte de aglomeración de solitarios.



A la espera de turistas en La Catedral

Esa ciudad asexuada

La sociedad quiteña ha sido históricamente represiva en materia de sexualidad. No es casual que Mariana de Jesús, la santa quiteña, haya tenido que martirizar su cuerpo para lavar a la ciudad de sus pecados. Quito ha sido una ciudad donde los temas sexuales no se discuten y en la cual los asuntos de género no son nada equilibrados.

De este modo, los colegios públicos, sean fiscales o municipales, todavía son reticentes a la coeducación y prefieren mantenerse como colegios ya sea masculinos o femeninos. Los mismos jóvenes estudiantes del «patrón Mejía» debatieron intensamente sobre la admisión de mujeres a las aulas de

su plantel. Los estudiantes del colegio Mejía han sido, históricamente, identificados con la protesta callejera. «¿Qué hacemos con las mujeres? Tocaré protegerlas en las manifestaciones, ellas no pueden correr como nosotros ni tienen carácter para protestar...», dijo un estudiante de 17 años.

En Quito hay una serie de sitios, tanto virtuales como tradicionales, dedicados a encontrar pareja. Entre los primeros, uno de los más conocidos es el de la revista dominical *Familia* denominado «Corazones solitarios: un espacio para quienes están en busca de amor y amistad». En ésta se publican gratuitamente anuncios firmados con seudónimo, tipo «Atractivo joven profesional de 29

años, soltero, sin hijos, no salgo con nadie románticamente. 1.67 de estatura, tez trigueña, contextura delgada, jovial, romántico, desea conocer damita de similares características, soltera, sin ningún compromiso, con el fin de ser amigos y con el tiempo llegar a establecer un compromiso formal con fines estrictamente matrimoniales» o «Dama soltera, sin hijos, de 50 años, apariencia sumamente juvenil, delgada, ojos cafés, cabello largo, profesional independiente, con negocio propio, honesta, sincera, con creencias espirituales muy arraigadas, busca entablar amistad con caballero soltero, sin ninguna clase de compromiso, de 45 a 55 años, de buenos sentimientos, que guste del trabajo y que posea grandes valores». El chateo virtual, las citas por Internet y las citas a ciegas por medio del contacto telefónico están creciendo en la ciudad, como el Single Club (club para solteros/as) que existe desde hace no más de un año.

Los jóvenes también tienen sus lugares de flirteo o «vacile» bien determinados. Uno de ellos es la Plaza de las Américas, en los alrededores del Cinemark, donde los chicos y chicas se reúnen para cruzar información sobre las fiestas

de fin de semana, las actividades estudiantiles y encontrar compañía. En las tardes, este lugar se transforma en una verdadera pasarela a donde los jóvenes asisten con sus mejores galas, salen a la caza de nuevos amigos y de nuevas parejas.

... Y esos seres extraños...

En Quito, la homosexualidad significa exclusión pues se acepta a regañadientes o se relaciona con el pecado y la perversión, y con el abandono de los padres a los hijos: «Los muchachos, al quedarse solos y no tener una orientación clara, pueden caer en estas degeneraciones sexuales que, a mi manera de ver, son producto de graves problemas que llevan los jóvenes internamente», afirmó una madre de familia durante nuestra investigación.

Pocos son los lugares de encuentro que tienen los homosexuales en la ciudad. Dionisios tal vez es el más explícito y el único en donde se promocionan el *drag* y el travestismo a través de actividades teatrales, exposiciones y conciertos permanentes. Dionisios se ubica en el segundo piso de la casa de Larrea y Riofrío, tiene una decoración entre neoclásico y

griego que suele ser característica de los sitios gays y presenta shows de *strippers* en el que suelen presentarse cuatro muchachos vestidos de vaqueros y *drag queens*. El acto más aplaudido del lugar es una sesión de mímica con temas de Madonna.

Como se quiera, aun cuando Dionisios es el más popular, no es el único lugar de encuentro gay. En Quito existen otros 24 establecimientos con ese perfil, que ofrecen un abanico de actividades que van desde los restaurantes discretos hasta discotecas. Entre los primeros está el bar Ana María, un espacio recatado donde se puede charlar, tomar unos tragos o bailar en la más absoluta intimidad. Luego vienen los sitios más animados, las discotecas El Hueco o Rusa, donde acuden gays de todo tipo, burócratas de leva y corbata, empleados bancarios, estilistas y peluqueros. Para los travestis está Spartacus o Sol, discotecas permeables en cuanto a la selección de los visitantes. De igual manera, existen dos locales de sauna y un boletín bimensual,



La calle Galápagos, en el Centro

Conexión GyL, en el se puede encontrar información sobre salud, cultura, derechos y locales de distracción.

Además, hay instituciones de ayuda y apoyo, la Fundación Equidad y el Grupo Alfil, la Fundación Vivir —que trabaja por los enfermos de SIDA—, Fedaeps, La Línea —de consultas telefónicas sobre sexualidad y SIDA—, Alcohólicos Anónimos para Gays y Lesbianas, y la Fundación Ecuatoriana de Minorías Sexuales (Femis).

Notas

¹ En Quito, las encuestas siempre han fallado; las respuestas suelen ser evasivas o sesgadas, las más de las veces cautelosas y orientadas a ocultar más que a mostrar, lo que también forma parte del modo de ser de los quiteños. Así, aunque para efectos de las encuestas realizadas para este aparte, se ha contemplado entrevistar a un número similar de gente de cada nivel socio económico: alto, medio y bajo, existen dificultades para determinar de modo exacto cada sector.

² Ton Salman, «Modelos políticos y organización barrial: Chile y Ecuador», en revista *Proposiciones*, No. 34, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 2002.

³ Este último resultado se explica porque las encuestas fueron hechas entre personas de distintas edades, de modo que muchos jóvenes cuyas familias se ubican en el sector alto no disponen aún de vehículo propio, aunque esperan tenerlo.

⁴ Sólo el 10,5% del nivel bajo tiene su carro propio, mientras el 48% del alto posee un automóvil, y el sector medio se ubica en la mitad, con un porcentaje del 26%.

⁵ En cuanto, a los jóvenes el tiempo que dedican al estudio es variado. Un 46,2% no estudia más de cuatro horas al día, poco tiempo para poder sacar una carrera. De ahí en adelante los tiempos varían; en la edad comprendida entre los 41 a 65 años, la mayoría de personas se ubica en las ocho horas diarias de labor, pero también es importante el número de personas que se ubica en la clasificación de hasta 12 horas o más. La mayoría de las personas de la tercera edad se ve obligada a trabajar, debido a la ausencia de una seguridad social y de sistemas de jubilación satisfactorios y capaces de amparar al conjunto de la población.

⁶ Obviamente, existe una diferencia entre el sector alto y medio; el 30% y el 18%, respectivamente, comen en restaurantes los fines de semana, y en el bajo, el 18%.

⁷ A pesar de todo, el tiempo que la gente asigna en su vida diaria a la televisión, en el momento de las encuestas, ésta prácticamente no aparece.

⁸ Datos de la Superintendencia de Telecomunicaciones, actualizados en 2003.

⁹ Estudio de mercado de Napoleón Franco y Cía.

¹⁰ Un 22% de los entrevistados respondió que veía muchas telenovelas; mientras el sector medio y alto tienen cifras de un 14% y un 12% en esta clasificación. Tomando en cuenta las actividades, son los desempleados los que más las ven. El 46,3% de la población declara no ver nunca novelas; sin embargo, es muy probable que existan muchos espectadores vergonzantes, sobre todo del género masculino.

¹¹ Si se toma en cuenta el acceso que la población tiene a la prensa escrita, veremos que la lectura de diarios decrece de uno a otro sector: 48% del alto lee mucho el periódico, 38% del medio y 28% del bajo. Las razones para este fenómeno son obvias: los costos de leer el periódico diariamente. Tomando como ejemplo un periódico que cueste 35 centavos, el comprarlo todos los días significaría 10,5 dólares al mes; cifra representativa para una persona que gana doscientos o trescientos dólares de salario.

¹² De acuerdo con el estudio de mercado de Napoleón Franco y Cía. realizado en Quito con 250 mil entrevistados, la sección «Deportes» tiene un 22,9% de lectores, mientras un 27,8% no tiene ningún tipo

de acercamiento hacia esta parte del periódico.

¹³ Estudio de Napoleón Franco y Cía., 2001.

¹⁴ Según los registros de la Superintendencia de Telecomunicaciones, hay 98.482 usuarios de Internet personales y 4.165 usuarios corporativos. Por lo demás, el 44,7% de la población encuestada nunca usa computador. El sector alto tiene un acceso ligeramente mayor que el medio y éste un poco mayor que el bajo. Por ocupaciones son los estudiantes los que más usan el computador con un porcentaje de 41,7% en la respuesta «mucho» y tan solo un 11,1% en la respuesta «nada». Los estudiantes son seguidos por los empleados que la utilizan «mucho» en un 25,7% y «nada» en un 33,1%. Los que menos utilizan el computador son los desempleados, con un porcentaje de 73,3% de no utilización.

¹⁵ Hasta el mes de mayo de 2003, Otecel (BellSouth) ha reportado 739.808 abonados, mientras que Conecel (Porta) ha reportado 1.090.099 abonados a mayo de 2003. Cabe mencionar que en los últimos meses se incrementaron los abonados en la modalidad prepago; hasta mayo de 2003, en Otecel (BellSouth) representaron

el 73,75% y en Conecel (Porta), el 92,41%, según la Superintendencia de Telecomunicaciones.

¹⁶ Según Bernardo Traversari, vicepresidente de Planificación Estratégica y Desarrollo de BellSouth, el servicio se inició desde mayo de 2001 para los clientes pospago; luego, en noviembre, se extendió para los usuarios prepago. El envío de mensajes por persona en el país está por encima de los países que tienen experiencias positivas, como es el caso de Filipinas, en donde el tráfico de comunicaciones va de 400 a 450 mensajes. En el último año (2004) se reportaron 80 millones de mensajes por celular.

¹⁷ Peky Andino, *Kito kon k, Ceremonia con sangre, Ulises y la máquina de perdices*, Quito, Editorial Eskéletra, 1999.

¹⁸ Juan Carlos Morales, *Graffiti en Quito: la revolución de los pétalos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 1999.

¹⁹ El 54% de los encuestados no va nunca a una biblioteca. Los que van son sobre todo estudiantes, a hacer sus tareas escolares y a consultar los textos asignados por sus maestros. En términos generales, tan sólo el 11,3% declara ir mucho a la biblioteca, y el 10%

bastante. Entre estas dos clasificaciones, el 43,5% de los jóvenes tiene una asistencia constante a las bibliotecas, mientras que sólo el 25,6% de los jóvenes confiesa no haber ido nunca a una biblioteca.

²⁰ De 1.493 títulos producidos en el año 2003, 351 corresponden a literatura, 347 a ciencias sociales y 436 a textos educativos y libros didácticos de acuerdo a la Cámara del Libro.

²¹ De las 121 editoriales nacionales, 101 están en Quito.

²² Edgar Freire Rubio, *Esas viejas librerías de Quito*, Quito, Cámara Ecuatoriana del Libro, 1993.

²³ En Quito hay 2.387 planteles educativos (preprimaria, primaria y secundaria); 29.920 profesores y 455.971 alumnos, de acuerdo con el Ministerio de Educación y Cultura. En la cifra están incluidos centros educativos privados, públicos (fiscales) y municipales.

²⁴ Finalmente, vale la pena señalar que las encuestas muestran que el sector medio es el que más lee literatura, seguido por el sector alto y luego por el bajo. En la clasificación «mucho» de las respuestas sobre preferencias de lecturas, al sector medio le corresponde un 24%, al alto

un 16% y al bajo un 14%. Las cifras revelan, además, que las mujeres leen más literatura que los hombres; un 25,7% de las mujeres lee mucha literatura, mientras que sólo un 10,5% de los hombres lo hace con esta frecuencia.

²⁵ Es alto el porcentaje de gente que no va nunca al cine. De acuerdo con las encuestas, es el nivel medio el que más va, seguido por el alto. La gente mayor de 66 años casi nunca ve otro tipo de cine que el que se pasa por la pantalla chica.

²⁶ Posteriormente, varios cineastas han utilizado a Quito como escenario de sus argumentos, entre ellos, Jorge Prelorán con *Mi tía Nora*; Camilo Luzuriaga con *Chacón Maravilla y Entre Marx y una mujer desnuda*; Mónica Vázquez con *Camilo Egas, el pintor de nuestro tiempo*; Teodoro Gómez de la Torre con *Las Alcabalas y Quitumbe*; Edgar Cevallos con *Miguel de Santiago y Espejo el precursor*; Alfonso Naranjo con *El Duende*, y últimamente Víctor Arregui con *Fuera de juego*; Sebastián Cordero con *Ratas, ratones y rateros* y con *Crónicas*; Mateo Herrera con *Alegria de una vez*, y Camilo Luzuriaga con *Cara o cruz* y *Mientras Llega el día*. Además, Juan Diego Pérez,

que ha incursionado en el documental, poniendo en escena la vitalidad de la ciudad con obras como *Virgen de Quito*, *Crónica de sueños*, *Cantuña* y *Quilago, la mujer solar*.

²⁷ El 34,7% de los entrevistados nunca va a actos culturales, mientras que sólo el 10% los visita frecuentemente. El sector medio parece ser el más interesado en las actividades que realizan esos centros, al punto que sólo el 14% de este sector no los visita nunca. Por el contrario, el 44% del sector clasificado como bajo y el 46% del alto no tienen ningún tipo de contacto con este tipo de centros.

²⁸ El 47,3% de las personas encuestadas manifestó no ir nunca a estos espectáculos. Estos porcentajes varían de acuerdo con el nivel social: 38,8% del nivel alto, 37,5% del medio y 71,7 % del nivel bajo no asisten nunca a ellos.

²⁹ En Ecuador se conoce con este nombre a un conglomerado de géneros musicales bailables derivados de la mezcla entre ritmos regionales, con la cumbia y ciertos aires disco, tecno, pop o rock, algo de rap e incluso las formas texmex. Se podría hablar, entonces, de un «complejo de la tecnocumbia». Muchos

se han referido a la influencia de los ritmos *chicha* de Perú en el fenómeno de la tecnocumbia ecuatoriana, pero sostiene Adrián de la Torre, investigador musical, que estos fenómenos son paralelos, anotando que la *chicha* tiene como referente al huayno, y la música bailable ecuatoriana, al sanjuanito.

³⁰ Adrián de la Torre bautizó un fenómeno musical en Ecuador con el nombre de «música longa», entendida como categoría mestiza, término que actualmente se usa en las clases de Etnomusicología de la Universidad Católica. Aunque algunos consideraran la palabra «Longo» despectiva, es fácil demostrar que esto obedece únicamente a un prejuicio y que, en cambio, puede servir para denotar una gama cultural, y apropiarse de ello «para bien», en un proceso parecido al uso de la palabra «indio» que algún día fue tenida como insulto en Ecuador.

³¹ El 18% del nivel alto, el 28% del medio y el 10% del bajo, responden que asisten «mucho» a esos centros. Los porcentajes de gente que nunca asiste a ellos son en cambio y de acuerdo con la encuesta, el 14% del nivel alto, el 24% del medio y el 26% del ni-

vel bajo. Los jóvenes son los que concurren de una manera más significativa a centros comerciales, y sólo el 7,7% de ellos nunca lo hace.

³² El Play Zone (Quicentro Shopping) es el más visitado, con un 54,2%; en segundo lugar está el centro comercial El Recreo, y en tercer lugar, el Ludo Center del cci.

³³ Estudio de Napoleón Franco y Cía. para el diario *El Comercio*, septiembre de 2001.

³⁴ Miguel Ángel Cardoso, «Las familias ecuatorianas: una mirada desde la clínica», en revista *Ecuador Debate*, No. 56, Quito, agosto de 2002, p. 131.

³⁵ Un 24,7% de los entrevistados declaró asistir frecuentemente a ceremonias religiosas, mientras que el número de los que no asiste nunca fue del 36,7%. De manera paradójica, el porcentaje de quienes se consideran miembros activos de alguna religión es mayor, 59,3% que el de quienes declaran lo contrario, 40,7%.

³⁶ De acuerdo con la encuesta, el sector bajo tiene una mayor cercanía a los cultos religiosos. El 38% de este sector responde que asiste mucho a estos cultos, mientras que el sector medio asiste en un 24%, y el

alto sólo en un 12% con esa frecuencia.

³⁷ El 80 % de los desempleados se declara miembro activo de alguna religión o culto, mientras que al otro extremo los estudiantes se muestran como los menos religiosos; 55% de ellos respondió no pertenecer a ninguna religión.

³⁸ El 32,4% de las mujeres encuestadas va «mucho» a cultos religiosos, mientras que sólo el 17,3% de los hombres entrevistados aceptó hacerlo con esa asiduidad.

³⁹ De la población entrevistada, el 19,3% asiste «mucho» a los espacios deportivos y el 17,3%, «bastante». Tan sólo el 28% de los encuestados confesó no tener ningún contacto con este tipo de actividad.

⁴⁰ El 33,3% de las mujeres nunca va a espacios deportivos, mientras que el porcentaje de hombres que nunca lo hace es del 17,1%. Algo parecido sucede si tomamos en cuenta el porcentaje de hombres y mujeres que, por el contrario, frecuentan mucho esos espacios: los hombres que lo hacen son el 25%, mientras que las mujeres son el 13%. Pero hay un dato adicional: los hombres superan en más del doble la asistencia a espectáculos deportivos respecto a las

mujeres; 54,1% de las mujeres encuestadas respondió que no iba nunca, mientras el porcentaje de no asistencia de los hombres es del 23,7%.

⁴¹ El 32% del sector medio dice gustar mucho del deporte, seguido del 26,5% del bajo y 18% del sector alto. Sin embargo, la encuesta no especifica si este gusto tiene relación únicamente con mirar espectáculos deportivos o si también incluye hacer deporte; en cualquier caso, esto puede colegirse de las respuestas a la pregunta sobre el porcentaje del tiempo libre dedicado a la práctica del deporte: 6% del sector alto, 12% tanto del sector bajo como del medio.

⁴² Los jóvenes son los que tienen una mayor asistencia a espacios deportivos, 65% de encuestados lo hace constantemente, mientras que un 62,2% de la gente de 66 o más años nunca frecuenta estos sitios. Los desempleados son los que menos asisten a estos espectáculos; el 70% de ellos no va nunca, esto, como ya se ha visto con otras actividades pagadas, está relacionado con la falta de recursos económicos.

⁴³ Según las encuestas, las terapias alternativas tienen poca acogida entre la

población: así, el 44% no las conoce, no las utiliza o simplemente no las considera como una opción para el cuidado del cuerpo. El sector medio es el que más inclinado se siente hacia este tipo de terapias: del total de encuestados de este sector, sólo el 32% declaró no asistir nunca a ellas, cifra mucho menor que la del sector alto (42%) y la del sector bajo (58%). Las mujeres tienen una mayor atracción por las terapias alternativas. Y según las edades, las personas ubicadas entre los 45 y 65 años son las que más acuden a este tipo de tratamientos.

⁴⁴ En cuanto al tipo de alimentación, el sector medio y el alto comen más carne que el bajo, mientras que en las encuestas relacionadas con el gusto, en el sector calificado como bajo el gusto por la carne aumenta considerablemente.

⁴⁵ Así, un 38,2% de las personas entrevistadas pertenecientes a este sector dedican a sus amistades siete días a la semana, mientras el 17,6% de la clase media lo hace con esta regularidad, y sólo un 10,3% de la clase alta lo hace con esta periodicidad, si se toman en cuenta los datos generales, gran parte de la población,

35,1% le dedica tan solo un día a la semana a sus amistades.

⁴⁶ De acuerdo con la encuesta, 33,3% de las personas cuyas edades están comprendidas entre los 13 y 24 años se reúnen con sus amistades los siete días de la semana. El 25% de las personas de 41 a 65 años y el 16,7% de las de la tercera edad hacen algo parecido. Los que menos tiempo brindan a las amistades, posiblemente por sus ocupaciones y por su dedicación a la familia, son las personas de 25 a 40; apenas el 8,7% busca a sus amistades los siete días de la semana.

Los bazares chinos proliferan en la ciudad

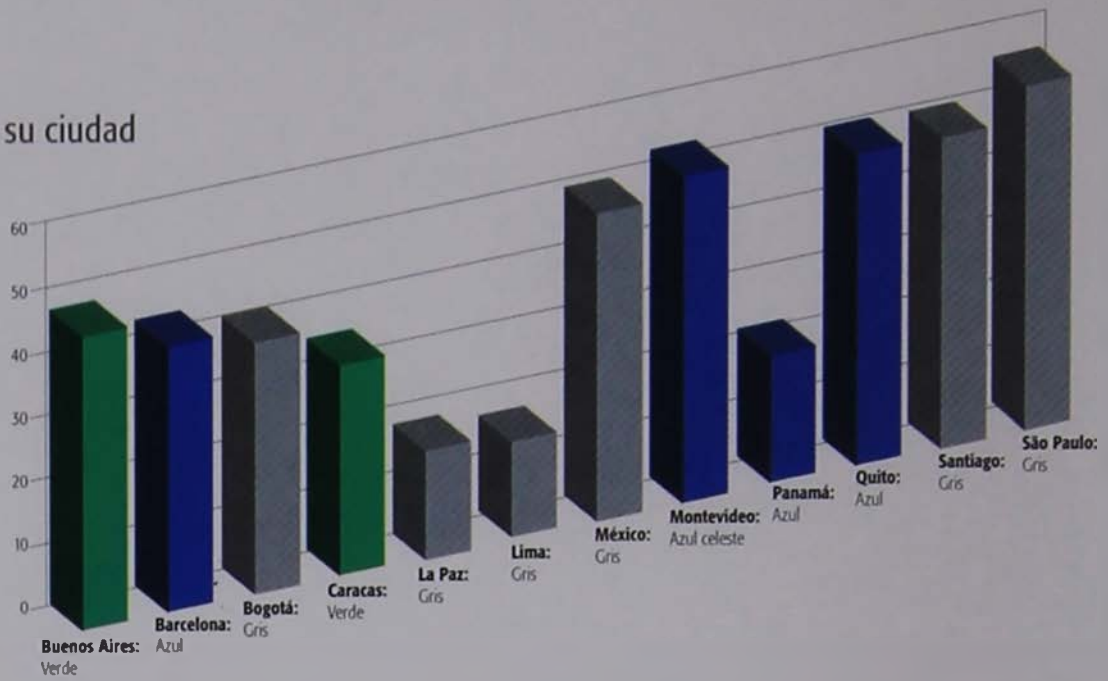


Quito y los otros

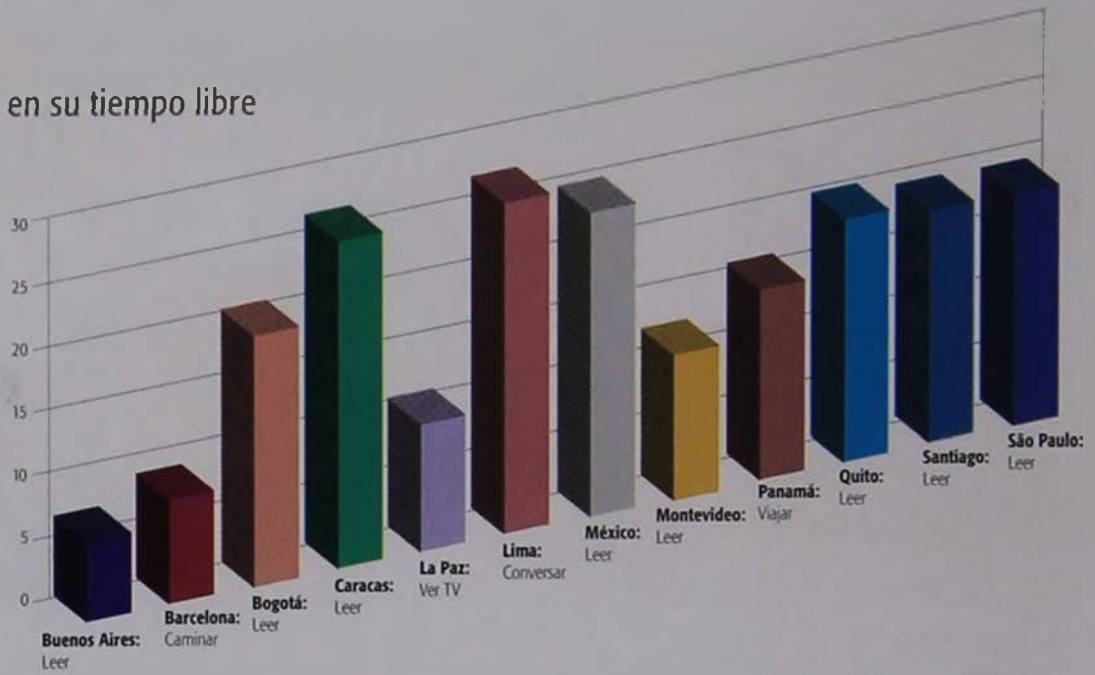




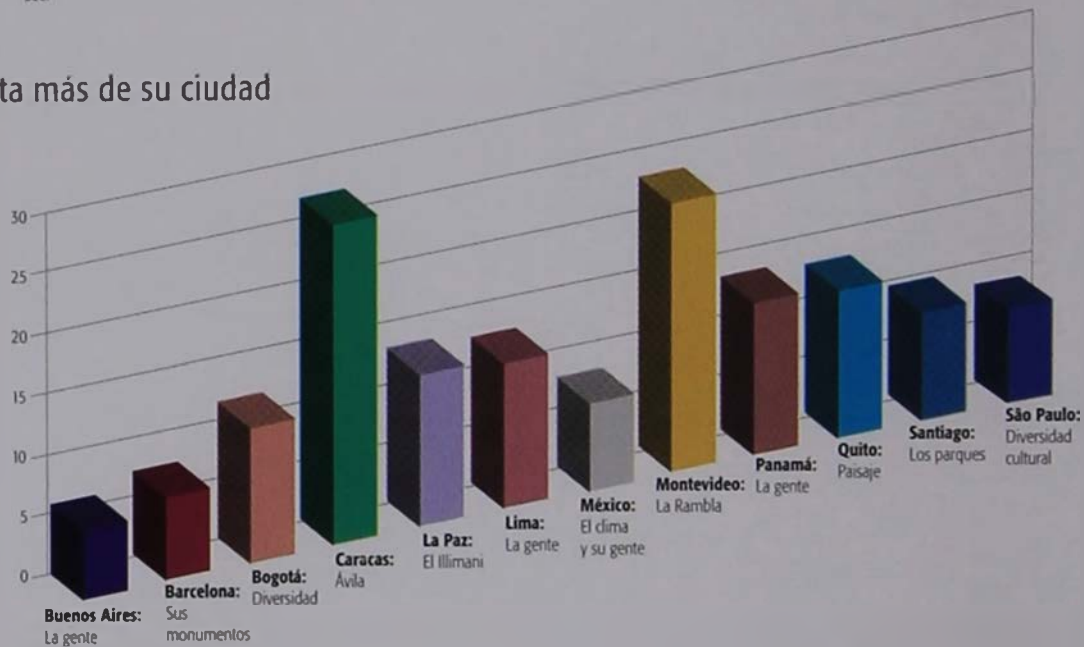
Color de su ciudad



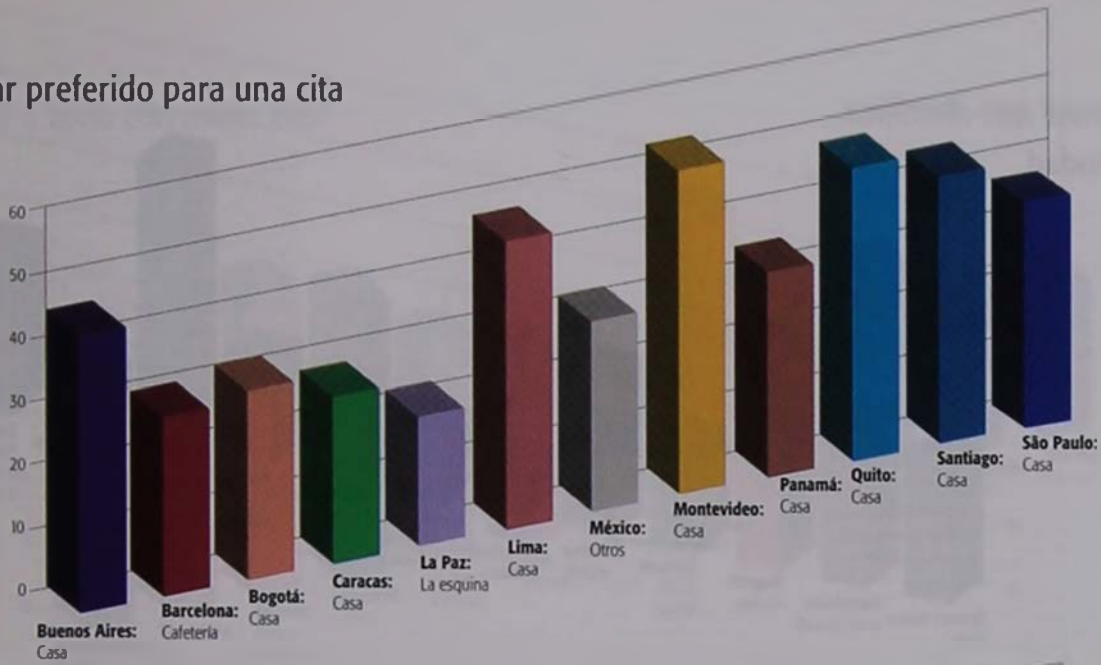
Qué hace en su tiempo libre



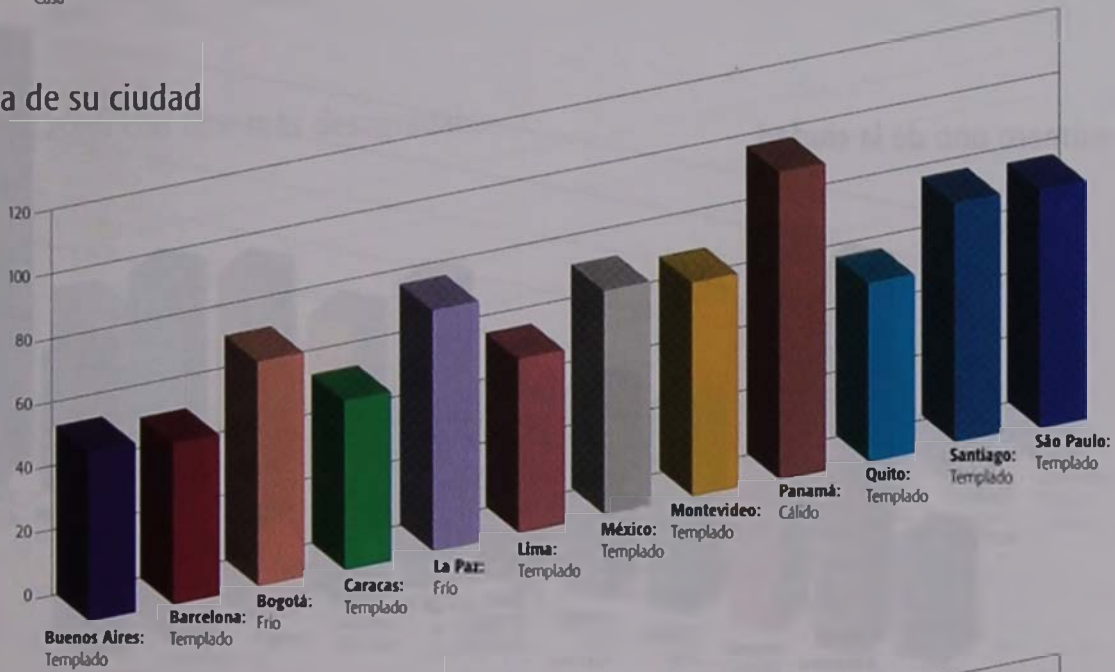
Qué le gusta más de su ciudad



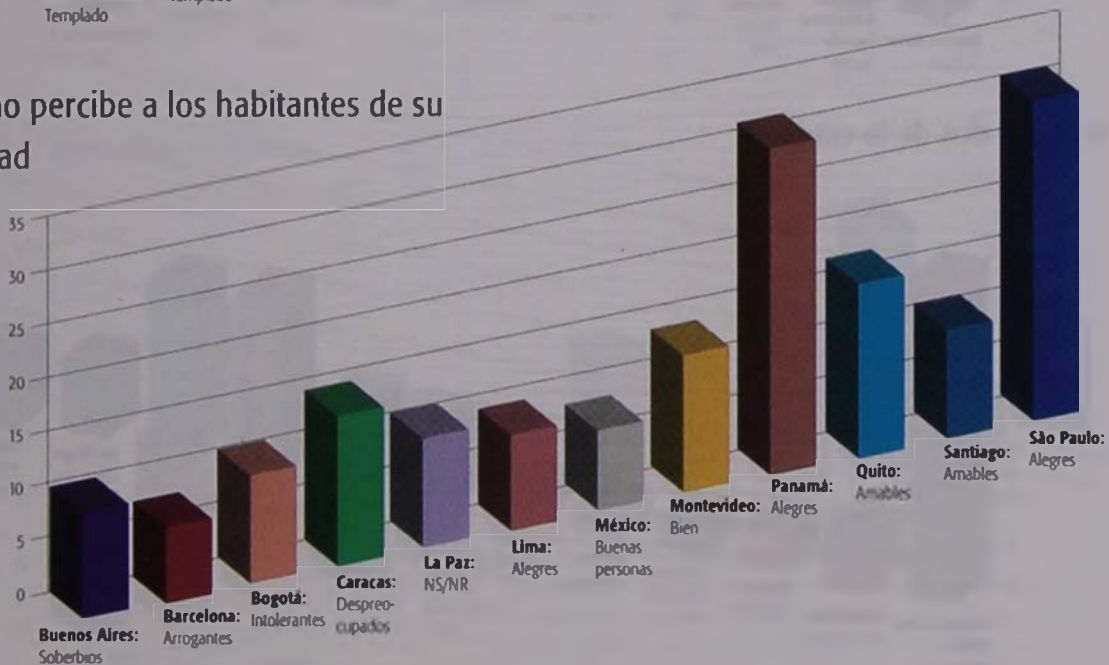
Lugar preferido para una cita



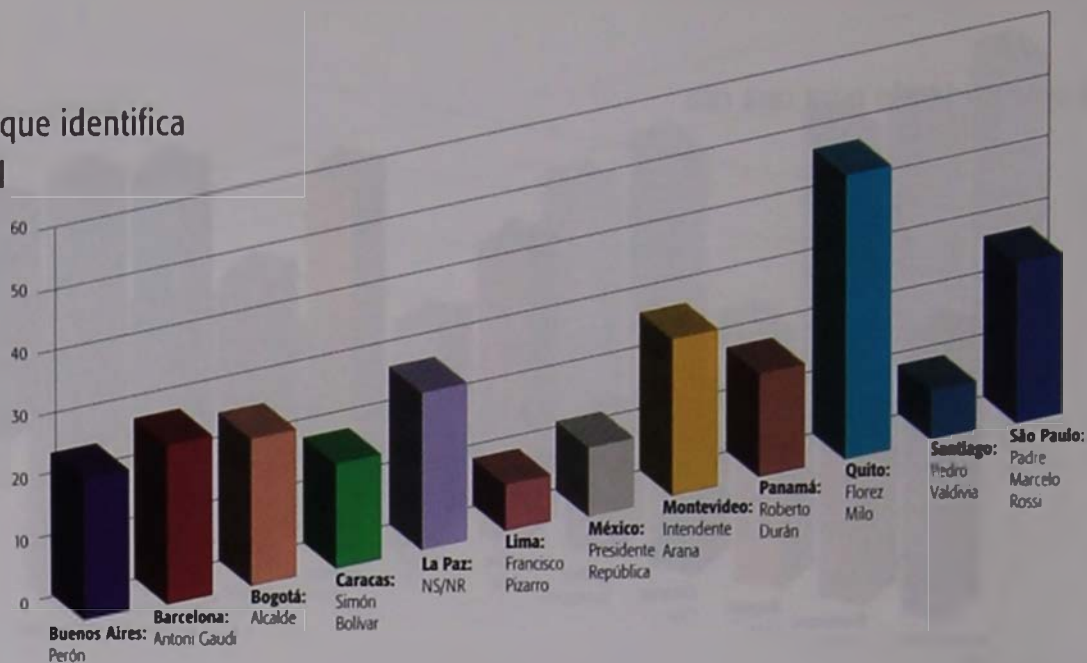
Clima de su ciudad



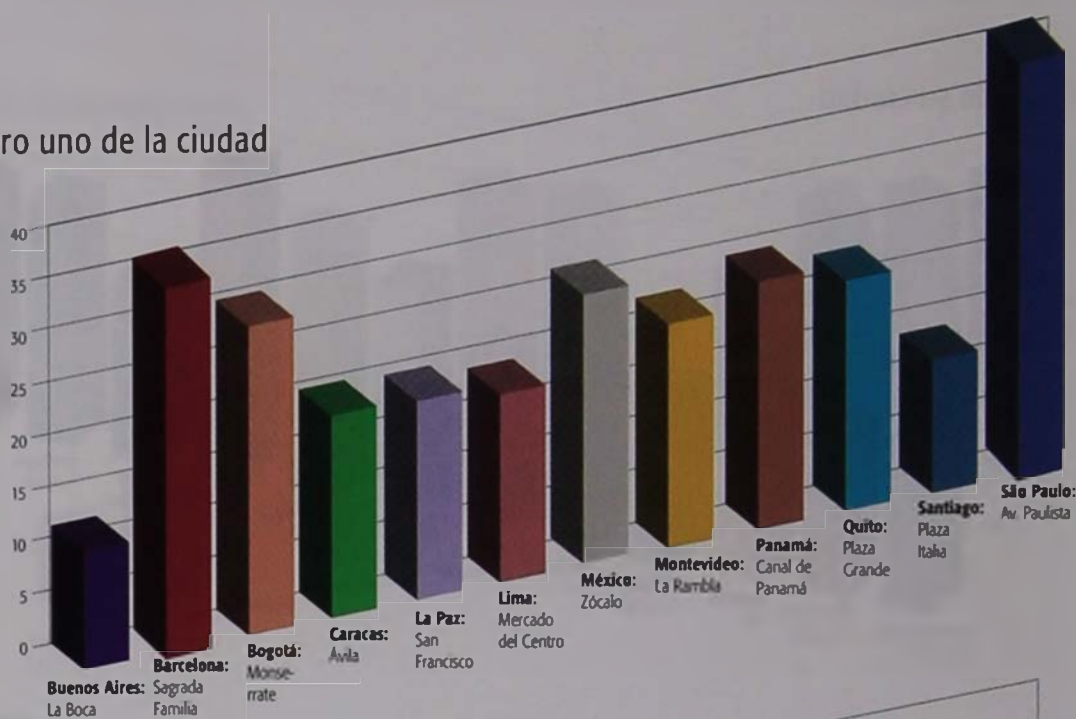
Cómo percibe a los habitantes de su ciudad



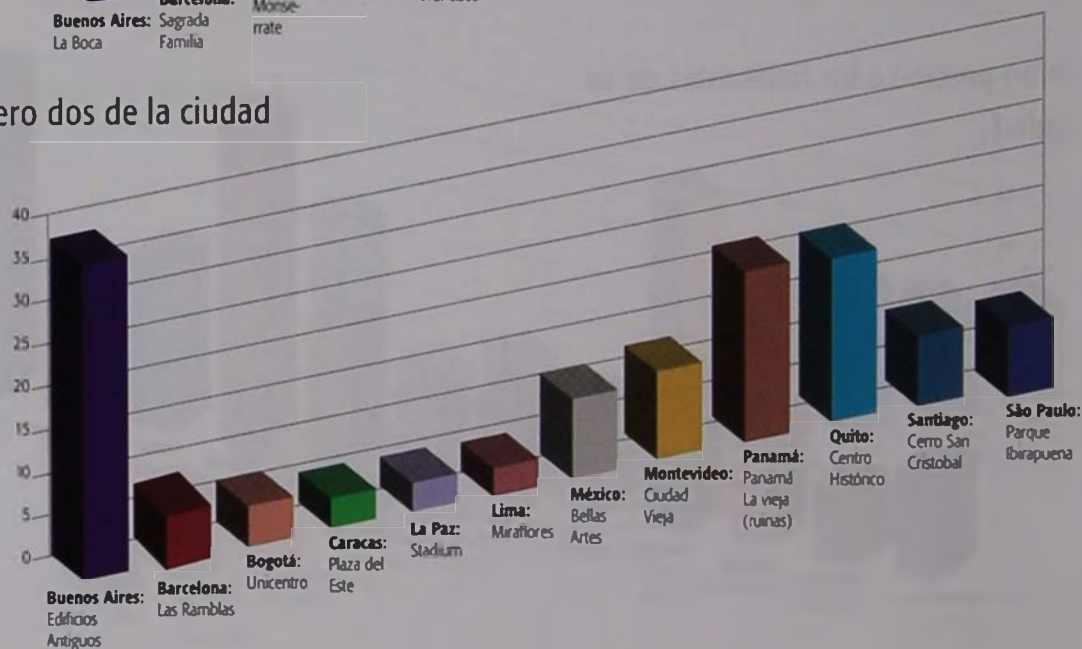
Personaje que identifica a la ciudad



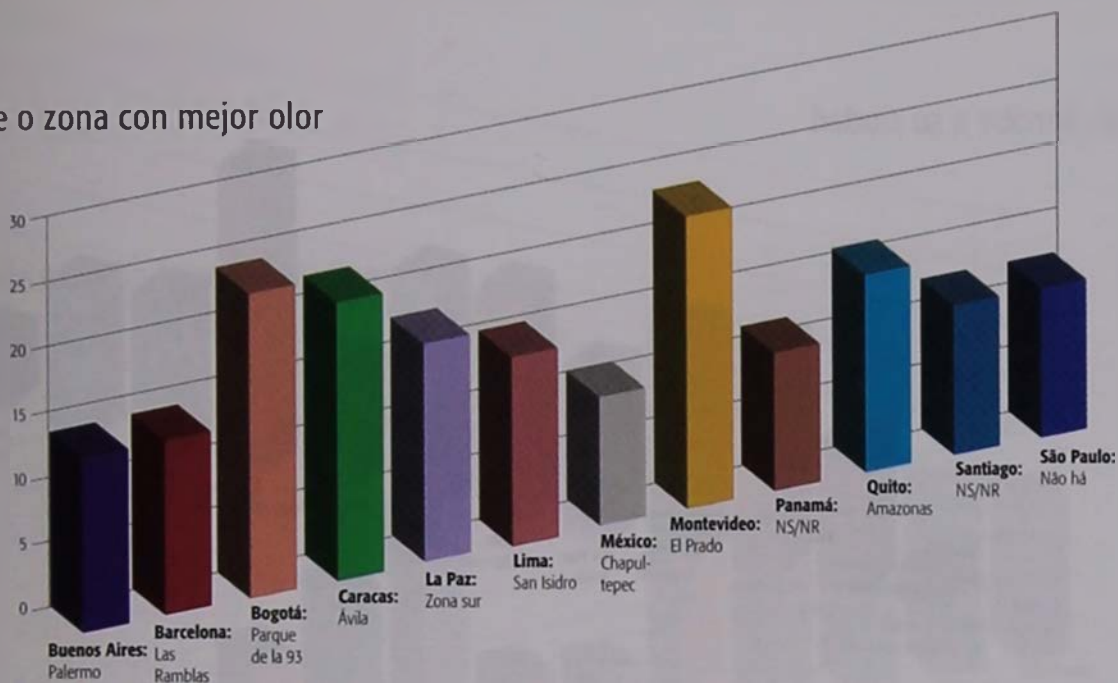
Sitio número uno de la ciudad



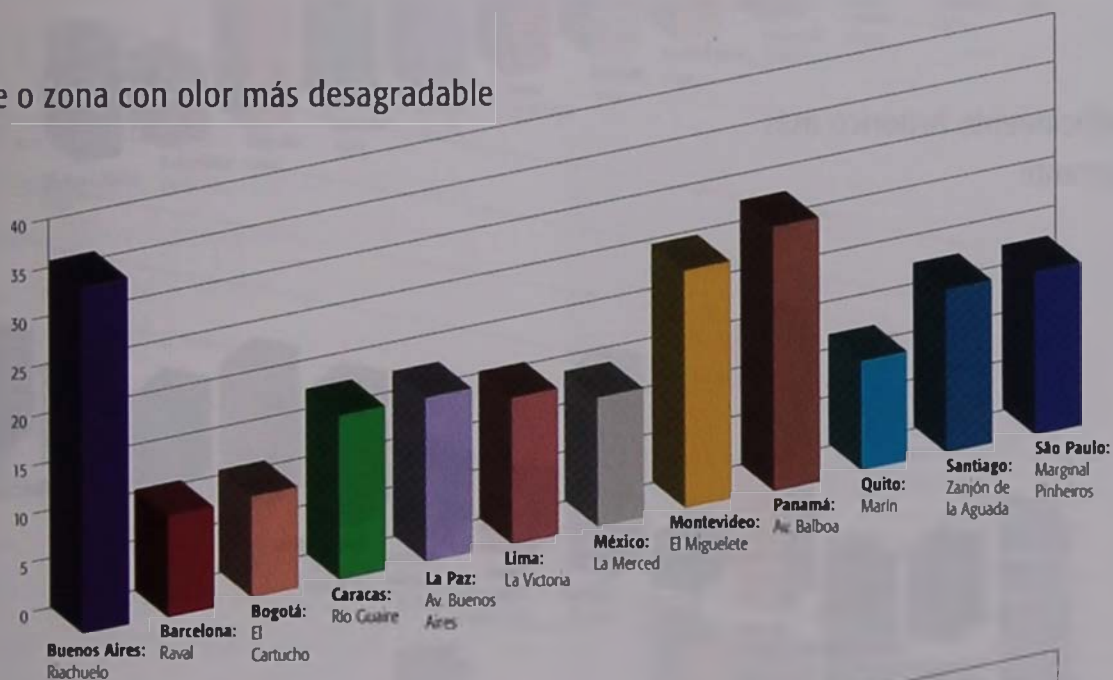
Sitio número dos de la ciudad



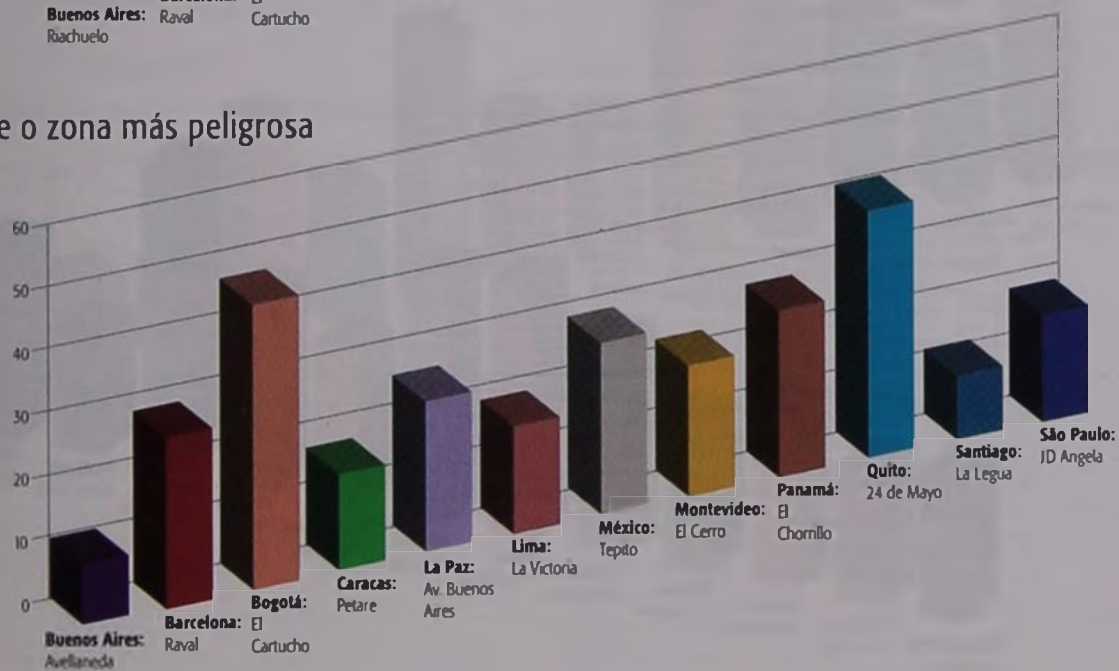
Calle o zona con mejor olor



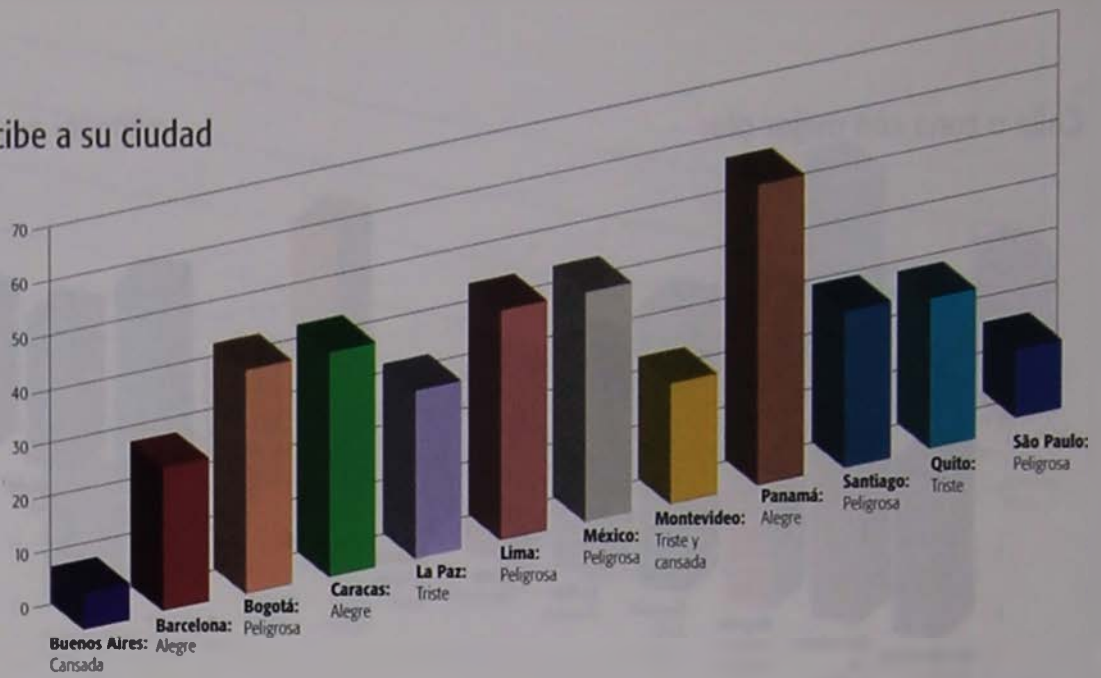
Calle o zona con olor más desagradable



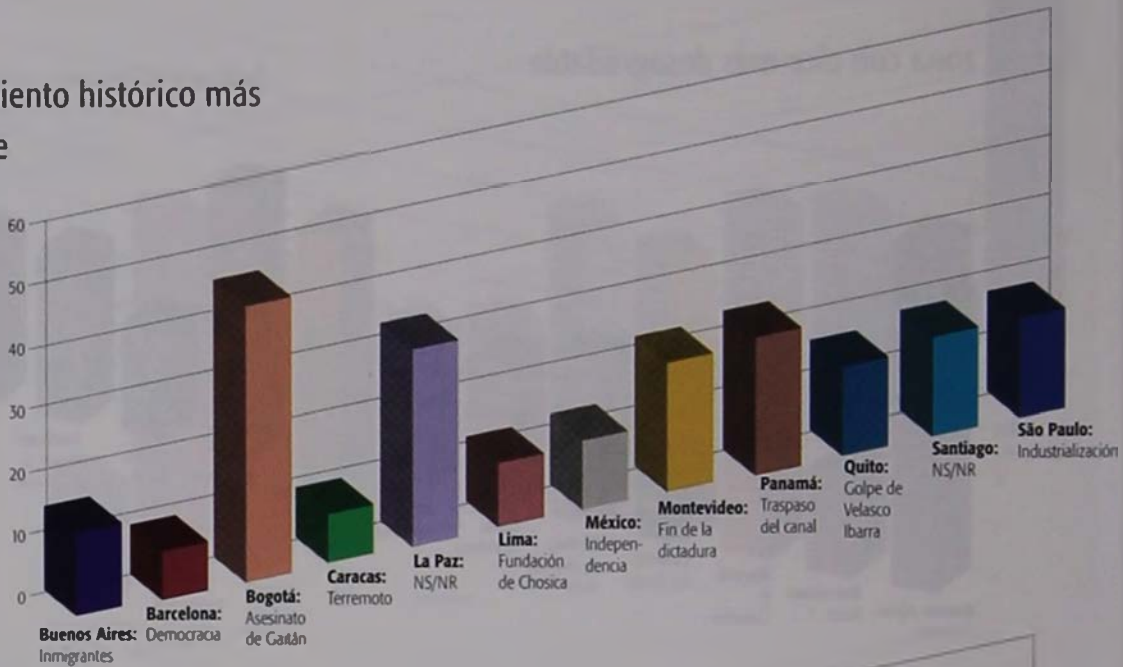
Calle o zona más peligrosa



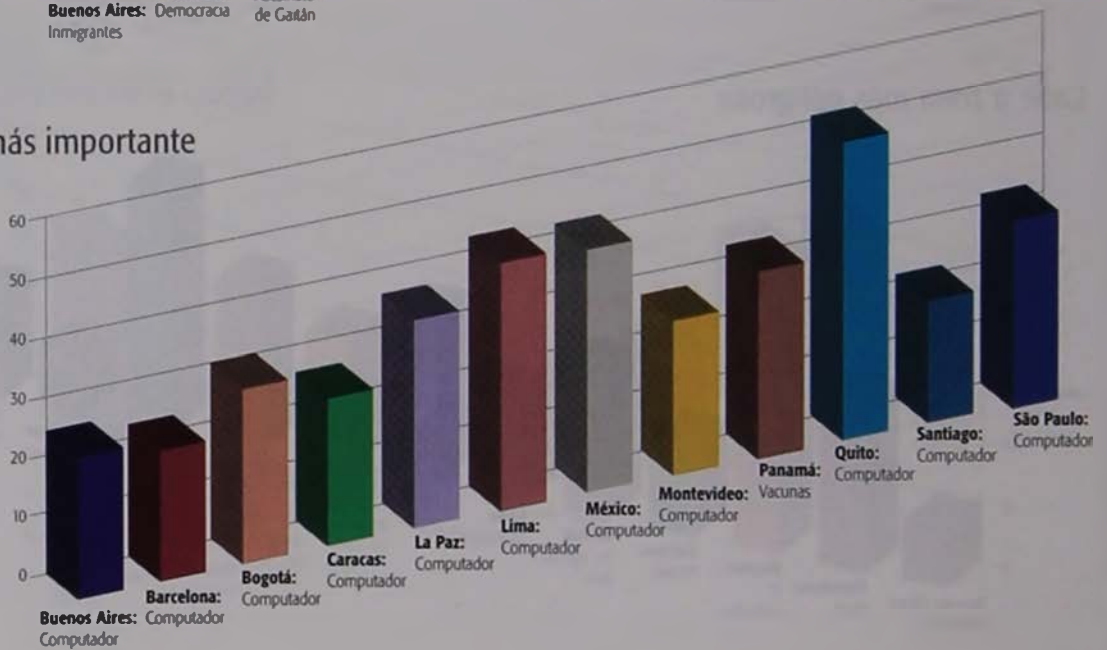
Cómo percibe a su ciudad



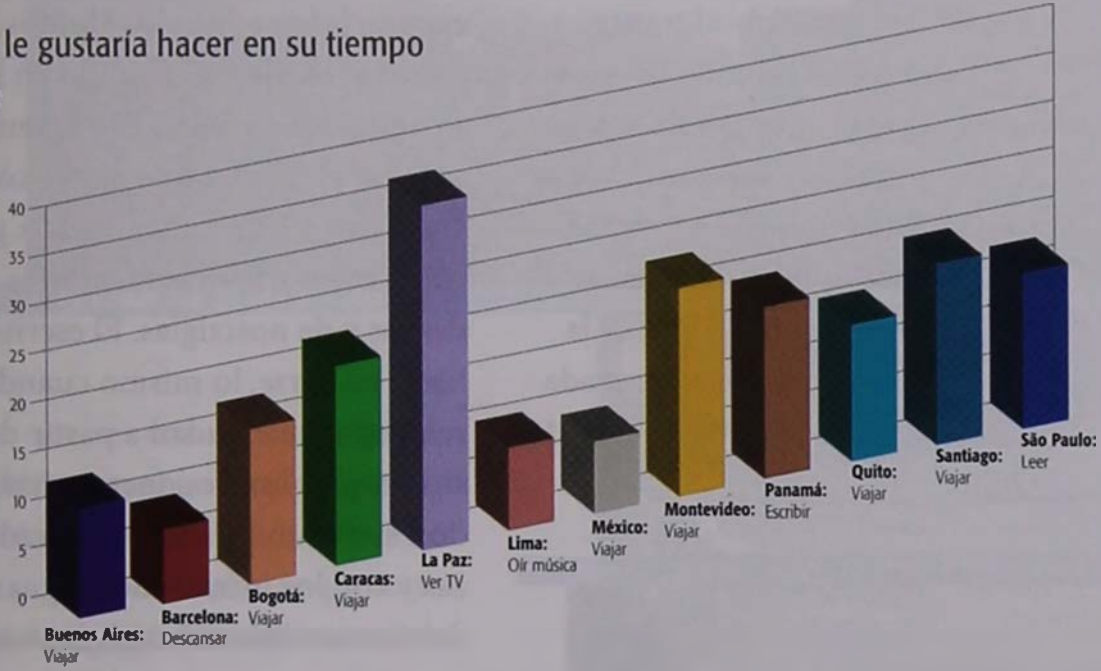
Acontecimiento histórico más importante



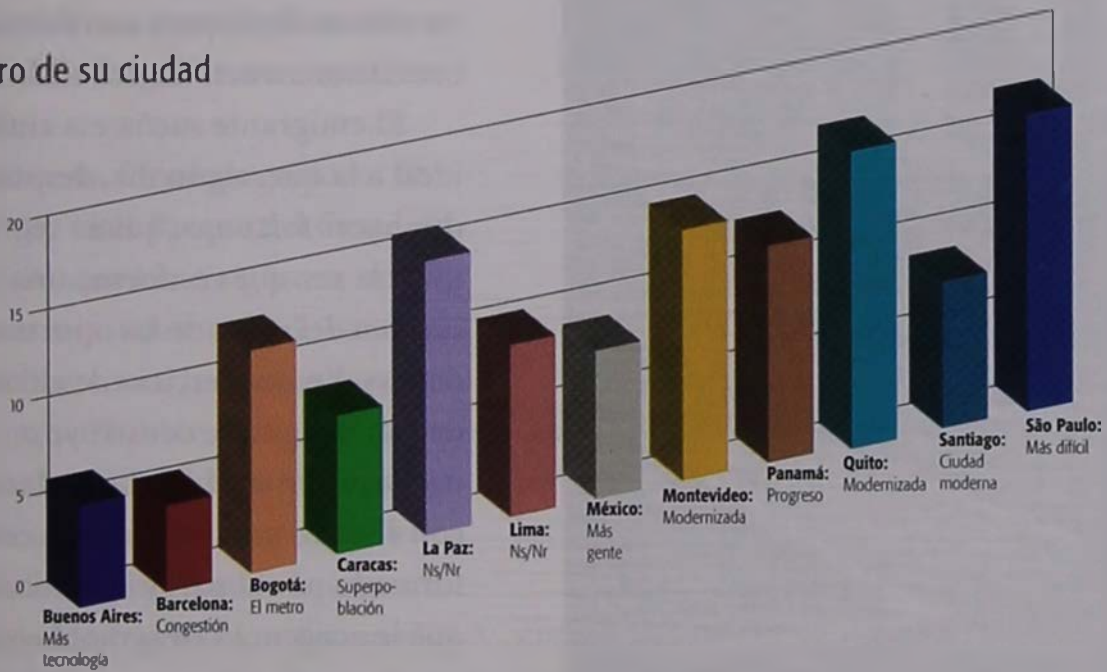
Invento más importante



Qué le gustaría hacer en su tiempo libre



Futuro de su ciudad

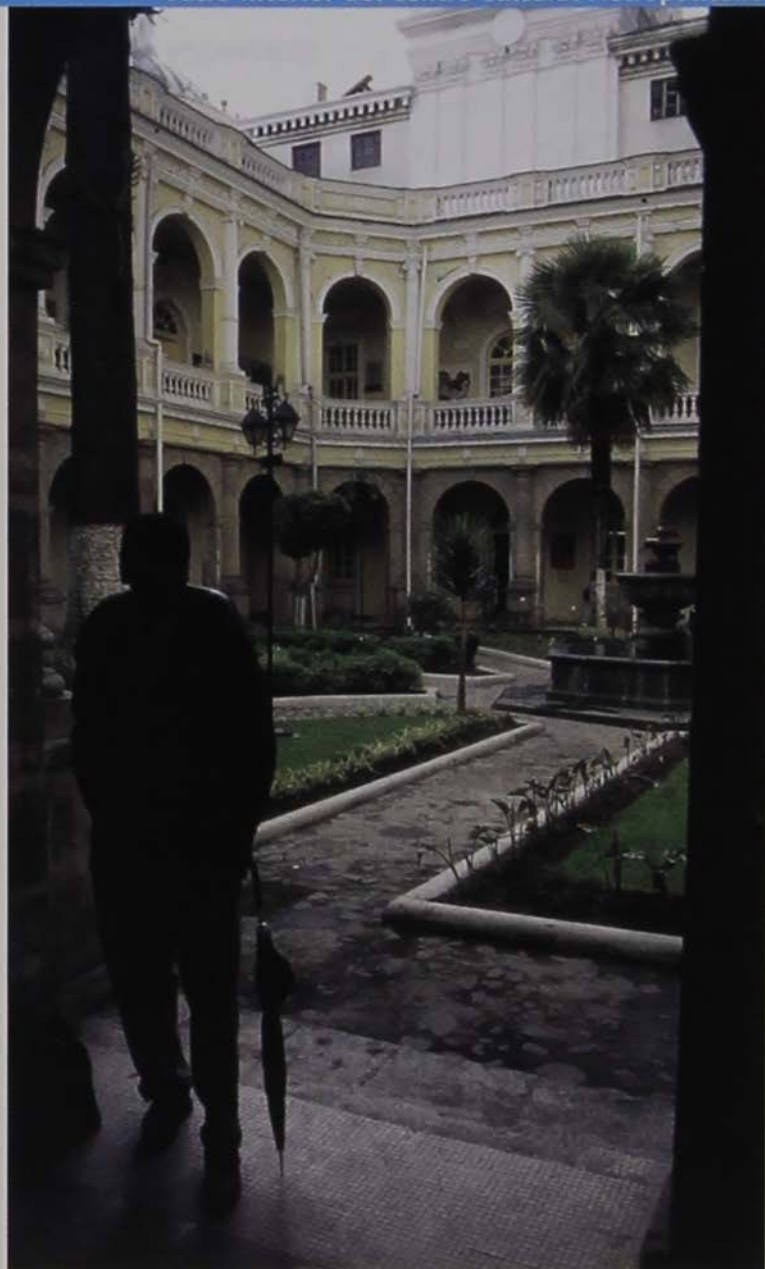


III. LOS OTROS

Desde los ojos del migrante

Este último capítulo bastante breve acaso porque la relación entre los quiteños y los otros es lejana; la misma ubicación geográfica de la ciudad, que se señalaba al principio de este libro, marca la condición cerrada y enclaustrada que caracteriza a los habitantes de Quito.

Patio interior del Centro Cultural Metropolitano



En los últimos años, el fenómeno creciente de la migración de ecuatorianos a Estados Unidos, España e Italia, ha incidido en los imaginarios sociales. El migrante idealiza el hábitat que dejó y construye una ciudad imaginada a partir de memorias fragmentarias, de deseos y de nostalgias. El escritor hace, en parte, lo mismo cuando reinventa una ciudad a partir de sus propias impresiones y recuerdos, sueña con sus calles, sus plazas y con los intrincados zaguanes del Centro. Sin embargo, la práctica narrativa supone un distanciamiento, así dice J. Vásconez que «imaginar una ciudad es igual que inventar un sueño para poder estar dentro de él, pero escribir sobre ella es un acto de soberbia»¹.

El emigrante sueña esa ciudad ideal a la que, algún día, después de «hacer fortuna», quiere regresar, a la vez que conforma una imagen del «país de las oportunidades». En un ejercicio de alteridad, el emigrante construye o deconstruye su ciudad en relación con el otro, un otro que está conformado por el país y la ciudad que le acogen. El emigrante compara la ciudad de sus recuerdos con la ciudad de su presente, e inventa una ciudad imaginada que

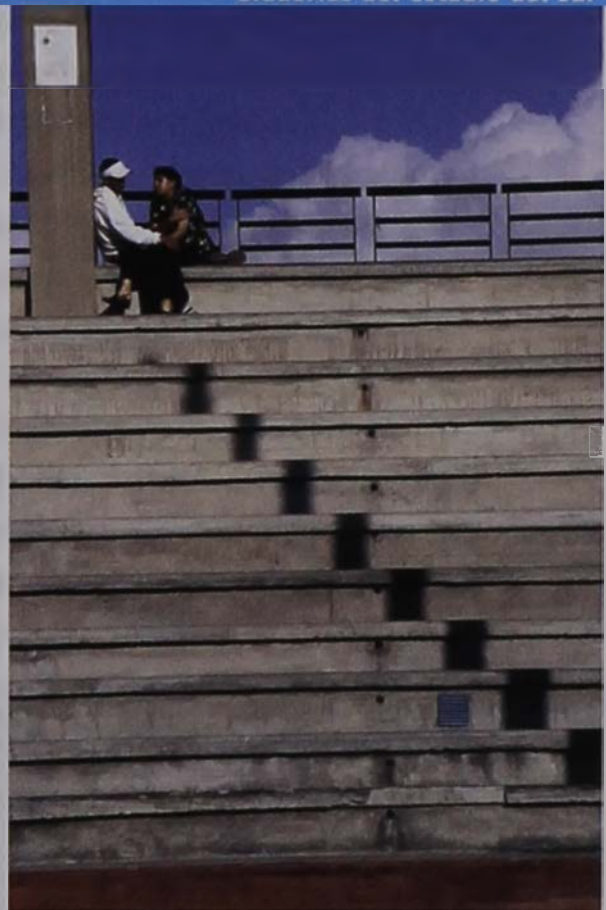


El Panecillo desde el Centro

Graderías del estadio del sur

tiene que ver con el pasado pero también con el porvenir. En este ejercicio de alteridad se identifica con su ciudad natal más que antes, cuando la dejó. De alguna manera ve a su ciudad como en uno de esos espejos que distorsionan los objetos, donde se confunden la realidad y la ensoñación, y llega, incluso, a construir réplicas de su ciudad de origen en su ciudad de destino.

De esta forma, sucedió en El Retiro y en el Parque del Oeste, en Madrid, que los emigrantes ecuatorianos instalaron desde canchas de volley, como las que se ven en el parque El Ejido, hasta puestos de venta de comidas típicas para sentirse «como en casa». Aún hoy, cuando las políticas de la comunidad de Madrid han condicionado el uso de esos espacios, los emigrantes buscan la forma de reunirse: han mostrado una gran



capacidad de reconstitución cultural en un medio que en principio les era adverso.

Los testimonios de los emigrantes en España confirman que esa ciudad de la nostalgia, protectora, es casi siempre una visión magnificada frente a la «otra» ciu-

dad, inevitablemente ajena. Así, por ejemplo, Raúl Jiménez extraña todo de su Quito soñado, no sólo a la familia y a los amigos o la comida tradicional que consumía en la Teniente Michelena, sino que también extraña el clima y el paisaje. Dice que Quito tiene un ambiente más natural, más sano, pese a recordar que no le gustaban ni el tráfico ni la inseguridad. El sitio emblemático en el que piensa cuando Quito viene a su mente es El Panecillo. Y cree que, a su regreso, encontrará una ciudad con un gran crecimiento urbanístico.

Miguel Martínez, en cambio, extraña el color del cielo, «El despertarse a las seis de la mañana con el sol en la cara» y saborear los cebiches de la Rumiñahui. Recuerda una ciudad desorganizada e insegura y cree encontrar en el futuro una ciudad con mejores servicios, «El trole habrá crecido y estará lista la ecovía», afirma. Marta Guzmán siente nostalgia del paisaje y de la amabilidad de la gente. Extraña las montañas: «Madrid está repleta de edificios y nada más». Para ella es emblemático el centro histórico con sus calles e iglesias. De su barrio recuerda la empinada cuesta que debía subir todos los días para

llegar a su casa en El Tejar y comer los mote de San Juan: «Aquí la comida no sabe igual», suele decir con un dejo de tristeza.

Dolores Sánchez extraña todo: «Desde la forma de subir al bus hasta la manera de hablar». Nada le parece feo de la ciudad de la nostalgia y la recuerda llena de parques, aunque sean pequeños; «Cuando uno sale del país añora todo, me encantaba subir a El Panecillo e ir a los hornados de Sangolquí, a los restaurantes Don Dieguito». Cuando imagina la ciudad del futuro su respuesta es que estará «llena de colombianos». Para Pablo Espinosa, Quito es sinónimo de tranquilidad, aunque le molestaba de la ciudad la suciedad de sus calles. No piensa en una ciudad de futuro muy cambiada pues ésta «No ha cambiado en muchos años».

Los testimonios son casi los mismos: de Quito extrañan sitios emblemáticos como El Belén, el Churo de la Alameda, la Plaza Grande, la Catedral o la heladería de San Agustín. Se trata de visiones idealizadas y, en ese sentido, empobrecidas de una ciudad que ha cambiado y no cesa de cambiar. Visiones en las que se mezcla la imagen de un espacio amigable y

armónico con el imaginario del progreso.

Las ciudades cercanas

El quiteño, tal vez por considerarse centro del mundo, línea imaginaria, vive una especie de ostracismo frente a las otras ciudades. El Quito de aires conventuales, encerrado en las montañas, no permite ver al otro, imaginar al otro más allá de los lugares comunes y de las imágenes del cine y la televisión, aunque de hecho esa situación ha estado cambiando con la emigración. Para el quiteño, las ciudades son resultado de la visión mediática de las noticias y de las telenovelas, de las películas y de las propagandas televisivas. El quite-

ño se mira al ombligo. La suya es la ciudad más bella del continente y como su Quito no hay dos. Le cuesta verse en el espejo del otro y es lacónico al tratar de describir a sus vecinas.

A Bogotá la relaciona con el miedo; a Lima, con la guerra; a Asunción y a Montevideo, con el fútbol; a Buenos Aires, con el tango; a Caracas, con las mujeres; a Bolivia, con los indígenas, a São Paulo y Rio de Janeiro, con el carnaval y la samba, y a México, con la contaminación, con los mariachis y con Cantinflas.

Al quiteño le cuesta el viaje imaginario. En esto tienen que ver sus propias fronteras, los límites que están por todos los lados, el

Año viejo en La Floresta





La Basílica del Voto Nacional o vista del Quito gris

fraccionamiento que a veces le impide ver incluso al otro que está dentro de su propia geografía. Sin embargo, siente cercanas a las vecinas Bogotá y Lima y distantes a aquellas del Cono Sur.

Lima, tan cerca y tan lejos

Lima tiene adeptos y detractores. Es, por un lado, ciudad hermana. Y por otro, ciudad traición. Un cierto desprecio existe hacia Lima por ser la capital peruana y por la memoria de un conflicto fronterizo de larga data, que aun cuando ya está saldado, ha permanecido por muchos años en la memoria de la gente. Para algunos es una ciudad muy bonita y para otros llega a ser una ciudad fea y desagradable, invadida por el mercado informal y destrozada por el caos del tránsito. Puede pensarse

que entre Lima y Quito hay una relación de odio-amor que se remonta a la historia, una especie de «celos» que llegan a tener relación con personajes de la vida prehispánica: entre Huáscar, que era peruano y Atahualpa, que era del Reino de Quito. Una suerte de resentimiento frente a un invasor —el antiguo Imperio Inca—, por parte del pueblo invadido —los quitus, de donde viene el nombre de Quito—. Una historia pasada que se mezcla con una reciente; la invasión y la guerra en el 41. Mientras Lima fue virreinato durante la Colonia, Quito fue una pequeña Audiencia. Como entre Caín y Abel, Quito y Lima mantienen una rivalidad; ciudades hermanas, vecinas y a la vez distantes: «El que se va de Quito, pierde su banquito. El que viene de Lima, se sienta encima»,

dice el adagio popular. Frente a Lima se colocan palabras como conflicto y perdón, una junto a la otra.

En cualquier caso y a pesar de las diferencias, Lima es la ciudad con la que más se identifican los quiteños, dado que Quito y Lima no pueden ser tan distintas; ambas tienen un centro histórico más o menos similar –el limeño, por supuesto, mucho más grande–, a las dos ciudades las unía una moneda común –la concha *spondylus*–, y ambas tienen una historia compartida. Así, la idea de intercambio entre Lima y Quito se ha incrementado en los últimos años pues son ciudades hermanas con problemas comunes.

A Lima se la identifica como lugar de destino de muchas familias guayaquileñas. Es la ciudad de Fujimori, Montesinos y Sendero Luminoso, pero también la de Mario Vargas Llosa –el autor de *Pantaleón*, que fue llevada al cine y que tuvo un gran eco en Ecuador– y de Alfredo Bryce Echenique. A Lima se la imagina fría y brumosa, con multitudes abrumadoras y llena de gente amable. De ella, los quiteños recuerdan la Plaza de Armas, el cebiche limeño, la música de Eva Ayllón y la voz de Dolores Pradera.

Bogotá, miedo y vallenato

A Bogotá se la siente cerca aunque en realidad no existen flujos constantes de gente a esa ciudad. La definen como una ciudad bonita y de mucho movimiento, pero no se la piensa tan grande como en realidad es. Se dice de Bogotá que es una ciudad fría y cruzada por la delincuencia, el narcotráfico y la guerrilla aunque no se la percibe como insegura. El aroma del café es el principal referente de Bogotá. Una ciudad de comercio, moderna, alegre y algo similar a Quito. Vallenato, telenovelas y mucha locura, son parte del imaginario del quiteño, para quien Bogotá es el lugar de Carlos Vives, de Shakira, de Margarita Rosa de Francisco (protagonista de «Café con aroma de mujer»), de «Betty la fea», «Pedro el escamoso» y «El inútil», telenovelas colombianas que han cautivado a los quiteños.

Bogotá es mujer en el imaginario de los quiteños. Resulta una ciudad atractiva que seduce, pero que, a la vez, es escenario del miedo. Entre las ciudades colombianas de mayor afinidad están Bogotá, Cali y Pasto. Pero todas responden al mismo estereotipo: el que relaciona a Colombia con la violencia

de guerrillas, paramilitares y delincuencia común.

Bogotá no es lejana en el imaginario quiteño, se la concibe con edificios enormes y con gente rumbera, farrista y dicharachera, simpática –casi siempre buenos vendedores–, pero que vive en confrontación permanente con el miedo y con el temor a la violencia. En las últimas décadas, la presencia creciente de colombianos en el país ha ido acercando a estas dos ciudades hermanas.

España está cerca y Barcelona es los toros

Entre las ciudades que se muestran cercanas están también Barcelona o Madrid. Su cercanía se debe a la creciente migración ecuatoriana que hace que lugares

como Las Ramblas, la Plaza Mayor y El Retiro suenen tan familiares como suenan los «locutorios». Se sabe que existe Murcia, que hay trabajo agrícola para los extranjeros, que el aeropuerto se llama Barajas y que en él hay un mural de Guayasamín.

A Barcelona se la relaciona inmediatamente con los toros, aunque la cultura catalana no es para nada la más afín a ellos. Se la piensa bella y con gran ambiente artístico y cultural. También se la identifica con el fútbol, pues uno de los equipos más grandes de Ecuador lleva su mismo nombre. De igual forma, es concebida como muy grande, alegre, lugar de gitanas y de castañuelas, buena comida, fiestas y sardanas y, sobre todo, un destino turístico en el

Vitrina en Amazonas con Veintinilla



que hay lugar para trabajar, un destino próspero, aunque no sea uno de los principales centros de la migración ecuatoriana.

México con sombrero de charro

Quito y México no son ciudades distantes, pues las une la música, la televisión y la comida. El quiteño se ha apropiado de los mariachis y las rancheras. En ocasiones especiales y en fiestas –sean éstas de clase media alta o media baja–, el mariachi se hace presente. Las canciones populares mexicanas suelen ser coreadas por los quiteños de la misma forma –e incluso con más emoción– que los pasillos. En este orden de ideas, se puede decir que el mariachi se ha convertido en un personaje propio, digno de estar en cualquier restaurante, peña o fiesta popular.

Hay mucho de México en Quito: desde restaurantes hasta la identificación con personajes que han circulado por la televisión: Cantinflas ocupa el primer lugar. También están la India María (que no se sabe si es de «acá o de allá»), Capulina y los famosos Titanes en el Ring. Las películas de Pedro Infante, Dolores del Río, Silvia Pinal, Emilio «El Indio» Fernández, Pedro Armendáriz, o aquellas

en las que actuaba María Félix «La Faraona» también están presentes, pues fueron las primeras películas que llegaron a la ciudad. J. J. (Julio Jaramillo) fue representado por Martín Cortez en la película que se hizo sobre el emblemático cantante en coproducción con México.

Después llegaron las telenovelas mexicanas y, con éstas, otro buen número de personajes, desde «Los ricos también lloran» hasta «Mundo de juguete», una telenovela para niños, pasando, claro, por aquellos personajes de «El Chavo del Ocho» y de «Chespirito» que salieron de la pantalla para quedarse como silenciosos habitantes de las casas quiteñas.

Con México hay una estrecha relación que marca una identificación muy fuerte con lo popular. Se sabe que hay una Plaza Garibaldi donde «nacen» los mariachis, y que hay unas pirámides (Teotihuacán) que dicen de una fuerte presencia indígena ancestral y contemporánea. A eso se suma la imagen de ciudad terriblemente contaminada. También se ha oído del comandante Marcos y los zapatistas, del propio Emiliano Zapata y de el PRI que gobernó por muchos años.

Las ciudades lejanas

Las ciudades lejanas, muy distantes para los quiteños, son aquellas del Cono Sur. En la lista están Santiago, Buenos Aires, São Paulo, Asunción, Montevideo. Se las ve más modernas y más grandes y con pocas cosas en común con respecto a Quito.

Asunción y Montevideo son estadios de fútbol

A Asunción se la identifica como una ciudad bonita aunque la mayoría dice no saber nada acerca de ella. El fútbol es un factor de identificación con Asunción; Chilavert entre las preferencias. Se la imagina como una ciudad fría, tranquila y habitada por los guaraníes. El folclor y la vestimenta típica constituyen un referente de Asunción para los quiteños. Algunos recuerdan el nombre de Lino Oviedo, el golpista de Paraguay. Es una ciudad más bien masculina, demasiado pequeña y con mucho verde. Paraguay y Uruguay para los quiteños son más o menos la misma cosa. Ciudades con acento «argentino» y ambas referentes del fútbol. Con Montevideo hay un nexo que tiene que ver con el deporte: Alberto Spencer, el «mejor jugador ecuatoriano», vive

en Montevideo donde se desempeña como diplomático. A Montevideo también se la relaciona con el tango y con el origen de Gardel.

Buenos Aires es tango y crisis

Buenos Aires es, sin duda, el tango, bandoneón, vino, Gardel y Palito Ortega. Se la piensa como ciudad bonita, y entre sus personajes está el infaltable Maradona. Adjetivos como petulantes, orgullosos y egocentristas, con los que popularmente se ha caracterizado al argentino, están más bien lejos del imaginario del quiteño. Se la piensa bonita, con gente alegre, ciudad de música, baile y *glamour*. Menem es un nombre que se relaciona con la ciudad. Se la imagina como una ciudad de desarrollo y de diversión, de mucho turismo, y también con las mujeres y las madres que sufren por la desaparición de sus hijos en las épocas de dictadura: la Plaza de Mayo es, sin duda, el lugar que más se tiene en mente. Se sabe que tiene su Casa Rosada en lugar de su «Casa Blanca» y que hay un famoso teatro que se llama Colón. También hay quienes saben que es la tierra de Jorge Luis Borges y de Ernesto

Sábato y el lugar donde vivió por mucho tiempo Velasco Ibarra con su esposa Corina.

Los más jóvenes la relacionan con las telenovelas hechas para adolescentes (a la famosa Pinina –Andrea del Bocca– se la siguió por mucho tiempo), con gente bonita y con algo de rock: Charlie García, Fito Páez y, aparte, Mercedes Sosa o la Sole, voces con las que se identifica el quiteño.

Buenos Aires, desde la última crisis económica y política, se volvió también un referente: es una gran ciudad en la que la gente padece hambruna y está desempleada, pero a la que hay que «ir de compras». Es decir, se volvió un destino turístico y comercial para la gente de clase media y media alta, que encuentra en el *shopping* un motivo turístico para acercarse a ella.

Caracas, pasarela de las *misses*

Caracas es el lugar de las mujeres bellas, todas aspirantes a Miss Universo. Mujeres altas, rubias o morenas, de cuerpos espectaculares, son parte del imaginario de la ciudad. Las imágenes con las que la televisión bombardea se vuelven reales en el imaginario social: Caracas es una ciudad

enorme donde transcurren marchas políticas a cada rato, donde hay índices altos de corrupción y mucha violencia. Esa idea no es de hoy, por el contrario, el quiteño recuerda los sobre-bombas y atentados, las marchas universitarias durante los gobiernos de Carlos Andrés Pérez, Rafael Caldera y, hoy, Hugo Chávez.

El petróleo es sinónimo de Caracas y de Venezuela misma. Ese petróleo la vuelve «ciudad desarrollada», «moderna», de «muchos edificios». Caracas fue, durante los años setenta, destino de la migración ecuatoriana justamente por la bonanza petrolera.

Caracas es mujer, ciudad calurosa y alegre, de gente de habla «costeña» y escenario de telenovelas. Es lugar de comercio y petróleo, a la par que de cinturones de miseria. Es ciudad bonita, tranquila, divertida, de mucha música y merengue. Casi un paraíso en el que la vida es más bien ligera. Palabras ligadas a Caracas son el joropo, las mujeres gritonas, índices altos de corrupción y, finalmente, artistas.

La Habana es son y trova

Pensar en La Habana es pensar inmediatamente en Fidel Castro,



Todos los políticos llevan su máscara

en la revolución y en el comunismo, en el Che Guevara, banderas rojas y puños en alto, canciones de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés y los trovadores cubanos, a quienes los quiteños quieren mucho. La Habana es un buen lugar para el turismo, para la música y la cultura, de ella se conocen el Festival de Cine y el ballet de Alicia Alonso. A la Habana calor se la identifica con bellas mujeres, playas, hombres guapos, gente alegre, son y guaracha, tabaco y ron, Celia Cruz, «Azúcar» y tumbado. Tres Patines y Luz María Nananina, así como

Ricky Ricardo y «El show de Lucy», viejas teleseries en blanco y negro.

También está la palabra igualdad en el léxico del quiteño cuando se refiere a La Habana. No se piensa en Hemingway ni en Cabrera Infante. No se la piensa intranquila o insegura, pero sí en crisis, pobreza y dificultades de su población. Una ciudad que encierra la paradoja: por un lado, es pobre y más bien deprimida con una arquitectura descuidada y, por otro, el lugar de la gente alegre, de la rumba y de playas paradisíacas,

de la igualdad y de la trova cubana. También se la piensa como un destino ideal para los estudios, particularmente de medicina.

La Paz, fría

Fría, tranquila, un lugar de altura, ciudad bonita y pequeña pero muy pobre y nublada. Así es La Paz vista por los quiteños. Su alta población indígena es relacionada con los saraguros, un grupo indígena de Ecuador. También se la concibe como un lugar triste, apagado, sin vida y de gente introvertida, en contraposición a otra imagen de ciudad del folclor, del

«equeco» de la buena suerte, de las artesanías, de los trajes típicos, y de las queñas, la música triste que caracteriza a las ciudades andinas. También se la piensa como el lugar de las hojas de coca que sirven para combatir la altura y el frío. Cuando se piensa en La Paz, la primera imagen es aquella de los páramos andinos.

Entre los pocos referentes geográficos que el quiteño tiene de La Paz está el lago Titicaca. Asimismo, el recuerdo de que el Che Guevara murió en Bolivia es parte del imaginario histórico que se tiene de esa ciudad.

Vista de El Cayambe desde El Panecillo



São Paulo y Rio son pura samba

Por último, no hay mayor distinción en la idea que se tiene de São Paulo y Rio de Janeiro de lo que se imagina que es Brasil en general: samba, carnaval, playas espectaculares y gente linda definen a São Paulo y a Rio de Janeiro como una misma cosa, ambas enormes, ambas con gente extrovertida, mujeres y hombres de pieles bronceadas y de cuerpos espectaculares. Las telenovelas brasileñas, que son las más vistas en Quito, pues ocupan los horarios estelares, influyen en esa construcción.

Quito puede ser la suma de todas estas ciudades: la grandeza

colonial de Lima, la elegancia de Buenos Aires, el frío de La Paz, la cultura mexicana y la inseguridad de Bogotá, definirían bien las características quiteñas. Pero también puede ser la suma de todas las carencias de estas urbes: le falta el cosmopolitismo de Buenos Aires, la simpatía de los países del Caribe y la alegría de los cubanos o brasileños. De esta forma, Quito es todas y es ninguna.

¹ Javier Vásconez, *La sombra del apostador*, Quito, Alfaguara, 2000.

Quito imaginado

se imprimió en los talleres de D'Vinni en Bogotá, en mayo de 2005, utilizó caracteres Minion y Bell y su edición estuvo al cuidado de Julia Buenaventura y Vicky Mora.



AV. MARISCAL ANTONIO JOSÉ DE SUZURE
MIRAFLORES

CONDOMINIOS S. PICHINCHA

CUDADELA UNIVERSITARIA

MIRAFLORES BAJO

AV. AMERICA

SANTA CLARA DE SAN MILLAN

AV. DIEZ DE AGOSTO

AV. SEIS DE DICIEMBRE

MARISCAL SUZURE

SIMÓN BOLÍVAR

LA COLÓN

LA PRADERA

AV. GARCÍA ELIZABETH

AV. TOLEDO


AV. LA CORUÑA

SEIS DE DICIEMBRE

AV. LA BORJA

AV. GONZÁLEZ SUÁREZ

LA COLINA (LA PAZ)



Milagros Aguirre Andrade. Periodista y comunicadora. Entre sus libros están: *Ecuador: cien miradas* (2001) y el reportaje *El Secuestro de Ticán* (2003). Publica en periódicos y revistas del Ecuador y actualmente es editora de Ediciones Libri Mundi.

Fernando Carrión Mena es arquitecto y planificador urbano. Especialista en temas urbanos del Ecuador y de América Latina. Autor y editor de varios libros sobre la ciudad y sus modos arquitectónicos y de comunicación. Ha sido director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, sede Ecuador, institución que actualmente asesora.

Eduardo Kingman Garcés es antropólogo e historiador especializado en estudios urbanos. Ha publicado investigaciones relacionadas con historia y cultura urbana en los Andes. Es autor de *Historia social de Quito en el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX*. Es profesor investigador de FLACSO, sede Ecuador.

Enrique Xavier Aguirre Belgrano es fotógrafo y cineasta. Ha trabajado en Brasil, Colombia y Ecuador, y con su obra ha participado en muestras individuales y colectivas.

Editor Armando Silva. PhD en Literatura Comparada de la Universidad de California. Investigador Emérito de la Universidad Nacional de Colombia.

Quito imaginado

Una antigua leyenda cuenta que remotos habitantes, huyendo del diluvio que anegó la tierra, se refugiaron en las cumbres del volcán Pichincha y sólo volvieron a bajar cuando un *qitu*, paloma torcaz en kichwa, con un retoño en el pico, les avisó que la inundación ya había pasado. Un *graffiti* gracioso dice, sin embargo, que Quito viene del verbo "quitar" y otro declara que se escribe con K por la dificultad de sus habitantes para salir de sus "kasas". *Quito imaginado*, afirma, por el contrario, que viene de sumar varias virtudes: ser la mitad del mundo, ser la ciudad del cielo despejado y azul, y la dueña de las noches estrelladas o de las cuatro estaciones en un mismo día.

Una periodista, un arquitecto, un antropólogo y un fotógrafo se unieron en esta aventura urbana del siglo XXI para descubrir al Quito de sus habitantes, desde sus construcciones coloniales y modernas, sus calles, algunas peligrosas como la 24 de Mayo, sus barrios eróticos y juveniles como La Mariscal o su centro histórico lleno de día y desocupado de noche. Es la ciudad del "chulla quiteño", de La Dolorosa del colegio San Gabriel que lloró a vista y paciencia de sus devotos o, claro, el Quito del pasillo y la melancolía andina que se niega a aceptar como suyo la salsa, el vallenato o el rock.

Estudio revelador que echó mano de un precioso e intenso material para comprender por qué una indígena de Cotopaxi puede, por prestigio, vestirse de otavaleña o un blanco de clase alta autocalificarse de mestizo para acceder a un imaginario contemporáneo donde todos idealmente seríamos iguales. Ése es el Quito contradictorio y vibrante que en este libro está expuesto.



C CONVENIO
A ANDRÉS
B BELLO



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

taurus



FLACSO
ECUADOR



9 789587 042986